



DAVID CANTERO

Amantea

Lectulandia

El deseo de amar, su imposibilidad, probablemente una de las más ancestrales frustraciones del ser humano.

Un periodista, recién iniciado como escritor, se dispone a disfrutar junto con su familia de unas largas vacaciones. El lugar, Amantea, un pueblecito en la costa de Calabria. Allí buscará el sosiego necesario para aparcarse una vida absurda y tediosa y escribir un nuevo libro. Pero el descanso se verá perturbado por un inesperado hallazgo de las memorias del antiguo inquilino celosamente guardadas en un cajón del escritorio de la casa alquilada. Esas páginas descubren al lector una trágica, insólita y desesperada historia de amor. Una inquietante narración, dolorosa, luctuosa, desgarradora, pero también repleta de vida, de amor y sexo, y de momentos de delicada ternura.

Un amor obsesivo, en ocasiones delirante, que cambiará su concepción de la vida y la muerte. Nostalgia, recuerdo, encuentros y desencuentros, luz y oscuridad, todo converge en Amantea, nombre fantástico de la eterna ausencia, de lo que fue, o pudo ser, y no se supo retener. Un drama con todos los ingredientes para conquistar a más de un corazón. Un pueblo mediterráneo de la Calabria, un hallazgo inesperado y el destino, se confabulan para servir como punto de partida a una narración en la que el autor nos mostrará de un modo diáfano los distintos grados por los que, al igual que la luz del día, transita el amor.

Lectulandia

David Cantero

Amantea

ePub r1.0

lezer 04.06.14

Título original: *Amantea*

David Cantero, 2005

Editor digital: lezer

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Álvaro, la gran certeza del Amor, que se hizo un pequeño hombre mientras yo escribía.

Para el diminuto Adriano, que germinó en el Amor, creció y nació al tiempo que este libro.

Para Berta, que lo alentó, con su incondicional Amor, con su rotunda confianza, su fe y toda su paciencia...

A papá y mamá, por todo, por tanto...

A mis hermanos.

A Francisco Urizal (In memóriam). Siento no haber tenido oportunidad de reencontrarte.

Para Olga Hein. Sin su empeño, su tesón y su sensibilidad, esta obra tal vez nunca habría llegado a publicarse. Gracias por todo, que es tanto...

De un cuento que termina
antes de comenzar
y comienza
después de terminar.

VASKO POPA, *Cielo secundario*

La mayor parte de los acontecimientos son indecibles, se desarrollan en un ámbito donde nunca ha penetrado ninguna palabra. Y lo máximamente indecible son las obras de arte, existencias llenas de misterio cuya vida, en contraste con la nuestra, tan efímera, perdura.
RAINER MARIA RILKE, *Cartas a un joven poeta*

PRÓLOGO

Cuando me sugirieron que escribiera el prólogo para este libro, me sentí azorada. No escribo prólogos. Los suelo leer. Como vosotros, soy ante todo lectora entusiasta, intuitiva. Confieso que para mí escribir es difícil, y no sólo porque es complejo transcribir con precisión lo que uno siente, sino porque escribir para mí significa arriesgarse, comprometerse a confesar algo por lo que uno está satisfecho o no, inquieto o conmovido, y, en esta ocasión, es definitivamente compartir un lujo, un fognazo de felicidad que a veces regala el destino.

Pocos meses de correspondencia, muchas coincidencias y una tarde de junio la llegada inesperada del manuscrito de *Amantea* a mis manos... Tanta generosidad y confianza aún me abruman hoy, al redactar estas líneas, aún sin conocer al autor. Me hechizó el título por su fuerza, su mezcla de sonidos, su misterio, su imposibilidad de ser destrozado en alguna traducción. Me gustó la destreza de construir una novela con tres historias entrelazadas, con un estilo propio, trabajado, rico en matices, en pinceladas para los cinco sentidos, evidente bagaje cultural y lingüístico del autor. «Sugerir una selección musical para la lectura sería lo ideal», apuntaba un día el mismo David F. Cantero.

Emergen todavía en desorden instantes de gran brillantez, como la idea de invertir el proceso creativo autor-lector, el gigantesco jeroglífico, sus fascinantes símbolos y el ritmo. Las citas en italiano, en francés, obran de chispas, de reflejos de autenticidad. La predilección por los nombres que empiezan por «A», el afán de perfección estética y la lírica de muchas situaciones nunca son fortuitos, sino marcas-pasos de los personajes. En otro compás encontré capítulos que dan vértigo en su desolación y su desasosiego. Conmovedora aunque tremendamente dura por encima de todas, la escena de la morgue. Sin duda la descripción más veraz que he leído nunca. Las reflexiones en voz alta, la constante sintonía entre vida, muerte y soledad, son inquietantes, inefables. Sufrí verdaderos desvaríos emocionales. Imposible abstraerse, ni de la lectura ni de la historia. La carta final de *Amantea* es de una belleza, una sensibilidad, una fuerza sin igual. Demoledora. Quedé petrificada, clavada en el punto final. Y por último, la brújula, el imán, la gran certeza de la obra, del autor: amar. El arte del querer. Desde la dedicatoria hasta el cierre del libro, es indivisible, pasión casi opresión. No es crítica, sino impresión, huella indeleble en el lector. *Amantea* anuda lazos en nuestra memoria.

OLGA HEIN

Septiembre de 2004

Por eso que llamamos «avatares del destino» (en este caso la incompetencia de un agente de viajes absolutamente inepto), fuimos a parar a Amantea, un pueblecito a orillas del Tirreno, cuando nuestro destino debía haber sido Bari, en la costa Adriática. Justo al otro lado. Allí habíamos alquilado un precioso apartamento de estilo rústico, frente al mar, en una urbanización exquisita a pocos kilómetros de la ciudad, en Mola di Bari, donde pasaríamos dos meses de verano en un apartado rincón de apacible sosiego.

Bien entrado julio, cuando ya preparábamos las maletas y nos comunicaron el «lamentable equívoco», era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Naturalmente, nos devolverían el dinero que habíamos abonado un par de meses antes, mucho más de medio millón de pesetas, además de la correspondiente indemnización por daños y perjuicios. Pero eso no iba a compensar nuestra desilusión ni las molestias que la confusión nos originaría. Ya estaban pagados y cerrados los billetes para partir el cuatro de agosto, desde Barcelona, y regresar el cuatro de octubre. Incluso habíamos elegido y reservado el coche de alquiler que utilizaríamos durante esos sesenta días, un divertido Citroën Mehari.

Hacía años que no podíamos permitirnos ni buenas ni malas vacaciones, por una vez la Suerte, tras sonreímos, nos lo iba a permitir. Aunque discretamente, sin grandes alharacas, había conseguido publicar mi primer libro y, lo que aún era mejor, un contrato por dos años con una editorial seria y decente. El compromiso incluía la entrega de otras dos novelas en ese tiempo. Tenían que tener más de doscientas páginas, era una de las pocas condiciones. Por ello me habían soltado seis millones de pesetas, aparte de un generoso anticipo por los derechos de la obra ya publicada.

No era el contrato del siglo, lo sé, no era mucho dinero, pero me pagaban para que escribiera al menos igual de bien o mal, y más, lo que me diera la gana, como me diera la gana, cuanto me diera la gana. Parecían confiar en mí hasta ese punto, no lo podía creer. En cualquier caso, esa cantidad debía durar al menos veinticuatro meses, durante ese tiempo sería nuestro único ingreso, unas doscientas cincuenta mil mensuales, sin contar con lo que se llevarían las arpías carroñeras del Estado. No sólo no estaba mal, estaba muy bien. Luego el tiempo y la fortuna dirían. Mayuca había dejado su trabajo de azafata en Iberia. Pidió la excedencia nada más quedarse

embarazada de Alina, que pronto iba a cumplir tres años. Y como quien dice acababa de parir a nuestro segundo hijo, Andrea, que tenía ya cerca de doce meses. Vivíamos de mi humilde salario de periodista-colaborador en una publicación de mierda, escribiendo artículos de mierda para unos lectores de mierda. Un trabajo detestable que abandoné la misma mañana en que firmé el contrato con la editorial. El dinero tendría que permitirnos sobrevivir a los cuatro, a no ser que quisiera volver a las andadas en la gacetilla, y eso era lo último que deseaba. No iba a desaprovechar aquella oportunidad, trabajaría frente al ordenador hasta que se me derritieran las cejas, el cerebro y las huellas dactilares, hasta caer ciego y exhausto sobre las teclas, hasta escribir algo que realmente me permitiera no tener que volver a preocuparme del dinero, ni de otra cosa que no fuera escribir.

Tras ingresar el talón con los seis kilos, pude al fin cubrir los números rojos que acumulábamos tras meses realmente difíciles, meses de impagos en la hipoteca, de amenazas sutiles y zafias, de angustia a veces desmedida por las trampas. Por fin pude mirar de arriba abajo (con malintencionada insolencia) al gilipollas del director del banco que, por una vez, me hizo la pelota sin el más mínimo reparo.

¡Qué gran satisfacción ver arrastrarse a ese mequetrefe!

Nada más salir de la sucursal entré en unos grandes almacenes, allí compré varios ejemplares de mi libro, un nuevo portátil, el mejor de entonces, la mejor impresora y también un montón de caprichos, regalitos para Mayuca y los niños. Es increíblemente fácil derrochar dinero, infinitamente, mucho más que ganarlo.

Gastar más de un millón en unas largas vacaciones en Italia era una auténtica locura dada la situación, pero nos zambullimos en ella encantados, despreocupados en el derroche como críos. Nos lo merecíamos. Con nuestro inquebrantable optimismo, de un modo u otro siempre conseguíamos salir adelante, no iba a ser distinto aquella vez. Ya lo pensaríamos al regreso de la holganza. Además, de allí seguro que traería un buen montón de buenas páginas, tal vez lograría terminar (de una vez por todas) otro proyecto que tenía entre manos y que nunca conseguía rematar. De improviso, toda nuestra ilusión se fue al traste por la zafiedad de ese cretino, de ese engominado y torpe vendedor de billetes de tercera, todo un pseudo *broker* de los viajes. Un cutre *yupi* de barrio con aires de grandeza, un enorme imbécil que desde el primer momento nos dio mala espina con su pegajosa prepotencia, con su repugnante y fingida amabilidad.

Me lo tomé con calma, al menos juro que lo intenté. En tan dorado instante no iba a amedrentarnos ninguna dificultad. Fui a la agencia dispuesto a solucionarlo de la mejor manera posible, seguro de conseguirlo. A pesar de todo no podía dejar de sentirme alegre, enormemente afortunado. A esas alturas podían ofrecernos pocas alternativas. No quería terminar en uno de esos lugares donde la vulgaridad ahuyenta

cualquier posibilidad de paz, como suele ocurrir en casi todas las zonas de veraneo. Estaba dispuesto a dilapidar un buen montón de billetes, pero no a cambio de nada.

De entre todas las opciones dignas que nos ofrecieron, dos o tres, creo recordar, nos decantamos por la de Amantea. Era además infinitamente más barata, sospechosamente económica. Una casita independiente frente al mar, un poco alejada del pueblo, pero a pocos metros de la playa, una playa tranquila de aguas cristalinas, eso me prometieron. No iba a tener el lujo y las comodidades de la zona residencial de Bari, pero a Mayuca le pareció una estupenda idea, más acorde con nuestras posibilidades y nuestra manera de entender la vida. En cualquier caso, me dijo, tenía todo lo que buscábamos, tranquilidad, sol, arena, agua salada, un pueblecito cerca, y por si fuera poco iba a costarnos menos de la mitad. Conseguiríamos un coche, otro *Mehari*, un «dos caballos» o una Cincuecento, para movernos por allí, para hacer excursiones. Mucho mejor. Enseguida olvidamos el traspies y nos conformamos con el nuevo plan como si el primero no hubiera existido jamás. La agencia se ocupó de todos los pesados trámites: cambiar los billetes, concertar los transportes, alquilar el vehículo, buscar una señora de confianza, una lugareña que se ocupara de las tareas de la casa e incluso, si realmente resultaba ser de fiar, de los niños alguna noche para que pudiéramos salir. Como la diferencia de precio era notable, alquilamos la casa no por dos sino por tres meses. Regresaríamos a primeros de noviembre.

Casi como estaba previsto, el cinco de agosto de 1994, a las diez de la mañana, despegamos del Prat rumbo a Fiumicino. Luego, después de casi dos horas de vuelo y algo más de una de escala en Roma, remontamos el cielo hasta caer en Lamezia Terme, cerca de Consenza, a sólo treinta y cinco kilómetros de Amantea. Un impresionante Audi negro con los cristales tintados, más propio de un ministro corrupto que de una parejita con dos niños pequeños, nos esperaba en el aeropuerto para llevarnos a nuestra casita en un pueblo del que sabíamos poco más que el nombre.

Durante el vuelo, entre nanas, biberones y potitos, fuimos leyendo los folletos que nos dieron en la oficina de turismo de la terminal. Si no estábamos interpretando erróneamente las cosas, si las apariencias no eran falsas, habíamos hecho una buena elección. Amantea parecía un sitio encantador, uno de esos lugares que apenas dejar atrás, extravagante y confortable, vetusto y naciente a la vez. Una de las zonas más en auge del Tirreno, en la costa de Calabria. Un paraje repleto de colinas bajas, un «*apennino*» en miniatura que recorre la línea costera cubierto de frondosos bosques de castaños, robles, hayas y pinos. Un territorio bellísimo de mar y montaña, lleno de historia, donde las playas se prometían magníficas, así como los balnearios cercanos, y a lo largo del litoral no faltaban esos rincones de elegante decadencia (a la italiana) que tanto nos atraían. La comida, como en todo el país, seguro sería excelente. Los paisajes y la gente de Calabria, leímos, «podían estar más cerca de Oriente que de

Occidente». Sería sin duda interesante aventurarse como viajeros por aquella región.

Amantea tenía unos doce mil habitantes, no era tan pequeño como pensábamos.

Probablemente, con la llegada de los veraneantes, estaría repleto de gente durante agosto, pero la casa estaba bastante apartada del bullicio y teníamos septiembre por delante, todo un largo mes para liberarnos de la detestable humanidad, para hartarnos de mar y soledad. No debíamos preocuparnos por la meteorología, según los manuales turísticos, el clima era benévolo prácticamente todo el año, aunque la mejor estación transcurría especialmente de abril a noviembre. Más que suficiente para nosotros.

Poco después de las cuatro de la tarde, tras parar a comprar unos trozos de pizza en una gasolinera, llegamos a la casa. Realmente estaba cerca del mar, casi sobre él, a poco más de veinte metros. Los de la agencia habían cumplido a la perfección. Todo estaba limpio y a punto. Después de descargar los bártulos, pasamos la tarde instalándonos, luego, al tramontano, bajamos un rato a la playa. Era ancha, de arena suave, y el agua aquella tarde era realmente cristalina, del mismo color turquesa que habíamos visto en las fotografías.

El único inconveniente eran las afiladas piedras de la escollera, tendríamos que tener cuidado con ellas, calzar chanclas antes de entrar a bañarnos. Acostamos a los niños muy temprano en dos cunitas flamantes y acogedoras, estaban agotados. Mayuca y yo también, pero una vez se durmieron, volvimos a la playa a fumar un último cigarrillo antes de ir a la cama.

El sol se ponía justo frente a la casa. Así, iluminada por la rojiza luz del ocaso, se veía imponente. Era una construcción vieja, tal vez antigua, pueblerina, alta, sobria y cuadrangular, demasiado cuadrada, parecía una desproporcionada caja de zapatos. Era fea pero magnífica. Un año antes había estado dividida en dos pisos paralelos. Tras la rehabilitación, las dos viviendas se unieron en una sola, formidable. Tenía dos plantas, en la parte alta estaba la vivienda, abajo, dos garajes y dos enormes trasteros que bien podían haber sido concebidos para albergar algún local comercial. De uno de esos recintos salían dos raíles oxidados que se adentraban en el mar, semicubiertos por la arena, probablemente habrían servido para botar alguna embarcación de pequeño calado. Las dos cocheras se cerraban con portones metálicos pintados de añil, el mismo color de las dos puertas más pequeñas que daban acceso a los desvanes. Arriba había una terraza gigantesca rodeada por una baranda de tablones teñidos del mismo azul. Cuatro ventanales y dos ventanas de madera con contraventanas daban a poniente sobre el terrado. Toda la casa era un monumental mirador frente al Tirreno, a unos cuatro o cinco metros de altura. Y toda ella estaba coloreada en blanco y azur, de apariencia inmarcesible, todo renovado pero respetando la solera adquirida durante años de mirar al mar.

Si desde fuera podía resultar algo malcarada, el interior era sencillamente

delicioso. Cuatro dormitorios grandes, templados y plácidos, un salón inmenso, de unos cincuenta metros cuadrados y con una gran chimenea central, una cocina y dos baños también colosales. Toda ella había sido restaurada con esmero y decorada con gusto exquisito, con parquedad y acierto. Tenía pocos muebles muy hermosos, sin duda hallazgos de anticuarios; suelos de tarimas nobles, barro y piedras pulidas por el mar; techos y paredes de cal y yeso, de estuco en colores pastel, incluso con varios delicados frescos en alguna de las habitaciones; todo conjugado para dar a la casa un aspecto pueblerino y confortable. La cocina era lo mejor. Podías fregar los platos o cocinar mirando las olas romper en la orilla, los barcos surcar el horizonte, las gaviotas y los niños correteando por la playa. Una suave brisa recorría cada rincón de la casa repartiendo frescor y aromas extraordinarios, marítimos o montañoses.

Estaba a poco más de un kilómetro del comienzo del paseo marítimo, y no había ninguna otra construcción en torno. Era ingenuamente perfecta. Sobre el techado plano, en la azotea, una parabólica nos recordaba que entrábamos en la última década de un siglo de extraños progresos.

A la mañana siguiente, Mayuca bajó temprano con los niños para que gatearan por la arena, para que se mojaran los piecillos en el agua salada, para buscar conchitas, piedras de colores y otros objetos prodigiosos. Tomé un café mirándolos desde la terraza. Después me dispuse a establecer mi lugar de trabajo. Desplacé un pesado y precioso escritorio hasta colocarlo justo debajo de una ventana con vistas. Instalé en la mesa mi recién estrenado ordenador. Saqué del maletín todos los papeles y los disquetes, los cuadernos de notas, los lápices de colores y los rotuladores negros y rojos de punta extrafina. Coloqué en los estantes los diecisiete libros que había llevado conmigo. Abrí uno de ellos al azar, uno de Rilke, por la página 77; leí: *«Ya no habrá nada que esté cerca, y todo lo lejano estará infinitamente lejos»*.

Todo me parecía ahora ilimitadamente distante, aunque tal vez no lo suficiente. Junto a mí tenía lo único que realmente me importaba. De tanto en tanto echaba un vistazo a la playa. Mayuca leía también bajo la sombrilla, Andrea dormía plácidamente en su capazo al reparo del sol y Alina, bajo una pámela de flores, jugaba con un cubo y una pala sentada en la orilla. Realmente era una escena resplandeciente, aquél era un momento plenamente feliz. Los dos necesitábamos esa soledad, evadirnos de una vida que en absoluto nos satisfacía, de la opresiva necedad que nos rodeaba en España, de la prepotencia de los majaderos españolitos. Huir de nuestras familias y sus constantes visitas, de sus orgías de asfixiantes arrumacos y carantoñas en torno a los niños, de nuestros inconsistentes e insulsos amigos, de tanto griterío, de todo el ruido, la inmundicia y la tumultuosa vulgaridad que, por fin, habíamos conseguido dejar atrás por una buena temporada.

Fui revisando uno a uno todos los profundos cajones del buró, tenía cuatro a cada lado y parecían estar vacíos. Me equivocaba, encontré en uno de ellos un ejemplar de

la Biblia y un grueso sobre de plástico con las instrucciones y las garantías de todos los electrodomésticos de la casa (ambos objetos fueron a parar a un altillo en la cocina). Comencé a guardar mis cosas en las cajoneras. Al meter uno de los paquetes de papel reciclado, éste topó con algo. Palpé con la mano intentando averiguar de qué se trataba, pero nada. Tuve que arrodillarme y extender el tronco y todo el brazo en una absurda contorsión para alcanzar el fondo. Allí, medio oculto bajo el contrachapado, acaricié lo que parecía el lomo de un libro. Intenté sacarlo, pero estaba completamente atollado. Tiré de la gaveta para extraerla, pero tampoco salía. Al fin, con mucha maña y no sin esfuerzo, conseguí arrancarlo de la oscuridad en la que vivía camuflado.

Era un viejo ejemplar con tapas de cuero negras, muy raído, podía tener unas doscientas páginas. Los lomos, antes áureos, se habían enmohecido por el salitre y la humedad. Era un ejemplar magníficamente encuadernado, recio y seguramente antiguo, ligado con firmeza gracias a una pequeña correa también de piel, que parecía el cincho de un gnomo. Sobre la portada, en la esquina inferior derecha, grabadas en letras que algún día también debieron de ser doradas, unas iniciales, «V. P.».

Volví a mirar fuera, pero esta vez con una extraña urgencia, con una aprensión completamente injustificada. En la playa todo transcurría serenamente, Mayuca amamantaba al hambriento y, junto a ella, la pequeña pisoteaba las ruinas de lo que antes pretendió ser un castillo. Como intuyendo mi inquietud, Mayuca se giró hacia la ventana y me lanzó un tranquilizador beso sonriente. El hallazgo del libro me causó tanta y tan misteriosa impresión, que no me atreví a abrirlo en ese instante. Decidí dejarlo para mejor ocasión. Cuando lo metí en el cajón, pareció latir entre mis manos. Sentí un escalofrío de espanto. Dejé todo empantanado y bajé a jugar a la playa. De todas formas, ¿qué prisa había? Nada le comenté a Mayuca sobre el asunto. Aquél, de momento, sería mi secreto.

Una hora después metimos a Andrea en el cochecito y cargué a Alina en la mochila. Así fuimos dando un paseo hasta el pueblo. Por el arenoso y empedrado camino, el trayecto se hizo más largo y más pesado de lo previsto. Debíamos recoger el automóvil de alquiler y hacer unas compras, lo primero era llenar la nevera y la despensa (en cuanto al coche, al final nos dejamos de romanticismos y elegimos un potente todoterreno, una *pick-up* descapotable). La ribera, salvaje y cubierta de dunas, larguísima, se fue estrechando a medida que nos acercábamos a la civilización, al paseo marítimo. La playa pronto quedó cubierta por un hormiguero de bañistas meciéndose en las olas o tumbados al sol, abrasándose la piel. Sonreímos al pensar en la imperturbable paz que se respiraba en «nuestra playa».

El fascinante pueblecito crecía alzándose sobre una impresionante colina. Al contrario que la escena de la orilla, la metrópoli no pudo causarnos mejor impresión, aunque rápidamente comprendimos que no habíamos llegado en buen momento. La

temporada volaba ya demasiado alta, en pleno apogeo, y por todas partes la muchedumbre nos pareció excesiva, demasiada gente, demasiados camiones de reparto, coches y motos. Un bullicioso gentío llenaba las terrazas, las heladerías y los cafés, las tiendas, todas y cada una de las estrechas calles del casco antiguo. Sin duda la ciudad estaba repleta de lugares encantados y encantadores, no obstante decidimos aislarnos en nuestro refugio, al menos, hasta primeros de septiembre. Ya tendríamos tiempo para admirar la esplendorosa belleza del lugar. Nada teníamos que objetar el uno al otro, estábamos totalmente de acuerdo en esa reclusión voluntaria, que sólo romperíamos para hacer alguna que otra expedición en busca de lugares absolutamente tranquilos. De momento, en Amantea, todo nos pareció tan singular como incompatible con el sosiego que buscábamos. Fuimos a por el coche, compramos provisiones de sobra para un mes y escapamos del bullicio como perseguidos por el mismísimo diablo.

Pasamos el día organizando nuestro refugio. Mayuca y yo nos instalamos en un fabuloso dormitorio, que antes debía de haber sido un par de habitaciones; los niños, en la estancia contigua, que se comunicaba por una puerta corredera de dos hojas con vidrieras de colores. Al otro lado de la casa, más allá de la cocina, quedó ubicado mi despacho, mi lugar de trabajo. Me obsesionaba la idea del compromiso, el débito contraído de al menos cuatrocientas buenas páginas, dos novelas. Tenía en mis manos la posibilidad de cambiar para siempre nuestras vidas, de evitar el tener que volver a mendigar un jodido salario en nuestros jodidos y demenciales empleos. Para ello tendría que trabajar muy duramente.

Estaba dispuesto a ello, absolutamente.

Aquella misma noche, aun rendido, me dispuse a emprender la tarea, pero en vez de ello comencé a divagar. Resultaba imposible alcanzar ese estado de trance imprescindible para la creación. Tenía metido en la cabeza el libro con el que me había tropezado por la mañana. Volví a sacarlo del cajón, esta vez sin dificultad, y de nuevo sentí un terrible recelo, esa rara aprensión. El silencio era absoluto, el rumor del mar formaba parte de él y sólo quedaba roto cada hora por un lejano tañir desde algún campanario cercano.

Tiré de la correa sacándola del pasador y la liberé de la hebilla. Encendí un pitillo, esperé un instante mientras daba unas profundas caladas, luego levanté la tapa del libro ritualmente. «Ya es tiempo de abrirte», dije para mí y para él, en un susurro. Un olor acre, como a muerte, flotó un segundo delante de mí.

Nada en la primera página, nada en la segunda, nada en la tercera, un garabato en la cuarta. Un nombre, una fecha y una fotografía aparecieron en la sexta: «Amantea, 1990». En la imagen, una manoseada y descolorida foto en blanco y negro pegada en el centro de la página, el ojo de una mujer, sin duda recortado de un retrato de mayores dimensiones. Una mirada intrigante, sonriente, tal vez enamorada. Mi

sorpreza al ir pasando las hojas fue mayúscula. No era un libro impreso sino un cuaderno manuscrito con mimo, ora a lápiz, ora a bolígrafo, todo con perfecta y minúscula caligrafía. La delicada letra, pensé, sería de una mujer, pero resultó pertenecer a un hombre, Víctor Próspero, «V. P.».

Unos párrafos estaban redactados en castellano, otros, pocos, en francés y la mayor parte, en italiano, en lo que parecía un fabuloso galimatías lingüístico. También había algunos preciosos dibujos a tinta, carboncillo o acuarela, casi miniaturas, de una perfección y originalidad extraordinarias. Entre las páginas encontré una carta sin abrir, algunas hojas y flores secas, algún sello de correos. También algunos espacios en blanco donde se adivinaban cruces de pegamento seco, lugares de los que, deliberada o accidentalmente, se habían despegado fotografías o tal vez postales.

Volví a cerrarlo sin comenzar a leer. Me asaltó la impaciencia y a punto estuve de despertar a Mayuca para compartir con ella el prodigioso descubrimiento, pero hacía mucho que dormía serena y quedamente abrazada a Alina. Preparé un café bien cargado y en la taza vertí un generoso chorro de buen coñac.

El diario, por llamarlo de alguna manera, estaba finamente caligrafiado, en líneas perfectamente rectas, formando párrafos bien medidos, en ocasiones con letra tan diminuta que era necesario usar la lupa para descifrar las palabras.

Comenzaba el 17 de febrero de 1990. Hacía más de cuatro años de eso.

El cansancio me impidió aquella noche leer con atención, pero sólo hojeando el documento pude darme cuenta de que tenía entre mis manos algo extraordinario, insólito. Me resistí a leer la frase final, cosa que suelo hacer siempre que abro un libro. Cuando me disponía a hacerlo, Andrea gimoteó y luego rompió a llorar, y corrí hasta su cuna con urgencia antes de que despertara a Mayuca. Tenía hambre. Le endilgué el chupete y le preparé un biberón con manzanilla templada, para engañar el apetito, aún no era la hora de su primer almuerzo nocturno. Durante el día Mayuca alternaba el pecho con los biberones. De noche la teta descansaba y la única opción para aquel tragón eran las tetinas y la leche maternizada. Después de que mi hijo tomara el aperitivo, me senté en la butaca junto a la cuna con la intención de leer, mientras mecía suavemente al pequeño. Pero el sueño nos venció de inmediato. Antes de cerrar los ojos puse el despertador a las cuatro de la mañana, aunque ya se ocuparía él de avisarme a tiempo. Caí en uno de los sueños más profundos y reparadores de toda mi vida, quedé dormido con aquel grueso cuaderno apretado contra el pecho, como quien duerme con un tesoro, con su más preciado peluche entre los brazos.

Al día siguiente, muy temprano, excesivamente temprano, se presentó Titina, la señora que nos enviaba la agencia para hacer las tareas de casa. Resultó ser una asistente eficaz y una persona encantadora. Debía de tener unos cincuenta o cincuenta

y cinco años, pero su rostro parecía el de una muchacha. Era rolliza, oronda, de carnes firmes y culo alto, como de africana, y caminaba con cierta dificultad, arrastrando levemente uno de sus pies con una grácil cojera. En efecto, más tarde descubrimos que tenía una prótesis, una pata de palo, como los piratas. Pero aquello no mermaba su sorprendente agilidad, ni le impedía ser la eficiencia personificada. Además era bondadosa, muy callada a no ser que le dieras conversación, amable y discreta. Era viuda y tenía siete hijos, el mayor de 23 y los más pequeños de cinco, tres y dos, con lo que se manejaba de maravilla con el bebé, Andrea, y con la pequeña gran Alina. No hablaba mucho, ya digo. Una vez completada la tarea, antes de irse a casa, tras mucha insistencia, aceptó tomar conmigo un té y una copita de licor. Nos sentamos en la mesa de la cocina.

Me contó algunas cosas interesantes sobre el pueblo y la gente que lo habitaba. Aun con reticencia, conseguí que me hablara de los anteriores inquilinos de la casa. El edificio había pertenecido a una sociedad, una corporación marítima. Conocía, aunque no demasiado, a una de las personas que antes lo habitaron, un tal Diego, un pescador jubilado que era miembro de aquella agrupación de marineros. Del otro apenas sabía nada, sólo lo conocía de vista, era un joven muy excéntrico, guapo pero excesivamente delgado, de aspecto triste, siempre ojeroso y enfermizo. Muchos sostenían que eran padre e hijo, pero ella sabía que sólo eran buenos vecinos, o amigos. Vivían puerta con puerta, nada más.

La casa era entonces muy distinta, «un desastre», aseguró con cierto fastidio, palmeándose los muslos. Poco sabía de lo ocurrido, aunque seguramente contaba menos de lo que podría. El caso, me dijo, es que un buen día ambos desaparecieron sin dejar rastro, en la misma fecha, en el plenilunio. Tras más de seis meses de infructuosa espera, desalojaron las dos viviendas, bajaron todo y lo guardaron dentro de uno de los trasteros, por si alguien venía a reclamarlo. Luego vendieron la casa. Los de la asociación andaban escasos de fondos. La adquirió un constructor de Tropea, un ricachón, un tipo listo. Se dedicaba a comprar barato para rehabilitar y luego vender caro. Un buen negociante. Dejaron la casa casi en los cimientos, patas arriba, tiraron todo, la vaciaron por entero y luego la reconstruyeron. Ella se ocupó de la limpieza una vez terminada la obra, menuda paliza se dio. Como nadie parecía tener interés en comprarla, la pusieron en alquiler, para turistas extranjeros como nosotros, claro está. Tampoco tuvieron mucho éxito.

Guardó silencio, un silencio incómodo, miró furtivamente a los lados para cerciorarse de que nadie nos escuchaba y con un rápido bisbiseo me dijo que la casa estaba maldita. No imagino qué expresión llegué a poner ante esa tajante y absurda afirmación, pero debió de ser la cara de un gilipollas. Así explicaba ella por qué era una ganga.

Luego intentó suavizar sus palabras, no era nada preocupante, señaló, nada tenía

que ver con nosotros, era cosa de los que antes vivieron allí; tenían, cómo decirlo, mal fario, mala sombra. Con nuestra llegada todo sería distinto, éramos ángeles, limpiaríamos el ambiente con nuestra presencia. Timorata, casi asustada, buscó algo en uno de los bolsillos de su mandil y luego puso en mi mano un pequeño relicario de plástico con una cuerdecita verde para colgarlo. Dentro tenía una estampita de San Francisco de Asís y otra de Santa Ana, ambas con una pequeña oración en el reverso.

Cambiando por completo la voz, haciéndola más cantarina, como las de las viejas en misa, me recitó una de ellas de memoria, sin respirar, mirando implorante al alto techo: «*O benedetta fra le madri, gloriosa Sant'Anna che aveste per figliola a voi soggetta ed obediante la Madre di Dio, ammiro la altezza di vostra elezione... A Gesù, a Maria ed a voi consacro tutta la mia vitta... Voi ottenetemi che passi per me santa e degna del paradiso. Così sia. Amen*».

«¡Amén!», respondí a su cantinela sin saber bien dónde mirar.

«Póngaselo —me rogó—, le protegeré a usted y a los suyos, son tan bonitos sus pequeñines, tan bella su mujer». Me recomendó que no saliéramos a pasear por la playa después de oscurecer, que aquél era un paraje demasiado tenebroso y solitario para gente como nosotros. Apuró la segunda taza de té y la cuarta copa de licor, seguramente con la sensación de haber hablado y bebido demasiado. Levantándose me dio las gracias casi con una reverencia; tomó mis manos y agitándolas con fuerza, mirándome a los ojos, dijo en dialecto (en ese extraño tono que había empleado durante la oración): «¡*Annáta dé núci, annáta de cruci!*», algo así como «año de nueces, año de cruces». Dándose la vuelta añadió: «Y este año hemos tenido ¡tantas!, tantas, ¡demasiadas!; cuídense mucho, hasta mañana».

Quedé perplejo ante la riqueza, la simplicidad y la complejidad de aquel personaje. No soy supersticioso pero colgué la estampita del cuello y estúpidamente me sentí mucho más tranquilo.

Cenamos en la terraza, a la luz del ocaso y las velas. Los críos dormían ya. La noche estaba magnífica, e hicimos largamente el amor bajo las primeras estrellas. Luego le conté a Mayuca mi conversación con Titina, por supuesto desde un punto de vista cómico, divertido, escenificando los pormenores, haciéndola reír con mis grotescos gestos, con mis imitaciones vocales. Más tarde, decidí revelarle mi secreto. Estaba impaciente por hacerlo.

Fuimos a ver a los niños, estuvimos un rato allí, mirándolos, escuchando sus acompasadas y mansas respiraciones. Besamos en sus labios los fragantes e intactos alientos pueriles sintiéndonos felices, inmensamente felices de tenerlos a nuestro lado, sanos, bellos, a salvo de todo.

Saqué el libro del cajón por tercera vez y se lo entregué a Mayuca como si pudiera quemarse al tocarlo. Ella no sintió ninguna aprensión al tomarlo en sus manos pero sí una profunda tristeza, una melancolía infinita y también infundada. Se

excitó tanto o más que yo ante el descubrimiento. Mientras lo iba hojeando le conté los detalles del hallazgo.

Aquella misma noche, hasta bien entrada la madrugada, nos pusimos a leerlo, a intentar leerlo. No era fácil. Resultaba muy complejo desentrañar las palabras; aunque el discurso parecía fluido y casi siempre coherente, el tiempo y la mano de su autor lo habían protegido de curiosos (como nosotros) haciéndolo casi ininteligible. Nos trabábamos constantemente, balbuceábamos leyendo el uno al otro diferentes pasajes elegidos al azar. Descifrarlo no iba a resultar sencillo, en absoluto. De algo estábamos seguros, allí dentro, nítidamente expuestos a pesar de la dificultad de su lectura, se guardaban muchas de esas emociones y pensamientos que resulta difícil leer hasta en nosotros mismos. Era como mirar un paisaje complejísimo a través de un vidrio empañado.

Gracias a ese inusitado cuaderno, el proceso quedaba invertido, aseguró Mayuca.

Él, Víctor, había escrito cientos de miles de caracteres tal vez para nada, para nadie, excepto para él mismo. Eso parecía, y no se deja olvidada una obra semejante a no ser que se quiera perder de vista, a no ser que se quiera olvidar para siempre todo su contenido; cada una de las palabras y la existencia en ellas archivada. Abandonar ese diario, esas páginas profundamente impregnadas de vida, era algo así como un suicidio. Podía haberlo quemado, haberlo enterrado o tirado al mar.

Probablemente quien lo escribió esperaba que alguien como nosotros lo encontrara, que alguien leyera cada página escuchando dentro sus palabras. «Este hallazgo invierte el proceso —insistió Mayuca—. Él escribió miles de palabras para nada y tú no tienes nada que escribir, necesitas un impulso, una sublime inspiración que tal vez —dijo— esté ahora entre tus manos. Debes descifrarlo, reescribirlo, reinventarlo, buscar entre sus páginas hasta donde tu corazón se niegue, indagar en cada palabra, en cada letra, en cada duda, en cada silencio blanco. Rara vez —me besó tiernamente mientras lo decía—, rara vez se nos permite leer algo así, leer algo por primera vez y, tal vez, en el preciso lugar en el que fue escrito, rodeados de la misma materia, de los mismos objetos de su entorno, de los mismos lugares, en la misma casa aunque ya no sea la misma, en el mismo escenario en el que fue concebido el sentimiento. Tienes en tus manos duros meses de trabajo y quién sabe si un buen libro. No será enteramente tuyo, pero ¿qué autor es por entero dueño de lo que escribe?, ¿qué escritor no ha bebido de las palabras de los otros? Al fin y al cabo todos saciáis vuestra sed lamiendo veintitantas cochinas letras».

Casi me había convencido a pesar de mis muchas dudas al respecto. Hacer aquello, apoderarme de esos diarios para mi propia creación, me parecía indecente, una obscenidad sutil y mezquina, algo de algún modo peligroso. Pero mi paleta de colorear palabras estaba seca, necesitaba algo, un impulso. «¿Y si lo consigo? Imagina que logro transcribirlo, adaptarlo, ordenarlo, reinventarlo, como tú dices, y

llega a publicarse. En ese caso, ¿y si el tal Víctor Próspero reconoce entre las páginas del libro su propia vida, sus propias palabras, sus reflexiones, sus dudas y sus temores, sus amores o desamores? ¿Qué pasaría entonces?».».

Dos días después nos pusimos manos a la obra.

Dividimos el trabajo por la mitad, y multiplicamos las manos y los ojos, ésa era una de las condiciones, hacerlo juntos. Luchar unidos contra las palabras ilegibles, contra los párrafos eclipsados, contra las letras pálidas, descolocadas o borrosas, contra las tachaduras y las incongruencias, contra las contradicciones y la tortuosa caligrafía. Todo ello sin posible desencuentro, sin desatender a nuestros hijos ni nuestros placeres. La otra condición era que una vez terminado el trabajo, si lo lográbamos, si llegábamos a conseguir traducir, calcar, aclarar y encadenar todo aquello y darle una forma coherente, antes de publicarlo intentaríamos localizar a su autor. Buscaríamos al señor Próspero. Para empezar, decidimos poner un anuncio semanal en varios periódicos locales y nacionales. Un mensaje escueto y directo que salía publicado cada viernes en las páginas de anuncios por palabras:

«Trovato in Amantea quaderno di cuoio nero sotto sigle v. p. Si prega al signor Víctor Próspero o qualsiasi familiare o conoscente di metersi in contatto urgente coi numeri...».

Trabajamos durante seis largos meses en aquel escrito y nadie reclamó ni una sola de las palabras que guardaba. Nadie en todo ese tiempo se puso en contacto con nosotros.

Lo que descubrimos en su interior fue creciendo dentro de nosotros como nuestras propias vidas, acaparando nuestro ánimo y atención hasta atraparnos completamente, definitivamente. Titina venía temprano cada mañana y se iba al atardecer. Se ocupaba de las faenas de casa con alegría, le pagábamos una enormidad comparado con el salario que solía conseguir en otras casas. Ya sólo lo hacía para nosotros. Cuidaba de los niños con verdadera maña, con esmero. Traía con ella a sus pequeños, algo que encantaba especialmente a Alina. Junto a sus nuevos compañeros de juegos pasaba la jornada correteando por la playa o por un ala de la casa, la que estaba abierta a su infantil algarabía.

Mayuca y yo permanecíamos gran parte del día y de la noche encerrados en el improvisado estudio, rodeados por montañas de papeles, diccionarios, libros. Trabajábamos por turnos o a la vez, en dos ordenadores. Como dos egiptólogos ante un gigantesco jeroglífico, fascinados en los símbolos, en las letras cada vez más claras, en las palabras que iban tomando fuerza y sentido. Al final de cada jornada, pasábamos a papel todo lo escrito, bien despejado y legible, por creerlo cierto, real, arrebatándoselo a la irreal pantalla del ordenador. Mayuca se ocupó de todo lo redactado en francés. Acabó pronto, no era mucho para su eficacia. Yo me dediqué a traducir y transcribir del italiano. Nos repartíamos la faena en castellano. Era tan

absorbente que decidimos establecer turnos. Alternábamos tareas, especialmente los niños y el libro, con férrea disciplina, incluso clavamos en el corcho de la pared un cuadrante que solíamos respetar. Dormíamos poco, es cierto, pero estábamos tan despiertos, teníamos tal entusiasmo, que merecía la pena la falta de sueño. El duro trabajo nos mantenía despabilados, más unidos que nunca. Nos amábamos generosamente, follábamos entre signos y letras, sobre sinónimos y antónimos, con un repertorio de besos y caricias absolutamente inédito, cada día renovado. Estábamos radiantes, espléndidos, en nuestra nueva vida.

Así pasó todo agosto, y septiembre y gran parte de octubre. Cuando se fue acercando el momento de tornar, esa realidad se había convertido en una posibilidad imposible, en algo ridículo. Nuestra vida en España sencillamente no existía, no permitíamos que nada del pasado irrumpiera en nuestra chispeante existencia apagándola, entorpeciéndola. Nuestra única preocupación, aparte de la meticulosa labor que nos tenía ocupados, era el dinero, ver cómo la cuenta corriente iba menguando, si no alarmantemente sí mucho más de lo previsto. Estaba claro que lo nuestro no era la economía.

Mi inquietud aumentaba al pensar que mía, lo que se dice mía, no había escrito una sola línea. Mis deberes estaban no ya atrasados, sino absolutamente olvidados. Cada vez que un leve halo de desmoralización o cansancio asomaba en mis ojos, Mayuca se ocupaba de sofocarlo con amor, inteligencia y, por encima de todo, con una absoluta confianza en mí, en nosotros, en lo que estábamos haciendo, aunque tantas veces pudiera parecer una locura sin sentido.

Nos propusimos no dilapidar, reducir los gastos al máximo para poder seguir adelante con nuestra extraña aventura vital y literaria. Renovamos el contrato de alquiler. Alargamos nuestra estancia durante todo un año. La mitad italiana de mi sangre cada vez tiraba más de mí.

Reímos y lloramos juntos con los testimonios de V. P. Pero no fue hasta terminar la ardua labor, cuando la densidad de aquel extraño texto nos inundó dejándonos completamente desfallecidos. Empleamos cerca de seis meses en dar por concluida la primera parte de nuestra misión. Durante la restauración, habíamos bruñado cada letra hasta dejarla reluciente, cada palabra, haciendo aparecer las que se habían borrado por estar escritas a lápiz o enmohecidas por la infiltración del tiempo, la sal y la humedad. Habíamos esculpido cada página hasta darle de nuevo forma y esplendor. El cuaderno entero estaba transcrito y traducido al castellano. Todo, tal y como había decidido su ignoto autor, quedaba recogido en cuatro partes: «El día», «El atardecer», «La noche» y «El amanecer». No fue hasta mucho tiempo después cuando nos percatamos de que aquella partición de los pasajes de su discurso estaba inspirada por cuatro estatuas de la Capella dei Medici, en Florencia. Cuando la impresora escupió la última de las doscientas cincuenta y cuatro páginas en limpio, caímos derrotados.

Recogimos la habitación, pusimos todo en orden, llenamos cinco bolsas de basura (de las grandes) con todo el papel sobrante, con los desechos de aquella historia. Luego, ceremoniosamente, como guardan los curas sus sacros aperos en el Sagrario, guardamos nosotros el cuaderno y las tres copias en papel A-4 en el mismo cajón del que había salido. En el que fue oculto y hallado. Sin llegar a leer lo escrito, con solemnidad, cerramos con llave la puerta del estudio por período indefinido.

Decidimos tomarnos un imprescindible y absoluto descanso, aparcar al menos durante un par de semanas la trama que nos consumía, que nos había absorbido durante más de ciento ochenta días.

Como privilegiados cíngaros, recorrimos toda la costa que rodea la punta de la bota en el Rover, sin privarnos de nada, parando aquí y allá. En Pizzo, en Tropea, en Bova Marina, en Marina de Cantazaro, así hasta Ciro Marina, desde allí tornamos por el interior cruzando las altas montañas de la región, espectacularmente hermosa, subiendo a San Giovanni in Fiore y bajando hasta Rogliano. Durante esas tres semanas no volvimos a pensar en el diario de Próspero, ni siquiera lo mencionamos, aunque la impaciencia por regresar y leer la obra completa y traducida era cada vez más evidente. Tanto los niños como nosotros necesitábamos retomar la tranquilidad del hogar.

Al llegar a casa, mientras nos dábamos un erótico y reparador baño en el *jacuzzi*, Mayuca pronunció las palabras mágicas: «¡Llegó la hora! Es su turno, señor escritor —me dijo—. Ahora te toca a ti, y ya puedes hacerlo bien, no alcanzo a imaginar otra vida que no sea ésta. Me temo que el dinero no va a durar eternamente y al ritmo que llevamos podemos acabar viviendo como mendigos. Escribe tu novela y envíasela cuanto antes a Patricia». Se refería a mi editora.

No lo decía con agobio sino con humor, con una sutil ironía, con la absoluta seguridad de que no cabía la posibilidad de la ruina. Segura de que su marido conseguiría sacar de un huevo una gallina, o de un huevo otro huevo. «Como esas muñecas rusas —me dijo—, ese libro encierra otro libro más conciso y éste a su vez, otro. Tienes los cimientos de una buena historia, acábala. Inventa o investiga, da igual. Condensa, aglomera, abrevia, sintetiza las palabras de Víctor y únelas a las tuyas. Métete en su alma, sé él durante un tiempo. Desde esta noche, no debes hacer otra cosa que no sea escribir y amarme de vez en cuando, claro. Al menos una vez al día. —Rió—. Titina y yo nos ocuparemos de todo lo demás. No debes preocuparte por nada. Llama hoy mismo a Pat y tranquilízala, dile que todo va bien, que pronto tendrá sobre su mesa tu segunda novela. —Todo esto dijo mientras su precioso cuerpo salía de la bañera moteado de espuma azulada—. ¡Ah!, por cierto —añadió mientras envolvía el pelo en una toalla—, dile que vaya preparando un talón con muchos, muchos ceros, uno detrás de otro».

Esa tarde comenzamos a repasar el resultado de nuestro atrevimiento. Así

transcurrieron varias tardes de limonada, sosiego y lectura, hasta saltar a la última página, hasta releer todas y cada una de las palabras que había escrito Víctor Próspero. Terminamos casi a un tiempo, y el *shock* fue tremendo. Durante la faena traduciendo, transcribiendo, pasando a limpio el confuso original, no habíamos llegado a darnos cuenta de lo que verdaderamente encerraba aquella doliente memoria.

Corrieron lentos los largos meses de complejas deducciones, de indagaciones infructuosas o fructíferas, de intuiciones del alma o del cerebro. De penoso, desesperado y loco quehacer. También me sentí cómplice; también la farsa, la apropiación de hechos, palabras y sentimientos, llegó a divertirme. Algunos fragmentos los omití deliberadamente, otros, después de novelarlos, fueron añadidos. Gran parte de lo escrito por Víctor Próspero se había perdido para siempre. Lo que no encontré fue deducido o inventado, algunas voces tuve que acallarlas, a otras las hice hablar a gritos. Lo más sorprendente fue ir encontrando en mi memoria reminiscencias de una vida que en absoluto me pertenecía, su vida. La mía, de algún modo, empezó a ser suya en el momento en que hallé su diario, para siempre. Aun totalmente opuestos, la música de nuestros destinos sonaba perfectamente acompañada, aunque yo fuera una cara del disco y él la otra. Al terminar fui consciente, entre nosotros quedaba un templado afecto, una rarísima intimidad. Partes de él, de alguien tal vez ficticio, habían quedado dentro de mí, en algún lugar, indelebles, mejorándome o haciéndome mucho mal. Era el precio exigido. Me enamoré de él, de su historia, y durante un prolongado período quedé enteramente a su merced.

En los albores del verano de 1995 el trabajo estaba listo. Mayuca fue la primera en leerlo. Apenas dijo nada, no emitió ningún juicio, ni una valoración, sencillamente me dio las gracias con un dulcísimo beso y salió de la habitación llorando quedamente.

Regresamos a España sin avisar a nadie. El 4 de agosto, a las once en punto de la mañana, lo puse sobre la mesa de Patricia. «Aquí tienes el libro, espero que te guste», le dije. Como le había prometido, el primer pago de la deuda quedaba saldado justo un año después. Le aclaré que no era exactamente una novela, pero suponía que tendría el suficiente interés. En principio nada le conté del cuaderno con el que había tropezado en el fondo de un cajón, nada de las extrañas circunstancias que rodearon la creación.

Seis días después me llamó entusiasmada, lo publicarían de inmediato.

Y así llegamos a esta singular obra. No he querido desvelar más detalles de los necesarios sobre ella, sobre la trama o la peculiar personalidad de su creador, de quien realmente la concibió. Sería violar el relato, la incógnita sobre unos sucesos y

una vida cuando menos desconcertantes. Eso lo deben juzgar ustedes. Mi aportación ha sido humilde, todo o casi todo estaba redactado. Como les decía, me he permitido reformar algunas páginas, algunos párrafos, algunas líneas, añadir o quitar algunas palabras, señalar algunas fechas por dar conexión y continuidad temporal a los títulos, por aclarar en qué momento fueron escritos los folios que siguen. Me pareció lícito completar o narrar lo ininteligible, lo deshecho, partiendo o basándome en deducciones más que en absolutas certezas. Ésa fue mi penitencia y tal vez ése haya sido mi único pecado.

Una vez concluido el trabajo, no me arrepentí en absoluto de haberlo llevado a cabo. Dejé de sentirme culpable. No me he apropiado de nada, todo le pertenece a él, sea quien sea, esté donde esté. Y estoy dispuesto a entregárselo si lo reclama.

Ahora siento que ésta ha sido una buena labor, una labor si cabe arqueológica.

Levanté las tapas de cuero y cartón del sarcófago, soplé las cenizas que, en su interior, envolvían las hojas dormidas, escarbé entre los polvorientos vocablos grabados en ellas. Retiré los vendajes que mantenían presos a los personajes, liberé sus bocas momificadas, para que pudieran expresar con apagada voz su leyenda. Gracias a nuestro descubrimiento, la fábula pudo ser contada y esa voz, esas voces condenadas al eterno silencio, fueron cobrando brillo para narrar unos hechos sorprendentes. Desde hoy, podrán ser oídas por todo aquel que quiera escucharlas.

Vaya pues mi infinito reconocimiento y respeto para él, para su verdadero autor, Víctor Próspero, repito, esté donde esté. Vivo o muerto.

También todo mi agradecimiento a Mayuca, sin su aliento y su ternura habría sido imposible llevar a cabo este quimérico proyecto. Gracias por su inestimable ayuda y su total colaboración. Si no creyera en mí con la fe ciega con que lo hace, jamás hubiera podido sacarlo adelante. Por ello, entre otras muchas cosas, la amo imperecederamente, sin retóricas. También quiero dedicar el libro, si me lo permiten, a mis hijos, Alina y Andrea, que colman esa parte de mi corazón que rige sobre el deseo de vivir. Son la única y verdadera certeza del Amor, así, con mayúsculas. Mirándolos, viéndolos crecer mientras crecía este libro, escuchándolos, olfateándolos, encontré la fuerza necesaria para no derrumbarme ante el vacío que produce escribir.

Y cómo no, por encima de todo y de todos, vuela mi sincera gratitud hasta ese torpe mercader de los viajes, ese fenomenal incompetente de la agencia (sin duda un enviado celestial), que con su error cambió para siempre nuestro destino.

AMANTEA, 1990

PRIMERA PARTE

Il Giorno

EN LA ESQUINA DE ORIENTE Y SPERANZA

17 de febrero de 1990 (sábado de Carnaval)

¿Cómo decirte lo que siento?, cómo decirte que todo es un tiempo detenido en el tiempo detenido, una razón privada de razón, un sentimiento muerto, disecado, baldío, un estorbo, una indigestión de silencio...

Quedó el vacío. Un vacío inmenso, hueco, acaparador de todo. Lento, sinuoso y mirón. Pasaba y pasa todavía, rodeándome, dejando su estela de dolor fosforescente. Y en ese círculo me hallo. Calado hasta el alma de silencio. Muy, muy callado, temeroso de mí, del inútil recuerdo, de la absurda vida. Intentando esquivar las afiladas respuestas que llegan y se clavan sin hacer una sola pregunta. ¿Para qué saber? ¿Para qué conocer el lugar exacto? Allí quedó la puerta cerrada, la nada, la negación más absoluta, la rara eutanasia de los días perdidos. La muerte inesperada me persigue. De nuevo está cerca. Ahora no puedo verla, pero sé que me espera brillantando oscuros erizos de mar, vigilando desde la gran roca. Al otro lado, la imposibilidad, el saludo secreto e imposible, todo cuanto no escribiré, ni soñaré, ni viviré, ni moriré a tu lado.

En la esquina de Oriente y Speranza, guardando cola bajo la lluvia, buscando cuatro paredes en las que colgar razones para volver a vivir. Un tiempo nuevo. Esperando despertar, borrar la pesadilla, dejar atrás el delirio, mientras camino hacia el definitivo desencuentro empapado en lágrimas. En la fila de los despojados y sus despojos.

Hace ya mucho que siento así. Mentiría si dijera que he olvidado, nunca se olvida, sólo se guarda bien. Y enciendes velas de colores y barritas de incienso, y apagas estrellas y certeros pasados e inciertos futuros. Te rompes confundido al alba y remiendas cielo y corazón al caer el sol. Y otra noche de noche, en el gélido vacío de las sábanas, cubierto de plumas y silencio. Esperando con los ojos abiertos, escribiendo en la oscuridad con el penúltimo cigarrillo, Amantea.

Roza la playa una brisa que huele a ti. Viene de lejos, de muy lejos. Es un aroma apenas perceptible. Olfateo la arena, las piedras, la espuma, las algas, las huellas más pequeñas, y las destrozo, borro cualquier pista que pueda conducirme al lugar en que sepulté la memoria. Me arrastro olisqueando agitadamente, jadeando, amnésico, ridículo, babeante, amamantándome en la amarga y blanca estela de las olas, con la sal y la arena entre los dientes. Y sigo buscándote sin reconocer que te busco, aunque ya no existas, como buscaba viajar a la Luna en la más infantil de mis fantasías. Quiero escuchar tu voz al otro lado, pero no tengo teléfono, ni palabras con que responder si lo tuviera.

¿Pronto?...

No imaginaba que llegarían meses tan extraños, doce tan largos, como doce más y como otros doce, cargados de infinitas semanas, de interminables y desordenados días. Lo veía tan lejano. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, mil, diez mil, un millón de años. ¿Cómo puedo seguir así? Tan a ras de suelo. Me preguntaba entonces qué vendría después de ti, no imaginaba que fuera tan largo, ni que fuera esto. Este velar absurdo, como el perro que espera ignorante del tiempo de la espera.

EN LA TERRAZA FRENTE AL MAR

Domingo, 18 de febrero de 1990

He conseguido la casa. Es una vivienda de la Asociación de Marineros de Italia, muy económica. Sólo se ofertaban tres o cuatro y están muy solicitadas. La he logrado gracias a Diego, un hombre de mar y sangre española. Hemos estado charlando en la fila, mientras esperábamos junto a otras quince personas; yo para solicitar morada, él para pagar su alquiler. Vive justo en la de al lado, pared con pared. Debe de tener bastante influencia aquí, ya que, a un gesto suyo, la casa ha sido para mi. Imagino que querría escoger bien a su nuevo vecino. Le he caído simpático, aún no sé por qué.

No tengo mucho dinero, la cuenta estaba casi a cero; entre la furgoneta que compré y después de pagar lo del primer mes y la fianza, apenas quedan dos millones de liras. Con eso tendré que vivir los próximos meses, hasta que sea capaz de encontrar un empleo o pintar algo decente, algo que se pueda vender, que alguien quiera comprar.

Diego me asegura que las otras casas no son tan hermosas ni están tan próximas al mar. Queda un poco alejada, más allá del *lungomare*^[1], donde la playa se va estrechando y la arena se pierde en las escolleras. Desde la ventana que hay encima del lavabo, veo el Monasterio de las Clarisas, arriba en la colina, y más arriba aún el castillo y la torre. Tiene algunos muebles, los justos. Un dormitorio con un gran armario, un cuarto de baño con ducha y una cocina muy completa, con un fogón de leña y otro de gas. También un salón amplio y luminoso, con un enorme ventanal que da a una terraza, frente al Tirreno, casi encima del agua. Es blanca y añil, muy acogedora, estaremos bien en ella.

Hoy que mar adentro hay tempestad, la fuerza de las olas me salpica; fíjate si estará cerca de la orilla. Es como vivir en la proa de una nave varada, inmensa e inmóvil.

Diego me ha dado una calurosa bienvenida. Para celebrarlo hemos tomado una botella de buen vino con percebes y mejillones hervidos. Los ha cogido él mismo, en los acantilados, arriesgándose entre golpe y golpe de mar; «ahora hay más que antes —dice—, pero sigue siendo muy peligroso arrancarlos de las rocas». Es regordete y casi calvo, de piel morena; el poco pelo que le queda y el bigote son de un blanco inmarcesible. Tiene cara de ángel, de ángel niño o anciano, no lo sé. Me cuenta que es un «espectro», que murió hace tiempo, pero que ha de seguir aquí hasta que regrese su sobrino.

Se llama Daniello, o se llamaba. Hace tiempo salió con los hombres a «faenar» y no regresó. Diego cree que el chaval está vivo, férreamente, con la misma fuerza con

que yo pretendo que sigues a mi lado. Temo que el pequeño Daniello juega cada tarde con los hijos que no llegamos a tener, mientras tú les vigilas atentamente.

EN LA GRAN ROCA (ESCOLLERA DE CORECA)

Viernes, 23 de febrero de 1990

Espero y busco, sin querer buscar o esperar.

He pasado los últimos días instalándome, limpiándolo todo, abriendo cajas, colocando libros, colgando cuadros y ropa, ordenando el caos que suele acompañarme.

Hoy me he levantado muy temprano, aún no había amanecido. Con la primera luz, he caminado hasta el centro. He recorrido la playa sin prisa, muy despacio, arrastrando los pies desnudos, observando el mar a cada paso, el pueblo y el altozano por el que asciende. A medida que el sol, a duras penas, salía tras las colinas, todo lo ha invadido una insólita luminosidad azulada y gris, encantada y medieval. El cielo está muy cubierto, huele a ozono, habrá tormenta. He esperado a que abrieran las tiendas tomando un café, luego he comprado toallas, trapos de cocina, unas botellas de vino, tabaco y cerillas. También algo de fruta y un hermoso pescado que esta noche cenaré con Diego.

Me ha echado una gran mano, sus dos grandes y encallecidas manos. Es un hombre fuerte, de edad indefinida, reconfortante. Estar a su lado me serena. Hacía tiempo que no conseguía soportar a nadie más de dos minutos. Su compañía parece un buen remedio, veremos. También tú me ayudas. Lentamente, muy lentamente, me voy convenciendo de que estás. ¿Estás?

Esta mañana te he oído trastear en el baño, canturreabas algo muy familiar, casi me ha sobresaltado tu presencia. Después, los primeros truenos me han traído hasta aquí. He subido a Coreca, a la gran roca... a recordar..., a contemplar..., a ser la piedra, a sentir fuerte, cercana y sin miedo la poderosa tormenta. Las olas, abajo, rompen con tal fuerza que el mundo se sobrecoge y tiembla en cada envite. Apenas puedo escribir, se empapan en las hojas las palabras, se deslizan en lágrimas negras, sollozan malogradas y amargas. Me costará leerte lo que ahora escribo...

He pasado más de una hora bajo la tempestad, es tan extremadamente intensa que me ha obligado a regresar. Estoy completamente calado. Frente a la chimenea, mi cuerpo desnudo parece evaporarse. Tiemblo y retomo lo escrito sobre el oscuro peñón, sin hojas ni pluma, sólo deseo. Deseo.

Codicia de garabatearme en ti, de escribir y borrar con mis dedos sobre ti, sobre la piel y la boca. De acariciar la «b» alrededor de tus pechos, o dibujar una larguísima «i» a lo largo de tus brazos, una «a» en cada axila, una «s» entre tus piernas, generosas, abiertas, impacientes... Dibujar con miel el contorno de tus labios

y lamerlos tiernamente; lamer lento en la boca entreabierta, en los ojos entreabiertos, en todas las embocaduras entreabiertas de tu cuerpo...

Escribir las letras de tu nombre en el aire empañado, en el aura que te envuelve. Deletrearlo despacio en tu aliento, como un único, conciso y erótico abecedario de amor,

«A... m... a... n... t... e... a»...

(Lent et douloureux)

Y entrecortar susurros en el vaho que exhala tu silencio, unir mi lengua a la seda de tu lengua, redoblar, rebuscar, jugar con ella en el instante eterno, ahogarme en la dulce sal de tu saliva, agonizar de placer en tu abundancia, morir con el sabor de tu mar en cada beso, todo o nada..., todo o nada..., tus ojos cerrándose, tu ojos, desnudando mis pestañas, soñando conmigo sin olvido, olvidando en mí, sobre mí... en la entrega y en la huida. Tú, penetrándome lenta, moviendo lento, lento apenas, las caderas...

(Lent et triste)

Tus dedos arremolinan despacio mi cabello, escribiendo lentos signos, tu voz se ahoga lenta y para siempre en mi garganta, y besa en mi beso tu jugoso sexo, y saborea embriagada el lagrimoso néctar, y mitiga la congoja de mi alma el gesto suave de tus nalgas, de tus rodillas, de tus pies... y en mis entrañas murmuras palabras que sólo tú podrías decir, las que tantas veces escuché a tu lado. Sueño que un lentísimo roce te estremece como ahora me estremece tu recuerdo. Y nada más, nada más...

(Lent et grave)

Nunca es casi todo y siempre no existe. Llega la convulsión, el amargo sollozo, el estregón definitivo del frustrante y efímero placer. La liturgia del semen salpicándome, quemándome, entrecortado y generoso, como nuestros jadeos de entonces. Un palpito escalofriante, doloroso, aterrador, rompe con estrépito tu liviana presencia. Quedo de nuevo aislado, enloquecido en la soledad de tu desierto. Y no puedo detener el llanto, no puedo...

Créeme. Quisiera morir, ¡pero soy tan cobarde!

FUERA DE MÍ, DE TODO

Lunes, 26 de febrero de 1990

Ha venido Diego a despertarme, muy temprano, excesivamente temprano. Estaba preocupado, pensó que me había tragado la borrasca. Parece que el sol quiere salir; tímidamente asoma entre las nubes azabaches. Llevo tres días en la cama, en un absurdo duermevela, encogido de angustia y tedio, aterido por un solemne frío. He fumado mucho, mucho hachís, y he bebido dos o tres botellas de vino. La dorada apesta en la nevera que dejé mal cerrada; un fétido olor a pescado podrido que no llego a percibir y que a Diego le ha resultado insoportable.

Qué dulce es a pesar de su rudeza.

Me ha preparado una amarga pero reconfortante infusión de hinojo, boldo, salvia y manzanilla; también un puré de zanahorias y patatas. Me ha obligado literalmente a comer, rebañando con la cuchara en las comisuras de mis labios, como si fuera un niño. Luego ha pelado y troceado una manzana, que ha rociado con el jugo de medio limón y una cucharada de miel. Sus dedos regordetes lo hacen todo con destreza, precisa y delicadamente. Se mueve sigiloso de acá para allá, apartando cualquier contrariedad con la redondeada quilla de su cuerpo. Parece mentira que se mueva con tanta agilidad, que tenga tanta habilidad para todo.

No ha querido ser indiscreto, no ha preguntado nada sobre mi lamentable estado. Me ha mirado ásperamente, sin atreverse a juzgar, indagar o recriminar. Después ha metido en una bolsa de basura el pescado que no llegamos a comer, ha aireado la habitación y ha limpiado y recogido todo. Antes de salir me ha hablado duramente, con impaciente desvelo, con molesta compasión. Como lo haría un capitán a su torpe grumete. «Así —me ha dicho— no llegará el día». Debo tener todo a punto para tu regreso, siempre.

«Si no estás atento la vida se queda en los vaivenes, en las horas incógnitas, en los dolores triviales que matan, en la marejada de añoranzas que niega cualquier posibilidad a la belleza. Si quieres que la vida traiga el encuentro, espéralo seguro, sereno y confiado, entre lo que tal vez fue y lo que probablemente será. Debes allanar la senda, arar la orilla del mar, dejar en el paisaje señales inequívocas para que Ella encuentre el camino. La vida es lo que hacemos, lo que esperamos, también lo que no supimos hacer. A veces en cuerpo, a veces en Alma». Algo así vino a decir, en otras palabras, claro.

Tras su aparente simpleza, se esconde un tipo enigmáticamente complejo.

«Ella» eres tú. Como ves, aunque no sabe bien quién eres, está convencido de que en cualquier momento subirás haciendo crujir la escalera y llamarás a la puerta. Aún no he querido decirle que muchas veces te tengo aquí, a mi lado. Aún no he querido decirle que jamás regresarás. Y que aunque lo hicieras...

La idea de perderte de nuevo me provoca náuseas.

Diego se ha ido, pero vendrá más tarde a por mí. Quiere llevarme al mercado esta mañana. ¡Qué buen día se ha puesto!, apenas quedan nubes en el cielo, el mar está en calma, balanceándose hacia el norte, brillando. Titilando entre el violeta y el verde. «Hace ya mucho que sentí esas cosas —le he dicho—, he de olvidar». No volveré a pensar hoy en el pasado. Aún siento el alcohol inflamando mis venas.

Intento escribir mientras camino. Arrastro los pies con desgabo entre los restos del carnaval pasado por agua. Al parecer, este año el agua ha fastidiado la fiesta. Grandes y pequeños andan todavía perdidos, pobremente enmascarados. Disfrazados con todo aquello que han encontrado en los baúles de las abuelas, en los altillos de las casas. Paseo junto a Diego ante los puestos del mercado, aún aturdido, cegado por tanta y tan inesperada luz. Ensimismado en el ocre papel, intentando domar las letras y las líneas que luchan por torcerse. Jamás me separo de este cuaderno, aquél que me regalaste en Rizzoli. Querría haber escrito en él delicados versos para ti, y ¡ya ves!, voy llenando el blanco abismo con este padecer oscuro y viscoso. Puede que un día, si llegas a leerlo, te parezca el absurdo glosario de un dolor absurdo, tal vez ya incomprendible, ¡pero qué mío fue!, qué mío es ahora, todavía. Pondrás a las palabras una voz extraña, la voz de un cínico o un loco entre el infierno y el paraíso. Aunque sea grueso y mi escritura siga siendo diminuta, sólo dará para mal contar una mala vida. Cuando lo abro, resopla como un animal; su aliento de tinta y papel es el aliento de una bestia. La vida respira conmigo en estas páginas. Una vida sin ti, llena de ti.

Tengo metido en la cabeza el segundo movimiento de la sonata número nueve de Beethoven. He pasado estos días escuchándolo una y otra vez. Todo alrededor parece moverse a ese ritmo. Machacona y amargamente.

Diego habla a mi lado sin parar, pero no le escucho. Imagino que platica sobre cardos, rábanos y berros, sobre pescados salvajes, manzanas doradas y uvas sicilianas o españolas, sobre quesos frescos y curados. Pero no le escucho, no quiero escucharle.

Todo me aburre poderosamente.

Esto no es precisamente Porta Pórtese. Es una lonja amplia y pausada, un mercadillo lánguido y pintoresco junto a unos lavaderos, a las afueras. Cada martes el mismo sereno trajín. Los comerciantes bajan desde los barrios de la ciudad, también llegan de algunos pueblos cercanos, de Aiello Cálabro, de Longobardi, de Grimaldi. Por unas horas, el zoco se llena de gente, sabores y aromas que parecen sacados de otro tiempo. Aquí se vende de todo, pero sobre todo una infinidad de ricos productos

del mar y las cosechas. El rumor del trapicheo y los regateos silencia el de las olas. No soporto el ruido. Quisiera tomar apuntes para un cuadro, poder pintar silencioso todo este detestable griterío.

Llegué a Aman tea movido por el azar y por tu nombre; Amantea.

Sólo por eso.

Roma me empujaba, me oprimía, se hacía insoportable sin ti. Una mañana llamé al trabajo y me despedí, sin más. Vendí la moto y con lo que me dieron compré una vieja furgoneta Volkswagen. Empaqueté todo y dejé nuestra casa del Vicolo della Volpe^[2]. Allí dejé al loco *delle mille lire*^[3]. Mientras cerraba el portón, por una vez, el viejo no pidió nada, sólo sonrió lacónicamente, como intuyendo que me iba muy lejos y para siempre, que no volveríamos a vernos. Puse un billete de cien mil en la mano de aquel pobre perturbado y crucé por última vez Ponte Sisto. Dejé atrás el Trastévere y cinco años de tu vida y de la mía. Roma se fue perdiendo en el retrovisor, difuminándose muy despacio.

Conduje durante horas siguiendo la costa hacia el sur, hasta caer aquí, en el empeine de esta bota gigantesca. Buscando olvidar la última patada. Al pie de la colina, frente al mar, dejaría arder mi rescoldo, me consumiría en una turba de horas lentas y amargas, hasta apagarme, hasta ser sólo ceniza...

Hacía mucho que la vida había perdido su escaso sentido, y yo cerca estuve de perderla tras tu inesperada huida. Casi sentí la paz que conlleva dejar de sentir. En el umbral de la muerte hay un instante, un «lugar» plácido. Llegué a sentirlo. ¿Será por eso que los perros se revuelcan lujuriosamente en ella cuando la olfatean?

Tal vez un día pueda yo retozar serenamente con esa injusta desconocida. La muerte, más poderosa que Dios, que todas las palabras, que todos los deseos. El umbrío límite de todo, el regreso y la partida, el tiempo muerto. Antes, negándola, la vida: sol, mar, clamor y luz, blanca nieve, arena blanca, tus blancos muslos, tus pechos blancos...

Pero he dicho que hoy no volvería a pensar ni escribir sobre el pasado, ¿no? Compraré puerros, uvas y sardinas. Compensaré a Diego por la velada perdida en mis estúpidas lamentaciones.

Érase una vez...

DENTRO DEL LABERINTO

28 de febrero de 1990. Miércoles por la tarde

Bebieron y charlaron hasta muy tarde. Diego y ese que dice ser yo.

Todo le aburre, todo le parece vano y pasajero, nada le produce alegría. ¡Qué tristeza! ¿Pero qué es lo que esperaba entonces? ¿Acaso la vida puede retomarse cuando está definitivamente perdida? No, claro que no. Los tipos como yo, como él, no sirven para nada en este mundo, sólo generan desconcierto, apestan. Exhalan el insoportable tufo de la desesperanza, ahuyentan a la humanidad embrutecida y conforme. Su gesto, incluso cuando sonrío, denota un sofisticado cinismo, su mirada dice que no es feliz ni lo será nunca, que la vida para él es un sibilino fastidio, hasta cuando no debiera serlo. Hace ver claramente a los demás que no existe la felicidad. Ni la que les contaron ni la que soñaron, incomodándoles, obligándoles a mirar y reconocer el infinito tedio de sus vacías existencias. Sus ojos marchitan la idea de la vida. Y los demás se apartan o fingen no entenderle o le desprecian. Nadie perdona la incapacidad de vivir, nadie quiere que le recuerden que la vida no tiene el más mínimo sentido. Aunque lo sepan o lo intuyan. Prefieren asumir la cobardía, adaptarse a la vulgaridad. Prefieren no ver ni ser vistos mirando al otro lado, seguir ocultos en sus miserias, ocupados en sus pequeñas vanidades, en sus templadas debilidades. En las adocenadas concesiones de la colmena.

Je chante à la lune!, esa que ya sonrío triste mientras cae la tarde.

Por allá arriba, ¿sabes?, pasaron doce hombres. Nos miraron desde allí y no vieron nada salvo una esfera azur que no debería llamarse Tierra sino Agua. A sólo unos miles de metros dejamos de existir, nuestras prepotentes ciudades se convierten en manchas y desaparecen los pueblos, los colegios y las universidades, los hospitales, los cuarteles y las fábricas, los caminos, las carreteras, las autopistas. Todo se difumina entre lo húmedo y lo seco, en el paisaje límpido que las nubes dejan entrever. El ser humano es pura carcoma.

Crecí triste como casi todos los niños, más que todos los niños. Y como a todos, los que ya habían olvidado que algún día lo fueron estuvieron empeñados en hacerme creer que era feliz. Aunque poco o nada hicieran por otorgarme ese don. Sin ningún oficio, con terca desgana, con burdos engaños o consuelos, con muy poca convicción. A los niños se les impone la felicidad por decreto, se les supone obligadamente dichosos. Como si no existiera otra posibilidad, como si en el alma niña no cupiera la desdicha.

Mirando la Luna una tristísima noche de verano, comprendí hasta qué punto era insignificante, y hasta qué punto estaba y estaría solo. Tenía diez años, en la

madrugada del sábado 20 de julio de 1969, cuando los astronautas del *Apolo 11* consiguieron alunizar con éxito en el Mar de la Tranquilidad. Neil Armstrong daba «un pequeño paso para el hombre», que no sería lo suficientemente grande para buena parte de la incrédula humanidad. Le acompañaban Edwin Aldrin, con quien pasó veintiún horas sobre la superficie, y Michael Collins, que les esperó dando vueltas todo ese tiempo, ¡solo!, alrededor del satélite.

Lo vi en el teleclub de mi pueblo, abierto excepcionalmente para la ocasión. Era todo un acontecimiento en la monótona y, entonces, apesadumbrada vida de Navalperal. Mi padre, a pesar del infinito abatimiento que arrastraba, me sacó de la cama fingiendo excitación. Tal vez por romper el luto, por apartar durante unas horas el dolor. Me envolvió en una manta y me llevó en brazos hasta el bar en el que ya estaban reunidos algunos hombres del pueblo. En España, eran más de las cuatro de la mañana.

«Al ser humano le fascinan más unos fuegos artificiales que el espectáculo que brindan todas las estrellas» leí en alguna parte... Ya lo sabía.

Tal vez esa noche fui consciente de cuanto acababa de suceder. En calzoncillos y camiseta, sentado en una silla de formica y con un Cola Cao en las manos, contemplé fascinado cómo el astronauta, con su voluminoso traje espacial blanco y su escafandra, descendía por la escalerilla y daba saltitos sobre la ceniza blanca y gris. Aún recuerdo la voz entrecortada y chillona del locutor: «Está abandonando el módulo lunar..., mueve el pie, lo separa de la escalerilla..., está tocando la superficie de la Luna... Se llama Neil Armstrong, un nombre para la historia... La superficie parece muy compacta... Señoras y señores, ¡qué emoción!». Realmente fue emocionante. No se veía ni se oía muy bien, pero no importaba, yo era el único niño que estaba allí, despierto de madrugada. Un ser invisible para los que, entre porfías, asustados e incrédulos, presenciaban el histórico momento.

Salí a la calle y miré sobrecogido al cielo. La Luna llena refulgía como nunca rodeada por un halo dorado; no acertaba a comprender cómo habían conseguido llegar allí sin chocar con ninguna estrella. Pensé en mis hermanos, la esfera blanca se empañó en mi mirada. En ese momento preciso, solo, medio desnudo y descalzo en mitad de la calle, mirando arriba, muy arriba, noté que el estómago se encogía, que me dolía la barriga. Sentí mucho frío y miedo, un miedo terrible de no sé qué, de estar vivo, de ser niño, de la noche, de estar allí. Miedo por todo lo acontecido, por todos los días y los sucesos recientes y los que aún habrían de venir. Fue una nueva y macabra premonición.

Amaneció el domingo con una densa niebla cubriéndolo todo. Lloviznaba.

Mi madre, de ternura y salud muy quebradizas, había enfermado definitivamente de pena, de amargura, de silencio y repugnancia. No es que hablara mucho, pero durante cuatro días, incapaz de vencer el *shock*, no había pronunciado una sola

palabra. Ya antes solía esquivarme, pero, desde lo de mis hermanos, me evitaba desahogadamente, sin disimular mínimamente su desprecio.

Pasaba a mi lado sin mirarme, sin rozarme, procurando no acercarse a mí y que tampoco yo lo hiciera.

Aquella mañana, como cada mañana, salió bien temprano a ordeñar las vacas, a echar pienso a las gallinas, a dar las sobras a los cochinos. Todos dormíamos aún. De resentimientos, sufrimientos y angustias desmedidas, se le debió quebrar el alma mientras rompía el día. Y cuando desfalleció entre la piara, nadie había para socorrerla. En su desmayo, cayó de bruces sobre el fango y la mierda. Los hambrientos cerdos engulleron las sobras que madre les llevaba y luego empezaron a devorarla a ella. Cuando se disipó la bruma y la encontraron, aún estaba medio viva, pero ya nada se pudo hacer.

La llevaron a Ávila y murió por el camino.

Yo me levanté tarde aquel día, no llegué a verla ni volví a hacerlo nunca más.

Mi madre, que en vida era algo muy lejano, se me pegó tras la muerte como el alquitrán. Me abrazó su muerte, revelándome todo el vacío que me había dado y todo el que había dejado. Todo el asco que su presencia y su ausencia rae habían producido. Todos sus aullidos y sus silencios, guardados a lo largo de diez años, comenzaron a tronar en mi cabeza. Su parquedad, su falta de cariño. Su malhadada presencia, como un fantasma, aparecía cada noche en mis pesadillas haciéndome arrumacos, cantándome nanas, acariciando mi frente con sus manos gélidas.

No pude lamentar ni dejar de lamentar su muerte. No lo consideré un dolor exactamente, el verdadero sufrimiento ya lo había sentido días atrás. Sólo se acrecentó ese pavor ácido y desordenado, esa confusión. Como cuando despiertas del infierno y las manos siguen tocándote, agarrándote. Cuando tras despabilar, la aterradora alucinación persiste, haciendo del mal sueño algo más real que la propia mala vida...

El forense remendó como pudo su cuerpo y recibió sepultura el lunes veintidós.

La enterraron junto a mis hermanos. Con ellos y con mi madre, aquella tarde, sepultaron la inocencia o lo que quedaba de ella. Jamás podría quitarme de encima una desabrida y pesada losa de culpabilidad. Me guardé todos los pecados, toda esa culpa y un miedo áspero, indeleble. Sentía el alma como las manos después de jugar a las chapas en la arena, sucia y reseca. Descubrí de golpe, en apenas una semana, que el mundo era muy pequeño (incluso se podía escapar de él en un cohete), que la vida es muy frágil y que puede ser inmensamente breve.

Poco después llegó el llanto, el llanto verdadero. Por todo. Derramé muchas lágrimas en el exilio de mi habitación, pero nadie me vio llorar. Unos días más tarde mi padre me compró una bicicleta, casi tan hermosa como la de Irene.

De aquel pequeño ya no queda nada. Tampoco queda nada de mí. Aunque entre

Dios y mi madre me condenaran para siempre a ser y no ser niño.

Me veo ahí sentado charlando con Diego y me pregunto de qué hablarán. Quizá del vacío, de un vacío inmenso, hueco, acaparador de todo, como el que quedó aquel día.

No tan grande como el que dejaste tú, Amantea.

Desazón...

Ay, madre, aún te siento dentro, en el vientre, en mi vientre. No en el tuyo.

Desgarrándome, haciéndome sentir todo el asco, todo el injustificable rencor que te consumía. Me malpariste, me escupiste al mundo tiznado de sangre sucia, de sucia y absurda rabia. Esa materia exangüe e indeleble, que nadie se molestó en limpiar. Madre iracunda, madre perra, no rae faltó la leche agria de tus pechos, pero ¡qué hambruna me dejaste de ternura!

Más ocupada en tus miserias que en mi bienestar, en tu narcisista tragedia que en mi diminuta vida, me abandonaste al insensato azar de la locura. A la perversa tiranía de la congoja. Me negaste el don de ser un niño cuando era sólo un niño. Es milagroso que hoy no sea un oscuro demente, que no esté más loco de lo que estoy. Es un prodigio que haya conseguido vivir y amar; amar y vivir, a pesar tuyo...

Aún lo siento dentro, en mi vientre, no dentro de tu vientre. Provocándome severos retorcijones de miedo y dolor, de angustia infinita. Aún me arrebató el ciclón de tu cruel desesperanza, de tu insinceridad, de tu inconsciencia. No te culpo por ello, no quiero juzgarte a estas alturas. Tus perturbadas razones tendrías; ni siquiera te odio. Por fortuna, toda tu inquina me hizo inmune a ese repugnante sentimiento.

A cambio de tus delirios, me empeñé en la sensatez. A cambio de tus chillidos desgarradores, me ocupé en el silencio. A cambio de tu ansia, quise alistarme en la serenidad. A cambio de tu terca prepotencia, decidí militar en la verdadera humildad. A cambio de tu sequedad, me volqué en la ternura. ¿Ves?, no lo hiciste tan mal.

¡Pero cuánto me costó destilar y descomponer tanta diabólica demencia!

Mientras tú te empeñabas en hacer mala tu vida, en emponzoñar las nuestras con tu cólera, yo iba aprendiendo la verdadera dimensión de tu amenaza, de tu desprecio, de tus insatisfacciones, de tu hipocondría, de tus letales venenos. Yo iba tomando la medida exacta a esa sibilina maldad que heredaste, Dios sabe dónde o de quién, y que corría por tus venas con más fuerza que la sangre.

No quedó un tiempo en que añorarte. Tampoco tú tuviste tiempo para hacerme sentir simplemente un niño, sólo eso, tu hijo pequeño. No pude guardar nada de ti, excepto el buen silencio que dejaste con tu muerte. En vida, no le diste ocasión ni ganas de ti a mi nostalgia, y ahora no te recuerda más allá de lo inevitable. Ni la defunción llegó a su debido tiempo, era ya demasiado tarde. Ya estábamos todos

malheridos, hambrientos de paz, con la vida lisiada por los malos días de tu mala vida. Eso sí que lo recuerdo, claramente. A tu infernal existencia le puso fin aquella mala muerte.

Me duele pensar en todo esto.

No quiero remover el poso de rencor que quedó en el fondo, no quiero enturbiarme la sangre. Pero he de dejarlo en el aire, silenciosamente, de vez en cuando, para que no me mate...

Tormento...

Anoche soñé que perdía a mi hijo, a nuestro hijo. Pero no era la muerte quien me lo hurtaba, sino la vida. Todo el tiempo equívoco, mal vivido. Tú ya no estabas, ya no estás en los peores ni en los mejores sueños. Sucedió que el chaval atravesaba la puerta y no me reconocía; ni yo era capaz de reconocerlo. ¿Imaginas? Ya era otro, otra persona. Yo lo esperaba ansioso por abrazarlo, por recibirlo en mis brazos y lanzarlo al aire, y volverlo a coger. Por besarlo tiernamente. Había arrastrado los pies ya lo suficiente como para dejar atrás sus pasitos de niño, su sombra de niño. Su rostro, sus ojos, sus manos, su pelo y su sonrisa de niño. Toda aquella espesa, deliciosa y antigua afección, triturada, como papilla de maicena.

Arriba, en su cuarto de niño, sus juguetes esperando sin saber qué esperar y abajo, él, intentando fingir que anhelaba subir a entretenerlos, que me reconocía, que no había crecido ni yo envejecido. Aunque fuera ya imposible disimularlo. «¿Me querrá aún lo suficiente? —me preguntaba yo en el sueño—. ¿Lo bastante como para intentarlo una vez más?».

La pereza se engrandece a mi costa, me detiene, se vuelve para mirarme arrogante, orgullosa de su poder. Es más que pereza, es un lento ir muriendo, un no hacer nada, un no poder hacerlo.

Y así esperaba una y otra vez. Esperaba impotente ese momento. Los años resumidos en días, los días en segundos... La puerta, la mano, el gesto, la pequeña voluntad, el vano intento, el rechazo. Y vuelta a empezar, como en las auténticas pesadillas. Todo el calor de su amor extinguiéndose, y yo impotente, inmóvil, sin poder hacer nada por reavivarlo. ¿Cómo detener el imparables ascenso de la vida? Si hubiera podido estar a su lado... No habría evitado la frustración, las decepciones, pero, cada noche, habría echado a patadas todos los miedos. Cada noche.

Mirando sus ojos era consciente de cuánto había crecido, de cómo había cambiado, y mientras lo miraba, seguía haciéndolo, seguía creciendo, como en un filme diabólicamente acelerado. Y no estuve a su lado para darme cuenta. Perdí de cien todos los minutos, de un millón cada segundo, de una eternidad todas sus horas. Intensas y bellas como las pausadas tardes del estío, como las de esos días que jamás

llegaremos a tener.

Justo antes de despertar, él cierra la puerta, y yo muero del más insufrible desconsuelo. Al abrir los ojos me cercioro. Nada existe, ya no estáis ninguno de los dos. Ni tú ni su posibilidad.

Sucedirá uno de estos días...

EN LA COSTA AZUL (NIZA-PARÍS-NIZA)

Verano de 1984

Desde entonces, desde que, definitivamente, dejé atrás la infancia y su candidez, mi vida puede medirse por las mujeres y amantes que perdí o me perdieron. Una amarga cronología del desengaño y la decepción, todo archivado en un cajón de niebla que flota en el viento. En el «amor» siempre triunfa el que huye. El que se aleja, con o sin dolor, permanece ya por siempre victorioso en la memoria, deseado en el recuerdo. Orgulloso, indiferente y lejano, sigue su camino mientras alguien abraza en silencio la nostalgia. Ése había sido siempre el desenlace en mi escenario.

Hasta Amantea.

La conocí a bordo de un avión, volando de Niza a París.

Por aquel entonces yo vivía allí, en la Costa Azul. Acababa de cumplir veinticinco años. No tenía nada en España, salvo un padre que ya no recordaba ni su nombre (ni siquiera si había vivido o que muy pronto tendría que morir), una novia morena a la que nunca había amado y un futuro acremente incierto y vulgar. Había dejado el bachillerato a medias, como casi todo, andaba perdido y sin un duro, tirando de la pensión de padre y trabajando en lo poco que salía para malvivir. Gracias a un amigo conseguí un empleo en Francia, en un lujoso hotel de cuatro estrellas, Le Méridien Nice. Así marché de inmigrante al país de los galos. Después de trabajar durante meses fregando platos como un auténtico esclavo, pasé a ser camarero. Eso me abrió muchas puertas. Gracias a una clienta complacida conseguí un nuevo empleo, que entonces me pareció excelente.

De todas las sucias tareas que me tocó hacer, la que menos me desagradaba era servir desayunos. Para atender el servicio de habitaciones había que levantarse antes del alba, pero no me importaba. Para compensar los madrugones, dejé de pasar hambre, pues así andaba, literalmente hambriento. Aquello me permitía devorar deliciosos restos, *croissants* y *brioches* con mantequilla y mermelada, quesos y embutidos, café y chocolate caliente. No tenía la sensación de mendigar, simplemente sobrevivía. Además sacaba algunos francos extra gracias a las generosas propinas que me daban algunas clientas, no tan maduras como insatisfechas, para las que yo era el mejor bocado del almuerzo. Casi todos los días terminaba entre las piernas de alguna de ellas; sexo fugaz e intenso en camas anónimas, en preciosas habitaciones numeradas. No resultaba fácil, pero me acostumbré a hacerlo a esas horas de la mañana.

Así, ejerciendo de gigoló de tres al cuarto, conocí a Natalia, una mujer bellísima, diez años mayor que yo, sofisticada, culta, elegante y serena. Con ella fue muy

distinto; se enamoró de mí perdidamente y mantuvimos una larga y azarosa relación. Era jefa de personal de una compañía aérea, Air Liberté, y gracias a ella entré en la empresa como tripulante de cabina de pasajeros. Seguía siendo un camarero, un *azafato*, pero había dejado de arrastrarme servil por el estiércol del diablo, para servir paseando satisfecho por el cielo. Pasé de ser un inmigrante español de mierda a convertirme en un extranjero más respetable, casi un ciudadano francés. Tenía un contrato legal e indefinido y un sueldo digno. Natalia me alquiló, por un precio simbólico, un precioso apartamento que tenía frente al mar en Antibes, a unos kilómetros del aeropuerto por la autopista. Gracias a ella pude comprar un coche y ropa decente, retomar los estudios, aprender a hablar y escribir correctamente francés e inglés. Comencé a pintar en serio.

Ella me convenció de ser artista, realmente yo desconocía mis capacidades hasta que ella se empeñó en mostrármelas. Además de ser una amante ardiente y deliciosa, Natalia fue mi mecenas, un estímulo permanente, benefactora y maestra privada del arte, el amor, la vida y la belleza, y yo fui su alumno más aventajado. No la amaba, en absoluto, pero por una vez todo iba bien, muy bien.

Esa mañana estuve a punto de no ir a trabajar. Tenía un catarro tremendo, y la cabina presurizada podía ser una tortura para mis oídos y mi cabeza. No me apetecía nada volar, pero aún menos quedarme todo el día en la cama con Natalia. Estaba deprimido y diluviaba. Conduje hasta el aeropuerto con absoluta y febril desgana. Luego, la misma rutina de siempre, el encuentro con el resto de la tripulación en «firmas», el *briefing*, la furgoneta hasta el avión, dejar todo listo para recibir y acomodar el pasaje con la mejor sonrisa. Preparar más de un centenar de cafés, calentar los hornos, comprobar los carros y las bandejas con los desayunos, armar las rampas, asegurar la cabina.

No me fijé en ella en el momento del embarque, ni siquiera la vi. Sentado en el transportín, mientras rodábamos hacia la cabecera de pista, me arrepentí de no haberme quedado en casa, de no estar cobijado entre los brazos y las piernas de Natalia, mirando llover a través de la ventana. La cabeza me estallaba, me ardía la frente, me dolía la garganta, moqueaba cada vez más ostensiblemente y me lloraban los ojos. No podía sentirme peor. Despegamos a las ocho y un minuto de la mañana, dando bandazos entre el viento cruzado y turbulento. Nada más replegarse el tren, el sobrecargo pidió autorización al comandante para comenzar el trabajo. Desabroché el cinturón de seguridad y recorrí torpemente el pasillo hasta el *galley* de cola, tropezando con los reposabrazos, con las piernas de los pasajeros. Mientras, con gesto sereno y la mejor sonrisa, intentaba calmarles, borrar el mal disimulado terror de sus rostros.

Unos minutos después habíamos salido de las nubes y el sol entró cegador por las ventanillas del lado izquierdo. El siseante ronroneo de los motores se atenuó, el

avión, un MD-80, trepaba sereno hacia el nivel de crucero mientras servíamos las bandejas, todo quedó en calma. En poco más de una hora aterrizaríamos en París; tomé un analgésico y aspiré con fuerza un inhalador balsámico, mentolado. Me sentí mejor, pero aún quedaban cuatro «saltos» para regresar a Niza y terminar la jornada.

Fui ofreciendo más café y té a los ciento setenta y dos pasajeros, uno por uno, íbamos completos. Entonces la vi. Estaba sentada en la última fila, junto a la ventanilla, acurrucada bajo una manta y con la tristísima mirada perdida en el cielo, en las infinitas nubes ocho mil metros más abajo. La miré fascinado, aquella luz y mi fiebre le daban una dimensión divina. Como un vivido recuerdo imaginado un millón de veces, como la imagen de un sueño familiar, dorado, secreto, guardado siempre, soñado siempre, tan vasto como irrealizable, de los que no se explican por leyes conocidas. Cerré los ojos lentamente y volví a abrirlos para convencerme de que aquella inesperada visión era cierta. Repentinamente me invadió una extraña zozobra, un terrible vértigo. Padecía el síndrome de Stendhal, sufría una angustiosa sobredosis de belleza. Me sentí ridículo intentando atenderla; mis manos retorcían tímidas el borde del delantal cuando le pregunté si deseaba algo. Era yo quien ya la deseaba con toda mi sangre. Volvió su mirada hacia mí y todo se confundió aún más en ese irreparable instante. Sentí que el frío y la tristeza, de improviso, afligían mi alma, algo que jamás, hasta entonces, me había infundido una mujer.

Una nada inmensa había crecido a mi alrededor desde el día en que vi la luz, como una tortura del destino. Un vacío enorme, devorador, palpable, casi visible, útil tal vez para lo oscuro. Algo, una mezcla de apatía y ansiedad, un desesperado escepticismo hacia todo que no podía reprimir, sin comienzo ni fin, sin posibilidad de éxito o derrota. Simplemente estaba, me acompañaba enmarañándose, creciendo, creciendo, hasta el preciso segundo en que la vi por primera vez. En ese instante, todo cobró sentido. Entré en una nueva dimensión.

Como el corredor que se detiene justo antes de alcanzar la meta, mi desprevenido corazón cayó exhausto. Herido por la soledad y el silencio más antiguos, dejó de marcar sus latidos de vida. Algún maleducado me empujó impaciente, intentando alcanzar a toda costa la *toilette*, y me desvanecí. Todos los pensamientos, todos los sentimientos pasaron por mi mente, se arremolinaron en esos segundos incógnitos que me parecieron todo un reino de eternidad. Deliraba. Tenía más de cuarenta de fiebre.

Desperté muy aturdido, completamente desorientado. Estaba en lo que parecía un enorme despacho, tumbado en uno de los sofás de las oficinas de la compañía, en Orly. Había perdido el sentido de la realidad, del tiempo. Podían haber pasado dos o cien horas, uno o mil días, aquél podía ser mi cuerpo o el de otra persona. No sentía apenas nada, excepto esa pavorosa ácida que tantas veces había experimentado a lo largo de mi vida. A medida que iba despabilando, fui consciente de hasta qué punto

me dolía la cabeza. Me explotaban la frente y las sienes. También me dolía considerablemente el pecho y la tráquea, tenía la nariz tan taponada que apenas podía respirar. Alguien me había arropado con una de esas mantitas que se entregan a los pasajeros (no era de Air Liberté, sino de Quantas, roja y muy suave). Las persianas estaban medio echadas. A través de las baldillas entreabiertas, se filtraba esa luz perfecta que reverbera en las plataformas de estacionamiento de los aviones. En las terminales, en las pistas, la luz se engrandece. Realza la belleza de los aeroplanos, los hace aún más bellos y majestuosos. De día, se acicala la vigorosa luz del sol para ellos. Al tramontano, los altos focos, las lucecitas blancas, verdes, rojas y azules, a ras de suelo, hacen postrarse a las tinieblas, oscurecen y revelan la noche. Me gustan los aeropuertos y los aeroplanos, siempre me han gustado. Casi tanto como los trenes.

Tuve que pensar largo rato antes de conseguir incorporarme, recordar en qué consistía esa maniobra, cómo se debía llevar a cabo el tomar impulso y levantarse.

Cuando lo conseguí noté que la habitación flotaba, que todo giraba lentamente. Vomité sobre la moqueta. La puerta se abrió, alguien acudía a la llamada de mis bascas. Levanté la cabeza un instante, el tiempo preciso para verla. Era una joven mórbida, de pelo corto y despeinado, regordeta, muy bella a pesar de su indudable fealdad. Vestía el uniforme del personal de tierra. Colocó una cubitera en el suelo para que vomitara en ella. Muy solícita, se acuclilló a mi lado y me puso la mano en la frente, con ternura, susurrándome que estuviera tranquilo. Cuando las náuseas fueron remitiendo, me obligó literalmente a tumbarme de nuevo, colocó un cojín bajo mi nuca y me tendió una bolsa para el mareo, de las que llevamos siempre a bordo, dentro del respaldo de cada asiento. Mientras me preparaba una infusión, le rogué que levantara un poco las persianas, que dejara entrar algo más de luz. Lo hizo de inmediato.

Casi atardecía. Con una mano me tendió un vasito de plástico con un té, una bolsita de Lipton rojo y una rodaja de limón; con la otra, dos pastillas blancas. Luego, sin contemplaciones, me metió el termómetro en la boca. La destemplanza había remitido, sólo tenía unas décimas. Me contó que llevaba allí acostado todo el día, dormitando agitadamente, entre convulsiones y temblores. Me había atendido uno de los médicos de guardia en el aeropuerto. No era nada grave, me tranquilizó, una mala gripe con demasiada fiebre, una calentura altísima que me había provocado delirios y alucinaciones. Yo no sabía a qué se refería, no recordaba nada excepto aquel rostro vislumbrado justo antes de perder el sentido.

Mi tripulación ya habría terminado la jornada después de aterrizar en Niza, y yo debería pasar la noche en París, en el hotel en que solíamos pernoctar. Ya que me encontraba mejor podría ir hasta allí en un taxi o en la última ruta de la compañía, le sugerí.

Llamé a Natalia para contárselo. Mientras hablaba con ella no pude evitar sentir

que la estaba traicionando, qué estúpido. Sólo podía pensar en esa mujer, en esa bellísima mujer del avión. Era peor que una simple traición erótica, la inquietud era inmensa, jamás había deseado con tanta intensidad. Y no era sólo sexo lo que deseaba. Tenía que encontrarla, volver a verla, hablar con ella, mirarla aunque fuera una vez más. Impaciente por cortar la conversación, inventé una excusa absurda, que Natalia debió atribuir a mi malestar, a la fiebre. Intenté tranquilizarla: al día siguiente estaría de regreso; tomaría el primer avión de la mañana, iría a por la baja y me metería con ella en la cama durante unos días. Eso le dije, pero mi aturdida mente buscaba ya estrategias para encontrar a la pasajera desconocida. Nada más colgar, con excitación, pregunté a mi servicial compañera por ella, por la chica de la última fila. Me miró entre desconcertada y divertida, como los adultos miran a los niños cuando no entienden lo que dicen. Sin duda, también atribuyó aquella pregunta idiota a mis febriles desvaríos. Me sentí ridículo. ¿Qué iba a saber ella?, ¿qué podía saber nadie?

La idea de llevar a cabo mis pesquisas hizo impacientarse a mi impaciencia. Tenía que salir de allí, cuanto antes. Poco a poco iba sintiéndome mejor. Conseguí incorporarme a pesar del mareo y la terca oposición de mi acompañante. La idea se repetía: escapar de allí a toda costa. Sin justificación alguna, me sentí claustrofóbico, atrapado, secuestrado por aquella improvisada y oronda enfermera vestida de azul. Pero su férrea barrera defensiva fue inquebrantable. Era una mujer fuerte y yo estaba exhausto. Una y otra vez me tomó por los hombros hasta hacerme sentar de nuevo en el sillón, repitiéndome que el doctor no tardaría en llegar, que no podría irme de allí antes de que me viera. Acabó vencióndome. Tras la rendición, le rogué que me trajera un zumo y algo de comer, sentía un terrible vacío en el estómago. Servicial y sonriente, salió de la habitación segura de que no me saltaría las reglas. Al poco regresó con un sándwich de jamón york, con el zumo y con el médico. Éste me auscultó durante varios minutos, me tomó la temperatura, la presión y el pulso, metió un depresor de madera en mi garganta, miró debajo de mis párpados y me palpó el vientre detenidamente. Tras una completa exploración determinó que el gripazo duraría dos o tres días, aunque al menos estaría una semana convaleciente, sentenció. Me recetó algunas medicinas asegurándome que no servirían para nada, salvo para aliviar los peores síntomas. También expidió un indecifrado informe y un certificado para que pudiera solicitar la baja médica. Una vez hubo concluido, me tomé el alta voluntaria e indiscutible. Les di las gracias por todo cuanto habían hecho por mí, me disculpé por tantas molestias y pregunté a la azafata si aún podía alcanzar la ruta hasta la ciudad. Debíamos apresurarnos. La chica, caminando muy estirada delante de mí, como una guía turística, me condujo por pasillos y ascensores de sobra conocidos, hasta una de las furgonetas de la compañía, la misma que había tomado cien veces.

Durante el trayecto hasta el hotel, mientras charlaba con desinterés con los

colegas que acababan de tomar tierra, fui trazando un plan para encontrarla. Al día siguiente, en Niza, revisaría uno por uno todos los resguardos de las tarjetas de embarque. Ella estaría en la lista del pasaje de aquel vuelo; su nombre tenía que estar allí, averiguaría su apellido, tal vez algún teléfono, y una cosa traería la otra, así hasta dar con su dirección. Luego, pensé, le escribiría una carta, algo claro y conciso para no asustarla. Intentaría evitar que pensara que yo era uno de esos perturbados. Nada más llegar a la habitación, después de darme una buena ducha, me puse a borrar una tras otra decenas de hojas de seda con el membrete del Hotel des Allevès...

«No sé quién eres, no sé nada de ti. Te escribo en un acto delirante, casi inevitable. Mi nombre es Víctor. Apenas tuviste tiempo de verme el otro día, mientras volabas de Niza a París. Iba a atenderte cuando caí desplomado por la fiebre (no era nada, sólo un trancazo), también me noqueó el impacto que supuso contemplarte. ¿Recuerdas? ¿Has oído hablar del síndrome de Stendhal? Yo soy ese lerdito azafato que se desmayó ante ti, que se desplomó ante tu belleza. Lo juro, es absolutamente cierto. Sin saber, has encendido la luz, has abierto las ventanas, has allanado el camino, has coloreado los apagados colores de mi alma, has dado a sus recónditos grises tonalidades antes impensables. Toma un respiro, no te sobresaltes.

»Nada puedo perder, pues nada tengo o espero de ti. Sin embargo, mientras lees, ya estarás especulando sobre quién pudo escribir esto, estarás intentando recordar, examinando las palabras, analizando la letra. Estarás preguntándote por mí, imaginándome, y ése será ya un gran triunfo, mi primer gran triunfo en tu impensable conquista. Estarás pensando en mí, por primera vez. No me veas como un chiflado, aunque pueda parecerlo. Espera un poco. Es un sentimiento poderoso, créeme, muy poderoso. Jamás me había sucedido. Me sorprende tanto como a ti te estará sorprendiendo leer esta carta. Perdona mis arrebatadas palabras. Intentaré explicarte.

»Hasta ayer, mi vida había transcurrido sumida en una inexplicable nostalgia. De naufragio en naufragio. Cuando miré tus ojos, mi inaccesible corazón supo el motivo de tanta melancolía. Estaba esperando el momento de encontrarte. Tras largos años cautivo del desamor, del escepticismo, nada más verte, se desató en un fortísimo latido, una de esas taquicardias que nos conmueven, que nos provocan una dulcísima ansiedad. Había estado perseverando desde quién sabe cuándo, paciente, yo tampoco sabía por qué. Pero ahora estoy seguro, era por ti. Mi corazón y yo hemos vivido sólo para encontrarte.

»No soy un loco, ni un idiota, simplemente soy sincero. Un osado tal vez, un inconsciente al confesarte todo esto. Pero ¿qué puedo perder?, ¿cuánto puedo a cambio conquistar? Si pensara que es posible, si creyera en ello, diría sin duda que me he enamorado de ti. Sin más razón o sinrazón, sin más sentido o sinsentido. Te deseo como jamás he deseado. Lo sé, es absurdo, ni siquiera sé si realmente existes. Te he mirado sólo durante unos segundos, ni siquiera recuerdo lo que vi. Tal vez sólo seas el fruto de un delirio, una preciosa imagen fugaz, invertida y virtual, posiblemente inventada. Tal vez sólo te imaginé allí, junto a la ventanilla. Puedo equivocarme, claro. Pero hoy sé que todo el «amor» que he conocido, todo el que he sentido, era exactamente nada. Por ello te escribo ahora, por eso lleno el papel y el cielo de palabras que tal vez no escucharás. ¿Habrás leído hasta aquí?, qué dulce incertidumbre.

»En este preciso instante todo se resume en ti, todo nace y muere en ti, en el sueño imposible de encontrarte, de tenerte. No temas nada, no permitas que el temor o la desconfianza te dobleguen, deja que la curiosidad te permita conocerme. Sólo eso te pido, un breve encuentro. Si lo deseas. Vernos, charlar un rato tomando un café.

»Sé que no son buenos tiempos para las palabras, para estas palabras, que la gente no va por ahí escribiendo cosas así a desconocidos y que los que lo hacen suelen ser cretinos o perversos, o ambas cosas a la vez. Sé que no es habitual recibir una carta con tan inexplicables sentimientos, en tan impulsivos términos. Sé que no entra en la lógica, siendo un extraño, decir a una mujer que la amas, así, sin más. Pero es imprescindible hacerlo, tengo que escribirlo, hacértelo saber. Que sepas que estas cosas suceden, que pueden suceder, fuera de las páginas de los libros, de las pantallas de los cines. Tal vez estas líneas te conmuevan y a la vez muevan algún misterioso resorte, tal vez desencadenen tu curiosidad y aceptes frecuentarme. Abajo te dejo mi dirección y mi número de teléfono. Si estás dispuesta a indagar, llámame, llama cuanto antes.

»No tardes.

»El tiempo, ya sabes, pasa excesivamente rápido. Desde que te vi, desfila dejándome la vida extraña, vaciándose de días y noches apropiadas para amarnos...

»Es un consuelo y un desconsuelo saber y soñar que existes. Ojalá aceptes y pronto, muy pronto, inevitablemente, se crucen nuestras vidas.

»Con profundo desazón y respeto, Víctor Próspero».

Me sentí satisfecho. Aquélla era la carta apropiada, al menos eso me pareció en ese instante. La metí en un sobre y la guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta del uniforme. Ahora sólo faltaba conocer el nombre y la dirección de su destinataria. Pero eso lo conseguiría, claro que lo haría. Pensando en esto me dormí agotado y mucho más tranquilo. Avisé en la recepción para que me despertaran a las siete. Desayunaría rápidamente y llegaría a tiempo para tomar el vuelo de las ocho y media de la mañana. Una hora después, estaría en Niza, buscando respuestas entre las listas de pasaje del día anterior.

Y exactamente eso hice, pero sin demasiado éxito.

Regresé cómodamente en cabina y, nada más aterrizar, corrí al departamento correspondiente. El individuo que llevaba el asunto, un perfecto imbécil, no me permitió acceder a toda la información. Eso me pareció. Puso todas las pegas posibles. Lo de conseguir el número de teléfono era imposible, subrayó tajantemente, los datos confidenciales quedaban protegidos. En cualquier caso nada era fácil. «Si al menos hubiera pagado con tarjeta de crédito», dijo justificándose. Pero ella lo había hecho en efectivo.

Lo único que saqué en claro fue una inicial y un apellido. Y que el billete era de ida y vuelta; había regresado esa misma noche. No había dormido en París. Pensé los motivos de aquel fugaz viaje. Tal vez fue a encontrarse con su amante o simplemente por cuestiones de negocios, o era rica y había ido de compras. Quizá al entierro de un familiar.

Seguro que era italiana, A. Panucci. Después de pedir y entregar la baja, fui barajando nombres mientras conducía hasta casa. ¿Antonia?, ¿Adriana?, ¿Alexandra? Ninguno encajaba en mis deseos. Cuando llegué, sobre las once, Natalia salía del apartamento. Se entretuvo un rato conmigo, justo el tiempo para hacerme el amor como si hiciera meses que no me veía. Era ardiente, muy ardiente. Me dejó en la cama, maltrecho y muy satisfecho. Prometió volver cuanto antes, tenía varias reuniones inaplazables. Pasé el día tumbado, mirando la televisión como un idiota, cabeceando, mirando llover por la ventana.

Por la tarde, sobre las siete, me despertó el teléfono. Era Natalia. Me invitaba a cenar, sólo si me encontraba mejor, claro. Le dije que sí, sin duda estaba mucho mejor y hambriento. Me esperaba a las ocho y media en La Canne à Sucre, había reservado mesa. Tomaríamos una *bouillabaisse* y un buen vino, un Château de Bellet. Lo tenía todo previsto, como siempre. «Apunta la dirección —insistió, temerosa de mi habitual despiste—: Promenade des Anglais, II... ¿Has anotado?».

Recorrí la autopista hasta Niza pensando en la señora o señorita Panucci. Desgraciada o afortunadamente ya no recordaba bien su rostro ni su aspecto. Además cabía la posibilidad de que estuviera casada o tuviera pareja, tal vez hasta estuviera enamorada. Podría ser que fuera lesbiana. «En un par de días —me dije—, estará olvidada por completo, ¡eres un idiota! ¿Pero en qué líos te metes? Natalia es una mujer maravillosa, ¿acaso estás dispuesto a perderla por una desconocida?».

No quise responderme a esa pregunta. Quedó en el aire. Cuando llegué a la ciudad, volví a sentirme mal. Comenzaba a dolerme la cabeza, y con el anochecer, la fiebre estaba subiendo. Había olvidado las medicinas en casa. Como aún tenía tiempo busqué una farmacia. Era demasiado tarde, los comercios estaban cerrando o lo habían hecho ya. Pregunté a un policía. Me indicó dónde podía encontrar una que abría las veinticuatro horas. Estaba en la Rue Massenet, muy cerca del restaurante donde había quedado con Natalia y no muy lejos del hotel en el que había estado esclavizado. Metí el coche en el parking más próximo y fui dando un paseo frente al mar. La calle estaba muy animada para la hora que era, pese a ser un lunes. En la farmacia, tres o cuatro personas esperaban ser atendidas.

Si los embrujamientos son posibles, si caben los hechizos, si es verdad que la providencia juega con nosotros, conjurando nuestros días, dictando los accidentes, para bien y para mal, allí estaba la prueba. Detrás del mostrador, estaba ella. Era ella, A. Panucci, vestida con una bata blanca. La visión fue tan turbadora, tan ficticia, tan inadmisible, que salí del establecimiento completamente despavorido, tembloroso, casi sin aliento. Desde la calle, a escondidas, tras la hilera de coches aparcados, inspeccioné el interior buscando cerciorarme. Era ella, con total certeza. Seguí ahí al menos media hora, vigilando, completamente desquiciado, como si ella pudiera intuir mi consternación, mi azoramiento, como si pudiera presagiar mi curiosidad. Encendiendo un cigarrillo tras otro, dubitativo, sin atreverme a entrar de nuevo en el local. ¿Qué iba a decirle? «Señorita... —¿O señora?—. Señorita, quisiera una caja de aspirinas». ¿Algo similar? Además, había tres dependientas, cabía la posibilidad de que no me atendiera ella. «¡La carta!», pensé. Se había quedado en la chaqueta. ¿Y si Natalia llegara a descubrirla? ¡Natalia!

Perdido en mis vacilaciones, no caí en la hora. Eran cerca de las nueve, y había quedado a las ocho y media con ella. ¿Qué hacer? Sin duda alguna aquel encuentro era una señal que llegaba directamente del cielo. Era el mismísimo Dios quien la enviaba. Más que una señal era un empujón lo que estaba dándome. ¿Por qué razón? Inevitablemente tenía que encontrarme con esa mujer. Los minutos pasaban doblemente veloces y lo peor de todo, A. Panucci era mucho más bella, mucho más adorable de lo que podía recordar, de lo que ya no recordaba. Como un verdadero memo, casi con la nariz pegada al cristal, como un niño en el escaparate de una bombonería o una tienda de juguetes, miraba su ir y venir, completamente ajeno a las

sospechas que mi presencia podía levantar. De hecho, llevaba allí más de media hora, como un pánfilo. Una de las farmacéuticas, la mayor, me señaló comentando algo a su compañera. Por fortuna, no a la bella Panucci. Tenía que entrar de inmediato y comprar algo, un analgésico, un antipirético, tiritas, preservativos... Cualquier cosa menos seguir allí levantando suspicacias. ¿Y si pensaban que yo era un vulgar atracador de farmacias que de un momento a otro entraría cuchillo en mano a pedirles el dinero de la caja? Aún peor, un yonqui ávido de narcóticos, de cualquier sustancia sedante o alucinógena.

Me armé de valor, abrí la puerta y me dirigí al mostrador intentando disimular mi estado de nervios. La más vieja estaba claramente alerta. Imaginé su mano bajo el mostrador, pulsando el botón de emergencia. En unos minutos los gendarmes rodearían el local para detenerme, posiblemente me volarían la cabeza sin más contemplaciones. ¿Deliraba otra vez? Precisamente me atendió ella. En ese momento no había ningún otro cliente, e inevitablemente me convertí en el centro de atención. Eso me pareció. «Buenas noches —dije todo lo serenamente que pude—, necesito aspirinas, tengo fiebre, ¿sabe?, una gripe tremenda». Me sentí absolutamente ridículo. Mi adorada desconocida abrió un cajón, saco una cajita y marcó en la caja. «¿Algo más?», me preguntó sin mirarme a los ojos.

«Sí, a usted, la quiero a usted —pensé contestarle—. Te quiero a ti, absolutamente, lo dejaría todo por estrecharte un instante entre mis brazos, por besar tu boca una sola vez». Pero no dije nada de eso. Balbuceante, acerté a pedir un termómetro. Tenía uno en casa, pero no pensé lo que pedía. La joven, mirando de soslayo a sus compañeras, con cierta sorna, sacó uno de otro cajón, volvió a marcar y volvió a preguntar. «¿Alguna cosa más?». «No», respondí, absolutamente atolondrado. «Son ocho con veinte —me informó metiendo la compra en una bolsita—. Aquí tiene».

Al coger el asa, rocé su piel, muy sutilmente. Aquel insignificante encuentro con su mano tuvo para mí la suficiente intensidad. Supe, sin ningún género de dudas, que aquella mujer, muy pronto, se convertiría en mi mujer.

¿Cómo describirla?

Pensé que su alma y su cuerpo lo contenían todo. Podía estar equivocado, pero también estaba dispuesto a arriesgar, a demostrarme que así era. Los ojos me brincaban en las órbitas a fuerza de mirarla. No me cansaba de hacerlo. ¿Qué mal había en ello? Antes de ella, hasta el encuentro con sus ojos, con otras mujeres, sólo había simulado estar enamorado. Como si no tuviera más remedio, me empeñaba en imitar ciertas palabras, determinados gestos, los que todas esperaban, los veía en los demás cuando aseguraban estarlo. Fingía amar, sin demasiada malicia. Desconocía por completo la grandeza del amor, su seductora belleza. ¡Qué triste había sido mi primera adolescencia!, ¡qué vacía sin ese poderoso sentimiento! Ahora lo sabía.

Saltando de cama en cama, de aventura en aventura, siempre inquieto, insatisfecho. No por los apasionados cuerpos, ni los ardientes deseos que solía colmar, con los que solía consolarme, sino por mí mismo, por mi vacío, mucho más insaciable que todos mis lujuriosos apetitos. Así fue hasta encontrar a Amantea. El Amor vino a mí, alegre y voluptuoso, inesperadamente. Retozando, saltando como un pez inimaginable, como una sirena resbaladiza y deseada. Tembló el cielo y de él cayeron todas las estrellas, lentas, como millones de pétalos brillantes.

Era alta, esbelta y morena, con esto no digo nada. Hay millones de mujeres altas, sinuosas, más o menos bronceadas. Todo en ella parecía moverse lánguida y elegantemente, sus delicadas manos, sus piernas deleitosas, sus refinados pies, su caminar como de niña que se va escondiendo. Sus pechos escasos, lindos, firmes y gozosos, exquisitos, como pastelillos tiernos, coronados por carnales cerezas. Su pelo brillaba como un sol oscuro, meciéndose también con lenta cadencia, enmarcando su pálido rostro de náyade celeste. Caía sobre sus hombros delicadamente, acariciándolos. El primoroso contorno de su cara, tímidamente, buscaba esconderse tras el negro cortinaje.

Cuando recogía su cabello, envuelta en una especie de neblina, nacía la luz, toda la luz de la perfección. Entre los mechones sueltos, deslumbraba el fulgor de sus mejillas, el sereno resplandor de su mirada, el inmarcesible brillo de sus ojos oscuros, las cimbras perfectas de sus cejas, el preciso aleteo de sus pestañas, el incomparable espectáculo de sus pómulos, esculpidos en la carne por alguna deidad. Y sus labios, mórbidos márgenes de la inaccesible dulzura de su boca, de su paladar sedoso, de su aliento de niña cautivada. De sus dientes, como un oropel de adornos immaculados, en una sonrisa serena e immaculadamente nívea. Bajo la almibarada boca, el mentón exacto, cuadrangular, rectilíneo, como esbozado por Giotto, y la barbilla suavemente arqueada, apetecible a los besos. Sus orejas diminutas, perfectas. La frente limpia, precisa. Su cuello eterno, distinguido. Todo en ella era un perfecto deleite para la vista y el espíritu.

Más tarde descubriría que toda ella emanaba una fuerza insondable. Que en la tibieza y el ronroneo de su piel, uno llegaba a perder el sentido, literalmente. Que al aproximarse a ella, al sentir el ardor desmesurado de su abrazo, de sus lujuriosas caricias, al caer entre sus calladas y lúbricas caderas, toda voluntad quedaba anulada. Todo el amor quedaba en nada comparado con el suyo. El alma, entre gemidos, se te salía del pecho y sólo cabía una posibilidad: amarla. Amarla una y mil veces, un millón de vidas. Por toda una eternidad de gestos de amor, de ternuras, lujurias y deseos, sólo para ella. Sin otra posibilidad... Así era Amantea. Así la veía yo y, sin duda, me parece exigua cualquier descripción que pueda hacer de su belleza.

Por supuesto llegué tarde a mi cita con Natalia. Antes de entrar en el restaurante, embadurné mis manos de grasa en los bajos de un coche, las pasé por las ruedas de

otro, y le conté que había pinchado. Fui a lavarme de inmediato, mientras ella pedía otra botella y la carta. Mi actuación fue convincente y, aunque contrariada, quedó completamente satisfecha. Se le pasó pronto el enfado. Me costó tragar la cena, tenía el estómago ocluido por la inquietud adolescente. Llegué en un estado de excitación tal, tan acelerado, que conseguí hacer reír a Natalia con mis torpezas, con mis chácharas, con mi infantil desasosiego. Luego, ya en casa, todo el deseo contenido se satisfizo en su voluptuoso cuerpo, se colmó en su libidinosa forma de amar. Después de un par de horas de ajetreo, en la oscuridad, intenté dormir. Mientras Natalia respiraba complacida y risueña sobre mi pecho, supe que todo había terminado entre ella y yo.

Pasé un par de días en la cama, recuperándome del catarrazo, trazando mi estrategia. Si quería intentar la conquista, debía estar en forma, completamente lúcido. El primer paso en la batalla era enviar la carta. Seguía allí donde la dejé. A punto estuve de abrirla y releerla, y menos mal que no lo hice, pues seguramente no la habría mandado. Me habría parecido cursi y ridícula, presuntuosa e impresentable. Tampoco era posible redactar algo así de nuevo. Escribí en el sobre la dirección: «A. Panucci (Pharmacie de la Paix), 7, Rue Massenet, 06046-Nice».

Bajé a la calle, volé a la oficina de correos y certifiqué la carta. El empleado me aseguró que a la mañana siguiente, a primera hora, llegaría a su destinatario. Regresé a casa impaciente, volado como un chaval de trece años tras dejar en el pupitre de su amada una cándida nota enamorada. Tomé algo para dormir. En la televisión pasaban una vieja película, *Breve encuentro*, de David Lean, y dejé que el somnífero y la trama en blanco y negro incitaran al sueño. Me pareció un argumento muy apropiado para la ocasión, aunque no llegué al final. Dormí más de catorce horas seguidas, profundamente. Natalia se había levantado muy temprano. Un imprevisto la retendría en París, cuestiones de trabajo, y no regresaría hasta el fin de semana. Me tranquilizó encontrar su mensaje en el contestador.

Si la misteriosa A. se atreviera a llamar, podría coger el teléfono tranquilo, hablar con ella sosegadamente. Empecé a sentirme vil, algo mezquino. En cierto modo me arrepentía de mi estúpido comportamiento, pero por otro lado no podía detener mis astutos planes, mis perfectas maquinaciones. ¿Quién podía interferir en aquellos misteriosos designios?

Pasé el día esperando que sonara el teléfono. Por la tarde, en vista de que no se aventuraba a llamar, decidí ir de nuevo a merodear por la farmacia. Compraría un par de cosas, un enjuague bucal, una barra de cacao, un sonajero, ¡yo qué sé!, cualquier cosa con tal de verla de nuevo, de adivinar en su rostro la emoción contenida, la agitación que imaginaba habrían causado mis palabras. Allí estaba, tras el mostrador, inmaculadamente blanca, morena y blanca, como una diosa cubierta por un kimono absurdo. Todo parecía en calma. Algunos clientes, pocos. Ni un atisbo de inquietud

en su despejada mirada, en sus parsimoniosos gestos. Respiré hondo y me armé de valor.

Entré en el establecimiento, tomé de un expositor una crema hidratante, la más cara que tenían, y me dirigí a ella para pagar. Yo iba, como de costumbre, vestido completamente de negro. Pensé que allí, uno frente a otro, creábamos un bellissimo contraste. Hacíamos muy buena pareja. «Son cincuenta francos», me dijo, mirándome a los ojos, sin esquivar mi inquisidora mirada, sin apartarla un instante. Quedé embobado durante unos largos segundos, tal vez un minuto. Ella tampoco parpadeó en ese lapso de tiempo, escrutándome también, imaginé, indagando en mis ojos: «¿Eres tú Víctor Próspero?».

Le pasé la tarjeta de crédito ceremoniosamente, como diciéndole: «Mira el nombre, ahí tienes la respuesta, sí, soy yo quien ya te ama». La sostuvo un instante entre los dedos, acariciándola, acariciando esa posibilidad. «Necesito algún documento de identidad, es por seguridad, ya sabe», se disculpó. Ése era el momento, había llegado. Saqué del bolsillo de mi pantalón el pasaporte, lo abrí y lo puse delante de sus bellísimas narices. Sin apartar mi mirada de la suya, vi cómo leía, cómo comparaba el nombre del documento con el de la tarjeta, cómo tragaba saliva, cómo intentaba disimular el sobresalto. Me lo devolvió sin mirarme. Fue al otro extremo del mostrador y pasó la banda magnética por el lector. Al poco regresó con la facturita que yo debía firmar. Lo hice, escribiendo en el espacio reservado mi nombre, claramente. Miré su rostro, rae pareció aún más bella, terriblemente bella y vulnerable. Entregándole el recibo, decidí romper el embarazoso silencio.

«Imagino que le habrá llegado mi carta», le dije. «Así es», me respondió.

«Créame, no he querido ofenderla, todo lo contrario, es muy difícil de explicar». «No me ha ofendido, en absoluto —habló dulcemente—, sólo estoy confusa, muy confusa. Si lo desea, podemos tomar ese café, charlar un poco», añadió casi suplicante. «Es lo que más deseo, lo único que deseo, ¿le parece bien esta noche?», mis labios temblaron al decirlo. «Termino a las nueve, aquí al lado hay un café, Le Moulin de la Galette, si le parece bien...». Me parecía perfecto, todo me parecía perfecto. «Allí estaré esperando, impaciente», añadí. «Muy bien», dijo, dio media vuelta y desapareció por la trastienda. Quería haberle preguntado cómo se llamaba, qué nombre se escondía tras la «A» y el punto, pero no tuve tiempo. Pronto lo averiguaría.

Llegó puntual, algo ruborizada, buscándome con sus enormes ojos negros. Un sencillo vestido de gasa cubría su perfección, haciéndola aún más deseable. Le hice una seña desde la mesa en la que esperaba. Me miró largamente, sonrió azorada, agachando la cabeza en un gesto delicioso, y vino hacia mí. ¡En aquel instante comenzó mi verdadera felicidad! Se llamaba Amantea, «Amantea, qué precioso nombre —pensé—, qué apropiado para el Amor». Como si ya nos conociéramos,

como si realmente supiéramos el uno del otro, las horas transcurrieron entre palabras, risas y confidencias, sorprendidos del azaroso destino que nos había reunido allí esa noche; ella burlándose cariñosamente de mi testarudez, de mi exagerada concepción de la belleza. En absoluto se consideraba una mujer atractiva, es más, íntimamente se creía poco agraciada. Cerramos el local, los camareros ya habían terminado de limpiar cuando amablemente nos invitaron a salir.

Dimos un largo paseo por el bulevar y nos sentamos luego frente al mar. La noche estaba magnífica. Después de permanecer un rato silenciosa, se atrevió a preguntarme si realmente podría llegar a amarla. Si eso era posible. «Ya te amo», le respondí con absoluta sinceridad. Realmente ya la amaba. Ella me confesó que había comenzado a quererme nada más leer mi carta. «Es ridículo, lo sé —añadió—, algo completamente desorbitado, fuera de lugar, pero así es». No podía menos que imaginarse amándome. Era muy recatada, reservada. No le costaba encontrar las palabras, pero no hablaba por hablar.

La acompañé a su casa, un pequeño ático en el centro, en la Rue de Rivoli, esquina a Victor Hugo, cerca de la farmacia. No subí aquella noche. Ella no me invitó a hacerlo, ni yo me habría atrevido a insinuarlo. Nos dimos la mano y nos besamos apocada y tiernamente en los labios. Cuando el portal se cerró tras ella, levanté la cabeza al cielo y le agradecí todo aquello. Estaba rotundamente enamorado y me sentía extrañamente feliz, realmente feliz, por primera vez en toda mi vida. Encontraría la manera de explicárselo a Natalia, ella lo entendería. Eso esperaba.

Me encontré con Amantea cada noche durante toda esa semana. No quise mentir ni ocultar. Le hablé de Natalia, le expuse la situación. Hablaría con ella al día siguiente. Sería muy sincero. Ese viernes, al despedirnos, terminamos abrazados, besándonos alocadamente, derretidos los dos en uno solo. Ella se apretó contra mi cuerpo con todas sus fuerzas y, con el alma contrita, me confesó que tenía miedo, un miedo terrible, y que sin lugar a dudas me amaba y me amaría siempre. «Siempre», repitió atormentada, cariacontecida, con una voz distinta a la habitual. Extrañamente amarga.

Natalia me lo puso muy fácil. Le anticipé por teléfono que debía hablar con ella en cuanto regresara. Que había sucedido algo prodigioso, que en un segundo todo había cambiado. Nada más llegar a casa, como si ya intuyera todo lo que iba a decirle, me animó a hablar. Cariñosamente me obligó a sentarme a su lado y desahogarme, eso dijo: «Desahógate, mi amor». Escuchó serenamente todo lo que le conté. Y le conté todo, con todo lujo de detalles. Comprendió que nuestro peregrino «amor» iba a morir, que ya había muerto. Nos abrazamos, y ella lloró en silencio. Sus lágrimas me angustiaron, pero no era ésa su intención. Al contrario, Natalia deseaba lo mejor para mi, sólo lo mejor. Su amor era así de generoso, algo maternal, no lo sé, yo desconocía ese género de cariño.

Enseguida se disculpó, encendió un cigarrillo, cosa rara en ella, y habló más relajada. Alabó mi sinceridad, que no la hubiera engañado, que no hubiera mantenido ese sucio doble juego, tan de moda, tan decepcionante. «Yo no estaré sola, amaré a alguien y alguien me amará, no temas —me dijo—. No será tan hermoso como lo que tú has encontrado, pero bastará. Y guardaré de ti tantos, tantos buenos recuerdos. Estés donde estés, puedes estar seguro —continuó—, siempre los llevaré conmigo. De ninguna manera quiero perderte, me conformaré con verte de vez en cuando, con veros de vez en cuando, ¡tengo que conocerla!, tengo que conocer a la incomparable Amantea»... Su voz tembló ligeramente al decir esto mientras encendía un segundo cigarrillo.

Verdaderamente, Natalia era una mujer excepcional. No sólo aceptó gentilmente nuestra irrevocable separación, dándome una lección de civismo, sino que se apartó sin hacer ruido de mi vida, sin aspavientos ni dramatismos, y siguió ayudándome, alentándome, cuidándome amorosamente. A mí y a Amantea. Cuando la conoció, me dijo al oído: «Es sencillamente maravillosa, realmente extraordinaria, no sientas el más mínimo remordimiento y cuídala, ¡por Dios!, no la pierdas».

A finales de agosto dejé el apartamento de Natalia y me trasladé al de Amantea. Dos meses después, a finales de octubre, nos casábamos en una de las iglesias más hermosas de la ciudad, en San Jacobo Mayor, un templo barroco del siglo XVII. Fue una boda completamente austera, sin invitados, sin una gran ceremonia. El párroco aceptó casarnos una tarde cualquiera, sin grandes alharacas, durante la misa. Fue algo íntimo y sagrado. Muy hermoso. Sólo estuvieron con nosotros los imprescindibles testigos, Natalia y Marc, su nuevo amor. Un comandante de los 747 de Air France, viudo y sin hijos, que acababa de jubilarse. Tendría unos cincuenta y cinco años, rico, culto, elegante y atractivo. «¿Hay quien dé más?», se preguntaba Natalia. Realmente parecía feliz a su lado. Un año después, Marc la retiró (como se dice), y se fueron a vivir juntos a la isla de La Reunión.

Antes de eso, nosotros decidimos ir a vivir a Italia.

Natalia nos animó a hacerlo, con entusiasmo. La idea era montar un pequeño restaurante, recoleto y selecto, con pocas mesas. Tanto Amantea como yo éramos buenos cocineros. Amantea echaba de menos su tierra, y yo, con tal de no regresar a España, hubiera ido al fin del mundo. Italia era una buena opción. Me apetecía cambiar de aires, dejar los fatigosos vuelos, el ya aburrido y pesado empleo de sirviente volador. Amantea estaba harta de trabajar en la farmacia.

A ninguno nos costaban un franco los billetes. Antes de despedirnos definitivamente de nuestras ocupaciones en Niza, aprovechando unas vacaciones, viajamos los cuatro juntos a Roma. Allí, en el Trastévere, encontramos exactamente lo que buscábamos. Era excesivamente caro para nuestra economía, pero Natalia se ocupó de todo. Pagó por adelantado la fianza y un año de alquiler. Sin dudar.

Era un local precioso, con vivienda encima, comunicada por una escalera de caracol. Estaba en un pequeño callejón por el que a duras penas cabía un automóvil, el Vicolo della Volpe. Al fondo de la callejuela, a sólo unos metros, se elevaba clavándose en el cielo el campanario de la iglesia de Santa María del Alma.

Nuestro edificio, angosto y muy antiguo, tenía tres plantas y un enorme altillo. Todo recién restaurado, a estrenar. En cada una de ellas, completamente diáfanas, había una habitación. Abajo estaba el local, de unos cuarenta metros cuadrados, aparte de los baños, una amplia cocina, totalmente equipada, y un patio interior, espectacular. Allí, en el verano, podríamos servir cuatro o cinco mesas más. En el primer piso, un salón precioso con dos auténticas columnas romanas a la vista, que aún sostenían la estructura de la casa; en el segundo, nuestro dormitorio y un enorme baño con un balcón; en la buhardilla, donde instalamos el estudio, también había un aseo y una generosa terraza donde tomar el sol o cenar sin estrecheces. En todas las habitaciones había una pequeña chimenea. Era una casa bellísima, rotundamente hermosa. Seríamos muy felices en ella, pronosticó Natalia. Y no se equivocaba. Allí montamos La Zanzara^[4].

Amantea tenía bastante dinero ahorrado, yo no tanto, pero suficiente. Con ese dinero, más lo que Natalia y Marc nos regalaron y un crédito que conseguimos sin problemas, en poco más de un mes todo estaba listo para la inauguración. Yo no encontré ningún problema con la residencia, estaba casado con una italiana y eso me otorgaba sus mismos derechos. Las cosas salieron rodadas, realmente casi todo estaba hecho. Nos ocupamos en la divertida misión de decorar el restaurante y nuestra casa; de elegir las vajillas, las copas, los cubiertos, las mantelerías, los utensilios de cocina, la mejor iluminación; también de diseñar y encargar las cartas, de planear los menús que serviríamos.

Un amigo dibujó el logotipo del restaurante y encargamos el cartel que, bien iluminado, colgaría de la calle, sobre el portón. Nos decidimos por ofrecer pasta y pizzas, cómo no, y sobre todo comida vegetariana; también, de vez en cuando, incluiríamos en la carta algo de pescado. Esencialmente verduras y ensaladas deliciosas llenaban los platos, todo tipo de pastas frescas y postres delicadísimos, que Amantea elaboraba con verdadero amor. Tal vez eso, los postres, nos fueron dando fama, una fama por otra parte merecida, en nuestro restaurante se comía de primera. Sin bullicio, sin largas esperas.

Sólo teníamos diez mesas, y las atendían cómodamente Amantea y una chica, Giuliana, a la que contratamos como camarera. Ella también estaba encantada con nosotros. No tardamos en aparecer en las mejores guías gastronómicas, en las revistas de moda. Todo eran elogios hacia nuestro negocio. En un año, las reservas se hacían con un mes de antelación. Yo empecé a exponer mi obra y la de otros artistas en el local, ésa era la base de su decoración. De sus paredes, cada dos semanas, colgaban

nuevos cuadros. Sólo abríamos por la noche, el trabajo no podía ser más grato. No teníamos que madrugar, todo lo hacíamos con un cadencioso y placentero ritmo, desde ir al mercado hasta atender a nuestros proveedores. El Trastévere bullía por aquel entonces. Lo más selecto de la vida nocturna romana se movía por nuestro barrio. Allí vivían sobre todo extranjeros, diplomáticos, artistas, periodistas, pudientes bohemios, todos aquellos que podían permitirse el lujo de pagar las astronómicas cifras de los alquileres. Muchos creadores, pintores, actores, directores de cine y teatro empezaron a frecuentar nuestro pequeño restaurante. El boca a boca era ya imparable, cada vez teníamos más y mejores clientes. Nuestros precios, sin ser demasiado altos, nos permitieron en poco tiempo liberarnos de todas las deudas. Es más, ganar mucho dinero. La vida sonreía satisfecha a nuestro alrededor, nada nos faltaba. O casi nada.

Decidimos tener hijos cuanto antes. «Primero uno y luego otro», bromeaba Amantea.

Llenos de amor, absolutamente, rodeados de serenidad y belleza, de buenos y pocos amigos, de muchos y buenos clientes, con dinero de sobra, ¿qué más podíamos pedir? El cielo estaba satisfecho de nosotros y, por alguna misteriosa razón, no dejaba de recompensarnos. Incluso en exceso. Cuando todo va tan rigurosamente bien, es imposible no ser temeroso de Dios...

Natalia y Marc vinieron a visitarnos un par de veces. En cualquier caso, seguían escribiéndonos desde su paraíso, en St. Denis. A ellos tampoco les iba nada mal. Por si fuera poco, mis cuadros se vendían cada vez mejor. De hecho, no daba abasto. No llegaba a pintar para atender la demanda. Cada vez que exponía, daba salida a todas las obras, excepto aquéllas que Amantea deseaba para ella.

Con el paso del tiempo, nuestra única preocupación seguía siendo tener un hijo. Lo deseábamos esperanzadamente, pero ya con cierta aprensión por la falta de resultados. Amantea y yo nos amábamos más y más cada día, y así no dejábamos de aparearnos como verdaderos posesos. El sexo entre nosotros era portentoso, cada vez más y mejor. Lo hacíamos sin tomar ninguna precaución, completamente despreocupados. Llegamos a la conclusión de que algo extraño sucedía. Fuimos a un buen especialista en fecundación, nos hicieron toda clase de pruebas y análisis. Los dos éramos fértiles, no había de qué preocuparse.

Llegaría el momento, era sólo cuestión de intentarlo y esperar...

CHARANGA CIRCENSE

En la cegadora luz de la noche. Viernes, 2 de marzo de 1990

Como el inmenso aliento del océano, como el primer grito del verdadero llanto, como un silencioso y lejano rugido, llega el perverso día en que dejamos de creer, de sentir, de amar. Mueren el Amor y su inocencia entre los brazos, mientras acariciamos su rostro pálido, aún vivo, aún cálido. Lo advertíamos, veíamos venir ese momento inverosímil, esa lejana e impensable tragedia. Del mismo modo que perdemos los dientes perdemos las alas, se nos caen y ya no vuelven a crecer. Alas de leche y papel, alas de un día, alas líquidas, inflamables y frágiles.

Un afilado dolor curvo las segó de un tajo.

Con cuñas de silencio intentamos calzar nuestras entrañas, pero el corazón cojea sumiso, arrastra su amargura con un quejido metálico, oxidado, para siempre. ¡Qué cansancio!

Hoy no tengo ganas de nada.

He recorrido la playa cien veces esta mañana, arriba y abajo, abajo y arriba; luego he almorzado unos erizos y una cerveza en el chiringuito de Sandro. Al regresar, he evitado encontrarme con Diego. Ya en casa, he temido que llamara a la puerta, que apareciera sin avisar, aunque nunca lo hace.

Ayer, finalmente, lo invité a cenar. Se me hizo pesada la velada y su compañía.

No quiero ver a nadie, ni escuchar sonido alguno, ni siquiera el del correr de mi sangre. No soporto la luz. He echado persianas y cortinas, cierro con fuerza los ojos, pero sigue deslumbrándome el fulgor carmesí que adivino tras los párpados. No quiero sentir el peso de mi cuerpo, ni el tacto de mis manos, ni el pulso en la almohada, ni este maldito dolor de espalda. Desearía que el corazón bombeara sólo una vez por minuto, lo indispensable, que dejaran de atronarme sus latidos. Que este malestar dejara de ser el indeseable huésped de mi alma.

Que enmudeciera esa desentonada charanga, que remitiera este sufrimiento...

Cenamos en la terraza. Preparé las sardinas en la barbacoa y una crema fría de puerros. Tomamos Chianti, demasiado otra vez. Cinco botellas al menos. Tengo que dejar de beber y fumar con esta ansia suicida.

Antes, por la tarde, fuimos al circo.

Han instalado su remendada y enmohecida carpa azul en la playa, demasiado cerca de casa. La fanfarria de dos funciones me acompaña cada tarde desde hace un par de días, y tendré que soportarla dos más. Es un espectáculo pobre, banal, triste, muy triste.

Todo queda en manos de una familia de indigentes cíngaros, tal vez rumanos o

húngaros. La madre oronda, el padre seco y un montón de hijos renegridos, menores y adolescentes; la abuela, en la taquilla, muerde con rabia un cigarrillo mientras vende a dos mil liras cada entrada. Un par de tipos ataviados con mugrientas casacas, hombres hoscos, vencidos y mal pagados, completan el cuadro.

En la pista, todos visten ropa dos mil veces zurcida; gorros, mallas, medias y corpiños heredados o robados en alguna ya menesterosa tramoya. Las lentejuelas dispersas apenas brillan, en los penachos quedan cuatro plumas, los entorchados perdieron hace años los flecos y los escaarpines son tomateras.

Todo alrededor, sobre y bajo ese tenderete posee un oropel opaco, descascarillado, mohoso y repintado con descuido de azul, blanco y rojo. La luz de una docena de focos se colorea a través de ahumadas y oscuras gelatinas. También unas jiras de bombillas de colores, la mayoría fundidas, iluminan tenue el ya tenue espectáculo. El haz amarillento de un cañón, un agotado proyector de arco, persigue a contraluz y con poco éxito las evoluciones de los mediocres artistas. Con desganada y fingida dignidad, con adiestrada rutina, desarrollan mecánicamente unas cuantas representaciones, cada una más lamentable que la anterior. Como poco, tocan a dos o tres números por cabeza. Los pequeños aparecen en todos; la madre, además de trapecista, es la asistente del mago y hace malabares con aros y mazas; el padre, prestidigitador oriental vestido de Fu-Man-Chú, también adiestra los perros que luego humilla en la arena o simula domar un oso que hace tiempo perdió el oído, los dientes y las garras. Los chicos y chicas mayores, como temblorosos e inestables saltimbanquis, realizan piruetas que sin duda hacen crecer la aprensión del escaso público; los saltos y volteretas de los jóvenes acróbatas (mortales de necesidad) acaban bien por puro milagro.

Todo así. Mulas famélicas disfrazadas de deslucidas coristas; un león octogenario que gruñe afónico al miedo, al hambre y a la muerte; payasos de ajado maquillaje con mueca de sonrisa, que dan que llorar mientras aparentan que intentan hacer reír; un tití viejo, antipático y sarnoso, que cubre la calva sonrosada con un turban tito rojo. De su cuello cuelga una cajita de música con forma de tambor. Cuando el mono acciona la manivela, suena casi imperceptible un fragmento de una de las *Gymnopédias* de Satie.

Me conmueve la tozuda falta de talento de esta gente, siento el hambre y la sed que les empujan a una existencia tan lúgubre y resignada. Hay algo en todo ello tan terriblemente patético y entristecido que me sirve de consuelo. Después del circo, la comida, el vino y sus despropósitos. Las conversaciones patéticas de dos beodos. Aunque Diego nunca llega a estarlo completamente. Yo me estoy convirtiendo en un borrachín, él se achispa como sólo lo hacen los alcohólicos.

Debe de llevar toda una vida bebiendo demasiado.

LA AUSENCIA DE DOLOR

En los años sin Dios, 1975-1983

Amantea se esposó joven, muy joven, nada más cumplir los diecinueve, con su primer y casi único pretendiente, como tantas. Y no tanto por amor como por emanciparse, por alejarse cuanto antes de una casa siniestra, de unos padres estúpidos, temidos e insoportables. Su pubertad, tan quebradiza como su salud, no había conocido hasta entonces la más mínima independencia.

A los diez meses de casarse alumbró un hijo. Por un instante, en el agudo dolor del parto, sintió algo parecido a la liberación, al verdadero goce de ser libre. Pensó que, tal vez, el matrimonio y los hijos cambiarían el rumbo de su vida, pero ésta fue a parar a una vía definitivamente muerta. Dejó atrás los hábitos que imponían sus melindrosos progenitores, para entrar en las vulgares rutinas que dictaba el infame marido que fue a elegir.

Pasaron los años. Ocho años.

El tiempo fue cuajando su aceptación. Todo lo consentía, todo lo asumía con silente estoicismo, como si nada se pudiera hacer por esquivar los sacrificios, las pesadumbres de un destino que consideraba irrevocable. La libertad, de existir, pendía de un raro padecimiento. Conquistarla —imaginaba— supondría un sufrimiento inmenso e ignoto, una renuncia que le inspiraba temor y sobre todo una colosal pereza. Alcanzarla —pensaba— requeriría un titánico esfuerzo, sin duda excesivo para su menguadísimo coraje. Así, doblegándose al más absoluto desprecio por sí misma, a una incondicional sumisión al cretino de su esposo, fue encontrando un chocante alivio: la ausencia de dolor, de cualquier dolor. No sentía. Su facultad de sufrir quedó suprimida en el acatamiento de cuanto le era impuesto. Los días felices, sus días felices, dejaron de ser un anhelo; la carencia de ese afán había exterminado cualquier tormento, cualquier emoción penosa. Sin un lamento, se ocupaba en cuerpo y alma de la felicidad y el bienestar de sus dos señores, unos amos cada vez más déspotas: el niño perverso y el hombre maligno. Su hijo y su marido. El pequeño crecía a imagen y semejanza del padre, incluso empeorando la ya maléfica especie de ese tipo de machos.

Hay tres momentos en que una mujer puede «aullar a la Luna». Cuando por primera vez se siente realmente amada, cuando consigue parir su primer hijo y cuando todo, lo poco bueno y lo menos malo, inesperadamente, termina.

Como pulverizada por el immaculado fuego de un rayo, su vida, todo ese aceptado desconsuelo cotidiano, se truncó una mañana de julio de 1983. El coche en el que viajaban su marido y su hijo se empotró de frente contra un camión. Ambos murieron

en el acto.

Amantea aulló con fuerza aquella noche, por primera vez...

EN NUESTRA DISTANCIA DORMIDA

(Reescribiendo a S.)

De tanto mentirlas, las mentiras se tornan verdades. Terminan formando parte de nuestra realidad, engañándonos. Son nuestro entorno, nuestro más íntimo disfraz, más ciertas que todas las certezas. Las vamos incorporando a nuestra vida en voz baja, y quedamente nos hablan, de cuando en cuando, recordándonos toda la falsedad que sustenta nuestra leyenda personal. Pero, al fin, eso son las novelas y los días: ficciones.

Mentimos amor, mentimos dolor y angustia, mentimos compasión, pero sobre todo mentimos cuando mentimos ser felices. En ocasiones nos invade una eufórica alegría, un optimismo que raya lo ridículo, nos regocijamos en pequeños placeres y satisfacciones inconsistentes que, a su vez, también nos mienten.

Es fácil estar triste, ser triste, dejar que la tristeza nos invada, que la agri dulce melancolía llene unas horas, saciándonos; pero qué difícil es forzar a la alegría, qué difícil sentirla verdadera, poderosa, invulnerable.

Nacemos del dolor, nuestra vida es dolor, jamás dejamos de sentirlo y si llegamos a liberarnos por un instante de su lacra, en nuestro alborozo, su ausencia nos pasa desapercibida. La alegría se colma en sí misma, devorándose, dejándonos súbitamente hambrientos de ese gozo. Apenas somos capaces de recordar un instante feliz y cuando lo hacemos, nos asalta la duda de si será cierto ese recuerdo. Cada día de efímera felicidad tiene en su contra meses o años de lento e introvertido padecimiento. Tenemos la facultad de soportar el dolor hasta límites casi insospechados, pero no la potestad de desterrarlo en el júbilo.

Que nadie se llame a engaño: la vida es fastidiosamente triste y aburrida. Los animales no lo saben ni lo sienten como nosotros, sólo aceptan con extraordinaria naturalidad cualquier hastío, cualquier agrado. Sin grandes penas ni alborozos, pasan la vida holgazaneando despreocupados ante la tristeza y el aburrimiento, son casi inmunes a ellos. En cambio, los seres humanos, abrumados por el escaso tiempo que nos queda, por la ignota fecha de caducidad de la existencia, no conocemos el verdadero sosiego. Pretendemos disimularlo, pero, en el fondo de nosotros, en lo más profundo, guardamos ese convencimiento. Lo sabemos, tarde o temprano ¡hemos de morir! En el mejor de los casos, aprendemos a vivir así, siempre acompañados por un leve sufrimiento, por una aprensión indefinida. Jamás nos abandona la posibilidad, el mal agüero, el presentimiento de que el próximo minuto podría hacerse muy pesado, dolorosamente pesado e insoportable.

Estar vivos en algo nos es ajeno, aunque seamos incapaces de aceptar la muerte.

La vida nos habita invisible, nos invade licuada en sangre, pero vivir jamás nos colma. Al menos no hasta que somos viejos o nos sentimos incapaces, o sufrimos por encima y más allá de las demarcaciones del malestar y la desesperación. Sabemos que es finita y esa idea nos es insoportable.

La vida, como un leviatán adormecido, como una bestia que dormita soñando devorarnos. Su ausencia es nuestra inseparable tragedia, el origen de todos nuestros miedos, mezquindades y defectos, el temor que condiciona cada minuto de la duración de nuestra existencia...

Después del circo, 3 de marzo de 1990

ROMA

Domingo, 3 de septiembre de 1989

Los días eran más largos entonces. Retozaban o remoloneaban con nosotros serena y suavemente, hasta que una mañana dejaron de hacerlo definitivamente. Todo se agostó en horas de diez milímetros.

La noche anterior, la última noche, te metiste pronto en la cama. Yo intentaba reparar, por enésima vez, la caldera. Pasaste por delante de mí muy despacito, tus pies descalzos apenas rozaban el suelo, casi levitabas. Llevabas puesto un camisón gris de algodón, corto y gustoso, el pelo recogido en un indolente moño. En una mano, un vaso de agua, en la otra, un libro, una vieja edición de *Palabras y sangre*, de Papini. Me invadió la pereza, el deseo incontenible de seguirte hasta el lecho y averiguar cuanto antes si, como sospechaba, no llevabas nada bajo la camisola. Seguía deseándote con delirio.

Dejé empantanado el termo y corrí lentamente en busca de tu deseo. Lo encontré leyendo. Aunque me pareció que estabas algo ausente, el amor en ti, en nosotros, una vez más, fue delicioso. No dijiste una sola palabra.

Al girarme para apagar la luz, algo me sobresaltó poderosamente.

Una sombra oscura y difuminada corrió en la penumbra desde la puerta hasta debajo de la cama. Pasó a mi lado, veloz como un segundo. En principio me pareció una enorme rata negra. Di un respingo, el sudor se heló en mi piel y el pulso se aceleró hasta la náusea. Te impresionaste muchísimo al verme saltar de la cama tan pálido y alterado, tan aterrorizado. Precavidamente pero con urgencia miré debajo, creo recordar que cogí una de mis botas o una zapatilla como arma.

—¿Qué pasa?

—No lo sé... Me ha parecido ver una rata o un ratón, un bicho... No sé, me he asustado, era enorme...

—Estás blanco, ¿te encuentras bien?... Ten mucho cuidado...

Tenía una sensación extraña, desasosegante. Temblaba, tiritaba, aunque sentía un fabuloso calor en el pecho, en las mejillas. No había nada bajo el somier, ni rastro de aquella sombra, fuera lo que fuera. Aún muy excitado intenté explicarte mejor lo sucedido, lo que había percibido tan claramente. Me escuchabas atenta, casi petrificada. Habías visto lo mismo el día anterior.

—Me sucedió algo muy similar ayer. Es absurdo. No lo vas a creer.

—¿La misma sombra oscura?...

—Sí, de verdad. Te lo juro. No quise darle importancia, por eso no te dije nada. Pensé que había sido un efecto óptico, no sé, una pelusa más grande de lo normal

arrastrada por la corriente, un insecto enorme. Ni siquiera me atreví a mirar, me tapé hasta los ojos e intenté dormir lo antes posible. También me asusté, pero no tanto como tú.

Reflexionamos un instante sobre lo que había sucedido. Parecíamos dos personajes de una película de terror de serie B, de ésos a los que suceden cosas que nadie cree. La grotesca parejita que empieza a ver sombras negras resbalando por las paredes, reptando por los suelos de la casa, metiéndose bajo las camas. Encendí todas las luces de la habitación y un cigarrillo, luego busqué una vez más debajo. El hecho de mirar bajo la cama siempre me ha parecido un gesto aterrador. Las tarántulas, las serpientes, los monstruos y los muñecos malignos, los duendes y los zombis, suelen esconderse allí y salir cuando menos lo esperas.

Aquella noche nos costó conciliar el sueño. «Al llegar el día —pensé— todo esto nos parecerá cómico». Aunque algo en el centro de mi alma seguía recelando, una rara sensación de pánico martilleaba cualquier pensamiento lógico, algo me decía insistentemente que aquel suceso no debíamos tomarlo a risa.

Sentí que me besabas en la oscuridad. Madrugaste mucho esa mañana, debía de estar amaneciendo cuando te fuiste. Yo me levanté tarde y aturdido.

Deshice la cama por completo. Aparté la colcha y las sábanas haciéndolas volar; el dulce aroma de tu sexo me llenó por un instante. Luego levanté el somier para mirar a conciencia debajo, lo puse de pie y lo apoyé contra la pared. Levanté la persiana para que entrara toda la luz del día. Allí no había nada salvo tus zapatillas, un *National Geographic* y algunas pelusas de polvo.

Busqué detenidamente a lo largo del rodapié, miré entre las rendijas de la tarima, algún agujero, alguna madriguera oculta, tampoco hallé nada. Al incorporarme descubrí algo en lo que no había reparado por insignificante. Una pequeña mancha circular, en uno de los listones de madera. Un agujerito como de carcoma rodeado por un círculo perfecto de polvillo negruzco, no era serrín oscuro ni ceniza; el cráter tendría el diámetro de uno de tus anillos. Parecía como si el tablón se hubiera chamuscado por uno de esos petardos que se lanzan con fuerza contra el suelo para que estallen. Pasé el dedo por encima, la limadura negra manchó la yema del índice. Examiné detenidamente aquella materia, la olisqueé, la saboreé con la punta de la lengua, la analicé al microscopio con la ayuda de un prismático invertido, como lo hubiera hecho Hércules Poirot. La mancha negra, como de tinta, quedó en mis dedos y parecía indeleble en la piel.

Lavé mis manos con agua y jabón una y otra vez, sin resultado.

La mácula oscura no salía.

Sentí que algún designio espeluznante y sombrío comenzaba a cumplirse. Algo estaba amenazando mi vida, nuestra vida, algo tan extraordinariamente grande que no podría abarcarlo en toda su extensión. Hace más de un año que vivo con la amarga

sensación de aquel día, hace más de un año que vivo el mismo día...

Me senté a esperarte en la terraza. Pasaron las horas. No volvías.

Nunca regresaste.

¿Dónde estás?

¿Dónde?

No quise precipitarme. Intenté no dejarme vencer por la inquietud, por la desesperanza. Hice algunas llamadas fingiendo normalidad, preguntando por ti veladamente en los escasos lugares en donde podías estar. Sólo dos o tres, realmente. En tu trabajo, el laboratorio, en casa de Ángela o con Titina. Ya era demasiado tarde para llamar al primero, de hecho saltó el contestador. Dejé un escueto y absurdo mensaje para ti. La madre de Titina contestó al teléfono, su hija estaba fuera, en Atenas. Ángela me confirmó que no habías ido a trabajar e intuyó de inmediato mi desasosiego. Pensó que habíamos discutido, que yo le ocultaba algo, sospechó que algo muy grave habría ocurrido entre nosotros para que tú, tan ordenada, tan previsible y amoldada a las rutinas, no hubieras dado señales de vida. Le confesé que estaba totalmente desconcertado. Sollocé.

Su desconfianza, su creciente perplejidad hicieron que me derrumbara, entré en un estado de pánico casi incontrolable, como un niño asustado, muy asustado. Ella también se alarmó al verme así, de pronto. Ambos intuimos que algo terrible debía haber sucedido para que no hubieras ido al trabajo, para que no hubieras llamado en todo el día. Ya bien entrada la noche, cogí la moto y volé hasta su casa. Stéfano nos llevó en su coche a la comisaría.

Allí comenzó la desesperante burocracia que acompaña a la desesperación. El funcionario, solícito y amable, pero acostumbrado a ese tipo de situaciones, me miraba de soslayo como pensando «estará con su amante gimiendo de placer, pobre tonto cornudo, eres sólo uno más». Pero no te conocía.

No había esa posibilidad, eras rigurosamente estricta en tus horarios y tus hábitos, disciplinada, y ese tipo de fantasías, sencillamente, te eran ajenas, eran incompatibles contigo. El policía, con desesperante lentitud, intentaba teclear en una vieja Olivetti todo cuanto le explicábamos precipitadamente.

¿Cómo revelar a un individuo tan obtuso tu esencia, hasta qué punto eras retraída, recelosa, casi insociable, solitaria? Una persona absolutamente discreta, sigilosa y serena, fuera de la norma. Todo se andaría; antes los agentes debían rellenar sus formularios.

«Nació en Cosenza, en Amantea, el 2 de abril de 1956... Sí, ha cumplido 33. Hija de Amaro y Giuliana. Sus padres murieron. No, no tiene hermanos ni parientes conocidos... No hay familiares, que yo sepa. Yo soy su única familia. ¿Ojos?, color ámbar, oscuros, hermosísimos..., no, no muy grandes, es un poco estrábica del izquierdo... Tiene una pequeña cicatriz en un tobillo y otra en el vientre, una operación de apéndice..., ningún

tatuaje... Melena no muy larga, el pelo castaño suave, se lo ha teñido hace poco, claro con algunas mechas..., muy hermoso... Es alta, mide un metro setenta y uno, no estoy seguro, más o menos como yo... Es de apariencia sencilla, esbelta, delgada, de piel morena... No le gusta llamar la atención, pero es bellísima..., mire, tengo aquí una foto, es de hace unos meses, siempre parece bronceada... No, no tiene enemigos..., no mantiene relación con sectas o iglesias..., es atea... Ni grupos mañosos o terroristas, no ha recibido amenazas ni consume drogas, no bebe, tampoco fuma... ¿Vestía?, no sé lo que vestía, se levantó antes que yo..., no llegué a ver lo que se puso; tendría que mirar en el armario y comprobar qué es lo que falta. Suele llevar pantalones, casi siempre vaqueros, zapatos bajos, cómodos, camisas de seda, una cazadora de ante, no sé..., no sé... ¿Su pasaporte?, debe de estar en casa, tampoco me he fijado... Imagino que llevaba encima su documentación..., suele llevar todo en una mochila pequeña... de cuero... El pasaporte lo renovó hace poco, antes del verano. Estudió en Palermo, biología y farmacia, trabaja en un laboratorio con esta señorita, es Ángela Griffi, su compañera, una buena amiga... No hemos discutido, nunca lo hacemos, ¿tan raro es?, no solemos hacerlo... Nos queremos muchísimo, pregúntenle a ella..., todo va bien, todo iba bien... salvo tonterías, pequeñeces, en fin..., nada importante... No tengo ninguna amante, ni ella tampoco, ¡maldita sea! ..., ni pensarlo... Sí, estamos casados..., ella ya lo estuvo antes, sí..., y tuvo un hijo..., pero los perdió..., fallecieron hace tiempo, hace unos seis años... Nunca habla de aquello..., ella no habla del pasado y yo lo respeto, no me interesa nada de eso... En un accidente, sí..., pero ¡qué diablos tiene que ver todo esto!... ¿La posibilidad de un secuestro?, eso es ridículo, vivimos casi al día, no tenemos mucho dinero ahorrado, no, no tenemos nada que pueda despertar codicias malsanas. ¡Lo que tienen que hacer es empezar a buscarla de una puta vez!, ya... ¡managia la miseria!... ¡Porco Dio!...».

Perdí los nervios. Lloré desconsoladamente, la impotencia era absoluta. Primero la policía del Estado, luego los carabineros, no sé qué fue peor. Más tarde los hospitales, todos los hospitales. Por fortuna o por desgracia no estabas ingresada en ninguno, al menos no en Roma. Tampoco yacías en ninguna morgue.

La policía dio orden de investigar en otras provincias. Indagaron, al menos eso afirmaban, en cada clínica, en cada frontera, en los peajes de las autopistas, en todas las aduanas, en las agencias de viajes, en los aeropuertos, en las estaciones de tren. Todo en vano, no había rastro de ti.

Pasé esa primera semana sentado junto al teléfono, día y noche, sin apartarme un instante del aparato, esperando inútilmente que llamaras, que alguien llamara con noticias sobre ti. La búsqueda hasta ese momento había sido tan discreta como infructuosa. Luego me recomendaron tomar medidas drásticas, acudir a la RAÍ, a las privadas de Berlusconi, contar nuestro caso en algún programa sensacionalista de gran audiencia. Ir a los periódicos, difundir en los medios tu fotografía, dar desesperados avisos radiofónicos, pedir la colaboración de los ciudadanos, incluso visitar a un famoso e infalible vidente, ¡imagínate!

¡Qué basura! Veía todo aquello como algo rematadamente impropio, casi indecente, ajeno por completo a ti y a mí, a nuestro mundo. Tú y yo, que vivíamos todo lo alejados que podíamos del bullicio, de la humanidad, refugiados en nuestro particular universo indisoluble, del todo incompatibles, incomprensibles para los demás. Toda aquella fanfarria me pareció absolutamente inadecuada. Si tenía que encontrarte, no sería de ese modo. De momento me bastaba «saber», imaginar que no estabas muerta. Eso decía la policía, por tranquilizarme, aunque fuera una estupidez. «De estar cadáver —aseguraban con escasa delicadeza—, ya lo sabríamos, los

muertos siempre terminan apestando».

Los primeros días dudé, pero finalmente rechacé hacer de tu búsqueda un macabro espectáculo, dar carnaza a los periodistas que atendían como buitres, satisfacer a los morbosos que esperaban impacientes que algún desesperado vomitara historias de ese género. Ángela y Stéfano decidieron contratar los servicios de un detective privado; yo no podía pagarlo y tampoco confiaba en la eficacia de esa decisión. Acepté con desinterés, sin involucrarme en ello, aunque se lo agradecí sinceramente. Tal vez diera algún resultado.

LA INAPETENCIA

Martes, 6 de marzo de 1990

Apenas me reconozco en el espejo. Es como si alguien, algún desalmado, me mirara indiferente desde ahí detrás. Estoy demacrado, casi escuálido. La báscula apenas marca 58 kilos, muy poco. Mi peso medio siempre han sido unos 70. Menos mal que Diego se empeña en alimentarme, en cebarme diría, aunque yo no me dejo. Ya apenas cocino, muy de tarde en tarde, ¡me da tanta pereza! Todo me da pereza.

Recuerdo La Zanzara, los delicados platos que preparaba primero para ti, sólo para ti, y que luego deleitaban a nuestros pocos y exquisitos clientes. Qué buenos años aquellos que permanecimos absortos en los sortilegios del amor y la cocina, ocultos y felices en nuestro torreón, entre los fogones de nuestro pequeño restaurante. La última vez que pasé por allí ya no estaba, no queda nada. En su lugar han abierto una tienda de moda, de ropa cara y absurda, como de arlequín. Y alguien vive arriba, donde nosotros nos amamos tantísimo. Del soportal aún cuelga el cartel de hierro con un mosquito sonriente vestido de camarero, el que pintó y nos regaló Bubba, ¿recuerdas? Está apagado, descolorido y completamente oxidado. El viento sigue balanceándolo, haciéndolo chirriar. Como entonces. Cuando cerrábamos el local y nos quedábamos dentro recogiendo, preparándolo todo para la noche siguiente. Abríamos un par de botellas de generoso Ciro, de Greco o un buen Chianti. O aquel «Licor de Zanzara», ¿recuerdas?, ese bebedizo que Natalia y Marc nos enviaban desde La Reunión. Sólo se lo ofrecíamos a los buenos amigos, a los mejores clientes, era muy escaso. Estaba elaborado con absenta, de mejorana, de ajeno y otras raras hierbas cogidas en los profundos acantilados de la isla. Resultó ser un brutal afrodisíaco, casi un alucinógeno, una droga del amor. Había que encomendarse a la diosa Artemisa si te pasabas bebiendo ese mejunje. ¡Y cómo bebíamos!, y cómo reíamos conquistándonos hasta el amanecer. A salvo de la perversa realidad, refugiados, seguros y radiantes. Lejos de cualquier problema, sin edad, implorando al amor, orando sensuales plegarias entre caricias y mimos, susurrando y sonriendo desnudos, confundiéndonos en la oscuridad, como angelicales y solitarios náufragos. Solos, nosotros, todo y nada, sin temer ni pensar la muerte. Y el mundo ahí afuera, respirando ajeno y bufo, difuminado tras los visillos, sin ninguna posibilidad de arrebatarnos, de tenernos, para siempre sin nosotros..., sin tu sonrisa, sin tu voz... ¿cómo pudo escapar todo aquello?...

Yo te pido perdón, amor mío, mi ángel inmortal, perdóname por haber perdido tanto, por no haber sabido defenderlo. Ahora todo se ha ido y ya no sé amar, ni tengo fuerza para vivir. Pido perdón también a Dios y paz para ti, estés donde estés, por

todo cuanto me diste..., por todo cuanto no me diste..., por todo..., por... todo, por tanto...

No quiero llorar más. No puedo. Un invierno de lágrimas pesa en mis ojos desplomándolos. Tiemblo, tintinea el pulso incontrolable en el borde del vaso; lo lleno una vez más. Bebo un pedacito de ti en cada trago amargo que me abrasa.

Diego me empuja a comer y también a desahogarme con una mujer, aunque sea una prostituta, no se lo tengas en cuenta. Mejor aún, una chica bonita, recatada pero complaciente, que me enamore, que me ayude a olvidar. ¡Pero yo no quiero olvidarte!, ¿cómo podría? Lástima que, en el alma, la sensualidad y la inocencia hayan enmohecido hasta este punto, como dos leños que se pudren a la orilla de un torrente. Sólo queda la tristeza imparable de un tiempo que ya apenas encuentro en la memoria.

En el sexo la desgana es aún mayor que en el estómago. Casi cada noche me masturbo, pero más por conciliar el sueño que por placer; lo hago mirando extraño alguna infame película porno, de ésas que dan en los canales locales, basura, basura, hasta desfallecer. Pero raramente lo consigo pensando en ti, no puedo invocarte para luego darme cuenta de que no te tengo. No puedo imaginarte así. Alguna vez miro tus fotografías mientras me acaricio lentamente, pero es insufrible. Me ayudan a no olvidar tu rostro, y eso ya es tanto... La sexualidad ahora no me interesa nada, es más, llego a verla ridícula, absolutamente grotesca. Es tan extraño.

¿Qué he de hacer? ¿Buscar otro cuerpo que ungir con las caricias que guardaba para el tuyo? ¿Sin un solo remordimiento? ¿Otra malla de piel en que atrapar los volubles secretos que perdimos? ¿Otro lecho en que esparcir las cenizas de nuestro deseo? ¿Otras piernas en que mentir ese hondo calor, donde creer amar mientras no se ama? ¿Buscar en vano nuestro silencio azul, irrepetible? ¿Caer en tu recuerdo para regresar a esta sequía?, ¿rebuscar un sucedáneo entre personas y palabras absurdas?

Ayer, aunque a rastras, Diego me llevó a una peculiar «fiesta». Llegó a enojarse seriamente, me juró que de no acompañarle habría perdido un amigo. Mi único amigo. No es que me importe, me importa un bledo estar solo, completamente solo, pero algo dentro me dice que él es mi última oportunidad. Sería como alejarme a nado hacia la costa lejana, inalcanzable, dejando atrás la seguridad de un frágil flotador. Una estupidez suicida. Él es ahora mi salvavidas. Por mucho que me pese, he de reconocer que necesito aferrarme a su barriga, a su oronda figura de corcho. Desesperadamente.

He agotado casi la esperanza, en mi piel empieza a leerse la fecha de caducidad. Pero aún queda algo, aún aguardo. ¿Cuánto tiempo tengo?, ¿cuánto? No lo sé.

Al fin me llevó a su maldito guateque. Allí, en la parte alta de Amantea, en una gran casona disfrazada de arena y de ruina, en un patio interior, amplio, abierto y muy hermoso, se daba cita una humanidad indescriptible. La mayor parte del animado

grupo se componía de trasnochados marinos, viejos ya, agotados del mar y de la tierra, cada uno de ellos con su particular tic, con su particular locura más o menos manifiesta.

Fumaban de más, bebían de más, hablaban de más, fanfarroneaban de más sobre sus olvidadas hazañas en la mar. Diego, incomprensiblemente orgulloso de mí, fue presentándome uno por uno como quien presenta a un hijo pródigo, recién tornado de ultramar. Ceremoniosa y afectuosamente iban estrechándome la mano con fuerza. Víctor, Pascuale; Víctor, Rosario; Víctor, Guido; Víctor, Aldo; Víctor, Claudio; Víctor, Vincenzo. Una marea de nombres iba mezclándose en mi pensamiento anegándolo entre toses secas y carraspeos. Algunos vestían boinas de la marina, casacas azules y cortas con cuello entorchado, y de sus pechos colgaban orgullosas y descoloridas medallas que parecían de hojalata. También había algunas mujeres mayores, seguramente sus parientas. Éstas, voluntariamente arrinconadas bajo una enorme buganvilla, no paraban de comer dulces y de lamentar sus tediosas vidas. Cuchicheaban a voz en grito sobre sus insoportables maridos, contra los maridos de las otras, contra y sobre todo lo que superaba o escapaba a su limitadísima comprensión.

Los caballeros resultaban cómicos, revoltosos como niños de excursión, incluso simpáticos. Las damas, tan gruesas como impenetrables, tan limpias como intransigentes. Aquí las señoras huelen siempre a jabón de rosas y a pepino. Entre todos estos pobres diablos, como fantasmas, sorprendía la presencia de algunos jóvenes, casi chavales al lado de los primeros. También correteaban de acá para allá unos cuantos niños y niñas muy pequeños, jugaban libres de la atención de los padres, excitadísimos por la ventura del traspasnoche. Dos o tres parejas, intentando seguir los acordes de una tristísima canción napolitana, bailaban y hablaban bajo tiras de farolillos y banderitas europeas. Otros conversaban entre carcajadas aquí y allá. Aturdido, me aferré a un vaso y en unos minutos lo llené diez o doce veces de vino. El calor del alcohol fue emborronando todo y a la vez haciéndolo más claro. En mi creciente euforia, las mujeres empezaron a parecerme hasta bonitas, y la gente, graciosa, amable, campechana. Por un instante sentí que me estaba divirtiendo. Fantástico.

Deambulé un rato bebiendo y charlando con unos y con otros, de las cosas más disparatadas y peregrinas que puedas imaginar. Luego, me aparté hábilmente y me dediqué a observar en silencio. Comenzaba a preguntarme una y otra vez por qué habrías dejado de quererme, si te habría amado bien cuando me amabas.

Diego, muy atento, venía cada dos por tres a preguntarme si me encontraba a gusto, si me aburría, si lo pasaba bien, si quería tomar algo. Yo miraba al cielo completamente ensimismado cuando volvió a hacerme una visita. Tosió. «Víctor. — Volvió a toser—. Ésta es Ada». Me lo dijo muy estirado, caballerosamente, con una

picara sonrisa, mirándome fijamente a los ojos, inquieto, como esperando que yo leyera en los suyos lo evidente. Me sorprendió tanto que no supe qué decir. Hizo un disimulado gesto de impaciencia. Yo quedé examinando el rostro de la muchacha una breve eternidad, debí perturbarla. Al cabo, apartando la mirada, acerté a darle la mano y decir alguna estupidez. De inmediato, Diego, poniendo una amable excusa, desapareció dejándome allí con ella. No sé quién de los dos estaba más azorado e incómodo.

Comenzamos a hablar del tiempo, de la buena noche que hacía, de las personas que nos rodeaban. Jugamos a adivinar quién entre todos los presentes habría organizado aquella fiesta (ella tampoco lo sabía); muchos parecían ser los anfitriones, pero ninguno se identificaba como tal. Hablamos luego de la pasta que alguien preparaba y que estaba por servir, de la portentosa cocina italiana, de la pintoresca gente de Amantea, de las callecitas y los rincones que aún no conocía del pueblo, del carnaval, del castillo, de la playa, de la exuberante Calabria, al principio con cierta desgana, un tanto violentos, pero buscando no llegar a ese punto de silencio en que es imposible retomar una conversación trivial.

Alguien dio un fuerte y prolongado silbido. Hubo un revuelo, un rumor de risas, silencios y exclamaciones de placer: aquél era el anuncio de que la *spaguetatta* estaba lista. Todos, unas cuarenta personas, se apiñaron en torno a la gran mesa donde un tal Guido, el ocasional cocinero, servía los platos con presteza. Las botijas de vino llenaban los vasos una y otra vez, también generosamente.

Me senté con Ada en una hamaca que colgaba entre dos árboles, la red cedió y nos mantuvo inevitablemente cercanos. Así, codo con codo, cenamos y repetimos unos deliciosos *penne a la pizzaiola*. Por unas horas que me parecieron minutos, debí de aparcar toda mi pesadumbre. Ada resultó ser una chica deliciosa, cálida y bellísima, mucho más joven e inteligente de lo que podía imaginar. Sin darnos cuenta terminamos tumbados en el chinchorro, nos sorprendimos allí, la mano en la mano, mirando el trocito de universo que titilaba sobre nuestras cabezas. En silencio, completamente ajenos al bullicio que aún nos rodeaba. En el centro del patio, se encendió una gran hoguera y en torno a ella, entre burlas, algunos comenzaron a desafinar canciones de todos conocidas. Bebimos mucho ron y hablamos poco, muy íntimamente, haciéndonos confidencias a nosotros mismos más que el uno al otro.

El cielo se fue llenando de palabras y de nubes, comenzó a lloviznar. Cuando corrimos a refugiarnos en el cobertizo que teníamos cercano, nos dimos cuenta de que el fuego era ya sólo una montaña de brasas y que la mayor parte de la gente se había ido retirando. Los que quedaban, apenas seis o siete, conversaban en voz baja y bastante beodos. Nos abrazamos.

«Deseo besarte, pero la boca me sabe y me huele a tabaco y a vino», dijo Ada en un susurro. No se atrevía a mirarme, azorada, giró e inclinó la cabeza en un lamento

infantil, primitivo. Me enterneció su gesto, y en su boca me pareció que latía mi propio corazón. La besé, nos besamos, delicada y tiernamente. Lamimos y palpamos con ansia, lentitud y deleite. Acariciamos halando suavemente los labios por las mejillas, por las orejas y los ojos, que miraban bien abiertos, insomnes y perdidos ante tanta y tan inesperada ternura. Bebimos pausadamente el desconocido sabor de la saliva, suspiramos el aroma a beso adolescente en cada beso. Nada entre nosotros parecía ajeno ni lejano. Por un instante permanecemos absolutamente unidos, extraños a la vida, a cualquier pensamiento, a cualquier promesa. Fue tan dulce y gozoso besar aquella boca, estrechar el delicado cuerpo, acariciar sus nalgas duras y prietas bajo la falda, sus pezones erizados y sensibles bordándose en la blusa. Aquél fue uno de esos momentos que no existen, que no se pueden mentir ni decir, que no se deberían olvidar, y que duele especialmente recordar.

Pero no consiguió repeler mi importunada aflicción, mi densa pesadumbre.

«Tengo que irme», casi le rogué con urgencia, pero tajantemente, sabiendo que no tenía ninguna razón para decirlo o hacerlo, que nada ni nadie me reclamaba, excepto mi soledad y tu temible ausencia. No sé si ella respondió «no quiero que te vayas» o «yo quiero que te vayas», lo dijo en un susurro, con profundo desconsuelo. En cualquier caso habría hecho lo mismo. Salí de allí, subí a la furgoneta, arranqué, encendí las luces, aceleré el renqueante motor y bajé serpenteando por las calles del pueblo como si estuvieras esperándome despierta. Sin mirar atrás, sintiéndome culpable e inquieto por si tú estabas inquieta.

Al llegar, había dejado de llover. Vi luz en casa de Diego. Eran más de las cuatro de la madrugada pero debía de estar despierto, tal vez me esperaba. Subí la escalera descalzo y muy despacio, intentando no hacer ruido. Aún no había terminado de girar la llave cuando abrió su puerta. En sus ojos brillaba la impaciencia...

—¿Y...?

—¿Y qué?...

—¿Cómo que «y qué»?...

Silencio.

—La muchacha, Ada, ¿cómo ha ido? —se impacientó.

—Como tenía que ir.

—Es hermosa, ¿eh?

—Sí, muy hermosa.

—¿Y...?

—Y nada...

—¿Cómo que nada, hombre? ¡Algo habrá pasado!, ¿te has citado con ella?

—No.

—Me ha parecido ver que quedabais muy acaramelados.

—No tengo ganas ahora de...

—¿Pero la has besado?

—Sí, nos hemos besado...

—¿Y...?

—Y nada más.

—*Mortaci!*^[5], ¿no la has llevado a pasear por la playa?, podías haberla traído aquí, haberla invitado a tomar algo... —No respondí—. ¡Buah!... Pero dime algo. ¿Es que eres tonto?

—No tengo ganas de hablar ahora, me caigo de sueño, estoy borracho.

—A mí no se me hubiera escapado.

—No se ha escapado, he escapado yo.

—¿Pero acaso no te gusta?

—Sí, es muy hermosa y muy inteligente..., pero no me apetece...

—¿Que no te apetece? Tú eres idiota. A cualquiera le apetecería. Todos andan detrás de ella, y ella no hace caso a nadie.

—A mí no. No.

—¿Qué te crees? Ada no es cualquier chica, es la hija de un buen amigo, la conozco desde que nació. Es una chica decente, no es una pécora. Cuando te digo si te apetece no me refiero a que te la tires, sin más, hablo de enamorarla, de que te dejes enamorar..., sería lo mejor que te podría pasar..., lo mejor..., así no andarías todo el día como un alma en pena...

—Yo no busco tu compasión, ni me hace falta que hagas de casamentera...

—Tú eres gilipollas, hijo. Ella me pidió que le presentara a «ese amigo tan raro y tan guapo que tienes»... No tengo nada que ver..., bueno, un poco sí.

—Tienes razón, soy gilipollas... y un cretino, y también idiota.

—Lo siento, no quería...

—Estoy muy cansado, Diego, muy cansado...

—Perdóname, perdóname, por favor..., no me lo tengas en cuenta. Sólo quiero ayudarte, que la olvides...

—¿A quién debería olvidar?... Tú no sabes nada, nada de mi vida...

—A esa mujer que te martiriza... No sé..., que escupas de una vez ese sapo enorme que llevas dentro y que te está matando..., ¿no te ves?

—Dime, ¿qué debo olvidar?... Entérate tú de una jodida vez, no existe el olvido...

—Ya lo sé, lo sé. Pero se puede hacer como que has olvidado, fingiendo podemos encofrar los malos sentimientos, apartarlos al fondo, lejos de la superficie..., limpiar de ponzoña el corazón...

—Sería como barrer y guardar la basura bajo la alfombra, mirando hacia otro lado. Ada es maravillosa, podría volver loco a cualquier hombre, pero a mí ya nada de eso me interesa, ¿no lo entiendes?...

—No. Eso es una estupidez y una cobardía.

—Me da igual lo que pienses. Mañana hablamos, ¿vale?... En serio, no puedo más...

—¡Prométemelo!, prométeme que hablaremos de ello. Te hará tanto bien...

—Lo prometo, hablaremos...

Diego me estrechó como sólo lo haría un buen padre o un buen oso. Me desembaracé como pude de su abrazo y me despedí hasta mañana. Cerré la puerta antes de que pudiera contestarme. Me desnudé, me tumbé en la terraza y me dejé morir, pero sólo conseguí quedar dormido sobre el jergón empapado.

DESPUÉS DE ADA. SÁBADO, 10 DE MARZO DE 1990

(Aterrorizado, emponzoñado en el tiempo incontenible)

Todo carece de sentido. Pero, al parecer, hay que estar para mirar. Como quien observa un cadáver en descomposición hasta verlo desaparecer. He pasado la vida con la sensación de estar siempre a punto de perder algo. Perdiéndolo. Y al fin, lo único que se pierde es el tiempo en vivir para nada camino de la nada. ¿Cómo podemos aún los seres humanos creer en otra eternidad? Lo único certero y eterno que tenemos es la incertidumbre. La muerte.

A tu lado, nada medía mi tiempo, nuestro tiempo. Latía ajeno a lo que fue o tuviera que venir. ¡Ay de mí!, cómo ha cambiado todo.

Me pesan en los ojos los relojes, todos los relojes. Corren por mis venas sus manecillas, como negras agujas infectadas, buscando herir definitivamente mi corazón. Tropiezo una y otra vez con sus pervertidas marcas en relieve. La siniestra maquinaria del tiempo, latiendo, *¡tactictactictactictactic!*, recordando nuestra condición de nada, la escasa vida, la cuenta atrás. El tiempo celebra en sus reuniones los fragmentos, lo que quedó, lo que lleva pasado, todo lo que pesa en las ojeras y en los ojos, en olas de segundos, en las escasas mareas de minutos de amor.

Muchas veces he sentido el deseo de morir, pero nunca tan fuerte como ahora. Estoy cansado de acariciar el tiempo mientras pasa sin borrar nada. Simplemente desfila ante mí, indiferentes los dos. Como un monstruo insaciable, pasa devorando sueños y corazones, días de ayer y de mañana, días rotos o intactos, dulces o amargos, con todas sus noches. Pasa girando en su siempre cansina y espaciada coreografía circular. Pasa baboso y veloz, como un caracol gigantesco. Pasa desconociéndonos, librándose de nosotros, apartándonos, llevándose la vida y con ella todas las falsas esperanzas que albergamos creyendo verdaderas, también todas nuestras frustraciones. Se aleja dejándonos el terrible peso de haberlas alentado y padecido, de estar obligados a alentarlas y padecerlas hasta fallecer, hasta la inaplazable cita con su aliada muerte. El tiempo se contrae, se diluye en imágenes borrosas o inventadas, se apaga en nuestra pobre, ineficaz y estúpida memoria.

Vuela con él lo poco que nos dejó. Todo lo que no nos arrancó o no nos impidió, día tras día; todo lo que quisimos y no pudimos tener.

¡Maldito ladrón muerto de hambre!

Los inconquistables juguetes que miramos en escaparates vetados, los juegos que no

alcanzamos a inventar en el breve tiempo de los juegos, todo el que faltó en las tardes dedicadas a divertirnos y travesear; la condena cotidiana a la cruel escuela y los feroces maestros; todos los miedos que padre o madre no supieron espantar porque a ellos también les asustaban, toda la alegría que no supieron improvisar o desvelar porque a ellos tampoco les había sido revelada; las ferias, los parques de atracciones, los circos, los teatrillos o los zoológicos que nos prometieron y a los que nadie nos llevó; las películas que no vimos o no nos dejaron ver; los cómics que no nos compraron y no llegamos a robar, los libros que faltaron o no entendimos; la ropa que vestimos o la que jamás llegamos a vestir, aquellos pantalones o aquel reloj inalcanzables; el buen hogar que debiera cobijar a cualquier niño, el certero y buen amor que no se profesaron nuestros padres; los besuqueos, las caricias, los estrujones que todos dejaron de darnos apenas crecimos un poco; las bicicletas, las motos o los automóviles que vimos pasar y que soñamos conducir un día, aun sabiendo lo improbable que sería llegar a conseguir algo parecido; las niñas o los niños que nos fascinaron y nos dieron la espalda burlándose, los chicos o las chicas de las que nos burlamos y de las que nos enamoramos sin que jamás llegaran a enterarse, pues no nos atrevimos; la mujer o el hombre que mintió amarnos y segó para siempre la inocencia; todo el amor traicionado o desperdiciado; los machos o las hembras que anhelamos poseer y nunca poseímos, los que amamos sólo en el ensueño de la masturbación; el cariño y los sabios consejos que nunca recibimos de abuelos insuficientes, inertes o muertos...

Todo esto y mucho más se lleva el avaro tiempo que adoramos.

Y a cambio, ¿qué nos da?, ¿acaso la posibilidad de expirar digna y plácidamente?, ¿un desenlace sobrio, apetecido? La vejez y la parca vienen de la mano, y no nos engañemos, de ninguna manera puede ser así. No se puede aceptar de buen grado ni con dignidad lo que nos da pavor. Al final, yo lo sé y tú lo sabes, sólo quedan el amor y la muerte. El primero es irrisorio, la segunda colosal. El amor, como el tiempo, con el tiempo, se extingue. Sólo ella persiste y espera, pacientemente.

«A quien todo el amor pierde, toda la muerte le queda», leí en alguna parte. Ya lo sabía.

La pasión amorosa nos hace ridículos. La efusión siempre suele acabar en apego sombrío, en arresto domiciliario junto a alguien que somos incapaces de reconocer y en quien ya no nos reconocemos. El ardor se convierte en mesura, el brío en desgana, el cariño en absurdo fingimiento; nuestro otrora incombustible deseo de amar, en ansia de huir lejos, muy lejos. Hemos nacido solos para consumir solos nuestro tiempo, escoltados siempre por los negros alfiles de la soledad y la desolación. Nos empeñamos en buscar cómplices, compañeros de viaje, encubridores de nuestro destierro, en los que enajenarnos y detener las horas. Pero éstas no se detienen de

ningún modo, ni el más inmenso amor puede evitarlo. Pasan, pasan, pasan, nos esquivan, resbalan, saltan por encima, nos rebasan. Pasan burlonas, taconeando incansables como furcias bailarinas impacientes. Pasan rodeándonos, pisoteándonos, traspasándonos. Pasan y nos sobrepasan dejándonos atrás, eternamente. Y lo eterno no está cerca, esa calle no tiene aceras, ni puertas, ni nombre, ni números.

Sigo preguntándome ¿cuánto tengo? ¿cuánto falta? ¿cuánto tengo que esperar? ¿cuántas horas más?, ¿cuántos días tendré que padecer esta agonía de no saber cuánto queda si es que queda tiempo, si es que volverás?

Somos lapsodinámicos para él, no ofrecemos la más mínima resistencia a su fluir. Nuestra respiración está perfectamente afinada para acompañar el golpear de sus péndulos. Nos retiene, nos hace tambalear, aplaca nuestros pasos como una tempestad y sigue haciéndonos creer que avanzamos. Pero sólo él avanza, inverso, perverso, sinuoso o rectilíneo. Sólo él pasa, sólo él vence. Siempre. Erosionándonos, deteriorándonos lenta e imparablemente, igualándonos en la vida que se va y no en la que nos queda, en el sufrimiento que arrastra y arrastramos.

Creí que podía pasar casi inadvertido evitando sentir. Pensé que, presagiándolos, podría desdeñar sus engaños. Me equivocaba. Intentando eludir su evidencia no se ve más ni mejor el cielo, ni duele menos la vida.

¡Qué dulce sería no sentir el tiempo, no sentir su soledad!

Somos bárbaros humanos, sanguinarios y salvajes. Al fin, insignificantes motas de polvo que el soplo del tiempo levanta sin esfuerzo, para luego dejarlas caer. Un viento que sacude nuestros corazones, hasta someterlos mansamente a su fraternal tiranía de hermano mayor.

Inanimado en los anuarios, el tiempo parece inofensivo. Inmortalizamos cada uno de sus días en calendarios para poder mirarlos, para poder creer que existieron, que existirán. Para contar los meses, las semanas y todos sus malditos días. Con agujas, barras y manecillas intentamos domar al indomable. Lo encerramos sin aire en los relojes para domesticarlo, para fatigarlo y que se deje acariciar sin morder nuestros pómulos, nuestros ojos, nuestras manos. Lo partimos en fracciones cada vez más pequeñas para digerir esa indigestión de nada que nos deja, para poder detallar cada hora que nos arrebatara, enumerar cada minuto, cada segundo con todas sus perversas centésimas, milésimas y milmillonésimas.

Intenta verlo pasar, cuidadosamente, ahora mismo, inténtalo. ¿Qué sientes? ¿Asco?, ¿tristeza?, ¿la nauseabunda arcada del miedo?, ¿la náusea de la desolación? Es invisible, caprichoso y mezquino, como los dioses, como todo lo que pudo significar una esperanza, como todos nuestros sueños si es que llegamos a soñarlos. Como esas expresiones huecas que imprimimos teñidas de negro para poder creerlas: amor, armonía, felicidad, sinceridad, paz, franqueza, solidaridad, misericordia, amistad, sabiduría, devoción, humanidad. ¡Qué palabras fanatizadas! Tienen

demasiados significados para quedar resumidos entre unas cuantas letras.

Obsesos en nuestra rimbombante representación, seguimos inventándonos e inventando el tiempo a nuestro antojo, creyéndonos dominadores de esa nada mal medida. Late el tiempo en los retorcijones del miedo, en las contracciones de los vientres de las madres, en los penes hinchidos que las preñaron, en el tejido de nuestros corazones desde antes de nacer, en las manos de los médicos, en los fonendoscopios, en las muñecas, los tendones, los oídos y las almohadas. Palpitan los segunderos, los minutereros, laten siempre, estrechándonos, manipulándonos, dejando profundas muescas en la piel, agujereando nuestros huesos. Laten los horarios en las fábricas y las universidades, en los hospitales y las estaciones. Golpea a su ritmo nuestra desdicha en las sienes, en los campaniles de los suntuosos carillones, en las campanillas de los humildes despertadores, en los campanarios de las iglesias, en los cueros de nuestros zapatos al caminar y en nuestras caderas al buscar placer.

Cada año, como auténticos mentecatos ataviados de polichinelas, celebramos el infortunio de agotar la vida, que el tiempo nos saquee impunemente, que saboree lánguidamente nuestro sudor y nuestra sangre, que se ría de todos nuestros esfuerzos por evitarlo, que nos empuje al abismo. Un pasito más, ¡feliz Nochevieja!, otro más, ¡feliz cumpleaños! Y así uno y otro y otro, hasta la decrepitud, hasta la inmundicia y el absoluto descrédito, hasta la intolerable senectud.

Porque envejecer de ninguna manera puede ser soportable. No se puede aceptar con complacencia ver reflejado en los espejos lo poco que queda de nosotros, ese resto abstracto, vulnerable e inservible. ¡Y aún nos consideramos afortunados por ello!, por vivir y degenerar miserablemente hasta fenecer. Nos aterra verlo, pero así es. Somos los bufones del tiempo. Aterroriza, apenas puedes escucharlo, prefieres mirar hacia otra muerte que no sea la tuya. Todos, ante el difunto, sentimos un malévolos consuelo. Enmascarada en la compasión y la condolencia, reprimirás una mueca de sonrisa, respirarás aliviada por no ser tú la yaciente, por seguir aquí, como todos.

Es mejor engañarse, imaginar cierta esa farsa que inventaron los políticos en sus proclamas y los creativos en sus anuncios: ancianos radiantes, felices y satisfechos con una mísera pensión o un mísero consuelo. Abuelitos que leen el periódico en bata y zapatillas de cuadros mientras fuman en pipa; viejitas cocinando con su mandil, bonachonas, orondas y magnánimas, siempre con ese mohincillo lleno de resuelta ternura, conformes en su papel de esclavas de unos hijos que, en el mejor de los casos, las utilizarán para que hagan de niñeras o para las tareas de limpieza. Encantados con la idea de haber casi consumido el último hálito de una vida que recuerdan breve, tediosa, absurda y vacía. Dichosos de saberse varados en dique seco para siempre, cuando la palabra «siempre» significa «no sé cuánto ni hasta cuándo».

A esas alturas el tiempo ya se habrá demostrado tan inflexible como nuestras

oxidadas espaldas. Siempre lo fue, jamás se detuvo ante nada, fuimos nosotros los que quisimos verlo detenido. Jamás soltó las cuerdas de nuestras crucetas ni permitió que nosotros dejáramos de remar al son que redobla bajo las costillas, eternamente condenados a sus caprichos y sus galeras. Latido a latido, hasta achicar la última gota de nuestra sangre estancada en nuestros restos. Aunque en la infancia su paso pareciera tan lento como el pesado caminar de los bueyes, aunque en la adolescencia lo derrocháramos como si fuera y fuéramos eternos. Al menos no prolonga innecesariamente esos nefastos períodos de nuestra existencia. Es su manera de ser clemente.

Podemos emplear el autoengaño como un mal antídoto, como remedio temporal contra el veneno de lo insondable, como unas dosis de morfina o unas rayas de coca. Será sólo un falaz revulsivo para los sentidos, su efecto pasará pronto. La realidad, que guardas y conoces tan bien como yo, llegará reforzada, ilimitada. ¿Podrás engañarte hasta el último instante? ¿Servirá de algo?

«Somos débiles y por ello elegimos la mentira», leí en alguna parte. Ya lo sabía.

Inventamos para nosotros mismos y para todos los demás maravillosas fábulas. Contamos infancias felices. Lo adecuadamente maravillosos que fueron nuestros padres, cuánto nos quisieron, lo bien que lo pasábamos en las escuelas con nuestros camaradas de juegos. Fantaseamos adornando navideña y radiante una niñez que ni recordamos ni quisiéramos recordar. Mejor aceptar o imaginar ciertos los mercenarios embustes de los políticos y los publicistas: niños rubios y saciados, atiborrados de bizcochos y leche *pasteurizada*, impoluta, de divinas ambrosías, deliciosos potitos y jugosas hamburguesas. Niños y niñas de sonrosados mofletes y culos impecables, plácidamente dormidos en cunitas musicales, siempre rodeados de inmarcesibles juguetes, arrullados por papaitos amorosos y solícitos.

O inventamos, como inventan todos para sí, una arrogante, rebelde y revolucionaria adolescencia, repleta de lances amorosos. Una juventud fanfarrona, ocurrente, vivida por un personaje chulesco en el que no quisieras descubrirte. Ese jovencito siempre de farra, banal, patán y «divertido» hasta lo escandaloso. Pulimos los vagos recuerdos de la adolescencia con fascinantes e hipnóticas inexperiencias. Perpetuamos hermosa una época que apenas recordamos o no quisiéramos recordar, un tiempo al que no regresaríamos ni por todo el oro del mundo. En pocos años nos convertimos en pobres diablos conformes, desasosegados, enfermos de estrés, hipocondría, ansiedad y podredura. En mujeres y hombres estrangulados por las inquietudes o preocupaciones más triviales; asfixiados por la ignorancia, adocenados, grotescos y sedentarios.

Ciegos tahúres humanos cruzando señas, tirándose faroles, a pesar de las constantes malas manos, sin poder ni querer ver que el tiempo, invariablemente, saca siempre repóquer y esconde otros cinco ases en la manga.

Nada nos pertenece como no pueden pertenecemos las nubes. Sólo somos borrones, brumas de tiempo, imperfecciones del cielo, espejismos. Los eslabones de una tensa cadena que jamás llega a cerrar su círculo. Condenados a retorcerse, a abrirse y dividirse, a ceder y dejar la hilera, a caer para siempre en lo ignoto. Irreversiblemente.

A pesar de todo, de no ser nada, todos alguna vez llegamos a sentirnos excepcionales, ya lo creo. ¡Incluso yo!, imagínate. Hasta el ser más obtuso, en lo más oscuro de su lerdio cerebro turbio de barbarie, alberga la ilusión de ser sabio, bello y extraordinario. Aún, a veces, cometo la torpeza de olvidar que existo sólo para agonizar y morir. Olvido que no sé nada y que de poco sirve aprender, pues todo cae en la indiferencia, en el desordenado olvido. ¿Sabes?, estoy cansado de deber vivir, de deber soñar, de deber creer, de deber amar, de deber remolcar el pasado y retener el futuro, de deber lamentar lo que me hizo, de añorar lo que me evitó, me robó o lo que me pueda traer. Creí una vez tener, conocer y amar lo que quería. Ni tuve, ni conocí, ni quise. No lo suficiente. Todo aquello que anhelé en ti, a tu lado, es ahora completamente ajeno, y todo lo que jamás deseé aún me persigue. Lo que nunca pretendí me pretende, me consigue, me atrapa, me encierra, me hace incommovible, me espeluzna...

¡Y es tanto, tanto!...

SEGUNDA PARTE

Il Crepuscolo

LUNES, 2 DE ABRIL DE 1990

Buscar nuevas bocas que proclamen la pasión, que pregonen la incoherente letanía del amor. Quedar bautizado por líquidas mentiras, como un ángel condenado al averno. Indagar, seguir buscando. En otras horas, otras noches, otros días, que aquéllos fueron vanos, ilusorios, estériles. Tiempo robado a lo inevitable para inevitablemente llegar aquí, a esta amarga certeza, a esta sequía, a este rebuscar entre palabras y personas incoherentes, y encontrar todo, todo, todo. Apenas nada. ¡Qué pereza! Ni ellas, ni los besos, ni las manos cuentan. En este momento no hay nada. Los sueños se pagan y se apagan. Hoy no espero tu regreso, tu llegada, no espero nada, ni encuentro nada que merezca la alegría de esperar. Perdóname, pero ésa es hoy la única evidencia.

No sólo perdí tu amor, todo el amor, la única certeza que jamás tuve de amar y ser amado. Tras tu huida todo se cerró, todo quedó inutilizado, imposibilitado. Con tu muerte, si es que has muerto, acabaron los sueños, cualquier esperanza de normalidad, de cordura. Tal vez sólo has muerto para mí. Yo exclusivamente puedo imaginarte viva. Viva y a mi lado. Soy un estúpido, un loco egoísta...

Por cierto, hoy es 2 de abril, ¡felicidades!

Cumples treinta y cuatro años. Yo he cumplido veintisiete días encerrado. Pero he decidido salir esta tarde; subiré a la gran roca y desde allí lanzaré al mar tu regalo. Tengo algo para ti. Lo he pintado febrilmente, con verdadera pasión, como entonces. También tengo una buena noticia que darte: he vendido un lienzo, aunque siga sin saber pintar para vender. Han pagado por él trescientas cincuenta mil liras, vendrán bien. Diego me ha dejado un cesto de frutas con una nota tras la puerta. En ella me dice lo del cuadro y me anima a salir, a volver a verle. También me ha dejado unas pastillas, se las ha recetado el médico para mí, comenta que me sentarán bien. Dice que está ensayando con «su banda» para la Semana Santa, que al parecer ya está cerca, y para la fiesta de San Antonio, que será en junio. ¿Qué instrumento hará sonar?, no puedo imaginarlo. Tal vez el trombón, o una tuba.

En la cesta, unas granadas persas, grandes y deliciosas. No imagino de dónde las habrá sacado, que yo sepa esos frutos no maduran lejos del árbol y no lo hacen hasta el verano. Cada una pesará cerca de medio kilo. He comido un par con verdadera fruición, deleitándome en los jugosos y encarnados granos. Hacía ya cuatro o cinco días que no tomaba nada, excepto agua. Es difícil recolectar granadas sin destrozarte las manos con las descomunales espinas que protegen las ramas. Lo mismo sucede con los recuerdos. La vida, como una granada que siempre intentamos desgranar, separando las límpidas golosinas rojas del áspero manto amarillo que las envuelve, aferrando con firmeza sus joyas. Queremos tomar sólo la dulce simiente escarlata, pero es imposible. Este fruto, como la existencia, hay que saborearlo aceptando el

contraste y el fastidio de su sabor agridulce.

No sé cómo Diego me aguanta. No he vuelto a verle, ni le he abierto las innumerables veces que ha llamado, ni he contestado a los golpecitos de sus nudillos en la ventana, ni a sus susurros tras la puerta, ni a los silbidos desde la calle. Una vez más le ignoro. No le trato con desprecio, es algo peor que eso. Es injusto, lo sé. Él me ha dado más afecto del que mi padre me diera jamás...

He lanzado tu regalo al mar. Si no fuera tan débil me lanzaría yo también. Le irían bien a tus ojos estos acantilados y las olas, abajo, rompiéndose en estrellas de espuma, en miles de gotitas heridas de sol. Hoy el viento sopla con fuerza. Todo está húmedo, amarillo y plano, como la mirada del tiempo. Estoy muy fatigado. He tenido que hacer un esfuerzo formidable para subir hasta aquí. Apenas tengo fuerza. Me abandona la vida lentamente, ¿o acaso soy yo el que me alejo de ella?

Háblame antes de que suceda, háblame hoy, que este viento traerá tu voz. Dime que un día volveremos a estar, a sentir, sin límites, sin medida. Aunque no sea cierto, dímelo. Dime que la vida entonces será larga y la tristeza breve. Miénteme. Cuéntame medias verdades partidas, fragmentos de mentiras que hablen del reencuentro. Alivia con tu voz la carga de conocer todas las formas del verbo adiós. Desde todos los puntos cardinales me llega tu recuerdo, tu inexistencia, destrozando todas las palabras que pensé, todos los propósitos que planeé para olvidarte, para salvarme. ¿Sabes?, no se puede medir esta oscuridad. Tendré que dejar de preguntar, pues sólo una silenciosa quimera llega or respuesta. Tendré que dejarte, te dejaré definitivamente olvidada. Seguiré pensando en otras cosas para no caer en el dolor de pensarte. Aunque sigas en todo. Tal vez, de vez en cuando, te sueñe disimuladamente.

Qué espectacularmente hermosas son las montañas de esta región. Una frondosidad de pinos, hayas, robles y castaños cubre sus laderas llegando hasta la ensenada arenosa, en ocasiones hasta el borde mismo de las playas todavía solitarias. Entre los pastos, en los prados, han brotado ya millones de flores salvajes. La lluvia está colmando esta primavera. Será exuberante. El calor se acerca, lo noto. Se pueden oler los buenos días del verano.

Los necesito...

EL VERANO DEL COHETE

Navalperal, 16 de julio de 1969

La gente asomaba a los porches húmedos y observaba el cielo, cada vez más rojo. El cohete, instalado en su plataforma, lanzaba rosadas nubes de fuego y calor. El cohete, de pie en la fría mañana de invierno, engendraba el estío con el aliento de sus poderosos escapes. El cohete creaba el buen tiempo, y durante unos instantes fue verano en la tierra...

RAY BRADBURY

Entré corriendo en la caseta de las letrinas y vomité. La radio carraspeaba una canción en el altavoz de la tasca sonaba *Dream a little dream of me*^[6]. Sentí cómo un fluido caliente, líquido y espeso chorreaba bajando por mis piernas, empapándome hasta las bambas. Permanecí mucho tiempo allí dentro, apoyado contra la pared, con un pie sobre cada peana, respirando el hedor a heces y orín que manaba del sucio agujero. Bañado en mis propias excreciones, soportando las arcadas. Mudo, ensordecido, mirándome incrédulo en el espejito que colgaba torcido de la pared, con el rostro contraído en una mueca de dolor y espanto, un gesto inhumano que me impedía reconocerme en aquel desencajado y sudoroso niño pálido.

Sucedió una calurosa tarde de verano. Todos andaban ese día muy excitados. Los noticiarios hablaban sin parar de los astronautas del *Apolo 11*. Desde América, un gigantesco cohete había despegado aquella tarde rumbo a la Luna. En él viajaban tres hombres. Tardarían cinco días. Nadie había llegado antes tan lejos, decía la radio. Gozábamos ya de libertad provisional, estábamos de vacaciones. Y aunque nos obligaban a hacer los estúpidos deberes, el tiempo transcurría lánguido, lento y gozoso, como un bostezo.

Los días eran eternos, había tiempo para todo, incluso para el tedio. Pero yo jamás me aburría. La vía del tren pasaba a escasos cinco metros de la puerta de mi casa, de mi ventana, del estrecho jardín repleto de flores que rodeaba mi hogar. Vivíamos en el andén de la estación de Navalperal, en una casa de dos plantas, humilde, alba y pequeña, rodeada por una valla de tubo metálico y columnas de ladrillo, pintada también de blanco y de negro. A cada lado de la puerta, sobre los poyetes, un dado blanco de granito se apoyaba inverosímilmente en su vértice. Veintiún puntos negros labrados en la piedra marcaban sus lados del uno al seis. «Los dados de la suerte», los llamaba mi padre.

Mis dos hermanos, los gemelos, tenían entonces siete años, yo había cumplido diez. Casi todos los recuerdos de entonces son en blanco y negro, todo menos la bandera, la gorra de mi padre y aquellos restos. Me levantaba impaciente por andar junto a él por los andenes, entre las vías. Me dejaba una de sus dos gorras de factor, un banderín rojo enrollado si era de día, o un farol de tres fuegos (que se encendía blanco, rojo o verde) si ya había oscurecido. También un silbato dorado de dos voces que ya no silbaba. Me sentía alguien importante con aquellos utensilios, tocado con aquel imponente sombrero rojo y negro. Tenía la visera de charol y un precioso entorchado de hojas de roble, bordadas en hilo de oro. Me tapaba hasta los oídos. De esa guisa, junto a él, daba paso o salida a los trenes, con gesto grave.

Padre era el jefe de estación. También se ocupaba de la oficina del telégrafo y junto a madre, de tanto en tanto, incluso atendía en la cantina a los pocos viajeros que en aquel entonces pasaban por allí. A sus órdenes estaba Carlos, el guardagujas, un buen hombre. También Pedro, mozo de estación y guardabarreras; un viejo encorvado, amarillento, quebrado por los Celtas cortos y la tos, que solía andar escaqueado, esputando de acá para allá o dormitando en la caseta del paso a nivel frente a la iglesia.

No había mucho que hacer, pero yo andaba siempre echando una mano en todo lo que podía y me dejaban. Me gustaba trabajar, sentirme útil, responsable y adulto. Recogía papeles y colillas en los andenes, y alguna me la fumaba a escondidas. Limpiaba la sala de espera y las otras dependencias con mi madre o acompañaba a los operarios cuando tenían que accionar las barras de las agujas más lejanas, cuando revisaban las señales y las balizas o tenían que enganchar o desenganchar algún vagón en las vías muertas. También ayudaba a las cuadrillas de peones que, muy de vez en cuando, pasaban tendiendo el balasto, alineando los raíles o cambiando alguna traviesa. Todas estas tareas las efectuaba continuamente perseguido por dos rémoras, mis hermanos. Tomas y Serafín revoloteaban siempre a mi alrededor, cómicos y despreocupados.

Como los ferroviarios, estábamos habituados al ir y venir de los trenes, a cruzar las vías, a pasar bajo los vagones, a subir y bajar de ellos cuando marchaban lentos haciendo maniobras, a jugar saltando de traviesa en traviesa o haciendo equilibrios sobre los carriles, a poner perras gordas o chapas en ellos para que los trenes las aplastaran. La mayor parte no se detenía en los apeaderos de Navalperal, pasaban de largo veloces y directos a Madrid, Ávila o Segovia, o hacia algún lugar fuera de los estrechos mapas que yo conocía por la enciclopedia. Tal vez viajaban hasta llegar al fin del mundo.

¿Era feliz entonces?, ¿se puede eso decir o recordar?

Un fuerte aroma, mezcla precisa de pino, resina, tomillo y brea, lo llenaba todo embelesándome, deleitándome sin darme cuenta apenas. También olía al hierro

oxidado de los tirafondos y los carriles, a la electricidad que chispeaba en las catenarias, a la mierda de las vacas, a limo, a tizones y a café. En el aire, junto a las moscas y las abejas, zumbaban los miles de voltios que, desde la subestación acristalada, recorrían los hilos del tendido eléctrico. Los cables chisporroteaban con la nieve, la escarcha o la lluvia en el invierno. Su monótono zumbido se mezclaba en verano con el desesperado chirriar de las cigarras, con el crujido de la grava o las agujas de pino al caminar, con el griterío de los críos, con las canciones y las voces de todas las radios encendidas. El olor y el sonido de los trenes me animaba de día y me arrullaba de noche. También me embriagaba la fragancia de la loción de afeitar de padre, el aroma de los buenos guisos de madre, la colonia fresca en el cabello de Irene.

Aparte de nosotros, en la estación sólo vivían otros tres niños. Emilio, el «sobrino» del cura, y los hijos de Carlos, el guardagujas, Carlitos y su hermana Isabel. Mi mejor amigo y mi novia. La que yo sentía mi novia, aunque no me hiciera mucho caso. Sólo una vez llegué a rozar con mis labios los suyos, tímidamente, pero permanecí enamorado de ella casi toda una vida.

Costó muy caro ese beso.

Carlitos tenía ocho años y ella once. Era un año mayor que yo y mucho más alta. Andaba siempre montada en una enorme bicicleta amarilla que nunca me prestaba. Qué envidia verla correr entre los raíles haciendo sonar el timbre, como manejando una máquina de tren lenta y escuálida. Tenía el pelo corto, moreno, y un rostro bellísimo, mucho más hermoso que el de la más hermosa de todas las vírgenes. Salvo en el colegio, raramente nos juntábamos con los otros chicos y chicas del pueblo. Durante las vacaciones preferíamos nuestro paraíso, nuestros juegos en la estación, a jugar con ellos en las eras o en la plaza.

Nada era mejor que estar cerca de mi padre, en los andenes, entre mis trenes. Conocía cada uno de los que pasaban por allí. Podía reconocer cada locomotora por el furioso ronquido de sus motores, por el rugido de los compresores, por el siseo eléctrico de sus ventiladores, por el *tchsu tchsu* de las válvulas, incluso por la intensidad con que, de lejos, aullaban sus bocinas. A mucha distancia, sabía si la que se acercaba era diesel, eléctrica o a vapor. Todavía entonces alguna paraba a repostar allí. Un par de veces al mes, una Mikado llenaba de agua y carbón su ténder, justo frente a mi casa. Escuchando con la oreja sobre los raíles era capaz de adivinar si venía un electrotrén corto, un kilométrico mercancías o una tractor de maniobras tirando de una vagoneta de reparaciones. Me sentaba en la tapia o en el risco a verlos pasar. Con los ojos cerrados, escuchando el ensordecedor traqueteo, jugaba a adivinar con cuántos *boguies* circulaba el convoy, cuántos vagones lo formaban. Pasaba horas y horas mirando los trenes. Reconocía cada máquina, cada vagón, los contaba en voz alta, gritando al aire de qué tipo era: «¡una “cocodrilo”!», «¡una “bañera”!», «¡un

coche cama!», «¡una “japonesa”!», «¡el vagón restaurante!», «¡un furgón de automóviles!», «¡una tolva de grava!», «¡una cisterna!», «¡una batea de carga!», «¡una plataforma!»...

Cada día, excepto los domingos, poco antes de las ocho de la mañana, me despertaba el silbato de mi padre. Con un pitido prolongado daba la salida al «pingüino», el primer cercanías que paraba en la estación. Mientras aún desayunaba, casi a toda máquina, entraba el *Virgen*... de no sé qué, un elegante Talgo rojo y plata, con grandes ventanas circulares. A las 14 horas, que eran las dos, y aún más rápido, el Ter, difuminándose en bellísimos azules. Luego, lento, un mercancías con más de cien vagones remolcado por dos locomotoras en tándem. Sobre las seis, uno de viajeros tirado por una «bañera», la 7403. Ya entrada la noche, dejábamos la cena en la mesa o cualquier otra cosa que estuviéramos haciendo, para recibir al «correo» nocturno, que normalmente paraba un buen rato. Solía ir arrastrado por una majestuosa «cocodrilo», mi máquina favorita.

Como todas las de Renfe y como casi todos los reptiles, era verde, pero en vez de uno, tenía dos enormes «hocicos^[7]» y, en vez de dientes, muchos pares de ruedas.

Desfilaban muchos trenes por allí, pero fue precisamente una 7400 la que nos rompió la infancia y la vida aquella tarde. Era eléctrica, con dos pantógrafos, muy alta, soberbia, con los testeros redondeados, como las bañeras. Un mastodonte color aceituna con una raya amarilla circundándolo. En cada frontal, bajo un ciclópeo foco, tenía tres grandes ventanas. Yo había montado en alguna de ellas. Varias veces había ido hasta Las Navas en la cabina. El ruido allí era casi insoportable, la máquina rugía como un monstruo descomunal devorando las vías. Pero no me asustaba, disfrutaba intensamente, sobre todo cuando me dejaban accionar el regulador de tracción, la palanca del freno o tocar el pito. Mi padre conocía a casi todos los maquinistas que cubrían la línea Madrid-Ávila-Segovia, lo consideraban un buen camarada.

A los mandos de aquella locomotora iban dos de sus amigos.

Como casi todas las tardes, penosamente, caminamos de traviesa en traviesa hasta la boca del túnel. Merecía la pena el esfuerzo, nos esperaba nuestra mayor diversión, nuestro mayor secreto. Teníamos absolutamente prohibido ir allí. De hecho, dábamos un buen rodeo para despistar. Mientras todos creían que habíamos ido a bañarnos al pilón, al otro lado del pueblo, lejos de la estación, nosotros callejeábamos hasta la carretera y por ella llegábamos al puente. Luego bajábamos a las vías y las seguíamos en dirección a Las Navas, durante tres o cuatro kilómetros, hasta llegar al subterráneo que traspasaba el cerro de la Urraca. Allí, en un negro y amenazante bostezo, se abría la boca del túnel.

Los raíles se perdían en su interior, entre las paredes de la montaña, que se estrechaban en un altísimo embudo de piedra. Dentro del túnel sólo había sitio para los trenes. Nuestro objetivo era subir hasta el anillo de la galería.

Trepábamos por los cantos hasta arriba del arco, donde las piedras sobresalían formando un poyete. Allí nos sentábamos. Unos metros más abajo, bajo los cables de alta tensión, pasaban las vías y por ellas los trenes. Aterrorizaba estar ahí.

Yo era el único que tenía reloj, un Festina bañado en oro que me habían regalado por mi comunión. Era una herramienta imprescindible y debía estar bien sincronizado, justo en hora con el del andén. Sabíamos de memoria los horarios, y, más o menos, los trenes solían ser puntuales.

Cuando se acercaba el momento, una excitación incomparable se iba apoderando de nosotros. Empezaban las risas nerviosas, los llantos intranquilos, las terribles dudas, los «yo me bajo de aquí» y los «¡gallina!». La impaciencia se mezclaba con el pánico, tan imparable como el tren que seguramente ya se acercaba. Éramos conscientes de que corríamos un gran peligro, al menos los mayores. Intentábamos disimular, pero era imposible, los pequeños olfateaban nuestro miedo y se desternillaban o gimoteaban abrazándose unos a otros, cada vez más alborotados, más chiflados. Pegábamos el culo bien atrás, lo más lejos posible del abismo, lo más cerca de la pared de la montaña. Cuando en la lejanía nos parecía oír el eco de un silbido, se hacía el silencio más absoluto para escuchar mejor. Cuando lo confirmábamos, cuando oíamos claramente el pitido del tren, todos temblábamos. No había marcha atrás. A esas alturas ya no se podía escapar, no daba tiempo. Unos minutos después, por la embocadura del túnel comenzaba a salir una corriente de aire cálido, de un olor inconfundible. La boca escupía el feroz aliento de la locomotora. Ya estaba dentro y se aproximaba a toda velocidad. Apenas daba tiempo a prevenir el instante justo en que saldría. De improviso, el silencio se convertía en rumor y éste se transformaba en trueno, en un trueno terrible. El rugido de los seis poderosos motores del tren reverberaba destrozando los tímpanos. Nos tapábamos los oídos y guiñábamos los ojos, luchando por que no se cerraran, por ser capaces de mirar la traza desenfocada del monstruo, justo debajo de nuestros pies colgando. La presión descomunal que empujaba el tren atravesando el pasadizo levantaba un auténtico ciclón en el que volaban piedrecillas, papeles, pajitas, hojas de árbol, agujas de pino y carbonilla. Si iba muy rápido y no era muy largo, el caos duraba apenas diez segundos. De pronto, ¡zas!, el último vagón. El convoy salía del túnel provocando un fuerte rebufo, una fuerza inmensa que intentaba absorbernos hacia el vacío. Era el peor momento.

Luego veíamos el tren alejarse tomando la suave curva que comenzaba a la salida del túnel. En unos minutos estaría en Navalperal. Bajábamos a toda prisa de allí, como llevados por el diablo. Avivados por la emoción, regresábamos al pueblo casi corriendo y comentando a voz en grito los pormenores de nuestra hazaña durante todo el camino. Antes de llegar, al pasar ante la cruz de la ermita, dábamos gracias a Dios por seguir vivos y jurábamos solemnemente que nadie se iría de la lengua.

Sucedió una calurosa tarde de verano; una tarde sofocante e idiota, en la que el

paisaje de mi infancia quedó perplejo, petrificado para siempre. Por fin había convencido a Irene de que me dejara la bicicleta.

Como siempre a la hora de la siesta, nos reuníamos al final del andén. No pude desembarazarme de mis hermanos y como de costumbre tuve que llevarlos conmigo. Emilito estaba castigado y no pudo escapar. Isabel tampoco pudo deshacerse de su hermano pequeño. Los cinco emprendimos camino. Irene, aunque muy reticente, me prestó su bici. Después de un par de carreritas en solitario, le propuse llevarla hasta las cercanías del túnel. Aceptó. Se sentó sobre la barra, entre mis brazos. Su fragante pelo rozaba mi boca y mi nariz. De tanto en tanto, disimuladamente, mis labios acariciaban su nuca. La falda, ya corta, se remangaba cada vez más dejándome ver sus muslos, sus preciosas piernas, muy juntas, sensualmente plegadas para que yo pudiera pedalear. Con aquel calor, era extremadamente fatigoso ir así, pero no dejé escapar un solo lamento. La bici pesaba como un demonio. Costaba mucho avanzar por el tortuoso camino que transcurría paralelo a las vías. Carlitos, Tomás y Serafín nos seguían a unos metros con la lengua fuera. Una ocasión como aquella no se presentaría dos veces a lo largo del verano. Podía estar a solas con ella, salvar todos los obstáculos que solían impedirlo. La euforia de la libertad me hizo pedalear cada vez con más fuerza. Aceleré cuanto pude para dejar atrás a los pequeños, la vida latía fuerte en mi corazón. Les grité que les esperábamos allí, justo antes del cortado de piedra, cerca del túnel.

El terreno se plegaba en un ligero desnivel, lo suficiente para tomar un nuevo impulso y recuperar aliento. Aprovechando la cuesta abajo, nos alejamos definitivamente de ellos. No se iban a perder.

No dejé de dar pedales un solo instante hasta llegar a la fuente de la alameda, en una pradera no muy lejos de la bóveda de entrada al subterráneo. Allí jugamos y nos refrescamos bajo el caño de agua siempre fresca. Luego, empapados y felices, caímos en la cuenta de que estábamos solos, aterradoramente solos. Todo el amor disimulado desde hacía tres años vino a vernos y a sentarse con nosotros bajo los árboles.

¡Quién iba a pensar en ese momento en todas las cosas terribles que podían suceder!

Cogidos de la mano, cada vez menos azorados pero sin casi atrevernos a mirar, fuimos confesando una a una todas las verdades que guardábamos, todas las inconfesables ternuras, toda nuestra infantil aflicción. Los corazones se fueron enmarañando, los ojos y los labios se fueron adormeciendo, acercando. Nos besamos una vez, larga y dulcemente. Después estuvimos arrullándonos en silencio, como pichones, y el mundo se confundió en la penumbra verde. Irreparablemente detenido.

Cuando quisimos darnos cuenta, había transcurrido más de una hora. Eran casi las cinco y media, sobre las seis pasaría el tren. Corrimos al túnel. Los niños no estaban allí. Los llamamos a voces varias veces sin obtener respuesta. Imaginamos que

habían regresado al pueblo. Por primera vez sentí la tiranía del verdadero espanto, una terrible incertidumbre que me oprimía el alma dejándome repentinamente exhausto. Corrí cuanto pude, Dios lo sabe. Sólo quería llegar y encontrarlos jugando ajenos a cualquier peligro, a cualquier tragedia inimaginable. Pero el horror nos cogió desprevenidos.

Al llegar, los buscamos desesperadamente. No estaban por las calles del pueblo, ni en casa de Irene, tampoco en la mía, ni en la estación. Podían andar por cualquier sitio, tal vez no había motivo para tanta congoja. Pero un sentimiento de alarma constante me ahogaba, como anticipando los acontecimientos. Justo me dirigía a mi padre para confesarle mi preocupación, para decirle que mis hermanos se habían perdido, cuando la vi llegar...

Yo vi entrar la máquina, la vi avanzar lentamente hasta detenerse en el andén central, aún tiznada con los restos, con las migajas que quedaron de los niños. De uno de los topes colgaba aún una pieza de piel macilenta; había cabellos pegados por todas partes y pedacitos de carne descolorida, porciones de sesos, laminillas de algo que antes fueron vísceras.

Del enganche tendían trocitos de ropa conocida, ensangrentada.

Vi al maquinista y a su ayudante bajar resbalando por los pasamanos de la escalerilla, llorando desconsoladamente. Vi cómo se rasgaban la ropa y se arrancaban el pelo en su desesperación, vi cómo se arrodillaban ante mi padre, cómo se abrazaban a él. Vi a mi padre derrumbarse ante tanta realidad, ante tanto desconcierto, y a mi madre romperse en mil pedazos afilados como cristal. Vi cómo un manto oscuro y gélido cubría lentamente mi pequeño paraíso. Aspiré el áspero hedor de la muerte. Un sabor a leche putrefacta inundó mis entrañas y subió por la garganta abrasándola, obligándome a vomitar toda la infancia cortada, agria ya para siempre. Mis hermanos, Tomás y Serafín, y mi amigo Carlos, dejaron de existir aquella tarde... Nunca volví a saber de Irene.

Mientras todo esto sucedía en la Tierra, el cohete dio dos o tres vueltas sobre nuestras cabezas antes de emprender su trayectoria hacia la Luna. Cuatro días más tarde, un hombre, el primero, pisaba el satélite.

Luego pasó lo de mi madre. Poco después, padre me compró una bici y eligió ir perdiendo la memoria para no poder recordar nunca todo aquello.

Bajo todo ese olvido y todo ese dolor quedé yo sepultado. Ahora me parece nada comparado con el que tú has dejado.

Nada sé de ti. ¡Maldita seas!

AÚN DESPUÉS DE ADA

Lunes, 2 de abril de 1990

A pesar de la promesa pasamos largo tiempo sin hablar. Después de lo de Ada, caí en un estado insoportable de desasosiego. Tal era la desazón que me tuvo cerca de un mes cautivo, encogido como un feto, día y noche, sudando y temblando de dolor y desconcierto. Estarás harta de que te hable de todo esto. ¿Qué puedo hacer?

Hoy estoy mucho más tranquilo.

Qué rara es la serenidad, qué placentero es sentirse así, aunque sólo sea un instante o unas horas. Aunque sea gracias a estas píldoras de colores, grageas de avenencia con la perversa ansiedad. Diego tenía razón, las pastillas rae han sentado bien. El arrullo líquido de este desierto de agua, el aroma de las algas y el rumor del mar me reconfortan ahora de un modo especial. Como lo hacía entonces el bisbiseo del viento entre las ramas, el traqueteo de las ruedas de los trenes al saltar sobre las juntas de las vías, el intenso olor a alquitrán de las traviesas.

Después de lanzar al vacío tu ofrenda, bajé lentamente, muy lentamente, a pasitos cortos y fatigados, arrastrando los pies como un anciano. Las mermadas fuerzas no daban para retener la inercia de mi cuerpo caminando cuesta abajo. Fui parando en cada esquina para recuperar el aliento y el equilibrio. Luego me detuve en el mirador, sobre la gruta. A esa altura del promontorio la vista sobre el mar es extraordinaria, agua y cielo se unen en un azur infinito, da vértigo mirar tanta inmensidad, tanta perfección. Se puede ver mucho más allá del fin del horizonte, si el día es claro se alcanza a distinguir la isla de Strómboli, incluso la punta del faro de Messina.

Algo más repuesto, allí mismo compré un cucurucho de sardinas frescas. Una anciana las vendía a la puerta de su casa. Eran unas sardinillas diminutas, poco más grandes que boquerones, que fui dando de comer a los incontables gatos que aquí siempre salen al paso. El pueblo estaba insólitamente vacío. La belleza y el silencio medieval de estas calles sobrecoge lejos del bullicio habitual. A medida que bajaba el último repecho de la colina por la que trepa o desciende el pueblo, sentí un vahído y me desvanecí. No llegué a perder el sentido, simplemente me desplomé a cámara lenta.

De una casa cercana salieron varias personas, las vi turbias y desenfocadas acercarse a mí para socorrerme, oía sus expresiones alarmadas reverberar como en la bóveda de los sueños. Me tomaron en volandas y así me llevaron dentro del hogar, hasta un patio fresco, sombreado por una parra baja y repleta de racimos que, en mi ensueño, me parecieron desproporcionados. Allí me sentaron en una mecedora y me colocaron la cabeza entre las piernas. Vomité sobre un suelo pavimentado con

cemento y brillantes piedras pulidas por las olas. Alguien colocó un paño empapado en mi nuca, sentí un gran alivio. Me recostaron y me dieron agua fresca. En mi desamparo, aquellos seres, tres o cuatro, me parecieron dulces ángeles custodios. El aire olía a azahar y sus voces sonaban como coros de querubines niños. Me taparon con una manta. Alguien acarició mi frente con ternura y quedé dormido.

No debió de pasar mucho tiempo, lo más diez o quince minutos, cuando desperté sobresaltado. Frente a mí, una señora de rostro lozano, terso y sonrosado, sonreía y pronunciaba en dialecto palabras incomprensibles, tranquilizadoras. El médico del pueblo (alguien le había llamado), don Fabiano Schiatta, aún me tomaba el pulso en la muñeca cuando abrí los ojos. Alguien dijo: «Es el extranjero, el español, el chico de Diego».

Aquella frase entreoída, entrecortada, me turbó profundamente, me estremeció una ternura antigua. Pensé en mi padre, en si aún seguiría con vida.

Aún tambaleante pero más repuesto, mientras intentaba presentarme, disculparme, justificarme, agradecer su ayuda, me sentaron a la mesa sin darme otra opción. Una de las mujeres sirvió los platos con alegría. Unos deliciosos *ravioli alla catanzarese* que empecé a comer sin ganas y de los que luego repetí dos o tres veces. No podía imaginar que estaba tan hambriento. Eran sencillamente deliciosos. Todos los presentes, tres niños, dos hombres y tres mujeres, además del doctor (que también se apuntó a cenar), me miraban risueños esperando mi aprobación, complacidos mientras yo devoraba como quien hace meses que no prueba bocado. Aquella gente, sinceramente piadosa, humilde y benefactora, me trataba como a un inesperado peregrino, un huésped extravagante y desvalido que Dios hubiera derribado a la puerta de su casa para ser socorrido con clemencia. Tanta afabilidad, el buen vino tinto y la exquisita pasta me devolvieron el alma. Sirvieron luego el mejor tiramisú que jamás había probado, un buen café muy caliente, del que tomé dos tazas, y una botella de *grappa*^[8] helada de la que bebí al menos cuatro vasitos.

Flotaba semiinconsciente y hablaba sin parar con unos y otros. No recuerdo una palabra de lo que dije en mi agradecida euforia, pero no tiene mucha importancia. Con aquella buena gente había roto casi un mes de silencio y de locura. Me hicieron sentir parte de una familia, un ser humano más, despreocupado y alegre a pesar de los pesares. Por unas horas paladeé el delicioso sabor de la sensatez, del buen juicio, lejos de la hiel que, como bilis, me sube y me amarga diariamente. Me dulcifiqué en la hipnótica sabiduría de aquellos seres cuerdos, serenos y contentos, por nada, sólo por existir y poder salir adelante. En la normalidad cotidiana de una casa modesta, humana e indulgente.

Ya bastante tarde, el doctor, tan cuajado de alcohol como yo, se retiró disculpándose con gratitud ante los anfitriones, aconsejándome severa y paternalmente que no dejara de visitar su consulta para hacer un reconocimiento a

conciencia. Le prometí que lo haría. El galeno bajó la calle haciendo eses, casi arrastrando el maletín de cuero, bamboleándose como un barco a la deriva.

Poco después, después de los agradecimientos y las despedidas, como el doctor Schiatta, bajé los callejones solitarios tambaleándome, apoyándome de pared en pared, hasta llegar a una avenida ancha, insólitamente repleta de gente, de ruido y de colores. Era ya muy tarde, pero todas las bandas del pueblo ensayaban aún y a un tiempo, a pocos metros unas de otras, para las procesiones del Viernes Santo. Cada una de ellas estaba rodeada por una pequeña y entregada multitud de apasionados seguidores de Cristo. A lo largo de la gran avenida, mientras conseguía avanzar a duras penas, la música de unas y de otras se iba mezclando chillona o melodiosa, en un portentoso desbarajuste atonal, cacofónico. Los cantos religiosos se fusionaban con las irreverentes comparsas, las solemnes marchas se confundían con góticas piezas medievales. Todo sonaba armoniosa o estridentemente a medida que caminaba o me detenía a escuchar.

Tras deambular un buen rato entre el animado gentío, pude ver a Diego. Tocaba el clarinete completamente ensimismado, casi extasiado, entornando los ojos como un inspirado músico de *jazz*. Su banda, la de la Virgen del Rosario, compuesta sólo por marineros, entonaba en ese momento unas melancólicas notas. Un lamento dramático, casi fúnebre, que los fieles reunidos en torno escuchaban con gran aflicción, con lágrimas en los ojos. Alzando la voz grité «¡eh, estoy aquí!», pero no me escuchó. Todos me miraron de soslayo, algunos chistaron, ostensiblemente disgustados por mi atrevimiento. Todavía bastante beodo, les aclaré: «Soy el chico de Diego». «El chico de Diego», murmuraron otros con cierta indignación. No le quité el ojo de encima, ni dejé de prestar oídos a las resonancias de su instrumento, complaciéndome en las evoluciones de sus rollizos dedos sobre las teclas. La música fue *in crescendo* hasta apagarse en una bellísima concordancia instrumental, en una generosa ofrenda de sonidos que pareció quedar esculpida en el aire. Tras el apogeo, Diego chupó una última vez la boquilla y, retirándola de sus labios, escupió. Los aplausos apagaron los ecos cercanos de los otros conjuntos.

La gente se mezcló con los músicos en una marea de felicitaciones y apretones de manos. Me acerqué a él y le abracé sinceramente emocionado, suplicándole una inmediata reconciliación, pidiéndole perdón por tan injustificable desencuentro. Se sorprendió tanto que casi llegó a intimidarse, se sobresaltó como quien recibe el estrujón de un difunto. Mis brazos no conseguían abarcar su envergadura. Para ser el cuerpo de un fantasma, me pareció enorme y acogedor, cálido, reconfortante. Quise realmente ser su chico, su amado hijo.

Desmontó, limpió y guardó su herramienta, parsimoniosamente, sin decir nada. No tenía palabras o no las encontraba. Mientras, de tanto en tanto, me miraba intentando reprimir la sonrisa, como fingiendo un enfado completamente justificado,

que, sin embargo, tras mi inesperado achuchón, había olvidado por completo. Levantándose me hizo un gesto para que le siguiera, como si yo fuera su buen perro, su malasangre extraviado y reencontrado por enésima vez. Caminamos así, en silencio, hasta llegar a los chiringos que habían montado en la playa. Nos detuvimos en el primero que encontramos. Posó la caja sobre la barra y pidió dos tragos, «¡a tu salud, hijo de una mala perra!», me dijo, y bebió de un sorbo.

Luego pidió dos botellas de aguardiente. Bebimos hasta apurar los vasos, muchos vasos, uno detrás de otro. Ya completamente embriagados, cogidos de la mano, regresamos caminando por el agua, empapándonos los zapatos y los pantalones, hasta dejar atrás el bullicio del paseo marítimo. Hasta atravesar la oscuridad que nos separaba de nuestros hogares vecinos. Por el camino, yo borracho como una cuba y él como una barrica, fuimos balbuceando excusas para olvidar todo lo ocurrido. Le prometí cambiar de actitud, dejarte atrás definitivamente, dejar atrás el inútil dolor, el abrasador desasosiego que me atenazaba. Le prometí que saldría con Ada, que lo intentaría. Él me juró que seguiría tratando de ayudarme, a pesar de mi tozudez, a pesar de mi hermetismo, de mi absoluta desconfianza en él y en la vida. Ya frente a la casa, nos metimos en el agua completamente vestidos. Diego no soltó en ningún momento el maletín de su preciado clarinete. Lo aferraba contra su pecho, como si fuera un flotador.

La noche estaba magnífica, la mar serena, el agua helada. Cogidos a las sogas de las barcas, nos dejamos mecer por las olas largo tiempo, hasta que pasó en gran parte nuestra monumental tranca. Diego salió del agua antes que yo y chorreando subió a su casa dejando tras de sí un charco oscuro. Al rato, cuando yo también estuve fuera, apareció envuelto en un enorme albornoz azul, con un par de toallas en una mano y un par de bocadillos y cervezas en la otra, para aliviar del todo la embriaguez. Me desnudé y me sequé, tiritaba. Luego, sentados en la arena, comimos, charlamos y bebimos mucho más serenos. La alta Luna brillaba inmensa y rojiza frente a nosotros. Nos reconciliamos como dos viejos amigos entre los que no cabe el rencor, aunque eso sea mentira; como dos amigos a los que une el mismo anhelo al mirar, aunque eso sea mentira; como dos amigos unidos por un mismo sentimiento de desolación, aunque eso sea mentira.

Buscamos entre las palabras los lugares, los momentos en que naufragaron nuestros ánimos. Pero no los encontramos. Hablamos de mi incapacidad para vivir, de la añoranza, de la suya y de la mía, del malestar del alma, de los cadáveres que quedaron atrás, los suyos y los míos, del horror, del aburrimiento, del miedo que nos había llevado hasta allí, de la nada que guardábamos, de todas las esperanzas perdidas que apestan disueltas en la putrefacta sustancia de las horas muertas, almacenadas en tarros vacíos, en vasos vacíos, en todos los pensamientos perdidos y vacíos. El fresco en el aire comenzó a pesar, la Luna iluminó algunas nubes pasajeras. Un navío aulló

mar adentro, como lamentándose de nuestra tediosa tristeza. Diego me habló de su sobrino, no mucho, lo suficiente para hacerme entender que su espera sería en vano.

Luego, después de un prolongado e indefinido silencio, como para ahuyentar a la resignación y al creciente frío, comenzó a hablar del verano, de los turistas, de Ada o de otra chica guapa que me ayudara a olvidarte. «Si no es ella, será otra *piccina*^[9], alguna veraneante llegará, se fijará en ti, tú en ella, y te llevará lejos de aquí y de los recuerdos que te persiguen, será un antídoto, volverás a vivir, a amar, a contar los días con agrado», eso fue lo último que dijo. Yo le hable de ti, no mucho, pero lo bastante para hacerle entender que lo que pensaba era imposible. En el claro de Luna, tal vez entendimos que estábamos unidos por expectativas imposibles, por la angustia, por artificios siniestros pero excesivamente bellos como para ser desechados, por fracasos aterradoramente previsibles. Pero sólo yo lo veía con la certera clarividencia de los locos, sin disfrazar la honda amargura con mentiras. Él, dejando caer la sonda, iba midiendo el fondo para no naufragar, para no dar un paso en falso, para no dejarse arrastrar por la marea de destrucción que acarrea contemplar tanta muerte. Diego, sin romper su silencio, se puso de pie dejando en mi frente un espontáneo e indeleble beso de buenas noches. Se sacudió la arena y subió a dormir. Tomé una de las pastillas que me había dado, la de color azul.

Tumbado sobre la arena, cubierto por las toallas y las estrellas, contemplé un buen rato la magna noche, antes de quedar profundamente recogido en la somnolencia. Muy profundamente. El lorazepam y el alcohol, mezclados en mi sangre, hicieron su efecto. Lo único que deseaba y podía hacer era dormir.

Al despertar, transmutada por un absoluto y magistral prodigio (sin duda digno del mejor de los magos o de los dioses), la playa se presentó ante mis ojos cubierta de árboles centenarios, hasta apenas un par de metros del agua, convertida en un frondoso bosque de aspecto otoñal. Miles de hojas caían de formidables prunos y almendros, de arces, castaños y robles imponentes, e iban tapando la arena fosca casi por completo. Una lánguida marea amarillenta bañaba la orilla, sin un murmullo. El lento oleaje arremolinaba la hojarasca almagre, la acumulaba en una muralla de algas de aspecto ambarino. Y de ese mar también ámbar, muy claro, como tenuemente iluminado desde el fondo, ¡lo juro!, emergió una mujer de aspecto albino, completamente desnuda. Sólo cubierta por escarcha de sal.

Brillaba tan pálida como la Luna, más pálida y más brillante, casi traslúcida. Era de noche, seguro, seguía siendo de noche, aunque el cielo clareaba extrañamente en un fulgor suave, de tonos ora verdes, ora violáceos, indefinidos, como en una exuberante aurora boreal. Millones de estrellas refulgían en relieve, casi al alcance de la punta de la nariz o de los dedos.

Nada más salir del agua, la joven se sacudió la melena corta como lo hacen los perros. Luego enjugó la humedad acariciando el pelo con un gesto que me era familiar, ladeó exageradamente la cabeza y, dando levísimos saltitos a la vez, exprimió el cabello, como quien escurre un paño o una toalla. Al caer, las últimas gotas brillaron lentas, como luciérnagas. Hecho esto, dobló la cintura totalmente hacia delante, dejando la cabellera por debajo de la cabeza, hasta rozar la arenilla cubierta de pétalos y hojas. La perspectiva era definitivamente erótica, angustiosamente sexual. No pude adivinar los rasgos del rostro que asomaba entre las piernas, ligeramente abiertas, unas preciosas piernas que subían hasta un hermosísimo culo. «No te muevas —pensé—, quédate así, espera». Sentí un violento apetito, un deseo irrefrenable de arrodillarme detrás de ella y morder tiernamente aquel trasero, lamerlo hasta la sinrazón.

Con un gesto seco, decididamente enérgico, se incorporó echando la crin y el cuerpo hacia atrás. Luego, se alejó caminando casi de puntillas, moviendo serenamente las caderas, mientras lo recogía en una cola o un moño. No pude ver su cara, en todo momento permaneció oculta o dándome la espalda. Me alcé de un salto y corrí cuanto pude con la intención de alcanzarla, pero estaba mucho más lejos de lo que me había parecido. Cuando me detenía a mirar, mis ojos, como catalejos, me permitían verla nítidamente y bastante cercana.

Al emprender de nuevo el paso, el trecho que me separaba de ella cobraba una nueva dimensión, aparecía como una longitud insalvable.

En vano intenté gritar para que se detuviera. Por alguna razón, tal vez por el relente de la noche, la voz no quería salir de mi garganta. Estaba completamente afónico. Aceleré la marcha buscando acortar tanta distancia. Los pies se hundían cada vez más en la arena, los tobillos, una y otra vez, se enredaban entre los sargazos rojizos, quedando atrapados, haciéndome tropezar constantemente. En vano intenté una y otra vez desembarazarme de las enredaderas que me atenazaban. Avanzar se convirtió en una tarea agotadora, imposible, tanto que perdí el aliento y caí de bruces completamente exhausto. La arena entró en mis párpados arañándome los ojos, entró en los agujeros de la nariz, taponándolos, entró en mi boca, sellándola. Di una bocanada terrible, agónica, como la última de un enorme pez moribundo. A pesar de ello, el oxígeno no llegó a entrar en mis pulmones. La garganta se cerró definitivamente, la lengua, seca e hinchada, se quedó adherida al paladar, inamovible. Acepté que había rebasado el preciso instante de la muerte. Quise sufrirlo o gozarlo, pero éste no llegó. No era ese trance el que me alcanzaba. Seguía insufriblemente vivo. Quedé boca arriba, aleteando, mirando la luz incoherente, escupiendo espumarajos al cielo.

Pensé: «El espacio no tiene fin, no acaba nunca, es infinito, ilimitado, como este dolor».

Al cabo, respiré de nuevo, lenta y doloridamente, como si aspirase el vapor de un ácido corrosivo. Las fosas nasales y la garganta se calcinaban con cada nueva inspiración. Pesadamente, me senté abrazándome la piernas, buscando recuperar el resuello. Una vez más conseguí incorporarme, hiriendo los pulmones por el esfuerzo. Ella seguía alejándose, muy pausadamente. Acopiando mis agotadísimas reservas, tomé impulso e intenté avanzar. Esta vez, sentí como si unas manitas invisibles me retuvieran. Y así era. No podía verlas, pero dos garras diminutas, doce dedos afilados, me aferraban clavándose en mis brazos, apretando con una fuerza inusitada. La uñada empezó a rasgar y a sangrar mi piel. De improviso, noté un fortísimo empujón en la boca del estómago, como un cabezazo. Alguien me empujó sin contemplaciones. Atrás, justo abajo, detrás de mis pantorrillas, algo, un cuerpecillo, me hizo tropezar y caer como en esos juegos de niños. Volví a quedar mirando al cielo. En su infinidad verde y violeta aún brillaban y oscilaban todas las estrellas.

Apurando el remanente final de la voluntad, la reserva terminal, la última gota de brío en mi sangre, volví a incorporarme. «La última», pensé. Ya no había más. Frente a mí, un enano calvo y escuálido, de nariz y ojos rojizos y afilados, me miraba con sorna. Alguien detrás de mí gritó: «¡Buh!». Me sobresalté de un modo inconcebible, sentí el miedo más atroz que jamás haya sentido. Instintivamente me giré para ver quién se burlaba.

Otro ser, poco más alto que el que tenía enfrente, me miraba sonriendo, maliciosamente distraído. Éste, rechoncho y sonrosado, tenía un aspecto más bonachón, pero su presencia resultaba igualmente terrorífica y desconcertante. Sin venir a cuento, los dos empezaron a reír enloquecidamente, como hienas rabiosas.

«¿Quiénes sois?, ¿qué sois?, ¿qué queréis de mí?, ¿qué os hace desternillar así?», pregunté iracundo. «Sin duda, tú», respondió el más demacrado. «Yo no le veo la gracia», repliqué. «Tú no tienes ninguna gracia ni puedes verla», volvió a hablar el flaco, mientras el otro dibujaba en la arena con la punta de un palito y con uno de sus pies. «¿Quiénes sois?», insistí impaciente, muy asustado. «Yo soy Bonacrocce —dijo el gordo, hablando a destiempo—, y él es Bonanno». El más enjuto le miró inquisidoramente, como recriminándole tal confianza. Se aullaron mutuamente enseñándose los diminutos dientes, unos colmillos ennegrecidos, como clavos oxidados. Un segundo después, volvían a partirse de la risa, revolcándose en la arena. «¿Y ella?, ¿quién es ella?», les grité. «No es de tu incumbencia, nada que tú debas saber aunque ya sepas», sentenció el seco y maligno enano. «¿Por qué no consigo alcanzarla?», seguí. «Porque no está escrito», balbuceó el achaparrado mirando de reojo al otro, que sin duda era quien llevaba la voz cantante, buscando su aprobación. «¿Dónde debería estar

escrito?», inquirí cada vez más inquieto. «¡Bah!, ¡calla de una maldita vez, maldito plañidero hijo de una asquerosa carnicera!», bramó con desprecio el más demacrado, sin apenas separar los labios, siseando como una serpiente. Guardaron silencio y escucharon atentamente.

El rumor de una banda lejana comenzó a llegar sostenido en la brisa. Al poco, y a buen paso, acompañadas por una inesperada bruma, un grupo de majorettes desfiló por la orilla, chapoteando alegres, elevando las rodillas graciosamente al ritmo de la música. Sus penachos entorchados, las casacas abotonadas, las faldas cortísimas, los bastones de mando, todo era dorado, hasta su piel, que brillaba como recubierta por polvo de oro. Pasaron rápido, muy sonrientes y sin mirarnos. Tras de ellas, otro personaje grotesco caminaba intentando seguir su ritmo, arrastrando los pies, marcando el paso a destiempo. Un hombrecillo anciano vestido con uniforme blanco, inmaculado, tocado por una gorra descolocada y también blanca, hacía sonar alegremente el viejo acordeón que llevaba entre sus brazos. A contratiempo, con voz afeminada y ronca, entonaba una cancioncilla incomprensible, desafinada, tristísima.

El grupo de chicas se alejó envuelto en la neblina que avanzaba con ellas. El viejecillo giró hacia nosotros dejándolas marchar y se puso a dar vueltas en torno a mí, cantando cada vez más rápido su cantinela absurda, una canción afrancesada que hablaba de la Luna. Bonanno y Bonacrocce comenzaron a burlarse de él, siguiéndole, bailando como dos locos bufones. Los tres giraron y giraron a mi alrededor hasta marearme. El anciano me inspiraba una enorme ternura. De su organillo y de su boca desdentada salía un sonido cada vez más agudo, los labios balbuceaban, los dedos se movían a una velocidad extraordinaria sobre las nacaradas teclas, y el fuelle se abría y cerraba cada vez más rápidamente. Los tres cayeron por tierra muertos de risa. «Éste es Nicodemo —aclaró el gordito—. Sólo él puede ayudarte. Él sabe cómo alcanzar a la mujer que se aleja». Me sobresaltó la idea de que podía haberla perdido de vista definitivamente. Busqué con la mirada y allí seguía su esbelta figura, borrándose en el tenebroso horizonte, alejándose más y más, cada vez más. Intenté correr de nuevo, pero uno de ellos me puso la zancadilla, haciéndome caer de boca. Nicodemo se sentó a mi lado y me acarició y me habló como se acaricia y se habla a los perros.

«He llegado puntualmente, no me esperabas, pero aquí estoy —dijo el viejo—. Tranquilo, tranquilo, nunca podrás alcanzarla, para qué seguir en eso. Olvídala, déjala marchar, no es para ti, no es para nadie. Tranquilo, muchacho, no vale la pena, no vale la pena. Sólo llegarás a la muerte si la persigues. ¿Acaso no lo ves?, debes apartarla de tu sentimiento, debes reconocer que has malogrado tu vida y la suya. Déjate de mentiras, estás llenando el alma de

lágrimas inútiles, de angustia inútil, vuelve a ti, vuelve a ser lo que eres, resígnate. Ay, yo sé cuánto has llorado, pero toda esa aflicción no te la devolverá, te devorará, toda esa furia ciega no conduce al triunfo, tan solo al aislamiento y al fracaso. Ya has fracasado, has naufragado en la marea de todo lo que ha muerto, ríndete a la conciencia y a la evidencia, deja de soñar lo ya soñado. Lo sé, sin esperanza la vida se hace pesada e imposible, pero debes recomponerte, aún no estás completamente destruido...».

Hablaba y me acariciaba la cabeza muy quedamente. Mientras le oía, el sonido cesaba y volvía a empezar, cesaba y volvía a empezar, cabalgándose las palabras, las frases, repetitivamente, una y otra vez, una y otra vez. Todo cuanto yo pensaba iba saliendo por su boca, disfrazándose en sus expresiones. Como si pudiera leer en mi pensamiento, en lo más oculto de mi vida, iba describiendo la angustia certeramente, anticipando cada reacción de mi mente ante el consuelo que, a la vez, ofrecía su extraña voz.

Lloré tan desconsoladamente que mis lágrimas formaron un charco en la arena. Lloré tanto que llegué a olvidar por qué lloraba.

Cuando alcé la cabeza, Nicodemo ya no estaba. Tampoco los otros dos charlatanes. Los tres, a un centenar de metros, hablaban con la mujer desnuda y plateada, le hacían señas indicando hacia donde yo estaba. Siguieron su camino hasta desaparecer, mientras ella se fue acercando a mí. Con gran esfuerzo me puse en pie. Sentía la cara hinchada, embotada, empapada en lágrimas y cubierta de arena, me sentí ridículo. Completamente abatido, desfallecido, miré sin pesar cómo se aproximaba. Eras tú.

Me acariciaste el rostro con ternura, sacudiendo suavemente la arenilla de la frente y los pómulos, de la barbilla, hurgando sigilosamente en los lagrimales, en los párpados, en los orificios de la nariz y las orejas, entre los labios, para retirar los granos más ocultos. Mesaste mi pelo con las dos manos, desde la frente a la nuca, bajando luego por el cuello y los hombros. Me mirabas en silencio, implorante, como quien tiene apenas un minuto para despedirse antes de que parta el tren. Intenté decir algo, pero tus dedos sellaron tiernamente mis labios acariciándolos, impidiéndome hablar. Los besaste mórbidamente, una sola vez, una sola. Luego, en un susurro trémulo, hablaste con tu voz, la que casi había olvidado. «No hay lugar adonde huir —dijiste—, buscar o esperar son la misma cosa, no busques ni esperes más, yo te amo, desearía que nunca murieses, no haber muerto, pero lo eterno es eterno para siempre, ahora debo irme, adiós, mi amor...».

Caminaste hacia la orilla y te lanzaste al agua sin pensarlo, sin mirar atrás. Increíblemente aún, vi cómo te hundías, cómo te abandonabas a la profundidad custodiada por un cortejo de caballitos de mar. El aire se llenó de sol cegándome

por completo, abrasándolo todo en un fulgor blanco tan impenetrable como las tinieblas. Sentí de nuevo el sopor de la nada adormeciéndome. De ser un sueño, no era un sueño como todos los sueños.

Al despertar, el universo pesaba inmenso en mi pecho y tu voz y tu imagen oprimían como nunca mi alma agotada...

MARTES, 3 DE ABRIL DE 1990

Sentí que la vida se me iba. El sol, ya muy alto, abrasaba con impiedad. La cabeza y los oídos me explotaban, zumbaban con cada latido. Tenía la boca y la garganta absolutamente estropajosas, reseca, llenas de arena, como la ropa, acartonada y aún húmeda. Apeataba. Un dolor casi insoportable punzaba en las cuencas de los ojos. No podía despegar los párpados, cegados por la luz y por un engrudo de legañas arenosas. Me dolió abrirlos como la primera vez, como un neonato, tardé un buen rato en acostumbrarme al relumbrante fulgor. Arrastré un cuerpo que no sentía mío hasta la orilla y me enjuagué con agua salada. La sed era insoportable. Para despejarme, entré reptando en el agua fría y me senté, impávido. Desde allí, vi cómo un coche de los carabineros se acercaba por la carretera que discurre paralela a la playa. Se detuvo frente a casa.

Del vehículo bajó uno de los guardias con una carpetilla en la mano. Miró en torno como sólo miran los policías. Luego entró y subió los escalones de tres en tres, a grandes zancadas. Me levanté torpemente y salí del agua chapoteando. Con urgencia, bebí lo que había quedado en las latas de cerveza semienterradas en la arena. El otro carabinero esperaba de pie apoyado en el Alfa Romeo, sin quitarme ojo, observándome con creciente recelo. Diego bajó corriendo con el agente que había subido. Señaló hacia donde yo estaba y comenzaron a acercarse. Era fácil intuir que nada bueno iba a suceder.

«Buenos días», saludó el guardia, llevándose la mano a la visera con gesto marcial e indolente, examinándome de arriba abajo. Perplejo pero impasible.

«¿Víctor Próspero? Tengo un telegrama urgente para usted. Lo envía la *Questura*^[10] de Roma. Firme aquí». Firmé en el lugar señalado empapando la carpetilla y la manga de la casaca del cabo. Me entregó un sobre azul, volvió a saludar con seña chulesca y caminó hasta el coche. Luego, haciendo chirriar las ruedas, se alejaron como en las películas, innecesariamente veloces, levantando nubes de polvo.

Diego, todavía en albornoz y chanclas, también maltrecho por la resaca, me miraba, no lo sé, indiferente o impaciente, tras unas gafas desmedidamente grandes y oscuras, ridículas. Yo, allí, en mitad de la playa, como un náufrago, aún lleno de mar, chorreando agua, sal y desconcierto, miraba el papel que sujetaba mi mano inerte. «Un billete hacia lo bueno o lo malo —pensé—, un mensaje clemente o diabólico».

Sentí que la vida, una vez más, avanzaba sin esperarme, que la obra estaba por comenzar, justo cuando yo creía que había terminado. ¡Todos a escena!

Quién sabe cuánto lo había esperado.

Subí a casa sin abrir el sobre. No me atreví. Diego preparó un par de expresos bien cargados. Sacó del congelador unos trozos de pizza y los metió en el horno. Me

preguntaba cómo podían haber dado conmigo, nadie sabía dónde estaba, nadie excepto Ángela y Stéfano. La idea me sobresaltó. Sin duda, aquel telegrama portaba noticias sobre ti, sobre tu suerte o tu desgracia, sobre tu paradero. Buenas o malas, ya casi no importaba.

Tomé un sorbo de café y rasgué la envoltura:

«Se requiere su presencia urgente. *Stop*. Hallado cuerpo características afines Amantea Panucci. *Stop*. De capital importancia reconozca el cadáver y aporte evidencias a fin de realizar test ADN. *Stop*».

—¿Y bien?

—Tengo que salir para Roma, cuanto antes, esta misma noche.

—¿Ha aparecido?

—Han encontrado un cuerpo, puede ser el suyo. Necesitan que lo reconozca, que aporte algo, no sé, un resto, algo de ella, para cotejar, para asegurarse..., ya sabes...

—Pero no es seguro...

—Quién sabe, no dice mucho más.

—No sabes cuánto lo siento...

—¿Puedo usar el teléfono?, he de llamar a una amiga. Ella sabrá...

Diego salió de inmediato, por dejarme solo y por comprar un billete para el último tren. Busqué el número de Ángela y marqué serenamente. «¿Un resto? —pensé mientras sonaba el primer tono—, ¿qué resto de ti podría “aportar”?», ¿qué me quedaba de ti?, nada.

No respondían, volví a marcar. ¿Qué querían decir con que había aparecido un cuerpo afín al tuyo? Ése no podía ser tu cuerpo, no podía ser. Nadie contestaba. Marqué el número del laboratorio. Al poco, la voz de la telefonista respondió con dulzura, como siempre. Pregunté por Ángela como tantas veces había preguntado por ti.

Un instante...

—¿Ángela? Soy yo...

—¿Ya lo sabes?...

—La policía me ha enviado un telegrama...

—No sabía cómo localizarte, no sabemos nada de ti, ¡maldita sea!, podías haber llamado, haber dejado un teléfono, una dirección, algo...

Silencio.

—Tienes que venir, tienes que venir...

—¿Tú la has visto?...

—Está irreconocible, es horrible, horrible... Stéfano se desmayó...

—¿Cómo sabes que es ella?...

—Es ella...

—¿Cómo lo sabes?... —No respondió—. ¿Dónde ha aparecido?...

—Estaba en el fondo del lago, en Bracciano, atrapada en el fango, la encontraron unos pescadores... Debió de caer desde un viejo puente, la barandilla debió de ceder. Dice el forense que...

—No quiero saber lo que dice el forense...

—Dice que aparentemente todo coincide, que habrá que esperar los resultados de la autopsia...

—Me piden que aporte algo...

—Sí, un cabello, una uña, un cepillo de dientes, algo habrá quedado...

—No tengo nada, no quedó nada, cuando salí de casa, entraba la mujer de la limpieza...

—¿Has dejado la casa?...

—Sí..., no podía permitirme seguir pagando el alquiler...

—Pero estás loco, pensábamos que te habías ido sólo una temporada... ¿Te llevaste todo?, ¿no hay nada que pueda servir?...

—No, no lo creo..., ¿pero qué idiotez es ésta?, ¿acaso uno va guardando restos de su pareja por si un día aparece muerta y desfigurada?...

—¿Y su ropa?, ¿sus pinturas, sus peines?, puede que quedara algún pelo enredado..., tal vez sirva un pintalabios...

—Lo dejé todo, casi todas sus cosas, todo metido en unas cajas de cartón...

—¿Y qué hicieron con ellas?

—No lo sé... Imagino que entregarlas a la beneficencia, a algún trapero...

—No puedo creer que abandonarás todas sus cosas. ¿En qué pensabas?, ¿cómo has podido hacer algo así?... ¿y si hubiera vuelto?...

—No lo ha hecho, no lo hará...

—Estás lleno de rencor...

—En absoluto, ¿tú qué sabrás?... No podía soportar ni un instante más vivir asediado por su recuerdo..., por su ropa, sus zapatos, sus pequeñas tonterías... Sabía que no iba a volver..., lo sabía...

—Lo siento, no quería...

—No te preocupes, a mí también me cuesta creer que no quede nada...

—Tendrás que verla, tendrás que ver su cuerpo. Es terrorífico..., ¿podrás hacerlo?

...

—Sin ninguna duda. No puede ser ella, por eso me atreveré a mirar, será otra pobre desgraciada...

—Todo coincide, hasta las cicatrices... Lo siento..., sólo pretendo prepararte..., es casi seguro...

—Mañana o pasado mañana saldremos de dudas...

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?...

—No estoy tranquilo, estoy sedado, agotado, he pasado una mala noche...

—¿Cómo vas a venir?... ¿en avión?...

—No, no tengo mucho dinero..., cogeré el tren de la noche..., sale a las doce, al amanecer estaré en Roma..., ¿iréis a buscarme?...

—Claro, claro... Allí estaremos...

—De acuerdo, mañana hablamos... Yo...

—¿Sí?...

—Nada, nada..., mañana hablamos...

—Está bien, mañana nos vemos..., estoy deseando abrazarte... Un beso.

—Otro para ti, y para Stéfano..., hasta mañana...

El día transcurrió lento y extraño. Al atardecer Diego me llevó hasta la estación de Consenza, en la furgoneta. Apenas dijimos palabra durante el trayecto, ni durante toda esa tensa jornada. No sabíamos qué decirnos. Físicamente, debía de sentirse tan mal como yo, a pesar de ello, pasó el día atendiéndome, desvelándose por mí, cuidándome en silencio, sin ocupar espacio. Entrando y saliendo del decorado imperceptiblemente, sin molestar, justo a tiempo. Cambiando el atrezo velozmente, según el ánimo, dejando el escenario a punto para una nueva escena en pocos segundos, como hacen en el circo o en las obras de teatro, como un hábil tramoyista de mi alma.

Así me preparó la comida y la cena, e hizo que comiera y cenara, incluso empaquetó unos *panini* para el viaje. Pobre Diego. Después de tanto tiempo sin hablarle, evitando verle, justo nos reencontramos la noche antes de recibir la noticia. Él, tan feliz rodeado de sus protectoras rutinas, con su clarinete y sus ensayos, con sus amigos, y aparezco yo con mi habitual malandanza, con mi pesado lastre de infortunio, de malestar, perseguido siempre por la muerte, por esa muerte que, en apariencia, ya era tu muerte.

Al despedirme, le abracé con profundo afecto. Intenté decirle sin palabras cuánto le agradecía tanto desvelo, tanto y tan inmerecido cariño. Como en esa escena repetida en mil películas, en mil novelas, el tren fue alejándose mansamente, y él permaneció imperturbable en el andén, diciendo adiós con la mano, muy lento. Me conmovió su figura lánguida, inamovible. Temí no volver a verle, como a padre.

Pasé un buen rato asomado a la ventanilla del pasillo, observando la oscuridad, jugando a mirar con los ojos entornados las luces que desfilaban veloces o parsimoniosas, según la distancia a la que brillaban, adivinando la máquina y los vagones cuando el tren tomaba curvas a la derecha, aspirando el fuerte olor a ferrocarril. «¿Qué quieren decir con que han encontrado tu cuerpo? No puede ser el tuyo, no puede ser. Tu cuerpo es fastuoso, radiante, sano, terso y suave como una piedra bruñida por el mar, resplandece lleno de vida y amor. ¿Cómo puede ser tuyo ese despojo? Tu cuerpo no fue creado para la putrefacción, su única posibilidad es la belleza»...

Me tumbé en una de las literas. El vagón no iba muy lleno, en mi compartimiento sólo viajaban otras dos personas. Dormían. Intenté frenar los disparados pensamientos, lo conseguí tomando una pastilla. Al poco, me fue inundando esa densa y benefactora somnolencia artificial que guardan las cápsulas. Arrullado por la química y por el traqueteo del tren, fui quedándome dormido, pensando en mi padre...

DURANTE LA NOCHE

¿Qué habrá sido de padre?

Padre nunca fue feliz, al menos yo no lo recuerdo. No recuerdo su risa, tal vez algunas tímidas sonrisas. Hablaba poco, muy poco, por no decir nada; al menos no con nosotros. Pero todos le queríamos, todos le querían, todos excepto mi madre. Era un hombre silencioso, recto, honesto y trabajador, por encima de todo trabajador. Nada le satisfacía más que estar en su cabina, en sus andenes, como a un capitán satisface estar en el puente, sobre la cubierta de su barco.

Paseaba de acá para allá comprobando que todo estaba en orden, que todo funcionaba, que cada cosa ocupaba su sitio, cada tornillo, cada raíl, cada aguja, cada traviesa. Caminaba siempre con las manos a la espalda, un poco encorvado, a grandes pasos, observando detalladamente. Cuando yo o mis hermanos nos acercábamos a él, aun parco, siempre tenía un gesto de cariño para nosotros. Te alborotaba el pelo, te daba un apretón de hombros o una palmada en el culo, te acariciaba la frente y el rostro con su mano enorme y áspera. Sin embargo, aquellos escuetos arrumacos eran para mí valiosísimos. Junto a los trenes, ero lo mejor que tenía. Él siempre te miraba con entusiasmo, con franqueza, tanto en el castigo como en la recompensa.

¿Recordará aún algo de mí?, ¿recordará que tiene un hijo?, ¿se preguntará si sigo vivo? La última vez que lo vi estaba entubado, aspirando oxígeno a la fuerza, alimentándose de suero. Postrado en una silla de ruedas, babeando, con la mirada perdida mucho más allá de este mundo. Acababa de sufrir una embolia. El derrame cerebral le había paralizado casi todo el cuerpo. A causa de la tensión, de la hipertensión arterial, sentenciaban los médicos. Pero era mucho más que eso.

Guardaba intacta toda la pesadumbre de este mundo, mucha más de la que un hombre puede soportar. Mil tormentos antiguos y recientes le habían llevado a esa situación.

Después de la muerte de mis hermanos y de mi madre, encaneció y adelgazó deprisa. Se fue apagando. El alma se le fue ahogando en una profunda depresión, se le llenó de vacío. Yo, aunque intentaba obviarlo, seguía siendo sólo un niño. Lo miraba impotente y asustado, cada vez me costaba más reconocer a mi padre en aquellos ojos. También estaba perdiendo a mi Rey, a mi guerrero, a mi amado padre. Él, a veces, se daba cuenta de la situación e intentaba disimular, esforzándose, cruzaba unas palabras conmigo, me palmeaba la mano o fingía triste una sonrisa. Preguntaba sin esperar respuesta: «¿Qué tal en la escuela?, ¿y la maestra?, ¿sabes si ha ganado el Madrid?, ¿parece que este tren viene con retraso, no?», poco más.

Algunas tardes le tomaba de la mano y lo llevaba a pasear por las vías o por el camino de las eras, o por las calles del pueblo, para que todos nos vieran, juntos y tranquilos, como si no hubiera pasado nada. Me aterrorizaba la idea de que me

enviaran a Ávila, al hospicio. Eso rumoreaban algunos. O a Galicia con una tía que ni siquiera recordaba.

Padre no pudo volver a trabajar. Le quedó una mísera asignación por invalidez. Por fortuna Renfe no nos echó de la casa de la estación, aunque había que pagar el alquiler. Cada día, se sentaba a esperar en el banco del andén, mirando el reloj cada treinta segundos, con gesto de rabia o desesperación, a veces con resignada nostalgia, sonándose constantemente la nariz y frotándose los ojos con un pañuelo raído. O con las manos cruzadas a la espalda, paseaba arriba y abajo el apeadero, durante horas. Quién sabe qué pasaba por su cabeza. Temí que cualquier día decidiera arrojar al tren, cuando pasaban parecía pensarlo, los contemplaba demasiado cerca del borde, a una distancia suicida. El rebufo le hacía tambalearse. Otras veces, arriba del puente, quedaba durante horas mirando el horizonte. Miraba lejos, muy lejos, veía a través de las personas, de las paredes, de los trenes, de las montañas. Su mirada se elevaba por encima de los tejados y las nubes, a veces jugaba volando alto con los pájaros, a veces bajaba a ras del suelo y la dejaba entrar en el túnel. Su mirada vagaba desde allí por el infinito, tal vez buscando en otra dimensión a sus pequeños extraviados.

Se dejó vencer. De algún modo intentaba dejarse morir, pero sin ningún éxito. Sólo consiguió quedar medio muerto. Mis horas eran muy oscuras entonces, pero nadie lo notaba, o eso pretendía yo. Cada noche moría y cada mañana renacía. Así eran las cosas, no había alternativa.

Alguna vez pensé escapar. Subir a cualquier tren en alguna dirección, eso daba igual, o esconderme en la cubeta del camión del *Pasmo*, que cada semana llevaba arena al Barco de Ávila. Pero nunca me atreví. Ya entonces era un cobarde.

Tuve que aplicarme en todo y sobre todo en la escuela, dar sensación de cierta normalidad. Evitar el llanto, aunque siempre tuviera un nudo en la garganta, tragarme todas las lágrimas, llorar sólo cuando estaba solo, bajo las mantas. Y sonreír, reír como los otros, jugar al fútbol y a las chapas, jugar a cualquier cosa y con ánimo, aunque no tuviera la más mínima gana. Gritar como todos, correr y brincar, ir a las pedreas en las vías o pegarme en el corral, como todos, aunque no tuviera el más mínimo deseo de hacerlo, aunque me muriera de miedo en las riñas. También de inquietud, pensando dónde andaría padre, si no estaría ya estampado entre las traviesas. Si me preguntaban por él, fingía, incluso bromeaba sobre ello, sobre nuestra situación. Respondía que cada vez estaba mejor, que nos apañábamos, que no necesitábamos nada, que él me cuidaba mejor que bien.

Pero lo cierto es que era yo quien tenía que cuidarle. Cada vez más. Se alzaba cada mañana un poco más pálido que la anterior, y, si no le dabas de comer, olvidaba hacerlo. Así tuve que aprender a hacer la compra y la comida. Durante mucho tiempo nos alimentamos de huevos con patatas, de leche con Cola Cao y galletas, era lo único que sabía preparar. Fijándome en las madres de mis amigos o en María, la

cocinera de la cantina, en cómo preparaban las lentejas, las patatas con carne o un cocido, en cómo se asaba un pollo, aprendí a cocinar. No era difícil hacerlo, en absoluto. Hasta llegué a encontrarlo divertido. En poco tiempo me salieron muy buenos los guisos. Limpiaba y ordenaba la casa, sobre todo cuando íbamos a tener visita, y también lavaba la ropa en la pila. Aprendí también a afeitarse a padre y a afeitarme la pelusilla del bigote. Así fui creciendo y aprendiendo a vivir.

Eso era la vida.

Con trece años me puse a trabajar. Padre empeoraba y no podría fingir por mucho tiempo. Al menos así todos verían que podía ganarme la vida por mí mismo. Me emplearon en el bar de la plaza, primero para fregar vasos y platos, o barrer el salón y la barra, luego pasé a limpiar y hacer las camas en la pensión. En un par de meses ya estaba sirviendo chatos, cañas y raciones. Me convertí en un buen camarero. Ni el tiempo ni el dinero daban para más.

Me levantaba al alba para dejar hecha la comida y preparar el desayuno de padre. Junto a un perolo con el café y la leche, colocaba una servilleta, un platito y un tazón con una cucharilla, un cuchillo, la mantequilla y unas galletas al lado, cuatro o cinco. Cuando se levantaba, lo encontraba todo dispuesto, todavía caliente. Yo me tomaba un vaso de leche y me comía un bocadillo por el camino. Cerca de las nueve volaba hasta la escuela, para no llegar tarde, no debía llegar nunca tarde, jamás. La mañana la pasaba en el colegio. A las dos salía y corría de nuevo a casa. Ponía a padre el almuerzo y estaba con él un rato, hasta las cinco más o menos. A esa hora entraba a trabajar, cada vez hasta más tarde. Sobre las diez de la noche, cuando regresaba a casa, padre ya se había quedado dormido en el sillón, escuchando la Ser. Apagaba la radio, le arropaba y allí, casi siempre, pasábamos la noche. Me sentaba recostándome a su lado, cogía uno de sus brazos inertes y me lo echaba por encima, por dormir abrazado, por sentirme protegido, con menos miedo, aunque no había mucho tiempo para el terror: siempre caía rendido y me dormía enseguida.

Padre cada vez estaba peor y yo realmente ya no sabía qué hacer. Dejó de comer, a duras penas conseguía meterle dos cucharadas en la boca. Y lo peor, empezó a hacérselo todo encima. Limpiarle me resultaba insoportable. Aguantó tanto tiempo gracias a que era un hombre muy fuerte, pero la degradación era ya imparable, ya no se podía ocultar. De ningún modo. Apenas podía levantarse o caminar. Poco a poco dejó de hablar, reír o llorar, de percibir. Quedó completamente imposibilitado. Una noche creí que se asfixiaba y corrí a la casa del médico, desde allí, llamamos a una ambulancia. Se lo llevaron al hospital de Ávila. Aquella noche, lloré con ganas, con muchas ganas, y le conté todo al médico. Que llevaba mucho tiempo así, mucho más del que creía, que ya no podía más. A la mañana siguiente me confesé con el cura. Además de rezarle la penitencia que me impuso el párroco (tres padres nuestros y dos ave marías), le hablé largamente a Dios. Tal vez fui desmedido, algo pesado. No sé...

Por si no resultaba, también le escribí una carta y la eché en el cepillo de las limosnas:

«Querido Dios, no te pido nada para mí. Sólo que cures a mi padre o que lo mates. Como hiciste con ellos. Así podré dejar de sufrir al verlo y vivir más tranquilo. Y, por favor, que no me lleven al hospicio ni me echen del trabajo. Muchas gracias».

Fui muy escueto, por no cansarle. Pero no me hizo del todo caso.

Seguí trabajando varios años en el bar, pero no hizo nada sobre padre, ni bueno ni malo. Pasó un par de meses ingresado. Durante ese tiempo, María, la mujer de Ramón, el cantinero, se ocupó de mí y de la casa. Eran nuestros vecinos y no tenían hijos, no podían tenerlos. Pero no me obligaron a vivir con ellos, como querían muchos. «Si el muchacho ha sido capaz de llegar hasta aquí —les decían— y si es capaz de trabajar, que lo es, merece toda nuestra confianza, puede vivir solo». La única condición que me impusieron, bajo la amenaza de que la guardia civil me llevaría si no al orfanato, fue no dejar la escuela y aplicarme a fondo en los estudios. Así lo hice, y estudié como nunca lo había hecho. Tiempo después, padre regresó a casa, algo mejor pero muy quebradizo, muy enclenque, bastante ido. Apenas podía valerse. Ramón y María siguieron ayudándonos, a cambio de nada, realmente eran dos buenas personas.

La última vez que vi a padre, me pareció que de algún modo era consciente de su estado, de lo que sucedía, lo expresaban sus ojos, esa terrible mirada puesta más allá de la vida, de mí, atravesándome, pero diciéndome todo en su extravío.

No había quedado así sólo por la trombosis. Ya antes, como ves, todo el dolor y una rarísima demencia le fueron consumiendo. Una profunda depresión le fue sitiando, haciendo de su pensamiento algo inabarcable. Desvariaba confundido por el tiempo o los recuerdos. Hasta que su memoria dejó de funcionar, incluidas las cosas más sencillas. Fue olvidando todo, absolutamente todo, incluso que para vivir hace falta respirar.

En mis sueños, el pitido del tren se confundió con el silbido entrecortado del respirador que mantenía con vida a padre, con el terrorífico sonido de sus aspiraciones, asfixiándose, luchando por el aire como el pez que cuelga del anzuelo.

Por la megafonía, una señorita de voz dulce y metálica anunció que en unos minutos llegaríamos a Roma...

MORTUORIO DELLA SANTA CROCE

Roma, miércoles 4 de abril de 1990

Ángela me esperaba en el andén de Termini. Nada más bajar del tren me abrazó con fuerza. Sentí el alma desnuda, anémica, liberada y oprimida a la vez, maldecida por el desamparo. Era inútil mantener puesta cualquier máscara, fingir. Esa mañana se podía ver dentro y a través de mi espíritu transparente, ella también, a pesar de casi desconocernos.

Me recriminó tiernamente mi ausencia, mi exagerada delgadez. Aún aturdido por el sueño, noté que mis pies se arrastraban con absoluta desgana por la superficie del mundo. Enajenado, emprendí el tortuoso camino que, inevitablemente, conducía al centro de la más íntima certeza. El lugar en el que nos esperaba la muerte, la evidencia de tu muerte.

Dándose cuenta de mi orfandad, Ángela me tomó de la mano con gesto maternal y simuló bromeando que todo iría bien. Intentaba alegrar el tétrico escenario, suavizar el momento que se acercaba y que yo no acertaba a prever. ¿Qué hacer?, ¿rezar?, ¿llorar?, ¿aceptar como cierta toda la realidad que ya se suponía? Sentí frío, muchísimo frío.

Stéfano esperaba fuera, en el coche, aparcado en cuarta fila. Bajó a saludarme inquieto, sin acertar a mantener la mirada, triste y somnoliento. Tal vez contrariado por el madrugón y por tan fúnebres molestias. Tomó mis manos y las apretó con ímpetu, luego me abrazó como se abrazan los hombres en los funerales, con gravedad, tomando conciencia del momento pero guardando la distancia. Un guardia urbano, con impaciente amargura, nos apremió a salir cuanto antes de allí, estorbábamos.

Me llevaron a desayunar. Tomé un té mientras ellos, sin encontrar la palabra justa, con desatino, intentaban explicar por leyes conocidas todo lo que para mí era un absoluto misterio, tan grande como el universo.

«A muchas personas, más de las que imaginamos, les suceden estas cosas. El mal acecha en la sombra y salta sobre tu cuello cuando menos lo esperas. Lo puedes ver cada día en los noticiarios, en la televisión. Amantea tuvo mala suerte, sólo eso, se fue a cruzar con el maligno en persona. ¡Qué tragedia! No sé cómo decírtelo, pero tiene pinta de ser algo terrible. Yo creo que la asesinaron. Que alguien la empujó. Si no, cómo iba a acabar así. Es tan extraño, es todo tan extraño. Pero la vida sigue, hay que aceptarla como viene...».

Ángela y Stéfano me parecieron dos agoreros y detestables desconocidos. Sus morbosas teorías sonaban a blasfemia. A su lado, empecé a sentirme más huérfano

que siempre, rodeado por toda aquella gente que hablaba, masticaba y bebía completamente ajena a la tragedia. A esa sorda tragedia que comenzaba a parecerme extraña, inadecuada. Las cuatro esquinas de aquel bar encerraban toda la realidad que cabía en el inmenso mundo. Dentro, muy dentro de mí, te reprochaba todo, cruelmente. Sentí nostalgia de Diego. Tenía mucho sueño.

El cuerpo, me adelantaron, había aparecido dos días antes en un lago cercano a Roma, en la desembocadura de un riachuelo. Cuando lo encontraron unos domingueros, llevaría una semana sumergido. A poca profundidad, inflado como un globo, flotando entre dos aguas, atrapado en el fango, enredado y semioculto entre esas largas algas que llenan la superficie de florecillas blancas.

La putrefacción había dado paso a una degradación casi imparable. Muchas horas después, de mala gana, llegó el juez para proceder al levantamiento del cadáver. Lo sacaron del agua y lo llevaron a la orilla a bordo de una *zodiac*. Allí lo amortajaron envolviéndolo en una sábana, lo guardaron dentro de una bolsa de plástico y lo transportaron en un furgón siniestro hasta la morgue. Había que determinar la identidad del cadáver, averiguar la forma y las causas del fallecimiento. El número de identidad de Amantea Panucci figuraba en las fichas policiales junto a la leyenda «desaparecida», había que evidenciar si eras o no aquella mujer.

Y ya sabes cómo es aquí la burocracia, lo impregna y lo paraliza todo, hasta la muerte. Además, los funcionarios judiciales que asumen esos trámites llevaban ya dos semanas en huelga de celo. La mayoría de los jueces también estaba en huelga. Irónicamente reclamaban más medios. Para poder hacer bien su trabajo, decían, para acelerar los procesos. Decenas de miles de sumarios, enquistados por décadas de desgana, de incompetencia, de absoluta ineficacia.

Tras un vago y primer examen, se determinó que el cadáver «podría» ser el tuyo. Y ahí quedó de momento la cosa. Tendría que esperar su turno para la disección, dentro de una cámara frigorífica mortuoria.

Avisaron a Ángela. Ésta acudió de inmediato y, tal vez, se precipitó al reconocerte. Aquel cadáver, tan impaciente como ella, quería de algún modo tener un nombre, una historia propia, recuerdos y vivencias, un calor ya inútil ante tanta lividez. Sólo entonces podría descansar. Guardarían luto por ella, la llorarían. Seguramente.

Ángela apenas pudo mirar aquel despojo cadavérico unos segundos. El cuerpo que pretendía ser tu cuerpo evidentemente era ya hostil a cualquier mirada. Impresentable para los ojos de los vivos, ya no estaba en condiciones de ser escrutado fácilmente. Pero ella lo reconoció sin dudar, tal vez por apartar cuanto antes el dolor, la repugnancia que produce desterrar cualquier esperanza razonable. Con urgencia por darte sepultura y colocarte entre sus más llorados difuntos. En cualquier caso, era necesario un meticuloso examen quirúrgico para determinar si aquello era realmente

lo que quedaba de su amiga.

No había padres ni otros familiares conocidos, yo era lo más cercano, «el pariente más cercano al difunto». En principio, sólo yo podía solicitar y autorizar legalmente la autopsia.

Me senté detrás. Por el camino empezó a lloviznar. El tráfico a esa hora, poco más de las ocho de la mañana, era ya insufrible. Procuré no decir una palabra, ni responder cualquier intento de mantener conversación, dejar claro que precisaba un rotundo silencio. En breve, se impuso una sordina pesada, espesa e incómoda. Sólo se escuchaba la lluvia repiqueteando fuerte sobre el techo del coche. Empezó a diluviar. Stéfano encendió la radio por aplacar el cada vez más embarazoso y tenso mutismo.

De improviso, la música puede hacer saltar férreos resortes, conmovernos poderosamente, remover partes desdeñadas o inexploradas del espíritu... «*Ricordati di me, questa sera che non hai da fare, e tutta la città è allagatta da questo temporale*»...

¿Recuerdas? ¿Imaginas qué canción comenzó a sonar? Aquella que ponías tantas veces y que solías canturrear, la de Antonello Venditti. Te recuerdo de aquí para allá, trasteando, tarareándola, la sabías de memoria... «*Sarà quell che sarà... questa vitta è solo una autostrada, che mi porterà a la fine di questa giornata*»... Me tranquilizó emocionarme de aquel modo, mi alma debía de seguir viva, resultaba insoportable escuchar esa melodía, esas palabras... «*E sono niente senza amore*»... Ordené a Stéfano que la apagara.

El Lungotévere estaba, como siempre, colapsado. Miré las siluetas desenfocadas por la lluvia, la gente vestida de verano aunque pareciera invierno, tal vez otoño.

Roma, adormecida, sin ti, sin mí, sin nosotros. Con esa sonrisa suya de tiempo desvaído, burlona, riéndose irónica de la distancia, de la altura, del silencio y las palabras que nos separan, de los cientos de días que sopló el viento distanciándonos. Ya no somos nada. Por donde paseamos, quedó una pátina luminosa, fosforescente, cubriendo las aceras, las escalinatas y los senderos de los jardines. Una estela radiante que sólo yo puedo ver, un soplo largo y fragante en el que aún flotan los recuerdos que perdimos.

Quedan las orillas húmedas, los charcos como espejos sucios, empañados, reflejando las calles que recorrimos juntos, que amamos juntos. Queda una armonía oscura, suena muy lejana. Las notas graves y chirriantes de un violonchelo que nadie se detiene a escuchar, sólo yo puedo oírlas. Una melodía en re menor que se difumina entre el rumor de los motores de los coches, que se camufla arriba, en el rugido suave de las turbinas de un avión, en el «*flop*» de los paraguas al abrirse. Una canción que hace recordar recuerdos olvidados, todas las horas de amor que fueron a caer en el olvido.

¡Qué tristeza, qué alegre tristeza!...

Cuando llegamos al tanatorio, contra todo pronóstico, nos recibió solícito un amable patólogo. Los forenses también andaban con reivindicaciones salariales y laborales durante esos días y no se podía esperar nada bueno. El perito, sin la orden de un juez o sin el expreso consentimiento de un familiar, no pondría un dedo sobre el escalpelo. Ante el retraso judicial y burocrático y aunque me habían localizado, todo indicaba que habría que esperar. Pero me equivocaba. Incluso tenían prisa por terminar con aquello cuanto antes. Si yo reconocía el cadáver se ahorrarían muchos trámites, muchas molestias. Los muertos empezaban a amontonarse...

El médico era un tipo elegante, sereno, educado, de aspecto campechano y saludable, muy alto. Más que un forense, parecía un apuesto actor secundario sacado de una película de los años cincuenta. En todo recordaba a Gregory Peck y todo él, como todo allí dentro, apestaba a muerte y a formol. A pesar de la opinión de Ángela, las circunstancias que rodeaban aquella muerte, me aseguró el galeno, estaban bastante claras. Los expertos de la policía judicial habían sentenciado que se trataba de un accidente y ellos no solían equivocarse. En ningún caso sospechaban que el deceso pudiera haber sido violento.

Ángela y Stéfano se quedaron a esperar en el vestíbulo.

Seguí al médico. Recorrimos un interminable pasillo, hasta una galería amplia llena de puertas siniestras. Entramos por una de ellas, daba a un desangelado despacho de altísimo techo y paredes verdes. Sin una sola ventana, sólo un tragaluz oscuro. Estaba lleno de esos archivadores gris metálico, se perdían en la penumbra fluorescente creciendo por los tabiques. En medio de la habitación, una mesa también gris, enorme, y dos sillas, una a cada lado. Me invitó a tomar asiento y comenzó a hablar sin apenas pausa, en un tono amablemente autoritario. Sin duda, estaba habituado a la desagradable tarea de atender a los familiares de los fallecidos. Cualquier ayuda, en ese momento, dependía de mí mismo.

—Sé que todo esto es extremadamente duro para usted. Intentaré que pase lo antes posible. No sé si conoce usted el procedimiento, si le han explicado algo. Ya se han realizado los primeros análisis entomológicos, los más básicos, examinamos los insectos y las larvas propios de los cadáveres en descomposición. Hemos hecho también un detallado examen externo, se ha evaluado la edad aparente, la talla, el sexo, el color, la longitud y la forma aproximada del cabello, el color que tenían sus ojos, las peculiaridades del cuerpo, la dentadura, las cicatrices, los tatuajes, las deformidades, todos los cambios corporales *post mortem*... Pero eso no basta, ahora tenemos que pasar al interior del cuerpo. Según la exploración externa, podría ser su mujer, son muchas las coincidencias..., pero no hay nada concluyente. ¿Ha traído usted más fotografías?, ¿no le han dicho nada?, es para cotejarlas con las tomadas al cadáver, necesitamos algún retrato de frente y otro de perfil, las de la policía y las que nos trajo su amiga no sirven.

»Antes de la autopsia, si es que finalmente la hacemos, me gustaría que viera usted el cadáver, ¿se siente capaz ahora?, deberá armarse de valor. Puede parecer irreconocible, pero los rasgos de las personas amadas nos son inconfundibles, incluso después de muertas. Eso no quiere decir que no sea necesario un examen profundo. Por desgracia la dactiloscopia no ha dado resultados fiables, la piel de los dedos, tanto en los pies como en las manos, está muy deteriorada. La dermis ya había empezado a desprenderse cuando el cadáver fue recuperado...

Hablaba y hablaba con lúgubre dulzura, como quien realmente ama su trabajo, aunque en ese caso sea incomprensible. Abrió una carpeta amarilla y empezó a rebuscar y ojear papeles de color macilento.

—El odontólogo forense, de momento, tampoco ha sacado conclusiones definitivas. Las piezas dentales lo dicen todo de una persona, si es que las conserva —bromeó un tanto fuera de lugar—. Veamos..., en este caso, la mandíbula y la dentadura están en perfecto estado, no hay ninguna intervención odontológica significativa, un par de empastes, en cualquier caso estamos esperando a que su dentista nos proporcione unas radiografías para hacer un análisis comparativo, ¿sabe?, eso ayudará, tal vez ya estén aquí.

Levantó el teléfono y preguntó a alguien sobre las placas.

—¿No?, de acuerdo... Habrá que esperar un poco más —se disculpó—. Eso tal vez sea definitivo para establecer su identidad. Quiero serle sincero, no hay ninguna evidencia aún de que esa mujer sea su esposa, pero puede serlo. Su amiga al ver el cadáver no dudó, pero... Al parecer, no puede usted aportar nada, una cantidad aunque sea mínima de material para realizar un estudio del ADN..., es una gran desventaja. Ahora, si es usted tan amable, tiene que firmar aquí y aquí..., es su consentimiento para realizar la autopsia... Léalo detenidamente. Si finalmente ésta no fuera necesaria, lo romperíamos.

»También tendrá que rellenar y rubricar este formulario. Cómo no, tengo que informarle de que puede usted poner los límites que desee a la autopsia... Sólo queremos acabar cuanto antes con todo esto..., salir de dudas para que usted salga de dudas y pueda proceder al entierro o la cremación, cuanto antes, lo antes posible. Si todo va bien, podremos realizarla hoy. La operación durará unas tres o cuatro horas, pero no puedo asegurarle nada, por desgracia tenemos a los técnicos ayudantes en paro, quieren cobrar más y trabajar menos, como todos, ¿no? —volvió a bromear sin mucho acierto—. Por supuesto la intervención no tendrá coste alguno para usted. Los resultados los tendremos dentro de dos o tres días, eso si nadie más va a la huelga. Cuando estén en mi mano, me reuniré de nuevo con usted y los revisaremos juntos. Le detallaré cada una de las deducciones. Le aseguro que entonces habremos llegado a una conclusión.

»Ahora, señor Próspero, espere un instante, volveré enseguida. Le traeré una bata

y una mascarilla. ¿Se siente realmente preparado?

Quedé sólo en la tétrica estancia. Aproveché para liar un pitillo, lo encendí deprisa, como a hurtadillas. La inspiración hace equilibrios en el espeluznante borde de la muerte. Hubiera querido, tal vez, pintar. Pintar todo eso, ser capaz de dar color y forma a esas circunstancias, a esas emociones, a esa luz y a esas horas desacertadas. Perturbarme, emocionarme como me emocionaba pintando contigo a mi lado, despierta o dormida, dentro de mi esfera transparente, infranqueable, excepto para ti. No puedo creer que todo esto esté sucediendo realmente, que sea así. Estaba llegando a ese temible punto en que casi nada me conmueve, tal vez había llegado ya. Aspiré el hachís buscando ensimismarme en una sensación definitivamente baldía: la vida. La vida y sus miserias y sus masacres y sus dudas y sus bienestares y sus gentilezas y sus temores y sus penas. Quien ya no teme a la muerte puede burlarse de Dios y todos sus ángeles, del Diablo y de todos sus demonios, pues ya no tendrá que rendirse a sus coacciones. Ningún temblor en el alma parece ya sorprenderme, estremecerme de dicha o dolor. Nada de la vida o de la muerte me atañe ya, o eso creo. O eso siento. Y es terrible, terrible que sea así, concebir sólo eso: vacío, indiferencia.

¿Importa estar vivo o muerto?, ¿importa la vida?, ¿siquiera la muerte?

Ni la tuya ni la mía. La de nadie.

Detrás del espejo de la muerte, ¿estará el verdadero atributo de sentir o la esencia del verdadero no sentir? Pasamos la vida condicionados por esa tiranía inaceptable. Al igual que el sol marca nuestras estaciones, nuestras cosechas, la sustancia de la desgracia, su trance, va dictando nuestro acontecer, cada uno de nuestros días. Nos dan la vida y la pasamos esperando siempre la muerte. Primero la de otros, después la nuestra. Primero la insospechada, la más temida, la de los niños, la de nuestros hermanos, la de nuestros hijos, ¡Dios no lo quiera! Luego la de papá o mamá, la de los amigos y los seres más queridos, los que creíamos imprescindibles. ¿Será Dios capaz de evitar lo inevitable? Pocas cosas son inevitables, ni siquiera para Él, y nada ni nadie es imprescindible. Ni siquiera tú.

Pensaba en tu muerte, ésa que daban ya por segura. Tu muerte, que pasaría inadvertida para el resto, para todo el resto, para esos miles de millones de migajas humanas que vagan aterrorizadas ante el pico y el buche de la muerte, ajenas a tu muerte. Quedaría desapercibida, no la sentirían los pájaros, ni las mariposas o los bueyes, ni los ratones, ni las langostas. Prácticamente nada ni nadie repararía en ella, nada se alteraría, excepto mi alma entera. ¿Es tan importante?, ¿acaso no me libera?

Cuando era un verdadero niño, no esto que soy ahora, íntimamente, muy íntimamente, llegué a desear alguna vez perder a todos mis seres queridos, como le sucedió a uno de mis compañeros del colegio. Estaría solo, tal vez me internarían en un orfanato, como hicieron con él, pero estaría definitivamente solo y sería libre, quedaría libre del miedo, de la angustia que me producía siquiera pensar en la

posibilidad de su muerte.

Yo amaba. Amaba entonces incondicionalmente, amaba aunque no me amaran, como hacen los perros, amaba aunque me dieran patadas en el culo o me dejaran sin postre. Amaba hubiera risa o llanto, amaba con verdadero apego, con total entrega a la penuria de amar y ser amado, con absoluta necesidad. Amaba a cambio de nada, amaba por miedo y por amar. Amaba sin decir una palabra, casi sin un gesto, sin reconocer que amaba. Pensaba que mi amor era capaz de proteger, de espantar o despistar a la muerte. ¿Qué amo ahora?, ¿a quién amar?, ¿a mi padre?

Ciego, sordo, imposibilitado en cuerpo, mente y alma, sigo esperando sin recordar el verdadero sentido de esperar, espero ajeno a cualquier expectativa, ¿imaginas? ¿Puede haber algo más funesto? ¿Amo acaso esperar al hijo que me falta?

¿Te amo a ti?, ¿te amo todavía? Muerta en cualquier caso o tal vez viva, ¿te amo realmente?, ¿es esto amar?, ¿qué diablos era amar?, ¿temer la pérdida? Acaso decimos, sentimos o fingimos amor para no llegar a sentirnos nunca tan solos, por apartar toda esa infausta soledad que nos rodea. ¿Es ésa la única realidad?, ¿lo es? ¿Quería realmente que estuvieras viva? Íntimamente, muy íntimamente, tal vez deseaba que ese cuerpo que esperaba tras alguna de esas puertas fuera el tuyo; acabar de una puta vez con todo aquello.

Eras mi familia, ¿sabes?, la única familia. Mi árbol genealógico está marcado por las cruces, por demasiadas cruces. Se balancean inertes colgando de sus ennegrecidas ramas necrológicas, fatalmente. ¿Y ahora tú?, ¿tú? ¿De qué sirvió por fin salir, dejar atrás tanta defunción? De tanto toparme con ella, llegó a tenerme confianza. Así le arrebaté a la muerte su alegría y la hice mía, gracias a ti. Porque la muerte, ¿sabes?, suele estar alegre, es así de hija de puta. Pero conseguí engañarla, burlarme de ella gracias a ti. La dejé llorando con mis muertos, sin importarme ya éstos ni su macabro poder. Sin temer más que pudiera arrebatarme lo poco vivo que quedaba. Tú, con tu inmensa vida apartaste toda la muerte de mi lado. Me llevaste contigo, sin decir apenas nada... ¿Y ahora tú?, ¡maldita sea! Me costó mucho dejar de temer la muerte de mi padre, mi propia muerte. Ahora simplemente las espero como se debe esperar lo inevitable: resignado. Como a ella le gusta. ¡Qué triste y cobarde valentía! Nunca llegué a temer la tuya, ¿puedes creerlo? Era tanto el amor que no cabía la muerte entre nosotros. Vivía enajenado, como un auténtico niño, ajeno completamente a su amenaza, sin pensar en ella ni un minuto, después de haber pasado casi toda mi vida cubierto por su sombra.

El forense abrió la puerta. Me entregó una bata verde y una mascarilla blanca. Esperó a que me las pusiera. Me coloqué el batín, la cofia y la máscara, también unos patucos de plástico sobre los zapatos. Luego, con gesto elegante, me pidió que le acompañara. Seguí de nuevo al médico por interminables pasillos. El departamento de tanatología estaba impregnado de un hedor para mí insoportable, sin embargo,

para él, parecía pasar completamente desapercibido. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener la náusea, para disimular mi claustrofobia al tomar un montacargas enorme, en el que, me dijo, bajaban y subían las camillas con los cadáveres. Descendió un par de plantas con una lentitud exasperante y se detuvo con un crujido siniestro, seguramente más abajo del gélido infierno. Luego más corredores. «El cascabel de la cola de la muerte, su postrimería —pensé—, se esconde en insondables y lúgubres laberintos subterráneos». Al fin llegamos a la sala en la que se suponía estaban tus restos. Una habitación inquebrantable, alicatada de ultramar, en la que se ordenaban varias cámaras frigoríficas. En el centro, sobre un enorme sumidero, una mesa de autopsias lóbrega y arcaica.

Antes de accionar la palanca de la puerta de la nevera, el caballeroso doctor *Tánatos* me miró un instante buscando mi conformidad. A pesar de mi turbación, asentí sin vacilar, con fastidio pero casi impaciente por comprobar si aquella ruina exánime tenía algo de ti. Abrió la cámara y de un forcejón tiró de la plataforma. Los raíles chirriaron acres, campanillearon la ruedas de hierro reverberando en los baldosines. Rechinó el frío y el asfixiante olor a formol se hizo aún más espeso, insoportable. Sobre el aluminio, fondeado en esa dársena metálica, estaba el que «podía ser» tu cuerpo. Cubierto por una sábana mugrienta, llena de cercos almágres y biliosos. Durante siete meses y un día había esperado ese momento. La última vez que te vi fue bajo el fragante embozo de las sábanas de nuestra cama.

Levantó el sudario en un lento ritual. Debajo reposaba, nada serena, la muerte.

Miré detenidamente el rostro detenido, enmarcado en la moldura oval de la mortaja. Los ojos permanecían irregularmente abiertos, uno miraba al cielo implorante, el otro, bajo el párpado entornado, miraba al infinito; parecía resignadamente dispuesto al sueño. Aún tenían rizo sus pestañas. La boca había quedado entrecerrada en un gesto de sorpresa, casi en una deslucida y lánguida sonrisa, con los dientes asomando excelsos, blanquísimos en el semblante grisáceo y mortecino. Tenía un corte profundo en la barbilla y otros rasguños en la nariz y la frente. La sangre que quedaba ya no era roja sino de un oscuro almágre, casi negra. Del interior de la boca, colgando de la comisura de los labios, salía un drenaje, un tubito de plástico pegado con esparadrapo. No quise mirar dónde desembocaba. El pelo parecía vivo aún, como mal lavado tras un largo día de mar y playa. Entre los mechones se enredaban algunas algas, arena, incluso una florecilla blanca, petrificada en tanta muerte y tanto frío.

Aquél no era tu rostro, no eran ésas tus facciones. No eras tú. No eran tus ojos, no eran tus dientes, ni tus labios, ni tu nariz. En torno al cuello, habían atado un cordel del que colgaba una etiqueta con un número. Aquella mujer era la 047415791, no eras tú. Habría sido bella algún día y habría estado llena de vida, pero ahora sólo era tu suplente en la malaventura, mi alivio. Un cadáver terminal esperando ser polvo o

ceniza, soñando ser pavesas y humo. Quise preguntarle si había escuchado algo al otro lado, en el lado de allá, si tenía alguna noticia sobre ti. Sin pronunciar palabra sus ojos dijeron: «No puedo apaciguar su preocupación, pero sí aliviar su carga; aún no es usted viudo... ¡Ahora, aléjese de mí!..., déjeme en paz»...

—Sí, es ella —dije con firmeza.

—¿Está seguro?...

—Completamente, no cabe duda.

—En ese caso...

Con similar ceremonia, el forense cubrió su cara suavemente, con respeto a pesar del hábito. Luego empujó la plataforma sobre los raíles, que entró con estruendo en su nicho plateado. La puerta, al cerrar, sonó como la espuma.

No autoricé la autopsia. El forense rasgó delante de mí el impreso que previamente había firmado. Luego me guió por la maraña de corredores hasta el recibidor. Allí esperaban mis amigos. Les di la mala noticia. Ángela se abrazó a Stéfano y rompió a llorar con decisión, con desahogo, incluso con alivio. Por fortuna pasó pronto el gimoteo.

Dos días después nos citaron en el tribunal correspondiente.

«Con fecha seis de abril de mil novecientos noventa, el magistrado don..., tras leer el informe médico legal del forense don... y estudiar los peritajes e informes de la unidad de histología del Hospital de..., emitidos a solicitud de esta judicatura, habiéndose determinado la identidad del cadáver y tras desestimar como causa del fallecimiento de doña... el suicidio o el hecho violento, el juez ha declinado ordenar la realización de una necropsia judicial, dejando a criterio de los familiares la solicitud de una autopsia clínica a fin de certificar con precisión la causa o causas del deceso...».

Aquello sonaba ridículo, era un completo despropósito, pero no frenaba mis planes. Todo suena igual en el farragoso lenguaje de los que se piensan justos y tienen el «don» de administrar la justicia. Lo mismo da una sentencia de divorcio que un fallo laboral o administrativo, una fe de vida que una defunción. Pueden redactar en idénticos términos la pena por una multa de tráfico que una sentencia de muerte. El caso es que el sumario Aman tea Panucci, a pesar de no ser ella la muerta y a pesar de que nadie había determinado realmente las causas de su fallecimiento, quedaba sobreesido. Podíamos proceder al entierro o la cremación del cadáver. Por estúpido o increíble que parezca. En la morgue se encargarían del lavado y preparación del cuerpo, sólo debíamos llevar ropa para vestirlo.

Podríamos por fin elegir un ataúd. Rasgar y quemar las viejas mortajas. Hacer

sonar las campanas, encender las mechas de las velas, dejar volar los pétalos de los crisantemos y las siemprevivas. En vez de una etiqueta numerada, podíamos colgar de su cuello una cadenita con un escapulario, un crucifijo de oro, una medallita para abreviar a la difunta el difícil camino del purgatorio. Decir su nombre tres veces para asegurarnos de que estaba bien muerta y elogiarla después en los sermones de la muerte. Cortejarla y acompañarla hasta el horno o el hoyo. Orar incrédulos, llorar como plañideras detrás del coche fúnebre. Publicar esquelas, firmar con lágrimas en el libro de los muertos, recibir agradecidos todos los pésames y todas las condolencias. Celebrar un sencillo funeral o tal vez una gran misa, encomendarnos a la misericordia de Dios. Recordarla cada primero de noviembre e intentar olvidarla el resto de los días, de todos los meses de todos los años. Y con el tiempo, vestir de blanco el luto, levantar muy alto el duelo para que, de una vez por todas, se lo llevara el viento...

Pasaron veinticuatro horas de muermo hasta llegar por fin a la sala de cremación. Casi enmudecí durante ese tiempo. Quería que, sin tardar, incineraran a aquella mujer marchita que se haría pasar por ti el resto de la eternidad, que para todos eras tú.

Por la mañana, tras una temprana y concisa ceremonia, me entregaron la urna con las cenizas. Luego, acompañado por Ángela y Stéfano, las esparcí a favor del viento y de las aguas del Tíber, desde Ponte Sisto, como si realmente aquél fuera el polvo de tus restos. Tu vida y tu muerte quedaban definitivamente ocultas. A los ojos de los otros ya no existías, ni bajo la tierra ni sobre la tierra. No quedaba un sepulcro que visitar y tu supervivencia permanecería en mí, secreta para siempre, eso creía al menos. Estuvieras donde estuvieras, tampoco para mí vivirías. Desde aquel día decidí no ocuparme más en ese asunto. Desde allí, me llevaron directamente al aeropuerto. Ángela me había comprado el billete de vuelta.

El avión despegó puntual y viró a rumbo sur. De nuevo al sur. En poco más de una hora aterrizaría en Lamezia Terme, a pocos kilómetros de Amantea. Apoyando el rostro en la ventanilla vi alejarse la ciudad, hasta que se perdió al entrar en una densa capa de nubes. No pude volver a verla, tal vez no volvería a hacerlo. Sólo el sol, el cielo impecable y una despistada Luna adivinaron mis lágrimas...

¿Acaso soy o debo sentirme culpable de algo?

Nada más aterrizar llamé a Diego para que viniera a buscarme, pero colgué antes de que descolgara el teléfono. Me pareció un abuso, aun sabiendo que luego, al verme, se enfadaría por no haberlo hecho. Tomé el autobús. Al llegar a Amantea, casi tres horas después, Diego no estaba en casa, pero encontré una nota pegada a mi puerta. El mensaje me dejó completamente desconcertado:

«Te han llamado desde Nápoles, un tal Guido Scarabochio, un detective privado. Dice tener algo muy importante que comunicarte, que lo llames cuanto antes al... Si no estás muy cansado me gustaría verte más tarde, cuando regrese de la cofradía, al atardecer. La llave de casa está debajo de la maceta grande, por si quieres llamar..., un abrazo».

Debía de tratarse del investigador contratado por Ángela y Stéfano. Cómo había dado aquel tipo conmigo, con mi paradero, con el número de teléfono de Diego, era todo un misterio. Imaginé que formaba parte de su profesión ser tan perspicaz. Ni siquiera se lo había dado a ella, a Ángela, sin duda lo habría conseguido poniéndose en contacto con la policía de Amantea. Después de ducharme y comer algo, entré en casa de Diego para llamarle. Vivía rodeado por una parquedad absoluta, todo estaba limpio y ordenado, todo en su sitio. Tenía pocos muebles y las paredes desnudas, de ellas sólo colgaban las herramientas sobre un banco de trabajo y un desangelado cuadro que le regalé, el retrato de un niño sentado en la playa mirando al mar, como quien desesperadamente busca a Dios en el infinito o como quien sueña con aventuras y amores que nunca llegará a vivir. Lo imaginé de pequeño, con doce o trece años; el muchacho del cuadro bien podía ser él o su sobrino Daniello... Dudé mucho antes de decidirme. Levanté el auricular, marqué y colgué de inmediato varias veces. En mí luchaban la impaciencia, la curiosidad y la pereza, muy igualadas. Al fin venció la inquietud. Marqué el prefijo de Nápoles y el número. Esperé con expectación...

—¿Señor Scarabochio?...

—¿Sí? —contestó una voz ronca, muy seca y muy lejana.

—Soy Víctor, Víctor Próspero.

—¡Ah!, señor Próspero, sinceramente, no esperaba su llamada, pensé que no se atrevería, quiero decir, que no le apetecería..., no tan pronto...

—Usted dirá... —respondí con aridez.

—Es un asunto complicado, muy complicado, no quisiera hablar de ello por teléfono, quiero decir, no me fío del teléfono. Debería usted venir, quiero decir, regresar a Roma, cuanto antes, nos veremos en mi oficina.

Imaginé las palabras saliendo de unos labios afilados, peligrosamente cortantes, como los bordes de una lata oxidada; se denotaba en ellas cierto cinismo insoportable, cierta impertinencia; había algo intolerable en aquel tono de voz.

—Pero usted está loco, acabo de llegar de Roma y lo último que me apetece...

—Sé que acaba de regresar, quiero decir, sé dónde ha estado, sé lo que ha sucedido, insisto, es necesario que hablemos cuanto antes..., yo podría ir a...

—Y yo no sé quién es usted, no sé si sabe de qué estamos hablando ahora mismo y no sé qué pretende...

—Le aseguro que no pretendo otra cosa que esclarecer la desaparición de su esposa, quiero decir, la verdad, llegar justo al centro de la verdad. Encontrarla, viva o muerta...

—Veo que Ángela no le ha informado todavía o que no se ha enterado de nada, ¡que no sabe un *cávolo*^[11]! Mi esposa, Amantea Panucci, ha muerto. Ayer la enterramos...

«¡Valiente detective de mierda!», pensé.

—La incineraron..., querrá decir, y esparcieron sus cenizas desde un puente, lo sé... Ya habrán llegado al mar..., quiero decir..., ya no queda nada...

—¿Entonces?...

—Tengo que hablar con usted —insistió sin impaciencia, mientras la mía se iba agotando.

—¿De qué coño quiere hablar conmigo?, no tengo nada que hablar con usted... Hable con ellos, ellos le contrataron, no yo...

—¿Acaso no le interesa la suerte que haya podido correr su esposa? Su talante, al menos eso me parece por teléfono, no hace sino acrecentar mis sospechas..., quiero decir mis dudas..., mis dudas razonables. Aunque seguramente, quiero decir, casi seguro, puedo estar equivocado...

—¿De qué sospechas habla?..., ¿qué «quiere decir»?; ¡maldita sea! Señor Scarabochio, le voy a ser muy sincero...

—Lo dudo..., quiero decir, no es fácil..., en su caso...

—Escúcheme..., ya nadie precisa de sus servicios, ponga a trabajar su escaso talento en otro asunto. El caso Amantea está cerrado, ¿lo entiende?, ¿entiende lo que le digo?, de-fi-ni-ti-va-men-te cerrado. Y si lo que busca es dinero se equivoca..., yo no tengo una lira...

—No para mí, quiero decir, el caso —contestó casi divertido— no está cerrado para mí, ni tampoco para usted. Sepa que yo jamás abandono una investigación, ni las que acaban en los cajones. Y por cierto jamás trabajo por dinero, quiero decir que en este caso no es eso lo que me mueve..., es aún peor..., es la curiosidad..., aunque ya sabe..., la curiosidad mató al gato...

—Hable claramente de una vez, ¿qué es lo que quiere?...

—Su esposa..., yo lo sé y usted lo sabe, no ha muerto, al menos no es la mujer que usted ha inmolado..., quiero decir, inhumado..., no sé qué pretende con ello, aún no sé si es usted un imbécil o un miserable..., pero me propongo descubrirlo..., quiero decir...

Me quedé sin palabras.

Aquel imbécil recelaba de mí, sospechaba algo totalmente equivocado. Y tenía razón, yo estaba alentando esa desconfianza con mis palabras, con mi injustificable actitud. Él sabía la verdad. Tal vez tenía noticias de una Amantea viva, mientras yo me empeñaba en convencerle de mi Amantea muerta, disimular a toda costa que estaba muerta, por nada, con esa terca y absurda obstinación tan propia de los niños, por encubrir una inocente mentira, mi estúpido autoengaño. ¿Cómo explicar a otra persona esa decisión?, ¿cómo se explica lo inexplicable?

No había sido algo meditado, al menos no conscientemente; más bien todo era fruto de un raro impulso primordial, muy primitivo. Ese que en la intimidad de

nuestro cerebro nos lleva a pensar o hacer cosas impensables, sin que medie en ello nuestro ánimo o nuestra voluntad. Cuando afirmé ante el forense que «aquello» era Amantea, puse en marcha el imparable y resbaladizo mecanismo de una invención inexplicable. Hay mentiras sucias, pero aquélla no lo era, aunque pudiera parecer un sacrilegio. Era un engaño absurdo que ya sólo se podría detener mediante la vergüenza, mediante la degradación, reconociendo ante los demás un enajenamiento impropio, pero todo mío, una bobada que cualquiera podría juzgar como demencia, y ante la locura, los hombres pueden llegar a ser muy crueles. No había previsto las consecuencias de aquel hecho, de ese acto de tan peligrosa ingenuidad.

Pero ¿realmente importaba lo que pensara aquel individuo, lo que pudieran pensar los demás? Imaginé el panorama y me asustó. Tal vez había hablado ya con la policía, tal vez ya había puesto en marcha un emponzoñado enredo que podría llegar a asfixiarme.

No soportaría ni un minuto encerrado en una celda, moriría de angustia y claustrofobia. Sentí un pellizco en el estómago. Tras un prolongado silencio, le respondí:

—Cuando se lo explique lo entenderá, al menos eso espero —dije en un susurro.

—¿Cómo dice?...

—Que puedo explicárselo..., que entenderá todo cuando conozca los detalles... Es innecesaria tanta suspicacia por su parte...

—Lo dudo, pero lo intentaré..., quiero decir que intentaré comprender..., eso es lo único que quiero. No estoy muy lejos, casi a mitad de camino. Si le viene bien, mañana mismo podría estar allí... y quien dice mañana dice pasado mañana..., no quiero presionarle...

—¿Lo sabe ya la policía?...

—Oh no, no se preocupe por eso, nadie lo sabe, quiero decir, nadie excepto usted y yo...

—Está bien. Mañana está bien. Le agradezco mucho que sea usted quien venga, que se tome esa molestia, estoy realmente agotado...

—No me extraña que lo esté, quiero decir..., no debe preocuparse. Mañana estaré allí, a última hora.

—Anote mi dirección. Le esperaré en casa.

ESCUCHANDO A DIEGO

Viernes, 6 de abril de 1990

Cuando Diego regresó, yo estaba medio dormido en su incomodísimo sofá. Entró sigilosamente y me arropó. Luego, enclaustrado en la cocina, se puso a preparar tiramisú. Nada más abrir los ojos vi su rostro solemne. Me miraba sonriendo con afección, casi con ternura, expresando un profundo pesar por lo que, sin duda, ya intuía.

¿Imaginas lo primero que me dijo? Que tenía que haberle llamado, que hubiera ido por mí a la estación. Tras la reprimenda, aclaré que había regresado en avión gracias a la generosidad de Ángela y Stéfano. Narré muy someramente lo sucedido. Le dije que por fin descansabas en paz, aunque ahorrándole los detalles de ese espanto. Me escuchó en silencio, sin mover un solo músculo de la cara, sólo de vez en cuando se atusaba el bigote y bajaba la cabeza con lenta aflicción. Sus ojos brillaban en la progresiva oscuridad. No me lamenté como una víctima, ni me detuve en los horrendos detalles del averno. Intenté, serenamente, hacerle comprender, que leyera entre líneas. Hacerle entender que, por fin, había conseguido lo que mi alma buscaba: darte un destino, dejarme de mudanzas, colocarte en ese lugar en el que ya es innecesario el recuerdo o el olvido. Mi voluntad me había llevado a esconder tu vida en un ataúd, a guardar definitivamente tu existencia, tu rostro y tu mirada. Ese sepulcro sería una cárcel solitaria en la que olvidar mi desesperación, tu desaparición. Y la casualidad se había ofrecido para salvarme. Quedaba todo un presente, todo el futuro, toda una eternidad de espanto, para que tu vida y la mía quedaran completamente sepultadas, pero ya no obedecería más a la incertidumbre.

Estabas muerta, definitivamente muerta.

Diego escuchó cada una de mis palabras, tal vez cada uno de mis pensamientos, consciente como nunca de que no me conocía, y probablemente sin entender poco o nada de lo dicho. Excepto esa última frase. Aquél era el resumen de la emboscada. Aunque no le dije toda la verdad, en su simpleza comprendió que de un modo u otro habías muerto, y eso le golpeó severamente. Yo me hallé preso de una rara fiebre, de una pereza inmensa, no podía hablar más. Quedé callado y confuso mirando por la ventana. En todas las iglesias de la colina cercana sonaron todas las campanas, retumbaron en la cúpula de un cielo infinitamente rojo, oscuro y rojo, como el buen mosto o la sangre más oculta. No llamaban a los muertos, ni reclamaban a los vivos que acudieran al cementerio, sencillamente repicaron fuera de hora, fuera de lugar, fuera de tono, volteadas por manos y cuerdas invisibles. Tañeron con estruendo y sin sentido para todos, excepto para mí.

Más tarde, cenamos en la terraza. Una deliciosa pizza con mejor vino y el tiramisú de postre. Charlamos de otras cosas, deliberadamente. De vez en cuando resonaba en mi cabeza un nombre, Guido Scarabochio, como una de esas insoportables cantinelas que, por alguna razón, son imposibles de expulsar del pensamiento. Lié un gran canuto, un «dos papeles» bien cargado, lo encendí y se lo pasé a Diego. Dio unas cuantas y profundas caladas, demasiado hondas para alguien como él, nada acostumbrado al hechicero polen.

El hachís le confortó, nos reconfortó a los dos. A pesar de todo, nos sentíamos bien allí, en ese instante. Cada uno en una mecedora, uno al lado del otro, con los pies descalzos apoyados en la baranda, mirando las estrellas y el mar. La misma Luna que por la mañana había visto desde el avión, desconcertada y perdida entre tanto sol, era ahora una reina creciente, soberana absoluta de la luz, del cielo y de la noche.

Diego y yo, como dos extraños que vagan por el mismo callejón solitario, apenas nos conocíamos. Con el tiempo, ya lejos de la desconfianza, adivinamos y apreciamos el enorme valor que, en esa soledad, cada uno tenía para el otro. Parecía llegado el momento de acortar distancias.

Se levantó por más vino. Trajo dos botellas y también un cuadernillo con las tapas forradas en plástico amarillo chillón. Sirvió dos copas y, como un niño que está dispuesto a mostrar sus más íntimos secretos, lo abrió para mí. Lo hizo como quien abre una Biblia y suspirando como sólo suspiran los marinos lejos de la mar. Soltó una espiración contenida durante mucho, muchísimo tiempo, durante años y años, que dejó vacíos sus pulmones. Al salir, sonó como el paso de un espíritu embriagado.

«Nunca le he enseñado a nadie lo escrito en este cuaderno, estas fotos —me dijo—. Lo releo y lo miro de cuando en cuando, por no olvidar del todo, por saber cómo me siento o si me siento aún, por decirme o recordarme la verdad. La voz de la memoria pretende no mentir, pero ¡tantas veces nos engaña! Se engaña a sí misma y a nosotros. Es blanda como las piedras cuando duermen ajenas a nuestro tacto. Yo sé que tú lo apreciarás, que lo comprenderás —continuó—, he visto que andas siempre escribiendo en ese libro-te que pesa tanto, no como éste. ¡Ya ves!, lo más importante que ha pasado en mi vida cabe en un cuadernillo así de finito. Seguro que la tuya no cabría en varios tomos, tú tienes mucho cerebro, sabes mucho, no como yo, que soy un ignorante, un bruto que apenas fue a la escuela».

Acercó su silla y me pasó la libreta. Guardaba en ella, en unas cuantas hojas, expresiones secas, toscas e incultas, también algunas fotos descoloridas. Mientras lo hojeaba, intentando fingir más interés del que tenía en ese momento, me tomó del brazo y siguió hablando desde el más allá, desde algún más allá.

«A veces los muertos nos discuten sin respetar el desconsuelo, burlándose del luto», comenzó diciendo con voz dura, sofocada. Sin duda, hablaba mejor que escribía.

Intentaré resumir, eran escasas las palabras para un relato tan profuso.

Además de la pesca, que daba para poco, Diego sacaba unas liras llevando de excursión en su barca a los escasos veraneantes que se acercaban a Gagliano del Capo, justo en el tacón de la titánica bota. De allí era su padre. Y su madre, «*andalusa*, de Huelva», me dijo orgulloso. Él, como dos de sus hermanos, había nacido en España. Vivió en Mazagón hasta los siete años, luego, en barco, viajaron a Italia. Pasaron uno en Lecce, pero al fin se instalaron en el pueblo natal de su progenitor.

En uno de esos paseos, entre un grupo de turistas, conoció a dos hermanas, Rigarda y Pucarella. Él era muy joven entonces, apenas veinte años, y se enamoró como un burro de una de ellas, de Rigarda, la más joven de las dos. Por nada, sólo con mirarla quedó prendado. Cómo no, era la hembra equivocada. Estaba casada, no felizmente, pero lo estaba. Hasta tenía dos niños pequeños. La otra, que acababa de quedarse viuda, también tenía un hijo de corta edad. Eran de aquí, de Amantea. Por entretener el dolor, las dos hermanas habían decidido pasar la estación veraniega lejos de allí, con sus pequeños, todo lo lejos que se podían permitir.

El marido de Rigarda, la que le gustaba, no tenía vacaciones. Pasaba el verano trabajando como un cabrón, yendo y viniendo en el coche los fines de semana. Diego era guapo y delgado entonces, fornido (¡tendrías que ver la foto!). Aunque era muy tímido y se azoraba fácilmente, estaba hecho un galán. Trabó amistad con ellas y le faltaba tiempo para andar o correr tras sus pasos. A lo tonto, a lo tonto, se las apañó para ir ganando su confianza. Las llevaba a pasear en su chalupa cada vez que querían, gratis, claro está. Desde la mar, cada vez que las veía tumbadas en la arena, bajo la sombrilla, con los chavales correteando en torno a ellas, se acercaba hasta la orilla para ofrecerles un paseo. Disimulando, simulando el encuentro, como quien pasa por allí, con esa cara de pánfilo que se le ponía. Los niños, enseguida amistados con él, parecían encantados con aquel idiota que les proporcionaba la alegría de navegar un día sí y otro también.

Luego empezó a hacerles cumplidos, les llevaba pescado fresco y pan caliente cada mañana, cosas así. Y las hermanitas se dejaban querer. Sobre todo la pimpolla, la que le traía loco. Los sábados y los domingos ni se acercaba a ellas, aunque tampoco las perdía de vista. Incluso llegaba a sentirse celoso cuando llegaba el marido a visitarlas. Unos celos terribles que le encabronaban terriblemente. Las miraba a escondidas o desde muy lejos, temiendo encontrárselas, que le pudieran ver. Y así fue pasando la canícula, entre bochornos, angustias y alguna tímida alegría. Un roce fugaz con su amada, un cruce de miradas, una ojeada a sus preciosos muslos, alguna palabra cariñosa o una sonrisa furtiva que él interpretaba a su manera.

Cuando el verano ya terminaba y ellas se preparaban para emprender el regreso a lo cotidiano, llegó a la conclusión de que nada tenía que hacer con aquella pérfida

mujer. Rigarda era sólo una coqueta, una descarada, una furcia que andaba calentándolo sólo por diversión. Fingía que no se enteraba, pero era totalmente consciente de su cruel juego. Lo martirizaba y, cuanto más atroz era el martirio, más la quería él. Así de gilipollas pueden llegar a ser los hombres.

Poco antes de su partida tomó una estúpida y desesperada decisión. Cuando el marido de Rigarda llegó a recogerlas en su destartado Gordini, Diego ya había pedido en matrimonio a Pucarella. Ésta, perpleja en principio, aceptó, aun sabiendo que no era a ella a quien amaba, sino a su hermana. Era un hombre apuesto, simpático y trabajador, un buen hombre sin duda. Miró al cielo y leyó en las nubes su futuro: los años irían pasando y ella, no tan agraciada y cargada con un hijo, tampoco tendría mucho donde elegir. *Puca*, que así la llamaban todos, sopesó la oferta durante un par de horas, tal vez menos, luego fue a su encuentro para darle el sí. Sí quería. En efecto, la viuda había encontrado varón para ella y un papá para el huérfano. Su chiquitín no crecería sin un padre. Ese verano, tan pesado y sombrío, se había colmado, inesperadamente.

Por estar cerca de la bellísima pequeña se casó con la mayor, con la más fea, la desamparada. Eso pilló totalmente desprevenida a Rigarda, aunque pronto se regodeó en sus sibilinos pensamientos. Estaba completamente segura, sólo lo hacía por amor a ella, por despecho enamorado. Ya se vería.

Así fue a entrar Diego en el infierno, así llegó a Amantea.

Se casaron en una preciosa iglesia del cuatrocientos, en San Bernardino de Siena, arrodillados frente a *Gesù crocefisso*. Al salir del templo, entre los presentes, alguien gritó burlón: «*¡L'amura cumíncia ccu u cántu e finíscia ccu u chíantu!, ¡non avete paura!*», «el amor comienza con canto y termina en llanto, no temáis». Todos rieron la gracia escandalosamente y gritaron estridentes vivas a los novios. Pero aquel amor, por llamarlo de alguna manera, sin comienzo para Diego, acabaría seguro en lágrimas.

Con los años se habituó a la hipocresía, al tantas veces malogrado disimulo. La viuda resultó una mujer amante, recatada y serena, buena esposa y madre, una persona discreta y callada. Acomplejada por muchas razones, entre ellas, su casi total analfabetismo. No pedía a Diego mucho más que ese fingimiento y se conformaba con que la falsedad no fuera demasiado evidente. Al menos de puertas afuera.

Enmascarado en su papel, Diego se ocupó del negocio que había heredado Pucarella, una ferretería en la que también se reparaban pequeños electrodomésticos. A ello se dedicó con gran habilidad. Dejó de salir a faenar, abandonó el mar por largo tiempo.

Aunque lo tenía enfrente, no era lo mismo gozarlo presente, mirarlo, bañarse o embarcarse de vez en cuando, que montarlo y cabalgar en él cotidianamente. En aquellos días empezó a darse a la bebida. Encontró en el alcohol un gran socio para

sobrellevar la situación. Pero muy pronto, su mejor aliado se volvió contra él, haciéndole a menudo perder el control, desequilibrando aún más su ya desequilibrado espíritu. Al fondo de la botella, la añoranza del mar y de Rigarda giraba como en un sumidero y se hacía cada vez más insoportable. Su buen carácter se fue tornando inmisericorde, miserable. Con frecuencia desatendía el trabajo, humillaba a su esposa y repudiaba a Pepino, su hijo adoptivo. Andaba de bar en bar, de trago en trago, arrimándose a lamentables borrachos, desvariando con ellos y, como ellos, hablando de más o de menos.

La cuenta corriente estaba a nombre de *Puca*, y ésta, asustada por su creciente alcoholismo, intentaba cerrarle el grifo para que no catara del vicio. Él, que siempre había sido un hombre honrado, comenzó a engañar, a sisar de la caja, a pedir a cualquiera para beber, y jamás lo devolvía. Su actitud no pasaba desapercibida en un lugar como Amantea, donde, además, *Puca* era una mujer muy querida. No así su hermana, la felona, la «roba maridos», como la llamaban todas, la furcia. A Rigarda le resbalaban aquellos cariñosos apelativos, disfrutaba escandalizando a sus paisanos, paseando con modelitos cada vez más extravagantes, con minifaldas imposibles o escotes absolutamente indecorosos, calzando tacones y medias de seda. Los hombres andaban siempre detrás de ella adivinando el color de sus bragas, si las llevaba o no aquel día. Ella se limitaba a sonreír desvergonzada.

Cuando era jovencita, aquellos modos podían parecer chocantes, impensables para el lugar y la época, pero con la madurez su postura se tornó vergonzosa, ignominiosa, una deshonra para el cornudo de su marido y para todo el pueblo.

Seguía haciéndole sufrir, cada vez con más esmero, como llevada por un necio deseo de venganza, cebándose en despabilar su inquebrantable deseo, en recordarle que era a ella a quien amaba y no a su deslucida hermana. Pero dejándole claro que nunca, jamás, la tendría. No fue así. Una vez la gozó, la disfrutó con locura, con frenesí. Toda la rabia contenida, palpitándole en el miembro, martilleó dentro de ella encolerizada, con sorda y brutal violencia, en una erección que parecía inextinguible.

Sucedió una tarde que Diego, resacoso y pensativo, paseaba arriba y abajo por el malecón del puerto, como un inquieto león marino. De improviso apareció ella, en biquini, atusándose el pelo hacia atrás, con los consabidos tacones y cubierta sólo con un blusón de seda. Tal vez andaba buscándole. Parecía melancólica, ensimismada. A Diego le pareció que, bajo las enormes gafas de sol, uno de sus ojos estaba abultado, amoratado. Diego alquiló por pocas liras una gabarra de pesca, *La Imposible II*, se llamaba. La mar estaba calmada, todo lo contrario que su alma.

Nada más salir de la bocana del puerto, invitó a Rigarda a tomar el timón. Aceptó seductora, encantada, y él, colocándose detrás de ella, la rodeó con sus vigorosos brazos, apoyando las manos en el borde de la caseta de proa. Con cada balanceo sobre las mansas olas, su henchida hombría se frotaba contra las suaves nalgas de la

muñeca, repicando como uno más de los pistones del motor. El momento era de algún modo ridículo, con algo de ese basto y vulgar erotismo que se respira en muchas (e infames) películas de los setenta. Navegaron así, en silencio, largo rato. Ella, fingiendo atender a la navegación, descalza, de puntillas, subiendo y bajando el trasero cada vez más en pompa, segura y orgullosa del cautivador embrujo de su culo. Diego, con los ojos en blanco, luchando por contener la eyaculación, extasiado de placer. En un momento dado, Rigarda soltó una mano del timón y, poniéndola en la nuca de Diego, atrajo su cabeza hacia la suya.

Casi sin girarse le susurró: «Bésame aquí». La infiel señalaba con la punta de la lengua la comisura de sus labios, lascivamente. Créeme que lo hizo. Aquel gesto desató la enajenación de Diego. Tomándola con fuerza monstruosa, la desnudó dislocado, frenético, y la poseyó sobre los tablones húmedos de la cubierta. La violó una y otra vez hasta caer rendido, mientras vagaban a la deriva. La escena fue grotesca. En el punto culminante, la malaventura se cebó con Diego. Tras el insaciable orgasmo final, todo su ancestral y candoroso amor quedó aún más malherido. Ella se alzó agotada, rota, y luego, con cruel indiferencia, le ordenó que pusiera rumbo a tierra. Regresaron en sepulcral silencio. Rigarda, en la punta de proa, absolutamente indiferente, como si nada hubiera sucedido. Sin atisbo de compasión, se gozaba en el mal de su embrutecido amante.

Una hora después, Diego atracó y amarró la barca, y ayudó a subir la escalerilla a la mala mujer, esperando una palabra, un gesto cómplice, amable. Desde la altura del desembarcadero, Rigarda, con el cuerpo levemente inclinado, mirándole con superioridad e indiferencia, dictó con voz de fusta, como si hablara a otro y no a él. En pocas pero rotundas palabras: «Esto no ha sucedido, ¿entiendes?, nunca ha sucedido, no vuelvas a acercarte a mí, nunca más, mantente alejado». Luego, tras alejarse unos pasos, riendo maliciosamente, añadió sin volver la cabeza para mirarle: «A no ser que yo te lo pida, claro». Se giró un instante y soltó una carcajada siniestra, demasiado siniestra para salir de un ser tan hermoso, pensó Diego. Oprimiendo fuerte las sienes con las dos manos, se desplomó pesadamente sobre las rodillas. Atónito, lleno de estupor, con la sangre bulléndole dentro, ahogándole desmesuradamente, como si luchara por salir por todos y cada uno de sus poros. *Poveretto*.

Aceptó, se sometió sumisamente a su malcarado destino y éste le empujó a beber aún con más ansia. Nueve meses después, Rigarda parió su tercer hijo, Daniello. Cuando en compañía de *Puca* fueron a visitarla al hospital, la recién parida, en el momento preciso y con las palabras precisas, tuvo tiempo de amenazar a Diego en un susurro: «Si alguien llega a saberlo, te mato». No bromeaba. Y Diego la creía muy capaz de hacerlo. En cualquier caso él no tenía ningún interés en que aquello llegara a saberse. ¿Para qué?, ¿de qué serviría? Canceló de inmediato cualquier sentimiento de paternidad y nadie supo jamás que Daniello, lejos de ser su sobrino, era su propio

hijo.

«Sólo tú lo sabes —me aseguré—. Sólo tú», repitió arrastrando las palabras, que se apagaron martirizándole. Abrió otra botella, sirvió los vasos e ilustró la narración con otras fotografías. Era bella Rigarda, de una beldad hortera, algo barriobajera, pero guapa. De *Puca* sólo guardaba un retrato serio, formal, una foto de estudio en la que no parecía muy agraciada. El tiempo pasó, veloz y descaminado, como suele pasar el tiempo. Y él terminó por querer de algún modo a su mujer, aunque ni un solo minuto del día dejó de amar a su hermana. A pesar de todo.

El chico fue creciendo hasta hacerse un hombrecito. Nadie pudo evitar, ni siquiera su madre, que Daniello sintiera un especial afecto por su tío Diego, al que estaba muy unido, inexplicablemente unido. El chaval le adoraba, aunque sus padres intentaran inculcar en él todo lo contrario. También creció Pepino, el adoptado. Nunca llegó a trabar buena relación con su padrastro. Se hablaban poco, tan solo lo justo. Simplemente se respetaban e intentaban, al menos ante *Puca*, representar sus papeles con educación, simulando una simpatía que no se profesaban. Pepino se largó de Amantea apenas fue mayor de edad. Se fue a estudiar a Roma, luego se echó novia allí, encontró trabajo y apenas una vez al año regresaba para ver a su madre. A Daniello se lo llevaron sus padres a Milán, poco después de cumplir los catorce años. Diego temió no volver a verlo, pero el chico, que desde niño aseguraba que sería pescador como su tío, en cierto modo consumió su deseo. Todos los años, desde los dieciocho, a pesar de la oposición de sus padres, bajaba a Amantea a pasar un mes de vacaciones con su amado pariente. Tentado estuvo Diego muchas veces de contarle todo, de decirle toda la verdad, de desvelarle que él era su verdadero padre y no ese bruto resentido que pretendía serlo. Pero calló, calló una y otra vez, se mordió el alma y los labios para aplacar la inhumana erupción de sentimientos que mantenía ocultos, consumiéndole. Daniello se hacía querer. Pucarella y Diego estaban encantados de recibirlo cada año, de alojarlo en su hogar, de tener cerca su encantadora agitación. Incluso *Puca* llegó a encariñarse con su sobrino mucho más que con su propio hijo, el taciturno y seco Pepino.

A Pucarella se la llevó una rara enfermedad. Un inesperado malestar que la consumió precipitadamente y que al menos no fue cruel con ella. El mismo año que murió su esposa, sucedió lo de Daniello.

Aquella tarde, un viernes, Diego esperaba un envío en la ferretería. Hacía tiempo que necesitaba ese material, demasiado tiempo. Bombas de agua para pozos, accesorios para sistemas de riego, herramientas. Algunos clientes empezaban a impacientarse. La hora de echar el cierre estaba próxima y el jodido repartidor no aparecía. Al poco, le llamó por teléfono desde una gasolinera, había pinchado el camión. Le aseguró que en poco más de una hora estaría en La Mondiale, que así se llamaba el negocio. Diego había quedado con Daniello después de cerrar, a las ocho y

media de la tarde, en el puerto, junto al barco de Baldassare, un buen amigo. Habían organizado una excursión nocturna, una faena absolutamente vetada a sus parientas.

Pescarían sardinas, las asarían en cubierta, se darían un buen atracón y no faltaría el vino. Tampoco las mujeres. Eran seis amigos y junto a ellos embarcarían tres prostitutas, una para cada dos. Sin contar con la de Daniello. Para él habían contratado los servicios de una chica muy especial, una puta jovencita, deliciosamente erótica. Era una sorpresa. La noche estaba magnífica, el mar en aparente calma. Navegarían costeadando hasta el golfo de Santa Eufemia y allí, en plena bahía, echarían el ancla, comerían, beberían y follarían como bárbaros, al amparo de la oscuridad. Zarparían a las nueve.

Entre que tenía que esperar al del reparto, descargar, colocar y dar entrada a todo el material, Diego calculó que en ningún caso llegaría a tiempo. Además, el plan no le apetecía mucho. Lo hacía sólo por Daniello, que andaba entusiasmado con lo de salir de noche a la mar, con los hombres. Mandó recado con un chaval, Fabio, el mozo del almacén: que no le esperaran, que partieran sin él, tenía mucho trabajo. Así se olvidó del asunto. Hasta bien entrada la madrugada, sobre las cuatro o las cinco, no estarían de regreso. A esa hora, como Diego no solía dormir bien, tal vez fuera a esperar a Daniello al puerto. El muchacho estaba en buenas manos. Todos eran expertos marinos.

Pero el mar es una provincia insólita, excepcional. De poco sirven las previsiones ni la experiencia. A pesar de que eran buenas, las condiciones atmosféricas cambiaron bruscamente poco después de la medianoche. Diego, que era hombre versado en las cosas de la marinería, empezó a intuirlo una hora antes. Sobre las once, dormitaba frente al televisor y se despertó sobresaltado. Un segundo después, en la suave brisa que soplaba de poniente, olfateó algo que le inquietó, un olor eléctrico característico. Saltó del sofá latiéndole fuerte el corazón y corrió hacia el puerto. En el horizonte, anormalmente oscuro, adivinó un débil relampagueo y entre sus jadeos pudo escuchar una alarmante resonancia, como un centenar de cañones desembuchando fuego, muy lejanos.

Poco después, el vendaval se abatió sobre la costa, silbando con furia entre las callejuelas, haciendo volar los sombreros y las sombrillas en las terrazas, antes de que los camareros tuvieran tiempo de recogerlas, antes de que los turistas pudieran refugiarse. Cuando Diego llegó a la dársena, ya se había desatado el diluvio. Una densa borrasca mar adentro avanzaba, a muchos nudos, desde el poniente hacia tierra. Una imparable masa de perversa oscuridad, empujada por vientos del sudoeste, descargando toneladas de agua, miles de truenos, rayos y centellas, sin compasión. Diego corrió a dar la voz de alarma. A la una de la mañana, en la oficina del práctico del puerto, todos los marinos allí reunidos sabían que poco podían hacer. Entre tanto, no quedaba más remedio que tener paciencia. Esperar a que llegara el día o que la

tempestad remitiera tan repentinamente como había surgido, una utopía, vista su fuerza. Sólo quedaba rezar, suplicar a Dios que les permitiera sortear con bien la furiosa e inesperada tormenta, que regresaran sanos y salvos. Aunque la noche sería larga, pronto lo sabrían, pensó Diego, temiendo ya lo peor.

Nunca regresaron, ni hallaron rastro de ellos, ningún vestigio del naufragio. Él, ya sabes, sigue esperando su vuelta, como un poseso. Los padres de Daniello viven aún en Milán. Nunca volvió a verlos. Le culpan de ello, con la misma terquedad con que se culpa él mismo. «Sé que está vivo —me dijo con entusiasmo desvarío—, en algún lugar. Tal vez se golpeó la cabeza y perdió la memoria, tal vez logró alcanzar la ribera a nado, desorientado, extraviado. Un día aparecerá por aquí y yo podré por fin decirle que es mi hijo. Mi bienamado y único hijo». Sus últimas palabras, conmoviéndome, se mezclaron en mi sueño con una trama bien distinta. Me venció el cansancio y quedé dormido.

CON EL GARABATO DE LA MUERTE

7 de abril de 1990

Esperé en vano la anunciada e incómoda visita de Scarabochio. Me quedé dormido aquella mañana, hasta muy tarde. Me alcé sobre la una, resacoso e inquieto ante la posibilidad de que el sabueso hubiera llamado a la puerta y yo no lo hubiera oído. Diego, que como siempre se había levantado temprano, me tranquilizó. Nadie se había dejado caer por allí.

Pasé todo el día mirando el camino, imaginando en qué coche llegaría, qué aspecto tendría. Al acecho. Pero nada, ni rastro del detective. Pensé en llamar a su oficina, en Roma, pero deseché pronto la idea. ¿No tenía tanto interés en hablar conmigo?, ¡que me buscara! Aunque luego, más despierto, reconsideré: el primer interesado en verle era yo. ¿Qué tenía que decirme? ¿Qué podía tener tanta trascendencia? ¿Acaso conocía tu paradero? ¿Cómo podía saber que la difunta no eras tú? ¿Qué sospechaba aquel tipo? ¿Qué idea se podía haber formado de alguien como yo? De alguien que, sin explicación posible, da por muerta a su mujer y finge haberla reconocido en un cadáver ajeno. Todo eran preguntas. Empecé a turbarme. Busqué el número de la agencia pero lo había perdido. Deseé que llegara cuanto antes, cargado de respuestas.

A las once y media pasadas, cerca ya de la medianoche, cuando mi impaciencia subía desesperadamente de tono, vi unos faros aproximarse por el sendero, dando botes. Un descompuesto Fiat, no llegué a adivinar el modelo, pero muy pequeño, humeante, se detuvo chirriando bajo la terraza. Al cabo, bajó de él un hombre menudo, que tampoco pude ver con claridad y que me pareció tan destartado como su automóvil. Sonó el timbre. Levanté el telefonillo y, sin contestar, oprimí el botón de apertura.

No solía funcionar, casi siempre había que bajar a abrir el portón, pero esta vez sí lo hizo. Dejé entreabierta la puerta de casa y esperé. El tipo entró con lentitud, vacilante, tal vez dudando sobre la conveniencia de hacerlo. Al poco, fue subiendo los escalones pesadamente, sin encender la luz, con evidente desfallecimiento y seguramente con recelo ante la tupida oscuridad de la escalera. Podía escuchar su respiración aproximándose, jadeante, como quien llega de un larguísimo viaje. Fui contando los pasos, eran veinticinco escalones. Cuando pisó el veintidós, abrí la puerta y salí a recibirle de improviso, seguro de espantarlo. Lejos de asustarse, se detuvo y, mirándome a los ojos, preguntó:

—¿El señor Próspero, supongo?

—Así es.

—Buenas noches. Disculpe mi tardanza, pero ese jodido trasto..., quiero decir, el coche... me ha dejado tirado dos veces...

—No se preocupe. Ya no le esperaba, estaba a punto de salir —mentí.

—Si llego en mal momento, puedo, quiero decir...

—Oh, no, no, sólo iba a dar un paseo por la playa. Suelo acostarme tarde, pase usted...

Ya medio iluminada, su figura me pareció siniestra. Sus ojos ajados, enrojecidos, semiocultos sobre las bolsas, en una guiñada casi hermética, me miraron de abajo arriba escrutándome con gesto cínico. Por un instante, su mirada se clavó en la mía. Se guiñaron aún más, aunque parecía imposible, y durante dos o tres segundos me penetró. Sus ojos violaron mis ojos, buscando adivinar en ellos. Tal vez intentaba intimidarme y lo consiguió. Tal vez me había tenido todo el día esperando intencionadamente, tal vez eso y no otra cosa pretendía el detective: acrecentar mi inquietud, demoler a su inquirida víctima con la larga espera. Me siguió por el pasillo arrastrando los pies.

Ya en la cocina, le invité a sentarse y tomar un café. Sólo aceptó beber agua, tres vasos. Tragó uno detrás de otro, con ansia, babeando, como quien acaba de escapar de algún desierto. Mientras se acomodaba y encendía un pitillo, bajo la luz de la lámpara, pude verle bien. Tenía la piel macilenta, grisácea, llena de pequeñas manchas purulentas. Un rostro cetrino, marchito, de facciones duras y enigmáticas.

«Lleva la muerte pegada a la espalda», pensé.

Estaba extremadamente flaco, casi consumido. Era un hombre de edad indefinida. Podía tener de unos cincuenta muy mal llevados a unos ciento cuarenta insostenibles. Cubría la manchada calva con los cuatro pelos grasientos que partían de su nuca. Un cráneo enjuto, apenas cubierto por un fino pellejo fruncido. Sus insondables arrugas bien podían deberse a la edad o al gesto de asco perpetuo que mantenía, y que parecía ya imborrable. A pesar de su delgadez, la cara se contraía en profundos surcos, en hondos pliegues, en muecas que desencajaban las prominentes mandíbulas, una boca sin labios, como trazada a cuchillo, que apestaba a cenicero y a cebolla. Bajo la nariz de grajo, saltaba inquieto un bigotillo negro, ridículo. En sus horrendas facciones destacaban los dientes perfectos (sin duda postizos), inmaculadamente blancos. Era el rostro de la muerte. Su atuendo contribuía además a remarcar esa ficción, vestía como un enterrador o, mejor dicho, como un difunto.

¿Cómo Ángela y Stéfano podían haber contratado a semejante espécimen para dar contigo? No lo sé.

El estrafalario personaje dejó pronto muy claro que iría directamente al grano, que su actitud frente a mí no sería tan paciente, modesta o solícita como el día anterior había dejado intuir su áspera voz por el teléfono. Impulsivamente encendía un cigarrillo con otro, sujetándolos entre los dedos largos y amarillentos. «¿Fuma

usted?», preguntó rompiendo un silencio que no sé decirte cuánto duró. Tomé uno de los emboquillados baratos que me ofreció, tabaco negro, asqueroso. Lo encendí, di una bocanada y lo apagué. «Veo que prefiere los suyos», dijo emitiendo un sonido que pretendía ser una risita orgullosa.

«Verá, señor Próspero, no tengo mucho tiempo y tampoco quiero hacerle perder el suyo. Antes de decir nada, deje que le exponga, quiero decir, debo explicarle el motivo de mi visita, de mi precipitada visita. Como le anticipé durante nuestra breve conversación telefónica, se trata de un asunto muy embarazoso, quiero decir, extremadamente complicado. Desconozco qué peregrinas razones le han llevado a usted a dar por muerta a su esposa, a calcinar, quiero decir, incinerar ese cadáver como si fuera el de la señora Panucci... No tengo ni idea..., créame. No sé si es usted un sádico, un loco o un idiota, o las tres cosas a un tiempo, perdóneme. Quiero decir, no sé si usted no se entera o no quiere enterarse. La señora Panucci no está muerta, quiero decir, al menos no lo estaba cuando usted llevó a cabo tan singular sepelio. Tiene usted la suerte o la desdicha de que en este país nada funcione como debiera. —Suspiró agotado—. Quiero decir que la justicia, la ley y el orden son una entelequia, una auténtica mierda. Excepto el papeleo, eso sí que funciona, quiero decir..., la nauseabunda burocracia que lo infecta todo, eso marcha siempre bien, para los vivos y para los muertos, a todos nos pringa de igual modo. Todo eso ha jugado a su favor, la incompetencia, la apatía, el absentismo, el jodido derecho a la huelga. ¡Una panda de vagos son todos esos lerdos funcionarios!, tarugos, eso es lo que son. Sólo en un país como éste se puede hacer lo que usted ha hecho..., en fin... ¡Si el *Duce* levantara la cabeza!... Quiero decir... si viera adónde ha ido a parar “la patria”. Doña Amantea no está cadáver, en eso creo firmemente. No lo estaba hace sólo unos días, menos de una semana. Quiero decir, varias personas dicen haberla visto en la estación central de Nápoles. ¿Entiende, señor Próspero?, varios testigos aseguran haber visto (viva, claro está) a su esposa. Y en una fecha muy posterior a la del fallecimiento de esa mujer que tan precipitadamente usted reconoció como la suya. No era ella. Y no puedo creer que usted no lo supiera. ¿Qué motivos le han movido a hacer tal cosa?, no me preocupa demasiado, quiero decir, no por el momento. Puede que estuviera usted harto de ella y no se atreviera a decírselo, puede que quisiera usted quitársela de en medio, quiero decir, no volver a verla, y puede que sea tan ingenuo de pensar que ha logrado algo. De ser así, no habrá conseguido nada, amigo mío, absolutamente nada, quiero decir, nada perdurable. Tarde o temprano se cocerá el pastel... quiero decir, que todo saldrá del horno, y tal vez se quemé usted las manos. En ese caso, tendrá usted que dar muchas explicaciones, no a mí, claro está, pero sí a la policía y a los jueces. No tema, de momento no saben nada de esto, quiero decir, al menos yo no he ido a chivarles el cuento. Su esposa sólo ha muerto burocráticamente, que no es poco, y puede ser que en su pervertida mente, quiero

decir, dentro de su cabeza, también esté difunta. No tengo nada contra usted, no quiero meterme en sus asuntos, pero resulta que parte de ellos, de sus jodidos asuntos, son desde hace tiempo también cosa mía. Quiero decir, me pagaron por ello, no muy bien (este trabajo no está pagado, créame), pero sus amigos me soltaron el cheque, dos talones para ser preciso. Y yo siempre cumplo. Como le dije, yo jamás abandono un caso, no es cuestión de dinero ni de tiempo. Reconozco que en un primer momento, cuando sus amigos contrataron mis servicios, sospeché de usted..., quiero decir..., pensé: “Éste se la ha cargado”. He visto a muchos maridos llorar desconsoladamente para que encontrara a sus parientas, horas después de haberlas degollado. A usted ni siquiera le vi. También llegué a pensar que estaban ustedes dos compinchados, quiero decir, tal vez pretendían cobrar un seguro de vida. No me mire así, no es tan descabellado. Si yo le contara. Aunque su situación económica no era especialmente boyante en ese momento, luego descubrí que la prima que iba a cobrar usted por el fallecimiento de la señora Panucci era ridícula..., quiero decir... que no daba ni para vivir un año. Nadie mata por tan poco, nadie finge morir por una menudencia así. Le seguí durante un tiempo, quiero decir, le vigilé de cerca. Cuando esparció usted las cenizas desde Ponte Sisto, a punto estuve de ir a la policía. Para mí no había duda: la había matado, la había tirado a un pozo o algo similar y, tras su jugada reconociendo a la muerta, su crimen bien podría quedar impune. Cuando me disponía a hacerlo, recibí un par de llamadas sorprendentes, fruto, no lo dude, de mis pesquisas. Mi sorpresa fue mayúscula..., quiero decir que en este asqueroso trabajo uno no acaba nunca de aprender. Yo aún no sabía con certeza lo de la clínica ni tampoco lo de Nápoles. Al confirmarse tales extremos, el argumento empezó realmente a interesarme. Pretendo resolver este misterio, ¿me entiende? Es ya algo personal, un reto..., quiero decir... casi una provocación. Eso me mantiene vivo.

»Debe saber que su esposa, dos días después de que usted denunciara su desaparición, cómo decirlo..., es delicado, quiero decir, que no sé cómo exponerlo, no quisiera herir sus sentimientos, si es que eso es posible. Su mujer, doña Amantea, abortó dos días después de esfumarse. Lo hizo en una clínica privada de Pratti, semiclandestina, una mierda de dispensario para ricos, quiero decir que los hay mejores. Pobre mujer. Cobran lo que no está escrito y trabajan como carniceros, créame. Pero son discretos, no hacen preguntas. El caso es que su parienta abortó, interrumpió un embarazo de algo más de cinco semanas. Lo he sabido hace poco. No crea que es fácil hacer estas averiguaciones, quiero decir que tengo mis contactos, pero lleva tiempo, mucho tiempo. Eso explicaba muchas cosas, probablemente tendría usted un motivo para matarla. Ése podía ser el móvil. A punto estuve yo de matar a mi matrona por mucho menos..., quiero decir... —Golpeó con sus dedos en un significativo gesto sobre el mantel—. Por unos cuernos más livianos, pero de eso hace mucho tiempo... ¿Por dónde iba? Ah, sí, el aborto, la clínica. Lo hizo con

nombre falso, déjeme ver, aquí está, Amadea Ruichi... El nombre es un burdo juego de palabras: Amadea, Amantea, Amadea, empiezan por A y acaban por A, está claro, ¿no? Pero ¿y el apellido?, ¿le suena de algo?... ¿No? Lo suponía. Luego, mucho tiempo después, también en Roma, alquiló un coche..., como lo oye..., un Regata Mare Station Wagon, blanco. Con ese automóvil viajó hasta Nápoles, allí lo entregó, todo en regla, ni un rasguño. Recuperó la fianza y se marchó en un taxi. ¿Tenía algún familiar en esa ciudad?... quiero decir..., pudo alojarse en casa de algún “conocido”. No lo hizo en ningún hotel. Sé que no tiene carné de conducir. También que lo alquiló bajo una falsa identidad, espere. Presentó una fotocopia del permiso de doña Ángela, la amiga de ustedes, quiero decir..., ¿cuál era el apellido?, ah, eso, eso es, Griffi, Griffi. Últimamente mi memoria es lamentable, quiero decir que no funciona nada bien, en fin. Esa copia del permiso de conducir, sin duda, la hizo mucho antes, debió de ser en una fotocopidora del laboratorio donde ambas trabajan. Se lo cogió en un descuido, quiero decir que lo sacó del bolso de doña Ángela y ¡zas!, ya tenía carné. Bastaba decir seductoramente... “¡oh, lo he perdido, pero puedo dejarle una fotocopia!, y si quiere también mi número de teléfono, por si hay algún problema”. Ya me entiende. Quiero decir que a una mujer tan guapa como la suya no se le ponen muchas pegas, que la belleza abre muchas puertas, que emboba a los hombres. Eso me convenció de dos cosas: usted no la había asesinado, era evidente, y ella lo tenía todo bien planeado, tal vez desde mucho tiempo atrás. ¿Qué tenemos entonces? Quiero decir, debemos recapitular. Sucede que su mujer le abandona sin más ni más, a la francesa, sin dejar recado, como se suele decir, ¿no? Que unos días después aborta secretamente bajo una falsa identidad... Que luego permanece oculta por un tiempo, cuánto y dónde es una incógnita..., que más tarde alquila un vehículo haciéndose pasar por su amiga y que con él viaja a Nápoles... y que allí, hace sólo unos días, toma un tren y viaja hacia algún lugar. Déjeme que le enseñe... —Rebuscó en los bolsillos y de uno de ellos sacó un manoseado mapa lleno de señales a bolígrafo, lo desplegó y lo extendió sobre la mesa—. Mire usted, la señora, doña Amantea, quiero decir, compró un billete hasta Reggio Calabria, justo aquí, en la punta. Un largo viaje desde Nápoles, muchas, demasiadas horas de traqueteo..., demasiadas paradas..., quiero decir que pudo bajarse en cualquier lugar. El tren que hace esa línea se detiene en muchos pueblos. ¿En Pompeya?, ¿en Salerno?, no creo, demasiado cerca, ¿tal vez en Agrópoli? ¿o descendió en el apeadero de Pisciotta?, ¡bah!, ¿qué iba a hacer en un lugar como ése?, allí no para ni el Santo Padre. No, no, posiblemente bajó en Scalea o Cetraro, tal vez en Páola. O ¿por qué no? —Siguió la línea negra en el mapa con el dedo, lentamente, imitando el sonido del tren hasta detenerlo en un punto dando golpecitos impertinentes—. Pudo apearse aquí, ¡en Amantea! Lo sé, es poco probable, ¿no le parece?, demasiado fácil, ¿no? En efecto, es poco probable, podría haber llegado al final del trayecto y desde allí haber cruzado

en el ferry el estrecho. Podría estar ahora en cualquier parte de Sicilia o quién sabe si cogió un vuelo desde Palermo y está ya en el fin de este asqueroso mundo. ¿Quién sabe, señor Próspero?, ¿quién sabe? El caso es que su Amantea tomó un tren rumbo al sur, siempre al sur, como dice la canción de la Carra. —Intentó reír su broma de mal gusto sin conseguirlo—. En la estación de Nápoles le perdí el rastro, de momento, quiero decir que no he soltado aún la hebra, que estoy siguiendo el hilo y parece que no voy desencaminado, eso creo..., quiero decir... que estoy sobre la pista».

Aquel tipo repugnante hablaba y hablaba sin parar, sin darme oportunidad de meter baza, sin posibilidad de interrumpirle. Llegados a este punto di un puñetazo sobre la mesa y le ordené que se callara de una puta vez. Y lo hizo, vaya si lo hizo. Hablaba tan deprisa, tan atropellada y desordenadamente, que apenas tuve tiempo de asimilar lo que contaba. ¿Cómo que habías abortado?, ¿cómo era posible? Llevábamos un año sin tomar precauciones, sin píldoras ni condones, follando tres veces al día, buscando a toda costa que quedaras preñada, tener un hijo. Lo deseabas, lo deseábamos por encima de todo. No podía ser, sencillamente. Era imposible. Eso le grité al prepotente Scarabochio. También que de una puta vez dejara de decir «quiero decir» cada tres palabras. Ni se inmutó ante mi ataque de ira, ante mi desesperación. Tal vez pensó que fingía, no lo sé. Encendió su enésimo cigarrillo y, con serenidad, me pidió, por favor, que le sirviera ese café que le había ofrecido a su llegada. Así lo hice. Me senté y serví otro para mí. Su hipnótica parsimonia resultaba exasperante.

«No debería excitarse de ese modo —replicó tranquilamente. Debe calmarse—. Todo cuanto le he contado es cierto. Créame. No es gran cosa, pero todo indica que es así..., quiero decir... Disculpe..., no quería..., no puedo evitarlo..., quiero decir que todo indica que doña Amantea... En fin, dígame usted todo lo que sepa, señor Próspero, todo lo que oculta. Tal vez pueda ayudarme a comprender, a encontrarla. Si es que aún pretende hacerlo. Sospecho que la señora Panucci no anda lejos..., quiero decir..., no muy lejos de aquí. Si sabe usted dónde está, si ha quedado con ella en algún lugar, si tiene la más mínima idea de por dónde respira, debería dar con ella cuanto antes, aclararlo todo. Imagino que sabrá usted que su mujer era de aquí, que doña Amantea había nacido en Amantea. Que por eso lleva ese nombre. Debe explicarse, debe decirme de una vez qué se esconde detrás de su fuga y de su extraña decisión, la de usted y la de ella, quiero decir. ¿Discutieron ustedes?, ¿acaso, como sospecho, el hijo que esperaba era de otro hombre y usted no supo digerirlo?, ¿qué oculta usted, señor Próspero?, ¿en qué infierno anda metido? Con su resistencia sólo está perjudicándose».

No tenía idea. Siempre creí que habías nacido en Roma, nunca mencionaste lo contrario. ¿A qué venía todo eso?, ¿qué pretendía ese cabrón con su fingido tono

paternal? Guardamos silencio mientras bebíamos, mientras yo saboreaba y él sorbía el café de la taza, haciendo un ruido insoportable. El cuerpo me bailaba por dentro, me rechinaban los dientes, castañeaban en cuanto me descuidaba. Tenía que combatir la tiritona, no quería dar muestras de debilidad ante él, ante ese abominable ser que no me quitaba ojo de encima. Pero me rendí a la descomposición que me provocaban su aliento y su mirada. Todas y cada una de las incoherentes palabras que había pronunciado su fétida boca provocaron en mí una rara mezcla de confusión y curiosidad por lo que contaba. De frenética agitación y parálisis a un tiempo. En cierto modo necesitaba de él un gesto de compasión, una palabra amable, un abrazo, pensé. Si me lo hubiera pedido, habría llegado a retorcerme de dolor, a llorar entre las garras de aquel leviatán menesteroso, te lo juro. Pero su crueldad, sin llegar a ser inhumana, parecía inexorable. En la habitación flotaba un ambiente cada vez más irrespirable. Me hacía bullir la sangre. Extraño, incomprensible, demasiado intenso para mi quebrado ánimo. Aunque pueda parecer mentira, aquel individuo me espantaba y me fascinaba en igual medida. Aquella escena transcurría a dos pasos de mí, fuera de mí.

Busqué poner fin al entreacto. Mis palabras, le advertí, le convencieran o no, eran las únicas y tal vez las últimas que podría ofrecerle. Le hablé derrotado, queda y sinceramente:

«No hay nada oscuro detrás de todo esto. Debe creer lo que le digo, nada, salvo un absoluto desaliento. No tengo ni la más remota idea de por qué se largó mi mujer de ese modo, “a la francesa”, como usted dice. Nos amábamos. ¿Sabe usted lo que eso significa?, ¿ha amado o le han amado realmente alguna vez? —Hice la pregunta aunque era evidente que no, que aquel ente no había conocido otro cariño que el que tiene un precio—. No había un solo motivo para el desafecto, para la animadversión entre nosotros. Habíamos llegado a ese punto en que el amor, libre ya del desamor, de las suspicacias, de los celos y las querellas, de los falsos anhelos y las promesas vanas, era tan solo eso: amor.

»Éramos felices. Todo lo felices que dos personas que se quieren de verdad pueden llegar a ser. Tan solo nos faltaba tener un hijo y en ello estábamos cuando desapareció. ¿Cómo puede venir usted con esa historia del aborto?, ¿qué es toda esa mierda?, ¿qué pretende embaucándome así? Es cierto que vivo un infierno.

»Vivo encerrado en mí mismo desde aquel día, desde el preciso instante en que se fue. Hundido, rotundamente hundido, tanto que no podré volver a levantarme. Pasé meses angustiado, esperando pavorosas llamadas en plena noche, luctuosos telegramas urgentes. Escuchando sus gritos y los míos en mis invariables pesadillas en vela. También aguardando un regreso inesperado, una no tan mala noticia. Una sorpresa. Que todo hubiera sido un error. De haber aparecido, créame, señor Scarabochio, me habría abrazado a ella sin hacerle una sola pregunta. Amantea era

todo lo que tenía, ¿lo entiende?, ¿es capaz de entenderlo? Pero nada. Se la había tragado la tierra. Quedaba el aterrador “beneficio” de la duda. “¿Estará viva?”, me preguntaba. Y solía responderme con un “sí. ¡Claro que sí!, ¡estará viva!”. ¿Cómo iba a estar muerta? Con el tiempo, el escepticismo fue más fuerte que cualquier incertidumbre».

Intenté explicar a Scarabochio que, llegado un punto, me fue ya imposible perdonarte. Te había advertido que no sería capaz de soportar una traición, tal vez sí con un hombre o con otra mujer, pero no con ésa. No con la alevosa muerte. Todo parecía indicar que así era. Que habías marchado a su encuentro dejando un sordo rastro de silencio. Durante largo tiempo esperé alguna señal, pero sólo llegó una desesperación aún más profunda, sólo obtuve la peor de las llamadas por respuesta. Yo no merecía eso, en ningún caso. Era imperdonable que me hicieras sufrir así. Que me infligieras tan cruel martirio, por nada, para nada, absolutamente por nada. Por ello certifiqué tu muerte, sin importarme si era cierta o no. Era preferible.

«¿Lo entiende usted?, ¿es capaz de entender algo así?».

«No, sinceramente. No puedo entenderlo», me respondió. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. En el fondo él seguía sospechando que mis palabras eran sólo un embuste, una trapacería. Que la nuestra era una historia truculenta y sucia.

En ese instante, me derrumbé. Le rogué que siguiéramos con la conversación al día siguiente, ya era muy tarde y estaba muy cansado. Miró el reloj y se disculpó con la voz aún más bronca y desafinada. Sin objeciones, sin vacilar un momento, aquel esperpento se levantó, me dio la mano muerta y se despidió dándome las gracias por todo. «¿A las tres de la tarde le parece bien?, he de hacer algunas cosas por la mañana». Mientras bajaba la escalera, se detuvo para preguntarme si conocía alguna pensión económica en el pueblo. Le indiqué la dirección de una fonda barata, a las afueras, no muy lejos de casa. De estar abierta, de atenderle a esas horas, cosa poco probable, seguramente no tendrían habitaciones. Aquel individuo, casi seguro, pasaría la noche en su desvencijado coche. «¡Que se joda!», pensé, y cerré la puerta totalmente aterido por un desasosiego gélido.

Por algo completamente nuevo.

¿Nunca has sentido que con cada parpadeo perdías algún detalle? Con esa sensación amanecí mientras clareaba el día. No conseguí pegar ojo. Pasé la noche intentando ordenar las ideas, en un confuso duermevela. Abriéndome paso a través de un pastiche de representaciones simbólicas que vagaban amotinadas por mi pensamiento. Mitad ensueños, mitad pesadillas.

Mientras el sol salía tras las colinas pensé: «Tenemos la suficiente inteligencia para ser conscientes de que no sabemos nada». ¿Podía habernos sido dado un don más infame?

Crecí obsesionado por ver qué había detrás de los otros que rodeaban mi pueblo, colinas muy similares a éstas, aunque mucho más menudas. Tuvieron que pasar muchos, muchísimos años, hasta que comprendí que tras ellas había muchas más. Y detrás de éstas, otras mucho más inconquistables; y a continuación algún páramo poblado o despoblado y, detrás de los páramos, aún más allá, más altas montañas, y detrás algún océano, y al final de esa inmensidad de agua, una vasta playa, y más allá, nuevos altozanos, y detrás de éstos, casi camufladas, estaban las primeras colinas, mis colinas, aquellas que un día remonté buscando ver qué había al otro lado. Y así hasta el infinito. Nada más. No había nada detrás de los cerros, nada que no tuviera ya, nada que pudiera realmente interesarme. Excepto tú. La vida es pura devastación, restos de todo para nada.

No sé por qué te escribo todo esto.

¿Cómo podría dejar atrás tantos años llenos de ti?, ¿cómo aceptar que sólo tendría de ti algún que otro recuerdo? Recuerdos que, indefectiblemente, serían eclipsados por la desventurada evocación de esos amargos días. Y que ni éstos, los recuerdos, infernales o misericordiosos, convendría conservar si pretendía seguir viviendo. ¿Cómo aceptar que habías desaparecido, cuando tu voz era la única melodía que sonaba en mi memoria?

¿Cómo saber lo que es real o ficticio?

Me di un baño en el aún sombreado mar. Nadé un buen rato para despejarme y luego caminé hasta el pueblo intentando recapacitar, aclarar en mi mente todos y cada uno de los conceptos expuestos por Scarabochio. «¡Está viva!», me repetía, buscando que mi corazón se complaciera en aquella certeza. Pero no lo conseguí, mi alma no albergaba ningún entusiasmo por ello. A esas alturas casi te prefería muerta, desaparecida, lejos de mí para siempre. Todo un dilema. ¿Había perdido el interés? En gran parte sí.

No quería seguir sufriendo por haberte perdido y encontrándote tal vez sólo tropezaría con nuevos padecimientos. Incluso peores. En esas meditaciones anduve metido hasta superar el trecho de costa pedregosa que separaba mi casa del bullicio.

Al llegar, más o menos, a la mitad del paseo marítimo, dos coches de los carabineros pasaron a toda velocidad, haciendo chirriar las ruedas de sus Alfas, aullando en dirección a mi casa, al menos eso supuse. Eso fue lo primero que me vino a la cabeza: «¡Van en mi busca!». Era demasiado temprano para tanto escándalo. Los pocos coches que circulaban a esa hora se apartaron espantados y los pocos bañistas que ya tomaban posiciones en la arena corrieron a ver qué pasaba, como posesos ante el griterío de las sirenas. Crucé la avenida, atravesé las calles niveladas de la parte baja y comencé a subir las empinadas callejuelas que ascendían por la colina. Cada vez a mayor paso y, a cada paso, un poco más deprisa. Por cada poro rebosaba una aprensión inmensa. «Scarabochio ha ido con el cuento a la policía —pensé—, van a

por mí, van a detenerme. Estoy perdido». El pesimismo se tornó neurosis, un recelo desasosegante. Me sentí fugitivo, acosado.

Comencé a marchar correderas arriba, errante, desorientado, hasta refugiarme en un recóndito café. Entré en el local muy alterado, pálido y sudoroso, completamente extenuado. Tuve la extraña sensación de que las personas que ya desayunaban dentro me reconocían, sabían quién era yo. Se habían dado cuenta de que el prófugo había escapado y ahora estaba allí, vulnerable, aterrorizado. Sería fácil cogerme. Sólo faltaba que el dueño del bar levantara el teléfono y disimuladamente llamara a la policía.

En vez de eso me preguntó con evidente hostilidad «¿qué va a ser?». «Un café — respondí—, un expreso bien cargado y un vaso de agua, por favor». Los clientes volvieron a sus almuerzos, sus periódicos y sus charlas, sin prestarme mucha más atención. El corazón me salía por la boca. Pagué la consumición y fui a sentarme en la mesa más oculta, en el último rincón. Intenté sosegarme. Al poco, cuando aún no había bebido la mitad del oscuro brebaje que pretendía ser café, un parroquiano entró en el local muy agitado, casi tanto como yo. Pidió algo de beber, lo trincó de un trago y habló al antipático patrón a voz en grito, para que todos pudiéramos escucharle. «¡No te imaginas lo que ha pasado!, un tipo ha aparecido muerto cerca de la Campa de Aiello, camino a San Pedro, en la “zona prohibida”. Como lo oyes. Le han volado la cabeza. Está tirado en mitad de un charco de sangre, en una curva de la carretera...».

Se armó un pequeño revuelo, proporcional a la clientela que buscaba despertar en la cantina, siete u ocho personas taciturnas que rápido se animaron ante la macabra noticia. Todos se arremolinaron en torno al portador, al recién llegado, que, imbuido de protagonismo, habló aún más excitado, dando a los hechos que relataba la importancia de un titular, de una primera plana. No sabía nada pero anticipaba e ilustraba cada detalle del suceso como si lo hubiera vivido de cerca.

«Tino ha visto el fiambre. Se la han volado, como te lo digo, le han volado la cabeza, literalmente. Tiene la cara medio destrozada y un boquete del tamaño de un puño en el pecho. ¡Menuda se ha armado!, me voy para allá, antes de que se lleven el cadáver. Todo está acordonado, lleno de polis, y el juez y los de la funeraria no tardarán en llegar... Además —añadió entusiasmado como un niño—, están los de la tele. Si me pilla la cámara te saludo, joder, ¡te lo juro! ¡Ponme otra que me voy corriendo!».

Aquello explicaba lo de los carabineros a toda leche por el Lungomare, me tranquilizó bastante. El tipo volvió a beber de un trago y salió por pies. Los demás continuaron un rato con las porfías alrededor de la barra y luego fueron saliendo del bar, uno por uno, como disimulando, como si ellos no fueran a seguir los pasos de aquel individuo. Todos irían corriendo hasta el lugar de los hechos para apelotonarse

en torno a un muerto al que no llegarían a ver. Cuando conseguí que me atendiera, también yo pedí al cantinero un sorbo. Me lo puso diciéndome «¡invita la casa, amigo!, pero trague rápido, que vamos a cerrar». Habían enloquecido tras escuchar la telegráfica crónica de su paisano, nadie iba a perderse el espectáculo. No todos los días aparecía alguien asesinado en Amantea, al menos no desde hacía muchos años. Tomé la copa y salí de allí mucho más calmado.

Tenía en el bolsillo unas cien mil liras, aquello, más otras cincuenta mil que guardaba en casa, era cuanto me quedaba. El temido momento había llegado: me quedaba sin fondos. Diego, que sobrevivía con una miserable pensión de jubilado, generosamente se ofrecía a ayudarme, pero en ningún caso iba yo a aceptar su dinero, su caridad. Había que hacer algo y rápido, buscar un empleo, pintar cuadritos horteras, de los que les gustan a los turistas, y venderlos en el paseo marítimo o en el mercadillo.

Sin dar más importancia al episodio del muerto, bajé tranquilamente las callejuelas que antes había ascendido sintiéndome acosado. De bajada, compré unas alpargatas, unas acelgas frescas y algo de fruta. Paseé serenamente hasta el mediodía. A las tres llegaría a casa el detective, aún tenía tiempo. Me senté en una de las terrazas frente al mar, en una pizzería. Era pronto aún, no había mucha clientela todavía. De inmediato me atendió uno de los camareros, un hombre sinceramente simpático, de lengua descosida y risa franca. Charlé un rato con él, me preguntó por el bueno de Diego, me dijo que solía parar allí a comer algún trozo de pizza *al taglio*. Le pedí una gran cerveza, una marinada pequeña y una ensalada de berenjenas al horno. El paseo estaba extrañamente inmóvil, el pueblo apenas tenía movimiento, al menos no el habitual de cualquier día a esa hora. Frente a mí, el agua se tornaba verdosa por momentos, las olas rompían cada vez con más violencia, largamente, de izquierda a derecha, dejando tras de sí una cinta de espuma inmaculadamente blanca. Parecían una hilera de piezas de dominó líquidas, empujándose unas a otras, cayendo y alzándose una y otra vez. La atmósfera, minutos antes transparente, se enturbiaba lentamente, mostrando síntomas de apagamiento, de sueño y oscuridad. El cielo iba tomando apariencia de octubre. Todo cambiaba a mi alrededor como por encanto. La primavera se disfrazó de invierno, inesperadamente. Por la tarde habría tormenta.

Mientras comía, fueron llegando y tomando asiento algunos clientes. Entre ellos, apareció un viejo haciendo sonar triste un vetusto acordeón. Vestía un estrafalario uniforme blanco, chaquetilla como de heladero, con botones dorados, unos pantalones que le arrastraban y una vieja gorra de marino calada hasta las cejas. Con voz débil y penetrante, cabrioleando arrítmico, canturreaba viejas canciones que sonaban navideñas, novenas enigmáticas, sincopadas, desafinadas a la vez que armoniosas. Sus cortos dedos, que parecían de palo, recorrían las botoneras a una velocidad de vértigo. Oprimían las teclas como al azar, pero la música que salía del

fuelle era apasionante. Todo en él me pareció absolutamente conmovedor. El camarero me sirvió otra birra. Le pregunté por aquel pobre anciano. «Es Nicodemo —me respondió—, siempre anda por aquí tocando para sacar unas monedas o un pedazo de pizza, un buen hombre, todos le queremos». Cuando se acercó a mi mesa pude verlo bien, era un personaje salido de mis pesadillas. Nicodemo, el viejo que unas noches atrás acompañaba a Bonanno y Bonacrocce en la playa arbolada.

Me sobresalté. Se aproximó a mi mesa y deteniéndose a mi lado remató su cantinela. Se quitó la gorra y con ella en la mano me invitó a echar algo de calderilla. Puse en su interior un billete de cien liras. Recorrió la terraza recolectando su recompensa. Luego volvió a mi lado y me preguntó si podía sentarse a la mesa. Completamente desconcertado, incluso asustado, le di permiso para hacerlo. Dejó en el suelo el instrumento y, como quien está habituado a hacerlo, pidió al camarero un vasito de vino blanco y un trozo de pizza, «¡con mucha cebolla!», aclaró. Era diminuto, los pies casi le colgaban de la silla. Junto al acordeón se tumbó el chucho que le acompañaba, una perrita también paticorta, aún más vieja que él, que observaba el mundo con mirada triste, con indiferente ternura...

—Se llama Vincenza, se lo puse por mi difunta esposa —me dijo acariciando al can dulcemente.

—Perdone usted, ¿nos conocemos? —le pregunté incómodo, por decir algo.

—La otra noche se llevó un buen susto, no sabe cómo lo siento, tiene que disculparles, no son malos chicos, sólo un poco cabroncetes...

—¿A quién se refiere?...

—Sabe a qué me refiero, a esos dos. No volverán a molestarle. Usted no les gusta, pero no volverán a darle fastidio. Ya me ocupo yo.

—¿Quiere usted que crea que...?

—Crea usted lo que quiera creer. Tengo que advertirle —continuó hablando en un susurro—: la bella mujer de su sueño está cerca. Muy cerca. Le añora. Tarde o temprano se encontrarán, y no en una ilusión, realmente. Puede ser. No he llegado a conocerla bien. La señora está muy confusa. Anda perdida. Tiene el alma de seda, de seda rasgada. Sufre, sufre mucho por usted. Tal vez no se atreve a encontrarse con usted o tal vez no sepa que está usted aquí. Pero le añora, ¡vaya si le añora! Ella ha querido que todo sea así, no ha tenido elección, y quiere que usted lo deje estar, que acepte lo inaceptable, que no padezca más por ella. Eso le oí decir. No quiere que usted sufra más, ¿entiende? Déjelo estar. Quiere que usted viva en paz. Antes o después tendrá usted que admitirlo, tendrá que seguir adelante, solo. Ella no volverá, no lo creo. Pero tal vez lleguen aún a verse, tal vez lleguen a encontrarse. Podría ser, podría ser... Y puede ser que yo vuelva a verla, ¿quiere usted que le diga algo?

Apuré el vaso de vino mirándome a los ojos, esperando mi respuesta, pero fui incapaz de responder nada. Lloraba quedamente, absolutamente conmovido por sus

palabras, por su forma de decirlas. No era un loco, no hablaba como un hombre ni como un niño, tal vez era un pequeño ángel contrahecho, mágico, inmortal. No estaba mofándose de mí, no mentía, no se trataba de una cruel broma ni era uno de mis desvaríos. No era un sueño, era real, un momento absolutamente real, y estaba hablando de ti. ¿Cómo era posible? No pude hacerme preguntas en ese momento. Apenas podía respirar, ahogado en los callados sollozos. El anciano puso sus manos sobre las mías, luego me acarició tiernamente la cabeza, como poco antes hiciera a su perrilla, una y otra vez, golpeándome suavemente, como se golpea a los perros para consolarlos. Necesitaba el llanto, ese llanto, esas manos acariciándome, como si fueran las tuyas.

Así pasaron los minutos, completamente ajenos al devenir del mundo que nos rodeaba. Una extraña paz fue invadiendo mi espíritu, hasta calmarme. Cuando alcé la cabeza el viejo estaba todavía allí y pedía otros dos vasitos de vino blanco al camarero. Con sus ásperos pulgares, enjugó mis lágrimas y luego me pasó un raído pañuelo para que me sonara...

—Puedo ver en tu corazón, en tus sueños. Veo un mar hostil, una angustia inmensa como el aliento del océano. Veo vagar tu razón a la deriva, dispuesta a naufragar en esa inmensidad de dolor. Todo eso tiene que acabar. Tienes que apagar el sufrimiento y abrir la ventana a la luz de la armonía. No puedo decirte más. Si no lo haces, pronto caerás en un oscuro abismo, perderás el ímpetu que precisa la vida para ser vida, créeme. Yo también un día perdí la fuerza de vivir... Ella quiere que sigas adelante, que vivas y vivas en paz, por todo cuanto le diste, por todo cuanto te dio, por todo el amor que os unía. Por eso me encargó que te diera el impulso que precisas para seguir adelante, sin ella... Pero yo no soy nada, no puedo hacer nada, sólo decirte lo que te digo, tocar para ti alguna canción que te dé fuerza...

Poniéndose en pie, el viejo recogió su instrumento del suelo y se lo ajustó al pecho. La perrita, mirándole desde abajo, se desperezó un poco contrariada, haciendo chirriar las uñas contra las baldosas. Girándose como lo haría un soldado de plomo, comenzó a hacer sonar su organillo, marchando ufano sobre el sitio, marcando el paso al son de la alegre melodía que tocaba para mí, eufórico. Antes de comenzar su desfile, volvió la cabeza y me suplicó que le cuidara a su perro, un instante, dijo, aunque yo supe que sería para toda la eternidad. A una orden suya, Vincenza volvió a tumbarse, esta vez a mi lado, y él arrancó haciendo soplar con más fuerza el fuelle, que gimió una larga nota, un mi que sostuvo hasta desaparecer. Al cabo, un trueno partió el tiempo y comenzó a llover a cántaros.

Mientras se alejaba, le grité: «¡Dígale que la amo!, dígame que yo la amo, por encima de todo...». Nicodemo salió de la terraza, giró a la derecha con cómico aire marcial y rápidamente se perdió en el aguacero. Nunca volví a verle, ni volví a encontrármelo en ninguna de mis pesadillas.

Al poco, aún muy confuso por lo sucedido, pagué la cuenta y emprendí el camino acompañado por la pequeña Vincenza. El animal aceptó a su nuevo amo sin un solo lamento, sin ninguna extrañeza. Saliendo del bar, cerca de la barra, pude escuchar a varios hombres hablando del asesinato en la «zona prohibida». Me pregunté qué querían decir con lo de «prohibida», qué significado tendría aquello. Aquella conversación entreoída me devolvió a la realidad. La hora se echaba encima. A las tres llegaría el detective y aunque era la última persona que deseaba ver, ésa era una cita ineludible. Aquel tipo tendría que explicarme muchas cosas aquella tarde. Aún diluviaba.

Recorrí el trecho que me separaba de casa a buen paso, mientras Vincenza, cansina, caminaba detrás de mis zancadas con la lengua fuera. Media hora después, a las tres menos cinco, subíamos la escalera completamente empapados. Me metí en la ducha con el perro. Los dos nos dimos un buen baño. La sequé con mimo y le puse comida y agua. La perrilla, ya sin la mugre que la cubría, resultó ser color canela, blanca y canela, como el arroz con leche. Cogí un libro y me senté a leer y esperar. Vincenza se tumbó a mi lado en el sofá, suspiró profundamente complacida y se durmió apoyando la cabeza en mi regazo. Arrullado por la poesía y su sereno respirar sobre mi pecho, también yo quedé plácidamente dormido.

Cuando desperté eran más de las seis. Seguía lloviendo. La tormenta había oscurecido el cielo prematuramente. El investigador no había aparecido. Poco después, llamaron a la puerta. Era Diego. Enseguida se encariñó con la perrita y ésta con él. Por no darle explicaciones, le dije que la había encontrado vagabundeando por la playa, que algún hijo de puta la habría abandonado. Al día siguiente la llevaríamos al veterinario.

Raramente leíamos el periódico, pero Diego trajo aquella tarde ediciones especiales. Los dos diarios locales destacaban en primera página la noticia: «Hombre hallado muerto en la carretera de San Pedro». Sin ningún género de dudas, en las lóbregas fotografías del cadáver, pude reconocer el cuerpo y lo que quedaba del inconfundible rostro de Scarabochio. No tendría que seguir esperando, ¡el detective había muerto! Mientras cortaba cebollas y ponía a hervir unas acelgas, contagiado por el entusiasmo general, Diego me contó todos los detalles del suceso antes de que pudiera leerlos, sin dejarme hacerlo. También me sacó de dudas sobre la llamada «zona prohibida». Era una enorme finca que se extendía por la falda del monte Cocuzzo, muy cerca de Amantea. En ella se refugiaba un antiguo padrino de la mafia, uno de los grandes, un tal don Amato. Un «*pentito delta Ndrangheta*»^[12].

Al parecer, el «*infame*»^[13] era un viejo asesino sin escrúpulos. Entre los innumerables crímenes que no pesaban en su conciencia, había ordenado matar a su propio hijo y a su nuera, que estaba embarazada de su nieto. Cuando fue detenido, tal vez cansado de tanta muerte, como venganza, decidió «cantar». Se unió a los

arrepentidos. Más de un millar de mañosos decidieron colaborar con la ley. Ellos y sus miles de familiares tuvieron que recibir protección del Estado. Eso costaba millones de dólares. Don Amato renunció al exilio, a la clandestinidad, a una nueva identidad, a un nuevo rostro, como otros muchos hicieron. A cambio de su confesión, el eterno enemigo de los corleoneses exigió al Gobierno una protección total, sin escatimar medios. Él no podía concebir la vida lejos de su tierra. Debió de ser considerable lo que contó a los magistrados, ya que fueron muchos los que, tras su testimonio, acabaron entre rejas...

Durante unos años, las confesiones de los arrepentidos tuvieron efectos devastadores sobre las diferentes organizaciones mañosas, enfrascadas entonces en una gran guerra. En aquel año, en 1984, fueron detenidos varios capos en Italia, en España y en los Estados Unidos. Con él cayeron varios miembros destacados de la camorra napolitana y de la mafia siciliana: Bardellino, Cuoto, Scarnato, Badalamenti. Algunos quedaron en libertad gracias a jueces corruptos, otros fueron a prisión. Don Amato quedó confinado a perpetuidad en su domicilio, sin posibilidad de salir, y más le valía, pues eran muchos los que estaban dispuestos a acabar con su vida. La quinta en la que don Amato se guarecía, irónicamente, se llamaba Cosa Vostra. Allí llevaba ya encerrado más de siete años, desde 1985.

El territorio fue literalmente blindado, aunque oficialmente el Estado lo negara. Era un hombre muy influyente, al que varios jefes de Estado y decenas de ministros debían favores de los que se pueden pagar con la vida. Estaba custodiado por unos cincuenta policías y por medio centenar de hombres de su confianza, armados hasta los dientes. Soldados de la mafia que, bajo la tapadera de una empresa de seguridad, acribillaban impunemente a quien osara acercarse o traspasar las lindes de la finca.

«Si te aventuras por allí, ten por seguro que te liberan el alma de un tiro — aseveró Diego—. Primero disparan y después preguntan, si es que llegan a preguntar. No les hace falta. Ese tipo es sólo un muerto más, nadie pagará por ello. ¿A quién se le ocurre adentrarse en esa zona?». Le conté a Diego que aquel individuo era el detective que llevaba tu caso. El mismo que un día antes había estado hablando conmigo en casa. El mismo que yo había esperado en vano desde las tres de la tarde.

Por supuesto, la versión de la prensa poco o nada tenía que ver con lo ocurrido y con lo que acababa de contarme Diego. Hablaban de un accidente de caza. En aquellos montes abundan los jabalíes. Por error, en la confusa luz del amanecer, los ojeadores habían tirado sobre él, abatiéndolo como si fuera un cochino. Sobre el fallecido, daban pocos datos, era un tal Guido Scarabochio, divorciado, de 62 años, nacido en Viterbo en 1929, vecino de Roma, regentaba una agencia matrimonial en la ciudad en la que vivía. Le suponían un turista amante de la naturaleza, un excursionista que paseaba a la hora equivocada por el sendero equivocado. Eso era todo. R. I. P.

Aparte de las macabras circunstancias, la futilidad de la muerte de Scarabochio me dejó impasible. Más tarde, me sentí algo perturbado, contradictoriamente inquieto, entre la inútil congoja y el pérfido gozo de la liberación. Aquel hecho ponía punto y final al asunto Amantea. La curiosidad trágica de aquel hombre había desaparecido con él. Nos habíamos librado de sus perseverantes fisgoneos y él, seguramente, se habría liberado de sí mismo. Nuestro secreto estaba a salvo, ya nadie te buscaría, ni viva ni muerta. Aquel tipo no volvería a pensar en ti y yo tampoco. Al menos eso intentaría con todas mis fuerzas. Empezaría otra vida, una existencia completamente nueva.

La vida después de ti, por fin sin ti. Desde ese momento, cada vez que aparecieras en la penumbra de mis sueños, miraría a otra parte y soplaría las cenizas de mi pena cuando me hablara buscando seducirme.

TERCERA PARTE

La Notte

PINTANDO

De abril a junio, 1990

¿Qué se esconde detrás de la creación cuando el afán del triunfo no existe, cuando no se buscan los laureles del éxito, cuando la motivación no es otra que el efímero alivio de un alma extenuada? ¿Con qué derecho se atreven a juzgar lo que uno pinta, o escribe, o esculpe, lo que uno pensó o sintió mientras lo hizo?

Quedan en las tablas y en los lienzos extrañas imágenes del alma. Dibujos de tiza, capas de amor y dolor coloreadas, penas y dichas sombreadas. Reproducciones subterráneas de una tierra inconquistable, instantáneas de un mundo inexistente que, a la vez, es lo único real...

Esta noche, como cada noche, el silencio se sienta mudo y sereno a mi lado, abandonando los últimos ecos que negaron su callada existencia. Tiene pocas notas, pero suena armonioso en el prepotente reino de los ruidos. Fuera gira mudo y taciturno el universo. Grita un ave nocturna, que no es ruido. Cantan algunos grillos, desertores cotidianos del silencio, sin ser ruido. Dentro, el ronroneo de la nevera, sinuoso e inquebrantable, como el zumbido insolente de una abeja blanca, enorme y metálica. Y el rumor de la música, repitiéndose obsesivamente en una sola melodía, acalla todos los murmullos, apaga todo, acaba con todo. En ese melodioso silencio se van calentando sus entrañas y las mías. Silencio. Silencio. Silencio...

Llega el lento movimiento, la pausada danza. Mil millones de minúsculos impulsos determinando la tensión de cada músculo, de cada insignificante gesto. Como en un carrusel, todo comienza a girar lentamente, trazando círculos cuadrangulares. Todo se va mezclando: el cuerpo desnudo, las manos elásticas, la tiza el carbón, el yeso, la sal, el pigmento, el polvo, la arena, el agua, la pena, los codos, los ojos, la frente, el pelo, la sangre, el dolor, la cal viva, la madera muerta. En el suelo sobre el lienzo, un pequeño espacio en blanco empieza a saturarse de algo que soy yo, sin serlo. Como una gigantesca Polaroid que saliera lenta de la tierra, la tela va revelando secretos que no quiero conocer pero preciso, intimidades que a muy pocos le serán desveladas. Todo es puro, claro, primitivo. La absurda habitación trasmutada en cueva, las paredes tiznadas convertidas en piedra y musgo. El hombre, antes confuso, repentinamente seguro de su naturaleza. Carne, estirpe, sangre. Arenas teñidas, coloreada belleza. Y en esa gruta húmeda, olvidar cobijado la existencia, ser sólo un animal que pinta, que expresa sin pensar lo que el maldito hombre sintió o pensó. Olvidar las cegadoras horas del día, tanto escándalo, cualquier algarabía, cualquier miseria. Dejar correr la mente hasta perderla de vista. Despojada, en la insólita caverna, pintarrajeando con la punta de los dedos cuanto vio y no vio, sin

mirar. En las praderas.

Pasa así el tiempo sin ser tiempo. La luz de la lámpara deshace los conjuros, acaba con las sombras. Las manos, desconcertadas, se detienen o avanzan, acarician o golpean, enmarañan o desbaratan. Palpan entre botes, tubos y pinceles, arrastran pintura, apartan o añaden polvo, colores y matices. Trazan o borran líneas, miman las manchas, maltratan las siluetas, se ahogan aliviadas en charcos blancos, azules y amarillos. Se pierden en los restos, buscando la huella de su propio rastro. Puntos de pérdida o partida. Se estancan y buscan atajos. Los ojos, mientras, indagan en el ordenado caos, en sueños tan conocidos como inexplorados. Miran atrás y en torno, abajo y fuera, repasan el tiempo transcurrido en cosechas sin frutos y sin razón. Y allí va quedando el reflejo naciente, incomprensible...

Si ella estuviera aquí. ¡Ay!, si ella pudiera verlo. Se aproximaría descalza, sigilosamente. Miraría a escondidas sin atreverse a emitir un susurro, un solo juicio, el primer juicio. No querría poner letra a un texto que jamás tendría sentido.

¿Es hermoso o no?, dime. ¿Complicado o sencillo? ¿Demasiado almagre?, ¿y los blancos?, ¿calmo, sucio, limpio? «Eres mi amor», diría. Sólo eso. Si pudiera verlo.

Después, otros considerarán el milagro con extrañas palabras dignas de olvido: materia, técnica, fuerza, tensión, metamorfosis, masa, carácter, éxito, fiasco, favor, valía, ánimo, impulso, ímpetu, concepto. Y yo, testigo asqueado y silencioso, cómplice callado y oscuro, quedaré aterrado una vez más ante tanta nada, ante el absurdo que rodea todo. Ante su mal olvidada ausencia. Vanidosamente pretenciosos, jugando a ser dioses, otros se atreverán a calificar y clasificar el relámpago creador, el santiamén de un espacio inescrutable. Infinito. Ajenos por completo al sufrimiento del que fue a nacer.

Nada puede aliviar un dolor así. Ni siquiera pintar...

INTENTÁNDOLO

21 de abril de 1990

Tras la muerte de Scarabochio, como había previsto, me encerré en casa dispuesto a renovarme. Con férrea disciplina pero con relativo éxito, me impuse no pensar más en ti, jamás, ni en nada que tuviera que ver con el pasado, bueno o malo. Aunque el pensamiento es esquivo como un pez, conseguí contenerlo, al menos lo suficiente para serenarme. La pequeña y vieja Vincenza, con su corazón puro, me ayudó en la tarea. Pronto se habituó a mí, a mi olor, a mis costumbres, a mis caricias. Y yo a sus lametones, a sus profundos suspiros, a su mirada indolente, a su incondicional apego. A su amor de perro. Gracias a ella, retomé las horas perdidas, las que no encontraba. A su lado, con sus ásperas zarpas, su hocico fresco y sus ojos saltones, melancólicamente humanos, el mundo fue cobrando una nueva dimensión, empezó a parecerme otro y yo dejé de ser el mismo.

El dinero se acabó. Ya sin una lira, me refugié en lo único que podría, tal vez, con el tiempo, proporcionarme algún ingreso. Me puse a pintar, como entonces, frenéticamente, como cuando realmente sentía, trabajaba y vivía como un artista. Adentrarme en la creación me abstraería por completo. No sería fácil, pero me pareció la mejor salida a mi desesperación. Una hermosa forma de resignación. Eso le comenté a Diego, buscaría la salvación en la pintura. Lo poco que tenía en el bolsillo lo gasté en material. Claro, resultó ser insignificante.

Una vez más, Diego me derrumbó con su generosidad. Apareció cargado de cajas y bolsas. Me había comprado todo lo necesario para trabajar durante meses. Los mejores pinceles, el mejor óleo, el mejor paño. Abrí la puerta y allí estaba, abochornado, sin saber dónde mirar, disculpándose, rogándome que aceptara lo que aún no me había ofrecido. Luego, ilusionado como un niño, se puso a sacar todo y a colocarlo sobre la mesa de la cocina, emocionado, feliz, como si el regalo fuera para él. Litros de esencia de trementina, aceite de linaza, betún de judea, barnices, botes de cola, sacos de yeso y arena, marmolina y piedra pómez. Pinceles de todos los calibres, brochas, espátulas, buriles, cuchillas, cubos y trapos, kilos de pigmentos de color, metros y metros de listón, lienzo y arpillera. Absolutamente de todo, debía de haber gastado una pequeña fortuna. «Acéptalo como una inversión», me dijo. No sólo me proporcionó el material, también se ocupó de alimentarme y de pagar el alquiler, el agua y la luz. «Ya me lo devolverás algún día, cuando estés sobrado, porque tú, créeme, te harás rico con esto». Eso me decía cada vez que yo intentaba agradecerle tanto desvelo, tanta magnificencia.

Me costó al principio, pero en dos o tres semanas, el esfuerzo comenzó a dar los

primeros frutos. Lentamente iba retomando el pulso, la mano, el color. Al atardecer y al amanecer solía salir a dar un paseo por la playa, a tomar un baño y nadar un rato. Excepto eso, todo el tiempo transcurría en la cocina de casa, que lentamente fue convirtiéndose en un verdadero estudio. Pasaba jornadas de veintidós horas encerrado allí, escuchando música, fumando, bebiendo, escribiendo y pintando. Después del alba, a mediodía y al anochecer, Diego me traía algo de comer, buenos guisos que me ayudaban a reponer fuerzas, buen vino que caldeaba mi ánimo. Como única lectura me impuse los *Diarios de Paul Klee* y como alivio para el dolor de la espalda y del espíritu, aspirinas y una bola de hachís que iba desgranando a medida que desmenuzaba mi alma. Ésta iba quedando en las telas, cada vez con más evidencia.

A finales de junio, había terminado doce lienzos de mediano formato, todos bien enmarcados. También algunos pequeños, seis o siete, y uno enorme, de tres por dos, que no acababa de convencerme. Diego, encantado en su papel de «mecenas y marchante», de cuando en cuando, muy ceremoniosamente, recorría el pasillo en el que se amontonaban los cuadros y los iba mirando uno por uno, con gesto serio. «No los entiendo, yo no sé nada de arte, pero son magníficos —me decía—, sigue así, sigue adelante, ya falta poco».

«No hay nada que entender —le respondía yo—, nada tienes que saber sobre el arte, me basta con que te gusten, eso es lo único que importa». Después de esto, me pedía permiso para llevarse alguno a casa, los que más le gustaban. Yo aceptaba sin importarme lo más mínimo, sólo me interesaba lo que tenía entre manos. Lo concluido ya formaba parte del pasado y como tal, carecía de interés.

En general, no prestaba a Diego mucha atención. Como siempre, su actitud me parecía tiernamente cómica. Nada más. En nuestra amistad, que iba creciendo imparablemente, él seguía adoptando un rol muy paternal, y yo le quería y me dejaba querer, como un buen hijo. Aunque mi mente y mi alma anduvieran siempre lejos, muy lejos de su indulgencia. El silencio era mi única forma de rebeldía. Por lo demás, aprendí a aceptar sus cuidados y sus consejos amorosamente. Sin duda, él lo merecía. Acunado en esa soledad creativa, apenas dedicaba tiempo a dormir. En aquel espacio se fueron colmando mis escasísimas expectativas o esperanzas. Todo cuanto deseaba estaba allí o dentro de mí. Todo cuanto temía también lo guardaba en mi interior, mal atado y dispuesto a salir para arrastrarme de nuevo y con furia a los sumideros del averno. Así fue pasando el tiempo, confundiéndome y serenándome la vida, difuminándola en mi voluntario encierro, en mi prisión de colores.

La mañana del viernes 29 de junio, Diego entró sin llamar, cosa muy rara, nunca lo hacía a pesar de tener llave. Yo apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche, me había acostado poco después del alba. A esa hora dormitaba intentando dormirme de verdad. Durante un rato, calladamente, le escuché trastear por la casa, sin demasiado sigilo, «tal vez —pensé—, sólo intenta despertarme». Y así era. Estaba

impaciente y muy excitado. «Ha llegado la hora —me dijo—, tienes que asearte y vestirme. Date una buena ducha y afeítate, pareces un loco pordiosero, además apestas», bromeó.

«Tienes que acompañarme a un lugar». Dijo aquello arrastrando cada letra, con un gesto y un tono de voz tan sinceramente infantiles que me conmovieron. «¿A qué lugar? —le pregunté—, ¿qué misterio es éste?». No hallé respuesta. Por primera vez desde que le conocía, Diego andaba con prisas. Sin más explicaciones, bajó la escalera, demasiado rápido para su peso y su volumen. Desde abajo me gritó «¡luego te lo cuento, arréglate que a la una vengo a recogerte!». Acepté con un gesto aturdido, como si no fuera cosa mía. Como si no hubiera sido yo, como si hubiera sido otro. Como si aún no hubiera despertado de un sueño en el que Diego me decía «¡que a la una vengo a recogerte!»... Como si me estuviera evaporando. Cerré la puerta y miré el reloj, eran poco más de las nueve. Puse el despertador a las doce y media. Con suerte, hasta que bramaran las campanillas doradas, podría dormir unas tres horas. Me moría de sueño.

Meticuloso, a la una en punto de la tarde, Diego me zarandeaba suavemente para despertarme. No había sentido el aguijón sonoro del reloj. Media hora después salíamos hacia el pueblo. Por el camino, me explicó el motivo de tanta prisa, de tanto galimatías. Había ido llevando mis cuadros a un buen amigo suyo, Salvatore, un pintor de Amantea, un artista y un hombre extraordinario. En su casa, pasaba unos días un importante galerista de Milán. Ambos habían quedado fascinados con mi obra y querían conocerme. Me sentí atrapado. No quería ver a nadie y aún menos a un erudito en arte, uno de esos *snoobs* que se pusiera a divagar sobre mi manera de pintar, que juzgara lo que estaba bien o mal en mis cuadros, que dictara lo que debía hacer o no para cambiar, para superarme y alcanzar triunfos que no me incumbían. Pero la cita y el encuentro eran ya inevitables. Nos esperaban a las dos de la tarde, y no iba a dejar a Diego en mal lugar. Me suplicó que fuera amable, que tuviera paciencia. Y lo hice.

El encuentro, contra mis vaticinios, resultó muy agradable.

Salvatore, el amigo de Diego, era realmente un tipo excepcional y un pintor magnífico. Un profesional muy cotizado. Esquivo, tímido, reservado, me abrió sin embargo las puertas de su casa y de su gran corazón. Había expuesto en las mejores salas de Italia, y su fama, a pesar suyo, se extendía por el mundo. Tendría unos cincuenta años. Descubrí que teníamos mucho en común. Compartíamos un sentimiento vital, una visión pictórica, muy semejantes. Sus cuadros, los que llegué a ver, en algo recordaban a los míos y viceversa. Nuestras manos trabajaban el color y las formas de manera muy similar.

A pesar de su notoriedad, seguía siendo un hombre humilde y solitario. Había decidido no exponer más de lo preciso y no participar jamás en concursos. Pero me

animó a emprender el camino que conduce al reconocimiento y a la «fama». Era algo inevitable, me aseguró. El galerista, un tal Giulio Cecca, un individuo algo mayor que Salvatore, barbudo, grueso y sudoroso, me miraba de arriba abajo, una y otra vez, sin ningún pudor. Y miraba de arriba abajo, ora a pocos centímetros, ora a un par de metros, los diez cuadros que Diego había colocado en el estudio de Salvatore. Su actitud me ponía tremendamente nervioso.

Hablaba poco o nada, sólo escuchaba atentamente cada palabra y observaba con lupa cada uno de mis gestos, cada uno de los trazos dejados en las telas. Más tarde, durante la comida, el cazatalentos descendió de su éxtasis escrutador y me pareció ya humano. Un hombre algo sofisticado, pero amable al fin, muy culto y bien educado, a pesar de todo. La charla y la comida se prolongaron durante más de dos horas. A los postres, mientras servíamos café y unas copas de *amaretto*, el marchante sacó de su maletín algunos papeles y un talonario. Sin mediar palabra, me puso delante un contrato y un talón en blanco recién rubricado.

«Léelo, fírmalo si te parece bien y pon en el cheque la cantidad que consideres oportuna; quiero esos cuadros y muchos más —me dijo—. Todos los que pintes durante los próximos años». Abrumado, completamente desconcertado, miré a Diego. Observaba la escena como si asistiera a la graduación de su hijo. Una enorme sonrisa de orgullo y satisfacción le cruzaba la cara y los ojillos.

Le inquirí con la mirada buscando su opinión. Sonrió aún más y aplaudió sin hacer ruido, asintiendo teatralmente con la cabeza. Una característica mueca en su cara y en sus manos me decía: «A qué esperas, ¡fírmalo ya!».

No podía pensar con la suficiente rapidez, no obstante, no recelé lo más mínimo. Parecía un buen trato, y aquél parecía un hombre honesto. En cualquier caso nada tenía que perder. Sin apenas leerlo, firmé el contrato. «Sobre la cantidad —le dije—, prefiero que la escriba usted. Nunca he sabido poner precio a un cuadro».

Lo que sucedió a continuación, sin duda, iba a cambiar mucho las cosas, la vida entera. Valoró cada uno de los lienzos en cinco mil dólares. Aunque nunca se me dieron bien las cuentas, la operación era sencilla. Sobre el talón, detrás de un cinco, colocó cuatro ceros. Cincuenta mil dólares. Era incapaz de hacer el cambio a liras con exactitud, pero debían de ser más de ochenta millones. Me aclaró que debía pagarme en moneda estadounidense, por cuestiones financieras para mí incomprensibles. Daba exactamente igual, dólares, liras, dirhams o pesetas; una cantidad así acababa con cualquier penuria económica, para mí y para Diego, al que sin duda le debía aquel milagro. Me entregó el cheque y una copia del contrato, casi disculpándose por no poder pagarme más. Diría que hasta un poco violento, como si estuviera escamoteándome, timándome. Yo, vendiéndolas en el mercadillo, no esperaba sacar más de cincuenta mil liras por cada una de las pinturas, eso en el mejor de los casos.

Brindamos con un buen espumoso para cerrar y celebrar el pacto. En cuanto a mis

condiciones, sólo le impuse no tener que asistir a ninguna presentación, a ningún acto, a ninguna exposición. No tendría inconveniente en enviarle cada lienzo que pintara durante los próximos tres años, eso estipulaba el acuerdo, pero en ningún caso estaba yo dispuesto a dejarme zarandear por los mequetrefes que empantanaban el mundillo del arte. Anotó el número de mi raquítica cuenta corriente, prometiéndome que, en lo sucesivo, las cantidades que percibiría serían superiores. Guardé el talón en el bolsillo de la camisa. Aún no era consciente de lo que aquello significaba.

Volvimos al estudio a echar una ojeada a los cuadros. Faltaba un detalle importante. Ninguno estaba firmado, y era imprescindible hacerlo. Salvatore me pasó uno de los gruesos rotuladores con los que él estampaba su autógrafo sobre los lienzos. Los tres salieron de la luminosa estancia dejándome solo. Pensé un instante antes de llevar a cabo el ritual. Uno por uno fui firmándolos en la esquina inferior izquierda, y lo hice con tu nombre: «Amantea P., 1990». Ninguno preguntó las razones o el origen de mi rúbrica.

Bajamos a tomar otro café a una de las terrazas del Lungomare.

El fresco aire de la tarde olía ya a tórrido verano. Seguimos conversando y bebiendo como viejos amigos hasta que el sol cayó sobre el mar, frente a nosotros. Nos despedimos prometiéndonos que aquella reunión debería repetirse, al menos, una vez al mes...

FINALMENTE (EL VERANO)

Lunes, 2 de julio de 1990

Pasó el fin de semana como si nada hubiera sucedido. Diego, en la calle, ocupado en sus Cristos, y yo, encerrado en mi estudio, sin dar aún crédito a mi nueva situación. Observando los cuadros con otra mirada, como si no fueran míos. ¿Realmente valían tanto?

El lunes, después de cobrar el talón, fui consciente: tenía una pequeña fortuna. Ingresé la mitad en la cuenta de Diego, el cajero, Atilio, un buen hombre, nos conocía a los dos y no puso objeciones. «Menuda sorpresa se va a llevar Diego cuando pida el saldo», me dijo con perplejidad y no sin cierta envidia. El director de la sucursal, normalmente antipático e impertinente, se ocupó de todos los trámites con desusada amabilidad, arrastrando el culo detrás del dinero. «Sí, señor Próspero», «por supuesto, señor Próspero», «lo que guste, señor Próspero», «estamos aquí para servirle, no lo dude, señor Próspero». ¡Qué hijo de perra! De no haber tenido fondos esa misma semana, no hubiera dudado en devolverme el mísero recibo del alquiler, del agua o de la luz, y no hubieran tardado en enviarme diecisiete cartas amenazantes.

Esa noche decidí invitar a Diego a cenar en el mejor restaurante, donde quisiera. Conocía uno excepcional en Tropea, la bellísima Tropea, «la perla del Tirreno», me dijo feliz, muy animado. Reservó mesa para las diez de la noche. Al atardecer, bien vestidos y perfumados, con la furgoneta recién baldeada, impecables, recorrimos los poco más de setenta kilómetros de litoral hasta llegar allí. Dejé conducir a Diego. Lié un pitillo y fumé con calma. La costa me pareció fastuosa, realmente linda, con la luz del crepúsculo. Ininterrumpidamente, un bullicio festivo colmaba las playas, las terrazas, los paseos que íbamos atravesando lentos. El tráfico reflejaba que eran los primeros días de julio, que todos los veraneantes ya habían desembarcado, deseosos de gozar la fiesta del estío.

Los dos canutos que fumé durante el trayecto me abrieron un voraz apetito. Cuando llegamos al restaurante eran poco más de las diez. Era realmente extraordinario. El Stromboli, se llamaba. Estaba dentro de un complejo hotelero de lujo. El aparcacoches, habituado a los deportivos, se llevó el furgón un tanto indeciso, incrédulo y divertido, tal vez pensando «¡éstos son de los míos!».

Nada más bajar del vehículo, un *maître* nos acompañó pomposamente a nuestra mesa, la mejor. Hasta llegar a ella, recorrimos varios jardines de césped immaculado, que ascendían formando terrazas sobre un mar absolutamente en calma. Su oscuridad se mezclaba con la del cielo formando una nada inmensa, inmensamente bella. Esa noche la sombra de la Tierra cubría por entero la Luna. Todo allí era exquisito, el

entorno, el servicio y muy especialmente la comida. Elegimos un buen *antipasto*, el mejor pescado fresco y el mejor vino de la carta, a doscientas mil la botella. Bebimos tres o cuatro y, cómo no, cenamos opíparamente, rodeados de velitas, sirvientes y todo tipo de atenciones. Es un placer pedir la cuenta sin preocuparte del precio. El pequeño capital que costó el festín, sin duda, mereció la pena. Aboné el exorbitante importe y dejé una generosa propina. Luego fuimos a tomar una copa, junto a una de las piscinas. Cerca del agua, una orquestina tocaba canciones románticas, y en la pista de baile algunas parejas giraban lentas haciéndose arrumacos. Nos sentamos en los taburetes de la barra y pedimos ron con Coca-Cola para los dos. Diego se excusó un instante, tenía que ir al servicio.

Unos minutos después (él aún no había regresado), apareció la camarera con nuestras copas. Y mi sorpresa fue mayúscula. ¡Era Ada! Ella se sorprendió tanto como yo, al menos eso me pareció. Estaba guapísima. Un fugaz pensamiento pasó por mi frente: Diego sabía que estaba allí, que trabajaba allí. O tal vez no.

Vestía una camisa de seda negra, mínima, sin mangas y anudada al cuello. La escasa prenda dejaba al aire sus brazos, sus hombros, su vientre, toda su piel bronceada. Se inclinó sobre el mostrador para besarme. «Espera, que salgo», me dijo pizpireta. La mirada, hipnotizada, siguió su melodioso cuerpo hasta que llegó a mí. Una falda también negra, muy corta, acariciaba sus muslos, dejando ver sus piernas cobrizas, largas y bien torneadas. Como su cintura, sólo rota por un pequeñísimo y precioso ombligo, en el que brillaba una estrellita de purpurina. Llevaba el pelo recogido en una cola alta y morena, tan tirante que rasgaba aún más sus ojos rasgados. Eran verdes, infinitamente verdes. No los recordaba así. No la recordaba así. Los labios, delicadamente carnosos, sonrieron mientras se acercaba creándole hoyitos en las mejillas. Extendió los brazos dando una excitada y corta carrera hasta mí, a pasitos cortos y alborozados. Con los tacones me pareció altísima. No era la chica que guardaba en mi memoria, o poco tenía que ver con ella. Y realmente se alegraba de verme. Me abrazó sin reparo y me besó en los labios varias veces, dulcemente. «¿Pero qué haces aquí?, estás guapísimo, qué alegría verte, qué alegría»...

El que se alegraba era yo. Algo había cambiado a mi alrededor. O todo era un sueño y Dios se burlaba cruelmente de mí o inesperadamente me había elegido para colmarme de dichas. Primero, me había serenado, al menos lo suficiente. Luego, había cosido mis vacíos y agujereados bolsillos, llenándolos de monedas de oro. Y ahora, para embriagarme de satisfacción, me enviaba un ángel delicioso, una deidad mórbida y voluptuosa. Seguramente una de sus favoritas. Ada pidió a un compañero que la sustituyera unos minutos. Encendió un cigarrillo con gesto nervioso, me tomó de la mano y, tirando de mí, me llevó volando hasta una mesa apartada, lejos de la clientela.

En el pequeño y elegante escenario, la orquesta arrancó a tocar una canción francesa, *C'est trop beau*. Y lo hacía con verdadero virtuosismo. La música sonaba perfectamente afinada, como si saliera de un disco. La voz del solista, arropada por los instrumentos, resultaba embriagadora. Ada me sacó a bailar.

Tomé su mano y su cintura como hacen los que realmente saben, como esos abueletes en las fiestas de los pueblos. Intenté no torpear demasiado, hacía años que no lo hacía... «*C'est trop beau nôtre aventure*»... Ella eligió otra postura, otro lugar para mis manos. «*C'est trop beau pour être vrai*»... Colocó mis temblorosos dedos en sus caderas, casi sobre sus nalgas, rodeó mi cuello con sus brazos y se abrazó a mí con auténtico frenesí. Me besó... «*C'est trop beau pour que ça dure*»... No pude evitar que mi deseo palpitará con fuerza incontenible. «*Plus longtemps qu'un soir d'été*»... Que mi fogoso sexo, frotándose con su cuerpo, latiera firme, exaltado, dolorosamente henchido... «*C'est trop beau la joie profonde*»... Lejos de intimidarla, mi erección, atrayéndola como un imán, la moldeó aún más a mi cuerpo. «*C'est trop beau nous adorer*»... Hacía casi un año que no estaba con una mujer, desde... «*Et soudain tout est changé*»... Me besó largamente, llevándome a la más absoluta enajenación, a eyacular precoz, como un adolescente... «*À présent je te désire et tu m'attires vers tes vingt ans*»... Dándose cuenta de mi embarazo, me abrazó aún con más fuerza gozándose en mi gozo, orgullosa de haberme dado tan excelso y veloz placer...

«*C'est trop beau nôtre aventure, c'est trop beau pour être vrai*»... La voz del cantante se alzó arrastrando las palabras, aullando suavemente, hasta que la música concluyó en una dócil y tajante fanfarria.

«No te vayas, ahora vuelvo», me suplicó besándome de nuevo. Mientras corría hacia la barra, la seguí otra vez con la mirada, sin dar crédito a lo que mis ojos veían, a lo que me estaba sucediendo. Perdí la noción del tiempo.

No debían de haber pasado más de diez minutos, pero me pareció que llevaba horas allí plantado. Cuando Ada se perdió de vista, mis ojos enfocaron la figura de Diego. Desde la barra, sentado en una de las banquetas, me hacía señas condescendientes. «Tranquilo, tranquilo, tú a lo tuyo», parecía señalarme. Miré en mi entrepierna. Por fortuna, el calzoncillo había absorbido la cálida esencia, sin mojar demasiado el pantalón. Caminé turbado e incómodo hasta él.

«¿Has sido tú? —le pregunté—. ¿Tú sabías que Ada estaba aquí?».

Bebió el medio cuba libre que le quedaba de un solo trago, dejó el vaso sobre la barra golpeándolo, pidió otros dos con mueca firme y me guiñó un ojo sonriendo complacido. «¿Acaso no te alegras de habértela “encontrado”?».

Diego hizo pleno con su plan. Desde ese encuentro, Ada y yo nos hicimos inseparables. Pasamos dos semanas encerrados en mi estudio o en su apartamento, jugando al amor, follando sin límites. Pintando, haciendo fotografías, leyéndonos,

cocinando, comiendo, fumando, riendo infinitamente. Como no recordaba ni podía recordar. Por la noche, yo la acompañaba al bar de Tropea. La esperaba holgazaneando por las playas o tomando copas en los bares de moda. Aunque era divertido, resultaba ciertamente incómodo. Ella trabajaba sólo por capricho, por verdadero aburrimiento más que por auténtica necesidad. Por fingir ante sí misma una independencia que no deseaba. Por hacer creer a sus solícitos padres que no dependía totalmente de ellos, aunque lo hiciera desesperadamente. Por escapar a su control cada noche. Como el dinero me sobraba, le propuse dejar su noctivago y embarazoso empleo y vivir «nuestra aventura» de mi bolsillo, sin complejos, sin el más mínimo reparo. «Yo soy muy, muy, muy generoso», le dije bromeando tiernamente al proponérselo.

Ella estudiaba para empresaria en Consenza, era la única hija de unos padres muy acomodados. Papá y mamá tenían varios prósperos negocios, al menos tres o cuatro imprentas importantes en la región. A ella tampoco le faltaba el dinero. En cualquier caso, debí de ser muy convincente, aceptó de inmediato y encantada. No se lo pensó dos veces. «¿Para qué seguir con esa farsa habiendo encontrado un amor tan hermoso? —me dijo—, necesito tiempo para amarte, para mimarte». Aquella frase no me gustó nada. Me repelía la idea de amar, del amor llevado al extremo del amor. Me sentí angustiado y egoísta. Guardé silencio y dejé correr la impostura.

Ya libres de todo compromiso, nos dedicamos a gozar de ese «amor», de los buenos días del verano, de la vida. En cierto sentido, como nunca antes, al menos yo. Ada no era la mojigata remilgada que había imaginado tras nuestro primer encuentro, tras la primera impresión. Todo lo contrario. Era recatada sólo de cara a sus padres, ante la gente del pueblo (casi todos les conocían), incluso ante Diego se transformaba. Pero en verdad era una golfa de mucho cuidado. La chica tímidamente amorosa que recordaba de aquella vez, cuando la rechacé, de aquella noche en que nos conocimos y se dejó llevar, era una auténtica fiera, implacable en el lecho. No tenía límites en su aproximación al vicio, a cualquier vicio. Era de «adicción fácil», como ella misma decía. Realmente podía tener siempre la apariencia de un ángel, aunque, en ocasiones, la mismísima Luzbel asomara a sus ojos. A veces el Diablo habitaba dentro de ella, cómodamente, sin encontrar la más mínima resistencia por su parte. No tardó mucho en atreverse, en confesarme y contagiarme sus adicciones, casi todas.

Los primeros días, además de copular como las bestias, ingerir como las bestias, dormir como las bestias y hablar como auténticos charlatanes, nos conformábamos con fumar canutos, uno tras otro. Yo nunca había fumado tanto, jamás había estado tan embriagado de hachís o de *maría*. Luego, hábilmente, fue convenciéndome con palabras cada vez más cándidas, más «blancas». Introduciéndome, haciéndome partícipe de un hábito completamente desconocido para mí. Le gustaba la cocaína con

locura, no podía vivir sin ella, aunque no supiera reconocerlo. Sabía además cómo conseguirla, fácilmente. Dominaba el obtusamente divertido y aciago territorio de la noche, era una verdadera experta. Conocía todos los locales, todos los clubes, todos los antros de la costa, desde Amantea hasta Cabo Vaticano. Y dentro de ellos, todas y todos parecían conocerla.

Fuera donde fuera, en torno a ella, se disparaba una delirante popularidad, una sociabilidad exacerbada y ridícula. Poseía un don de «malas» gentes, que poco a poco fue sacándome de mis casillas. Se rodeaba sin censura, sin ninguna selección, de zorreros descerebrados y patéticos, de absolutos gilipollas, de gárrulos insufribles, de macarras insolentes, de fantoches repugnantes y gorreros, de muertos vivientes y almas vacuas. Todos unidos por esa vacía verborrea que producen los estupefacientes. Hablaban y hablaban sin escuchar una palabra, riendo y riendo sin saber por qué reían. Fingiendo el interés, la amistad, la diversión, la tristeza o la alegría. No era capaz de soportarlos. Entre toda esa fauna, Ada también conocía a los camellos mejor surtidos, a los que trabajaban las horas más intempestivas, de día y de noche, a los que servían a domicilio. Sabía manejarlos con habilidad, con mano diestra, mientras la siniestra recogía sin disimulo la mercancía. Casi siempre un par de papelinas, dos o tres gramos de coca, otras, más raramente, algún tripi o alguna seta. Yo rechazaba pálido cualquier experiencia alucinógena; ya tenía bastante conteniendo las que, de manera natural, inventaba mi cerebro para aterrorizarme. Ella, sin embargo, sin ningún temor disfrutaba de todos los rituales de la droga y, por encima de todos, el de volcar el sobrecito para preparar un par de gruesas rayas.

Con la cocaína fue distinto, me gustó aquella sustancia. ¿Cómo no iba a gustarme?, era perfecta. Al menos eso parecía. Ingenuamente llegué a preguntarme cómo no eran mejor empleadas sus propiedades terapéuticas, cómo no se la daban a los ancianos, a los enfermos, a los indecisos, a los tímidos o a los torpes, a todos los desgraciados de la Tierra. Me hizo sentir realmente como un Dios despreocupado. ¿Aquello era la felicidad?

Nunca había experimentado nada parecido, pero debía serlo. Me sentía radiante, capaz de todo y sin deseo de nada a la vez, dichoso. Bajo su efecto, sentía algo parecido a ser feliz. Tenía cuanto necesitaba. Podía dejar de pensar, de sentir, sintiendo a la vez extraordinariamente. La vida brillaba forastera. Su peso, sus circunstancias, sus pesares, carecían de importancia serpenteando sobre la nieve en polvo, bajando la blanca pendiente. Completamente ajeno a los acantilados, al precipicio final.

En poco tiempo caí en la fascinación. Calentar la roca, desmenuzarla delicadamente con una navaja o una tarjeta, impaciente y sereno. Trazar seguro las níveas líneas sobre la mesa, sobre un libro, sobre la guantera del coche. Recoger los restos con la yema del dedo y lamerlo con deleite. Lamer la punta de un pitillo e

impregnarlo con una pequeña porción de la raya. Meter el billete enrollado o la pajita en la nariz, aspirar a fondo el polvo blanco. Como quien absorbe la esencia de la vida, hasta llevarla al centro del alma y el cerebro. Encender el cigarrillo, dar una gran calada y un poderoso sorbido, tragar sin escupir el amargo escupitajo. Llenar el vaso, beber de un trago, intentar hablar de nada mientras castañean los dientes, mientras deambulan a su antojo los ojos y las manos. Esperar un minuto o dos a que llegue el bienestar, la dicha artificial, el deseo incontrolable.

Era el rectilíneo y definitivo recurso contra el desasosiego y la melancolía.

El alcohol, que bebía cada vez más compulsivamente, dejó de enajenarme. Podía tragar botellas de vino o *bourbon* sin el menor síntoma de borrachera, sin vértigos, sin resaca, sin perder el sentido. Además el sexo se convirtió en algo extraordinario. Nos proporcionaba una desinhibición desmedida, un deseo ávido, insaciable, siempre insatisfecho a pesar del inmenso placer, inagotable. Nos enzarzábamos el uno en el otro frenética y serenamente a la vez, si eso puede ser posible. Lo era, vaya si lo era. Nos entregábamos a todo tipo de juegos eróticos, de ternuras y sadismos, a prácticas que sobrepasaban la frontera del porno más duro o la pasión amorosa más elevada.

Al principio me asustaba. Avancé prudentemente, si eso se puede decir en este caso. Cada raya, para mí, tenía forma de incógnita, cada vez más larga, más ancha, con el punto cada vez más oscuro. Y yo iba esnifándolas cada vez más despreocupado, más rápidamente, con mayor destreza. Pasamos de un gramo para los dos (ella entonces aún disimulaba) a uno para cada uno. Pronto me hizo comprender, y lo entendí de inmediato, que aquello era una ridiculez.

En poco tiempo, a mediados de agosto, como mínimo pillábamos de seis a ocho gramos, tres o cuatro por nariz. Eso nos duraba uno o dos días a lo sumo. Un gramo llama a otro gramo, una raya lleva a otra raya, ése es el camino. Y así, una tras otra hasta superar su cota, hasta ser más insaciable que ella, cada vez más ansioso e impaciente por meterme más y más. La que comprábamos solía ser de una pureza extraordinaria, la mejor *farlopa* para los mejores clientes. Por allí circulaba cantidad de coca. Los mañosos de la droga, provincianos y patrioterros hasta en el delinquir, se encargaban de surtir bien, y de la mejor calidad, a su región, a su zona, a sus distribuidores. Sus pequeños correos sembraban y vendían cara esa muerte.

Como mínimo, pagaba por ella quinientas mil liras al día. Un goce mortal y demasiado costoso, por el que iba a pagar mucho más que dinero. A ese ritmo, el regocijo no tardó en tornarse descontento; la belleza, decrepitud; cualquier alegría, una insatisfacción. Una insatisfacción y una desdicha inconmensurables, enloquecedoras.

Intenté disuadirme y disuadirla. Tal vez llegué a sentirme ¿enamorado?, ilusionado ante la posibilidad de ¿amar? Fuera como fuera, de llegar a algo, no fue a sentir, sólo a creer, a imaginar confusamente. A esas alturas ya no sentía, la polvareda

blanca había cubierto toda mi indulgencia, toda la bondad, toda la razón, si es que alguna vez las tuve. Ella había vencido: ya era yo uno de sus desalmados, uno de sus zombis. Vagábamos juntos, de bar en bar, de fiesta en fiesta, de tumulto en tumulto, buscando siempre lo mismo y más solos que siempre...

La convivencia se fue haciendo intolerable. La vida, elástica y a la vez constreñida en sí misma, en su ruindad, resultaba imbebible, difícilmente absorbible, un caos secreto y mal disimulado, que debía de ser más que evidente para todos los que no formaban parte de ese sucio clan. El dinero una vez más se acabó. Pero esa vez me dolía, me repugnaban ese derroche y esa carencia. Por no mencionar la ansiedad, el padecimiento que acompañaba a la idea de no tener nada que meterme. Ésa era la única preocupación, la única frontera a los escrúpulos. Pensé en llamar a Giulio Cecea, pedirle un adelanto por futuras obras, convencerle. Pero me pareció demasiado complicado, se haría demasiadas preguntas para las que no iba a encontrar una sola respuesta decente. No recordaba ya los pinceles, ni los colores, ni me interesaba nada de eso. Los últimos lienzos, los que guardaba en casa, ya habían venido a recogerlos, y me los había pagado. Eso era todo. No había vuelto a hablar con mi benefactor, el galerista Cecea, ni había vuelto a ver a Salvatore.

Tampoco a Diego, desde aquella noche en Tropea, cuando salimos a celebrar mi buena fortuna, mi renovada vida como artista. Qué lejano me parecía todo y qué poco tiempo había pasado. ¿Cuánto?, tampoco eso me importaba.

Pensé en Diego, pero no lo hice con apego o nostalgia. Vaciar su cuenta corriente era mi único propósito. Era mi dinero, no podía negármelo. Así llegué a razonar, ése era el tipo de lógica que me impulsaba entonces, ésa era la clase de consideraciones que resultaban válidas. Cargado de ignominiosas intenciones fui a verle. Y dándole no sé qué viles excusas, le reclamé los fondos. Sus vacilaciones, su asquerosa sumisión, no sólo me impacientaron, llegaron a exasperarme. Tras una fugaz y tenue discusión, fuimos al banco. Sacó casi todo el dinero, enrolló los dos fajos, los lió con dos gruesas gomas y me los entregó. Cuando oí sus gimoteos, cuando dio rienda suelta a su pegajosa preocupación por mí, directamente lo mandé a la mierda y apreté el paso dejándolo atrás, muy atrás. No lo podía soportar.

Ya no había nada que temer. No faltando el dinero, no faltaría la coca y Ada estaría a mi lado, no la perdería. Estaríamos juntos. Tal vez, en un último exceso, consiguiera disuadirla, desganaarla antes de que fuera demasiado tarde. A pesar de mi demencia, sabía que estaba cagándola, que estábamos cagándola. Y aún era posible dejarlo, al menos para mí. Tal vez lejos de todo aquello, apartados de la blanca monomanía, podríamos llegar a amarnos. No me refiero a como amé antes, eso es imposible, pero sí de alguna sucedánea manera. Querernos y soportar la resaca juntos, la soledad. Tener hijos un día, tal vez. Pero, en esencia, nada cambió. Seguimos juntos, sí, juntos, locos y solos, a pesar del bullicio. Terminó agosto y llegó a su fin

septiembre. Llegamos al otoño saltando a uno y otro lado de la raya continua, inconscientes.

Una madrugada, definitivamente endiablados por la cocaína y el alcohol, nos enzarzamos en la peor discusión que habíamos tenido. Tres días, con sus noches, sin apenas dormir, los estómagos vacíos por el trastornado ayuno, un nerviosismo desquiciado. Todo nos empujaba a los gritos, a los aullidos y al más absoluto desprecio, al peor odio. Eran más de las seis de la mañana, ella conducía, lo hacía siempre. Adoraba su coche y raramente me dejaba llevarlo. Un descapotable muy llamativo, un Alfa Spider negro y flamante que le había regalado su padre ese mismo verano.

Con una cinta de los Doors a todo volumen, ensimismados en la música y en nuestras blasfemias, regresábamos a Amantea. Todo empezó porque ella quería más, no era suficiente. Unos últimos tiritos, una última copa en no sé qué garito, posiblemente en algún sucio prostíbulo de carretera. Daba igual. Yo había llegado al límite. Nuestros gritos competían con los de Jim Morrison, con los siniestros solos del órgano, con los chirriantes punteos de las guitarras, luchaban contra el rumor del viento bajo las estrellas, sin la capota. Después de escupirme con desprecio que yo era sólo un medio hombre, viejo, antiguo y aburrido, siguió berreando cosas terribles. Completamente histérica, mantenía cada vez más tiempo la mirada en mí, en vez de la carretera.

¡Callarse de una puta vez y mirar por dónde iba!, eso debía hacer. Y eso le bramé, añadiendo que era sólo una zorra desgraciada, una puta niña de papá, una jodida pija drogadicta condenada a una vida y una muerte horribles. Una inútil sin otro futuro que chupar del bote de su familia o andar mamándola por ahí a cambio de una puta raya o el dinero suficiente para conseguirla. Descargamos el uno en el otro palabras letales, infinitamente infames. Insultos atroces, de esos que no se dedican al peor enemigo.

Llegados a ese punto, le exigí que me dejara en casa y que luego hiciera lo que quisiera, lo que le diera la gana. Habíamos terminado, definitivamente. No volvería a verla jamás. Hablaba completamente en serio a pesar de la turbación. Aquella rotunda afirmación me liberó. Estaba determinado a hacerlo, me curaría de ella, de todo aquel espanto. Encendí un cigarrillo mucho más tranquilo. Lo único urgente era llegar cuanto antes a mi casa, perderla de vista, olvidarla un minuto después.

Tal vez se dio cuenta de que no fanfarroneaba, tal vez estaba tan harta como yo de aquella violenta discusión, el caso es que mis palabras implantaron un reconfortante mutismo entre los dos. Lo necesitaba por encima de todo. No volvió a mirarme. Con gesto chulesco, cambió de postura, puso la mano izquierda en el volante y la derecha sobre la palanca de cambios y fijó su mirada en el mal iluminado asfalto. Los faros, por alguna razón, apenas alumbraban un par de metros delante de nosotros. Iracunda,

se concentró en las numerosas curvas, en las escasas rectas, en las marchas y el embrague.

Así, en silencio, avanzamos volando bajo por la sinuosa, estrecha y peligrosa carretera de la costa. Quité la música. Por encima del rugido del motor, el viento y las olas entonaron una lánguida balada. Ellas, abajo, más allá de los acantilados, bramando mansamente; él, sobre nosotros, susurrando suspiros bárbaros, silbidos inquietantes. Cerré los ojos, extendí el brazo con la palma de la mano abierta y dejé que el viento jugara con ella, como juega con las alas.

La escuálida carretera, aparte de en los dos meses de verano, apenas tenía tráfico, y menos de madrugada. La gente prefería transitar por la autopista. No nos habíamos cruzado con un solo coche en todo el trayecto. A esas horas, ya parecía algo inimaginable. ¿Y encontrar un camión de frente al entrar en una curva cerrada?

Ella la trazó bien, viró ajustando las ruedas al borde derecho, pisando la pintura desgastada de la línea que pretendía marcar el límite, la gravilla del borde. Aquel hijo de puta, que debía de ir medio dormido, hizo lo mismo, se ajustó a la derecha alejándose del pretil, pero invadiendo el carril contrario, nuestro carril. El camionero, en vano, intentó esquivarnos. Nos empotramos contra su carga. El coche, que no levantaba más de medio metro del suelo, se metió entre los ejes sin esfuerzo. El morro del deportivo, como una frágil cuña, se aplastó bajo el avance de las ruedas traseras, que treparon por él. Una centésima de segundo antes, Ada había dado un brusco volantazo a la derecha para esquivarlo, pero lo único que evitó fue que la viga nos decapitara a los dos.

El poco afilado hierro de la caja del camión segó nada limpiamente su cabeza. Salió despedida hacia atrás, girando, salpicando y chiflando como el viento. Luego rodó unos metros sobre la calzada hasta detenerse, con los ojos aún abiertos, mirando inútilmente al cielo. Siquiera por última vez. Su cuerpo, sujeto al asiento por el cinturón, cayó lánguido sobre el cuero del volante, empapándolo de sangre. Yo no lo llevaba puesto. El brutal impacto me proyectó adelante, más allá de la macabra escena. Volé hasta chocar contra uno de los anchos mojones de piedra que separaban la carretera del abismo. Los planes de Dios, una vez más, me cogían desprevenido, fuera, en el placer o en el dolor.

Todo se fue a negro.

CUARTA PARTE

L'Aurora

LLEGADAS, ENCUENTROS Y PARTIDAS

1 de noviembre de 1990

El día de muertos, soñando que aún vivía, desperté. Más allá de la vida y de la muerte, de la luz y de las sombras, llegué desde algún tiempo inexistente. Aplastando la cabeza contra una piedra, aplaqué el gran insomnio de mi alma y pude al fin dormir de verdad. Tan profundamente que no llegué a ver el fondo.

Debían de ser las ocho de la mañana, más o menos. En la oscuridad, fui contando los campaneos de algún reloj. Sonaron ocho, eso creo, ascendiendo, cada vez más nítidos, surgiendo de las tinieblas. Las campanadas martillaron mi frente, mi pecho, turbaron mi corazón en perversas acometidas. Eso fue lo primero que sentí y escuché. Y fue en ti en lo primero que pensé. Al despertar. Cuando conseguí abrir los ojos (si es que llegué a hacerlo), pude ver, a los pies de la cama, una mujer desconocida, de apariencia rosada. Por sus ojos entraba tenue el sol, deslumbrándome. La piel de mis párpados crujió como estambre. En vano, intenté girar la cabeza, mirar en torno, un collarín bien ajustado me lo impedía. Sí pude mover los dedos, levemente. Mis manos, como todo mi ser, anhelaban el placer de una caricia. En respuesta a mi deseo, sentí que rozaban mi frente, que unas yemas suaves recorrían mi rostro, de la sien a la mejilla. Se posaron en mis labios entreabiertos, cerrándolos. «Chis, no intentes hablar, no digas nada, ahora viene el doctor».

Alguien dijo esas palabras, pude oírlas claramente, reverberando como si hubieran sido pronunciadas dentro de una catedral. Era la voz de Diego, aunque en principio no la reconocí. Había estado a mi lado, día tras día, durante más de un mes.

Sentí sed, toda la sed del mundo.

Salí de un infinito silencioso, del coma más profundo, milagrosamente, eso dijeron los médicos. Ninguno apostaba por ello, todo lo contrario. Había perdido parte del cerebro; ellos hablaban de masa encefálica, pero eso era, al fin, mi materia gris, parte de mis pensamientos. Una porción de mi cráneo era ahora de latón y uno de mis ojos, de cristal. A pesar del brutal impacto, increíblemente, no me partí el cuello, pero sí un brazo, una pierna, cuatro vértebras y cuatro costillas. Éstas se habían astillado segándome por dentro los pulmones, llenándolos de heridas. Se habían encharcado varias veces. Ya no tenía bazo, el hígado y el páncreas estaban seriamente dañados. Entre otros muchos puntos de sutura, me habían dado treinta y dos en la cara. Al salir despedido del coche, algo, posiblemente el marco metálico del parabrisas, me había cortado desde el cuello hasta la ceja izquierda.

Estaba hecho un cristo. Curiosamente no me dolía nada, al revés, sentía una placidez deliciosa. Mientras me pinchaba, una de las enfermeras me explicó que se

debía a la morfina.

Tardé dos semanas en despertar de verdad, en articular palabras, aún con torpeza, en poder moverme con ayuda y mucho cuidado. Aunque maltrecho, estaba tiernamente sereno, sumiso, como un niño asustado ante la enfermedad.

A mediados de noviembre me sacaron las sondas, me desentubaron y pude respirar y comer algo por mí mismo. Aún debía orinar y defecar por un tubo, mis excrementos iban a parar a unas bolsitas de plástico. La dulce morfina seguía ahorrándome innecesarios sufrimientos. Diego me contó lo sucedido, sin entrar en detalles. Ada había muerto y sus padres estaban destrozados por la pérdida. Aquella «pérdida» me había destrozado a mí, pensé con cierto rencor negro.

Al menos, durante el tiempo que estuve en coma, en parte, me había desintoxicado, depurándome el cuerpo y el alma. Le pedí a Diego que encendiera un cigarrillo y me diera unas caladas. Por supuesto, no lo hizo; entre otras muchas cosas, tenía terminantemente prohibido fumar.

El domingo 16 de diciembre me dieron el alta.

El lunes por la mañana salí del hospital sentado en una silla de ruedas. Aquella postración no me incomodaba, aunque parezca mentira. Me había rendido, era mejor estar así. Lo merecía. Había traicionado todos mis principios y mis fines. Te había perdido, había perdido el fruto de tu vientre y, muchos años antes, había cometido el peor de los pecados, había cerrado la puerta, dando un portazo, dejando atrás a mi padre, negándole cualquier misericordia, compasión o consuelo.

A Diego tampoco parecía contrariarle mi estado, quiero decir que así me tenía a su merced para cuidarme a su antojo, y yo apenas podía rechistar. Al menos de momento. En un par de semanas, me quitarían las escayolas y podría caminar con muletas, empezar de algún modo a valerme por mí mismo. Debía mantener un régimen estricto de comidas y asistir un par de veces por semana a rehabilitación. Ése era mi presente y sería mi futuro durante mucho tiempo. Tomaba una cantidad enorme de pastillas, me atiborraban de medicamentos contradictorios que me mantenían abotargado, provocándome todo tipo de efectos secundarios. Al menos, seguía teniendo la morfina para aplacar cualquier padecimiento. Aunque no sería por mucho tiempo. Progresivamente, me habían advertido, tendrían que ir disminuyendo las dosis hasta ir sustituyéndola por analgésicos al uso.

Una semana después, la víspera de Navidad, Diego me llevó a pasear. Cargó la silla de ruedas en la furgoneta, me cargó a mí y condujo hasta el pueblo. Recorrimos un par de veces el paseo marítimo, en silencio. ¡Me complació tanto ver el mar! Durante el paseo recapacité sobre las horas incógnitas que había vivido, que habíamos vivido. De golpe me vinieron todos los pensamientos, todos los recuerdos, todas las emociones. Ordenadamente, pasó por mi mente un resumen de la historia, de nuestra historia. En aquella meditación a la orilla del mar, fui como nunca

consciente de tu pérdida, del desasosiego de no tenerte, de haberte perdido, de haber perdido el hijo que llevabas dentro, de haberme perdido para siempre. Lloré quedamente por ti, por mi, por él, por todo. Por cuánto te extrañaba, por lo irreparable, por todo lo que se fue contigo y no regresó conmigo. A la vez, lleno de gratitud por tu amor, por haberte amado. Lloré por lo fugaz y triste que es la vida.

Diego, dándose cuenta de lo compungido que estaba, se detuvo y giró la silla, deteniéndola frente al mar. Encendió un pitillo y me lo pasó, me alborotó el pelo desde atrás y me dio un beso en la coronilla. «Ahora vuelvo, no te vayas muy lejos», me dijo intentando bromear. Pasé un buen rato mirando cómo las olas se retorcían ante mí, cómo redoblaban su estruendo mientras el sol se ponía. Diego regresó al poco con dos cucuruchos de helado. Luego nos adentramos en el pueblo. Las calles de Amantea estaban deslumbrantes. Todo rebosaba Navidad, esa Navidad que había olvidado, la que sólo existe en los cuentos.

Haciendo un gran esfuerzo, Diego empujó mi pesada carga cuesta arriba, callejuelas arriba. Empezó a hablarme de las tradiciones navideñas, de las costumbres del pueblo en esas fechas, de los pesebres que llenaban cada rincón. Yo le escuchaba en silencio, mirando a los que me miraban con piedad, desafiante y contrito a la vez. Noté por su voz que estaba sin aliento. Le pedí que se detuviera, que descansara un poco.

De improviso me inundó un miedo terrible, ese terror que, de tanto en tanto, agitaba mi alma como una tempestad. De una iglesia cercana llegó un sonido tranquilizador. Un coro de voces infantiles entonaba fragmentos de plegarias que sabía de memoria, aunque no las recordara, aunque ya no supiera rezarlas. Supliqué a Diego que entráramos. Alguien le echó una mano para subir la pequeña escalinata y superar el portón con la silla y conmigo a cuestas.

Recorrimos el pasillo central, bajo la bóveda, hasta colocarnos en la primera fila de bancos, justo frente al altar. Diego se arrodilló en el reclinatorio y oró en silencio, como las otras cuatro o cinco personas que había dentro. No llegué a ver a los niños cantores, quedaban arriba y atrás, sobre el atrio. Sus voces seguían entonando canciones angelicales, música sacra que me conmovió profundamente. Dentro del templo conseguí serenarme, dejar fuera el pánico. Me dolía el alma, el efecto del sedante iba esfumándose, cada gesto suponía un terrible sufrimiento.

Alcé la mirada al retablo, era magnífico. Me recreé en los detalles de la imaginería dorada, extrañamente emocionado y a la vez preguntándome qué hacía yo dentro de una iglesia. A cada lado del Sagrario, en las paredes laterales, colgaban dos enormes cuadros tenuemente iluminados. Eran bellísimas representaciones de la Virgen María, dolorida, angustiada, frente a su único hijo moribundo. Debajo de las imágenes, iluminándolas, cientos de lamparitas imitaban el tremar de las llamas. Una borrosa alucinación, un raro espejismo, pensé, confundía mi mermada capacidad

visual. No podía dar crédito a lo que mi ojo veía. Lo achaqué a la exigua luz de las falsas velitas, de las velas y las bombillas, a mi estado de turbación. Le rogué a Diego que me acercara para ver mejor aquellos cuadros.

No había duda, aquella Virgen, aquellos retratos de L'Addolorata, tenían tu rostro, eras tú, eran tu viva imagen. Como una burla divina, una broma celestial, el artista había dejado tu rostro en aquellos lienzos, para confundirme aún más. ¿Qué demonios hacía yo allí?, ¿qué diablos hacías tú allí, en aquellas figuras, transformada en Virgen, disfrazada de *Madonna*?

Miré la firma en el lienzo, ¡A. Panucci! Un escalofrío recorrió mis brazos subiendo hasta la frente, una descarga eléctrica contrajo todos los músculos de mi espalda, una punzada terrible se fijó en mis lumbares. Diego, alarmado por mis contracciones, por la terrible inquietud que me asaltó, por el sudor gélido que me cubrió por entero, me preguntó qué sucedía. «No hay duda, es el rostro de Amantea, en los cuadros, es su rostro, es ella, y la firma... Está firmado con su inicial y su apellido, ¿cómo es posible? Dime que tú ves lo mismo, ¿es así?, ¿no?». Era cierto, no era mi ofuscamiento.

Diego me contó que aquellos cuadros eran obra de don Amato. Don Amato Panucci, *il pentito*, el mañoso del que me había hablado aquel día, tras la muerte de Scarabochio. El viejo que vivía preso en la «zona prohibida». Como una especie de penitencia, el anciano, que además de un gran criminal era un grandioso artista (tal vez verdaderamente arrepentido), cedía cada uno de los cuadros que pintaba a los templos de Amantea. «Que yo conozca —siguió Diego—, hay al menos veinte, repartidos por diferentes iglesias del pueblo». Recorrimos tres o cuatro, no recuerdo, las más cercanas. En todas colgaban imágenes firmadas por don Amato. Jesús flagelado, sangrante, soportando el peso de la cruz, Cristo caído o ya muerto, Jesucristo resucitado, siempre al lado de su agotada y sufriente madre. En todas junto a ti, al lado de una Virgen con tus facciones, que miraba resignadamente con tus ojos.

Regresamos a casa afligidos. Al llegar le mostré algunas de las fotografías que guardaba de ti. Diego nunca las había visto. Al contemplarlas quedó tan impresionado como yo, incluso más. ¿Qué misterio era ése?

Le imploré a Diego que cuanto antes, por la mañana temprano, me llevara a la finca del viejo. Tenía que ver a don Amato Panucci, sin tardar. Aclarar aquel macabro enigma. No podía ser una casualidad. Tampoco era factible valerse de la lógica, pero todo nos llevó a pensar que el anciano Panucci podría ser de tu familia, tal vez un tío lejano, tu abuelo, seguramente. Quedaba aclarar su obsesión monotemática por dar tu semblante a las delicadas Vírgenes que salían de sus manos.

Por supuesto, Diego palideció ante mi propuesta y por primera vez desde que le conocía se enfadó de verdad. «¿Tú te has vuelto completamente loco?, eso es imposible —sentenció—, completamente imposible. En el pueblo esa posibilidad es

implanteable, ¿aún no te has enterado de cómo funcionan las cosas aquí? Nadie, nadie puede acercarse a ese lugar. Tendrías que pedir una orden judicial, permiso al Gobierno, algo así, no sé. Es imposible, debes quitártelo de la cabeza, definitivamente. Déjalo estar, no remuevas más la mierda». Intentó disuadirme con todos los argumentos y todas las incongruencias posibles, pero mi terquedad era aún mayor que la suya. Viendo que no me doblegaba ante la evidencia, salió de casa dando un portazo, gritándome que de ninguna manera me llevaría allí, ni él ni nadie. Podía olvidarme del asunto.

Por supuesto, no lo hice. A Diego se le pasó pronto el enfado, no valía para eso. Intentó luego hacerme comprender de mejor manera, pero fui yo quien le convenció a él: para mí no había otra opción. Además, le dije, llevar las cosas a ese extremo era absurdo, no podía entender la aprensión que destilaban todos al respecto. «Eso son supercherías, supersticiones de la gente de Calabria —le dije—, esta tierra y todos los que habitáis en ella estáis enfermos de miedo, un miedo antiguo y espeso que lo emponzoña todo». ¿Qué podía suceder?, como mucho que no me recibiera, nada más. El tal don Amato no sería el mismísimo Satanás, aunque así le vieran todos...

Diego entendió mis razones, mi curiosidad, pero no dio su brazo a torcer. No me acompañaría hasta allí, y en mi lamentable estado sería imposible hacerlo sin ayuda. Se equivocaba.

Dos semanas después, ya provisto de muletas, decidí que había llegado el momento de aclarar las cosas. No fue tarea fácil averiguar cómo llegar hasta allí, hasta la quinta Cosa Vostra, en la «zona prohibida». Cada vez que escuchaba esa expresión pensaba en *El planeta de los simios*. Imaginaba que, al llegar, encontraría los últimos cadáveres, putrefactos, semidevorados por el viejo, colgados de cruces con forma de equis, como en la película. Las personas a las que pregunté se hacían las sordas o las tontas, o ambas cosas. Al fin, una mujer, aunque asustada, me indicó cómo llegar a la entrada del camino.

Conduciendo con enorme dificultad, enfilé la escabrosa carretera de San Pedro. Recorrí muy despacio unos diez kilómetros, siempre subiendo, hasta encontrar, a la izquierda del camino, una valla larga de troncos gruesos. De ésta colgaba un cartel amarillo con una calavera y dos tibias negras cruzadas, como una bandera pirata. Debajo, escrito en letras grandes, un claro mensaje: «Prohibido el paso, peligro de muerte». Me pareció increíble, surrealista. Evidentemente sentí aprensión, pero vencí los melindres girando y entrando en el camino, muy despacio. «¿Y si sacara por la ventana un pañuelo blanco?», pensé mientras me adentraba en la temida arboleda del averno.

Avancé por el camino unos cien metros, entre una frondosidad de robles y castaños. Justo al doblar una cerrada curva, estaba el primer control. Un grupo de hombres uniformados y armados me esperaba ya alerta, sin duda habían escuchado el

ruidoso motor de mi Volkswagen. Un poco más allá, dos policías del Estado miraban la escena recostados en el coche patrulla azul, como acostumbrados a no intervenir antes que los vigilantes privados, mejor pagados que ellos. Éstos me dieron el alto furiosamente, con gestos violentos, exagerados y grotescos. Antes de detener la furgoneta ya me habían encañonado los tres. Uno de ellos, el más chulesco, se acercó a mi ventana gritando que pusiera las manos donde pudiera verlas, innecesariamente, pues las tenía temblorosas sobre el volante. Apuntándome con una metralleta corta en una mano, abrió la puerta con la otra y bramó que bajara del coche. Con voz apagada intenté advertirle de que necesitaba las muletas, que la operación no era para mí tan sencilla. Antes de terminar ya estaba en el suelo, las piernas no me sostenían. Me gritó de nuevo que me pusiera en pie. Esta vez yo también grité, aterrorizado, que necesitaba mis muletas. Otro de los guardias, muy joven, las cogió de entre los asientos y me las pasó más amablemente. Aun así, el más chulo, cogiéndome por el cogote, me empujó contra la furgoneta para que otro pudiera cachearme a fondo y sin mucho miramiento. Mientras aún me zarandeaban, otro de los pérfidos guardianes ya inspeccionaba el vehículo por dentro.

Ya más calmados, tras revisar mi documentación y comprobar que su presa era inofensiva, comenzaron las preguntas. Los policías estatales se aproximaron y uno de los matones les dio mi pasaporte para que hicieran las verificaciones pertinentes con la central. Les dije que quería ver a don Amato, que era un asunto urgente y personal, «familiar», añadí estúpidamente, para empeorar las cosas. Nada más decir esto, uno de los guardias dio un puntapié a una de las muletas, y de nuevo caí por tierra. Uno de los policías le recriminó: «¿Pero no ves que es un pobre inválido, joder?». Nunca me habían llamado inválido, me sentí muy extraño, aún no aceptaba mi nueva y verdadera condición. Los policías y los matones se enzarzaron en una tonta discusión, como majaderos. Al final la pagaron todos conmigo. «Lárgate de aquí y no vuelvas jamás, si no quieres que te dejemos tullido de verdad, de una buena paliza». No bromeaban. Todavía insistí: «Pero necesito hablar con...». «Don Amato no está aquí —me contestaron metiéndome literalmente en el coche y dando un portazo—. No vive aquí y además no recibe a nadie», insistieron a voz en grito en lo que era una absoluta incongruencia. Di la vuelta en el claro del bosquecillo donde me habían detenido y recorrí el camino hasta la carretera como alma que persigue el Diablo; sin atreverme a mirar atrás ni siquiera por el retrovisor.

Llegué a casa dolorido, por dentro y por fuera, humillado, completamente abatido. «Al parecer, tenías razón», le dije a Diego, que esperaba preocupado por mi suerte. Pasé el día acostado, dormitando, pensando en el modo de contactar con el mafioso. Me decidí por la solución más sencilla. Cada día, durante las siguientes dos semanas, le envié un telegrama con el mismo texto:

«Att. Don Amato Panucci. Tengo que verle a toda costa. Conozco a la Virgen de sus cuadros, era mi esposa,

Amantea Panucci. Es imprescindible que me reciba. Ella desapareció hace un año. Necesito respuestas. Tenga piedad. Suyo, Víctor Próspero».

Mandé uno tras otro durante más de catorce días y pensaba seguir haciéndolo hasta recibir contestación, lo que por otro lado me parecía muy improbable. Poco después de enviar la última misiva, obtuve una respuesta. Admiraba en el cielo las nubes teñidas de quiméricos violetas cuando el cisco de un par de coches frenando sin ambages me sacó de mi contemplación. Eran los hombres de don Amato, y venían a por mí, advertí a Diego, con cierta teatralidad, añadiendo un cómico dramatismo a la certeza. Éste bajó aterrorizado a recibirlos, sin saber muy bien qué se iba a encontrar o qué hacer. Al cabo, apareció con dos tipos muy bien vestidos, con trajes caros, y extremadamente amables. «¿Don Víctor Próspero?, hemos venido a recogerle, si quiere acompañarnos, claro está. El señor Panucci le recibirá esta tarde si usted lo desea». Nada tenían que ver estos gorilas con los bárbaros del camino, aunque comieran de la misma mano y les ahogara el mismo collar.

Por supuesto acudí solo, en cualquier caso debía ser así. Subimos a un potente todoterreno negro y, sin decir una sola palabra, cruzamos el pueblo, recorrimos la carretera de la montaña y a unos cinco o seis kilómetros nos adentramos por un sendero distinto al que yo había tomado días atrás. Nos cruzamos con más hombres armados, con más policías, con jaurías de fieros perros guardianes. Atravesamos varios controles, esta vez sin el más mínimo impedimento. Lamenté no encontrarme con los energúmenos que la otra vez me echaron a patadas, les hubiera mirado de arriba abajo, satisfecho, esbozando una malévola sonrisa vengadora.

Varias filas de altas verjas rodeaban el perímetro en áreas concéntricas. Una tras otra, las puertas se fueron abriendo a nuestro paso, a lo largo del serpenteante y tortuoso camino. Después de rebasar un enorme portón metálico, al final, salimos de las frondosas arboledas y llegamos al claro donde se alzaba la casa. Una casa imponente, gigantesca. Una masía en forma de «L», de tres plantas, construida en piedra y leño, alta, oculta y bellísima. El coche se detuvo delante del porche. Allí, bajo una buganvilla que cubría gran parte de la fachada, esperaba un sirviente. Uno de los hombres que me acompañaban bajó del coche, me abrió la puerta, me ayudó a bajar y me pasó las muletas. El doméstico me rogó que le siguiera.

Nada más entrar en la casa atravesamos un salón monumental, abrumadoramente decorado. Luego, recorrimos un pasillo lleno de puertas cerradas, hasta llegar a lo que supuse era el otro lado de la mansión. Me dejó en la cocina, una estancia también colosal, de esas que sólo se ven en las revistas de decoración para millonarios. El mayordomo me invitó a sentarme, «Don Amato vendrá enseguida», me dijo. Pero el viejo se hizo esperar.

Permanecí un buen rato en la cocina, sin saber muy bien qué hacer, curioseando, recapacitando sobre dónde me había metido, qué le diría al viejo. En uno de los

fogones, en un perol, hervían a fuego lento huevos y patatas. Don Amato apareció un cuarto de hora después. Poco antes de su llegada, dos hombres se acercaron a mí y uno de ellos me cacheó de forma ya rutinaria, pero sin descuidar ningún detalle. Era la tercera vez. Mientras uno palpaba cada rincón de mí cuerpo, el otro me advirtió señalando una cámara que colgaba del techo: estaría constantemente vigilado. A la más mínima sospecha actuarían sin contemplaciones. Detrás de cada una de las cuatro puertas que daban a la cocina, intuí, y no me equivocaba, había un hombre armado esperando que yo cometiera un error.

Don Amato entró ordenándoles secamente que se largaran, que nos dejaran solos, y se dirigió directamente a apagar el fogón. Abrió uno de los armarios de madera, sacó de allí un escurridor, lo puso en la pila y volcó sobre él el contenido de la pequeña marmita. Yo aguardaba en pie, para darle la mano. «¿Le gustan las patatas cocidas?», me preguntó dándome aún la espalda y sin haberme dado tiempo a saludarle, con un vozarrón inesperadamente cálido. Neciamente, había creído que su tono de voz sería seco y afónico. Que su forma de hablar, andar o mirar sería tan siniestra e histriónica como la de Marlon Brando en *El Padrino*. Pero nada tenía que ver don Amato Panucci con don Vito Corleone, aparte de ser jefes mañosos.

Todo lo contrario, su voz era acogedora, ruda pero elegante, como su presencia. Tenía un aspecto sinceramente franco, campechano; de no haber sabido nada de él, diría hasta bondadoso. Parecía más un rudo y viejo granjero que un asesino, un *killer* que con mano de hierro había gobernado durante muchos años una de las más poderosas familias de la mafia. Algo totalmente distinto a lo que había imaginado.

Era viejo, sí, debía de tener unos ochenta años, pero ocultos en muy buen porte. No aparentaba más de sesenta. Un hombre alto, regio, vestido con pantalones y camisa vaquera, desabotonada, que dejaba ver el abundante y canoso pelo de su pecho. En los pies, unas babuchas a cuadros de andar por casa, cómodas y muy usadas. Caminaba arrastrándolas un poco y algo encorvado, apoyándose en un bastón de ébano, labrado con motivos africanos. Tenía la tez morena, muy pocas arrugas y una barbilla prominente, en la que se plegaba un hoyuelo. La frente lucía despejada y el pelo plateado, abundante, partía de las amplias entradas, embadurnado en brillantina y peinado con esmero. Las manos delataban su edad, pero seguían siendo distinguidas, en algo adolescentes; eran sin duda las manos de un artista. ¿Qué pudo llevar a aquel hombre a convertirse en lo que era? Nunca lo sabría.

Se acercó a mí con una patata humeante en la mano, echándole sal con la otra. Se limpió en la pechera y me la tendió como si ya me conociera. Sus ojos me miraron tras unos gruesos cristales, las gafas daban a su rostro un aire tiernamente cómico.

—¿Quieres una? —insistió— ¿o tal vez un huevo duro?, sírvete si lo deseas.

Sujetando la muleta contra el cuerpo, sin soltarla, tomé su mano titubeando, aturdido, e hice un gesto negativo con la cabeza.

—No, muchas gracias, no tengo hambre —repuse.

Se encogió de hombros, sacó una botella de vino de debajo de la mesa, la descorchó y sirvió el caldo en dos copas grandes, de finísimo cristal. Yo seguía de pie apoyado en los hierros.

—¡Pero siéntate, hombre!, ¿qué haces que no te sientas? —me regañó pasándome uno de los cálices—. Bebe, es bueno, muy bueno —atronó su voz mientras yo seguía sin poder decir una palabra. Bebí un sorbo, aunque hubiera deseado beber de un trago—. Tú dirás —me emplazó, ya con cierta impaciencia.

—Verá, don Amato... No sé por dónde empezar. Quería enseñarle esto... —Saqué del bolsillo unas fotografías tuyas, cuatro o cinco, y se las pasé. En una de ellas estabas especialmente hermosa.

Las examinó acercándolas considerablemente a los anteojos. Esbozó algo parecido a una sonrisa, tal vez una sutil mueca de dolor. Mientras las miraba, arranqué por fin a hablar con cierta fluidez. Le pondría en antecedentes, aunque ahorrándole los peores detalles. En ningún caso iba a contar al anciano los pormenores de mi locura, el episodio de la morgue, el haberte dado por muerta sin tener ni una sola certeza de ello. Me comporté como si aún anduviera buscándote, como si no me hubiera rendido.

—Hace más o menos un año, mi mujer, la que ve usted en las fotos, desapareció misteriosamente, de la noche a la mañana. Desde entonces la estoy buscando, o peor todavía, esperando. Tal vez en vano, a estas alturas he perdido la esperanza... El otro día, en una iglesia del pueblo, contemplando uno de sus cuadros, la vi. Era ella, es ella...

—Sí. Es Amantea, mi nieta Amantea —respondió sin levantar la mirada de los retratos—. Mi niña —añadió en un débil susurro, quizá pensando que yo no llegaría a oírlo. Jugueteeó con ellos, pasándolos de arriba abajo, una y otra vez, barajándolos lentamente, como naipes de una baraja sólo de reinas.

—Era mi mujer, como le digo, la mujer que aparece en sus cuadros, que por cierto son extraordinarios...

—¡Déjate de adulaciones! —contestó airado—, sé que era tu esposa y sé quién eres tú... Sé mucho más de lo que imaginas. También desapareció durante mucho tiempo para mí. Tenía siete añitos la última vez que la vi. Un mal asunto, un mal trago. Pero tú estarás al tanto de todo, ¿no?, al fin y al cabo, eres parte de la familia. —Aquella palabra, en su voz, cobraba una dimensión muy especial.

—Al verla en sus cuadros pensé... que tal vez supiera usted algo de ella.

Apuró su copa y la llenó de nuevo. Bebí de un trago y suspiró, o gimió, no sabría decir.

—No sé nada de ella, ni ya quiero saber —respondió con sequedad, con fingido desapego. Mentía.

—No le creo —me atreví a decir—, es evidente que está usted obsesionado con su nieta...

—Sólo sé pintarla a ella, sólo con ella lo consigo. Siempre ha sido así, soy incapaz de imaginar una Virgen sin sus facciones...

—No hace mucho, un tipo apareció muerto cerca de aquí. Imagino que fue cosa de sus hombres...

—Sólo a un loco o a un gilipollas se le ocurriría adentrarse en esta finca, de noche y armado. Él se lo buscó... ¿Qué tiene eso que ver?...

—Era un detective privado de Roma. Estaba contratado para buscar a su nieta, es una larga historia. El caso es que el día antes de morir, vino a verme. Había seguido la pista de Amantea hasta Nápoles. Me dijo que su nieta... —Pensé en decirle que esperaba un hijo, pero reaccioné a tiempo, sólo añadiría dolor al inevitable dolor—. Me contó que su nieta tomó un tren hacia el sur, que posiblemente estuviera cerca de aquí. Entonces me pareció absurdo. Yo no sabía que usted vivía en Amantea, yo no sabía apenas nada de usted. Su nieta era muy reservada, pocas veces hablaba de su familia. ¿Tal vez pensó encontrarse con usted?... Venir aquí...

—Eso sí que es absurdo —respondió inesperadamente agitado, muy contrariado—, ella no haría tal cosa jamás. No sabía que yo estaba confinado en Amantea, pensaría que andaba pudriéndome en alguna cárcel, en la celda más oscura, para siempre. Ella no sabía nada y veo que tú tampoco sabes una mierda. ¡Qué vas a saber! —dijo esto elevando el tono, levantándose y golpeando la mesa...

Al oír el golpe, de inmediato, los matones asomaron por las puertas. A un gesto del viejo, los pájaros ocultaron de nuevo la cabeza y guardaron las armas medio desfundadas.

—Es incómodo vivir así, pero es inevitable —se disculpó—. Y ahora dime, ¿qué diablos quieres de mí?, ¿qué quieres que haga yo?...

—¿Qué es lo que debería saber, don Amato? —indagué.

—Nada, realmente nada. Perdona mis modales. Sólo que ella nunca vendría a verme. Nunca. Sólo eso. ¿Te contó ella algo?...

—¿Algo de qué?...

—¿Ves cómo no sabes nada?, ¿lo ves?... Algo de cómo perdió a sus padres.

—No, nunca hablamos de ello. A ella no le gustaba y yo no tenía ningún interés en insistir.

—Tarde o temprano tenía que suceder, tarde o temprano aparecerías haciendo preguntas, buscándola aquí —se lamentó—. Cuando Amantea era muy pequeña, sus padres la dejaron a mi cuidado y ellos se dedicaron a la *dolce vita*. Yo al principio no la quería conmigo, a mi cargo. Pero esos idiotas no valían para criar un bebé. Su padre, mi hijo, era un completo imbécil, y su madre una madre inepta, necia, una incompetente. Pasó el tiempo y aprendí a amar a ese ángel, porque era un ángel.

Cuando se cansaron de despilfarrar mi dinero, de la mala vida que llevaban, aparecieron un día y se la llevaron. ¿Qué iba a hacer yo?, era su hija. Amantea tenía siete años entonces, recién cumplidos. Nunca volví a verla. El cabrón de mi hijo, ávido de billetes, insaciable, se pasó al enemigo. La hizo buena el muy hijo de perra. Por él se desencadenó una de las mayores matanzas que recuerdo. Corrió mucha sangre entonces. Malos tiempos. —Perdido en esos recuerdos guardó un largo silencio—. Los maté yo. ¡Ya lo sabes! Bueno, yo nunca he matado a nadie, ya me entiendes. —Sonrió gesticulando con las manos, como si estuviera estrangulando a alguien—. Yo nunca he manchado mis manos —añadió con cierto orgullo—. Pero mandé que los mataran y echaran sus cuerpos a los cerdos. —Inevitablemente yo pensé en mi madre—. No sé qué es peor. Yo ordené que los mataran. Mandé asesinar a mi propio hijo y a mi nuera. Y también al futuro hermano de Amantea. La muy puta estaba embarazada. Yo no lo sabía, te lo juro. Eso me fastidió, me jodió bastante. No entraba en mis planes matar a mi nieto, o a mi nieta. Nunca llegaremos a saberlo, ¿no?

Realmente me quedé petrificado, no supe qué decir. Había olvidado que delante de mí tenía a un auténtico mañoso, un asesino sin escrúpulos o con muy pocos escrúpulos, frío como un témpano. Para mí, esas cosas ocurrían sólo en las películas. Dándose cuenta de mi turbación, intentó aclarar las cosas, suavizarlas, aunque eso pudiera parecer imposible.

—Lo del pequeño, lo del nonato, lo llevo clavado en el alma —dijo eso siseando como una serpiente—, esa posibilidad, esa pequeña vida, esa esperanza. ¡Qué asco! Un inocente completamente ajeno a nuestras miserias. De eso sí me arrepiento, eso sí que lo siento. Pero no lo de mi hijo, ni la imbécil de su mujer. Era un auténtico hijo de perra, aunque mi esposa fuera una santa, él no era más que eso, ¡el sucio hijo de una rata rabiosa! El peor de los castigos que un padre pueda tener. Además, fue infinitamente cruel con Amantea, con su única hija, y su madre aún más por no intentar evitarlo, por apoyar o ignorar todas sus mezquindades. La vida de Amantea fue un infierno a su lado. Mientras estuvo a mi cargo intenté hacerla feliz y creo que lo conseguí, pero ellos... Si mi nieta se casó tan joven y con ese retrasado mental fue por perder de vista a sus padres, ¡de una maldita vez!, para siempre... No creo que llorara su muerte. Luego pasó lo que pasó. ¿Sabrás al menos eso?, ¿no?... Lo de su marido y su hijo. ¡Qué desastre! Quedó sola, y yo sin saber una palabra, sin poder hacer nada. Fueron tiempos difíciles para ella, para mí, para todos... Años después, alguna vez me escribió, pocas. Primero desde Francia. Me contaba algunas cosas, cómo le iba, y me enviaba fotografías. De ellas copié los semblantes de mis Vírgenes. En una de sus cartas me contó que había conocido a un hombre, a un buen hombre. Ése eras tú, ¡bribón! También recibí una carta desde Roma, sólo una. Entonces ya vivíais juntos. Ésa fue la última, la última vez que supe de ella... Pero ésa es ya otra

historia...

Era evidente que el viejo había mentido en algunas cosas, me había asegurado que Amantea no sabía dónde estaba, que desconocía su destierro en Amantea, preso en la finca del pueblo. ¿Por qué mentía?, ¿por qué ocultar algo así?

También me extrañó que, en ningún momento, contemplara la posibilidad de que la extraña desaparición de su nieta tuviera algo que ver conmigo; que no hubiera sospechado de mí, que no pensara que yo podía haberte hecho algún mal. Me atreví a insinuarle ambas cosas...

—Ella siempre hablaba bien de ti. Más que bien. Te amaba... Mírame a los ojos —me ordenó tomándome por la barbilla con una de sus manazas, como si yo fuera un niño al que se quiere pillar en un descuido, en una falta...

Se quitó las gafas un instante, sus ojos eran hermosos, negros, muy negros, aunque algo velados por las cataratas. Su mirada era terrible sin el resguardo de los anteojos. Penetrante, impenetrable, gélida como la de la muerte. Se clavó en la mía sin que yo pudiera apartarla y observó dentro, muy adentro. Su mano apretaba cada vez más fuerte mi mandíbula.

—¡Bah!, tú no serías capaz de hacer daño a un gorrión —me dijo soltándome la cara, apartándola de su mano con cariñoso desprecio, con cierta decepción—. ¿No serás tú uno de esos afeminados? —Rió groseramente su gracia de mal gusto, caminando hacia la nevera.

La abrió y sacó de ella algo envuelto en un trapo de cuadros rojos. Era masa de harina blanca, para la pasta. La tiró con fuerza, golpeándola sobre la encimera, y la fue extendiendo con un rodillo de madera, enérgicamente. Luego, con un vaso, delicadamente, fue cortando trocitos circulares y colocándolos uno sobre otro, hasta formar una pequeña torre.

—La rellenaré con *ricotta*, aceitunas negras y anchoas de tu país, de *Santogna*, te gustará. Un pellizco de perejil, un poco de ajo, *peperoncino*... Por cierto, ¿qué te ha pasado, hombre?... Estás hecho un Cristo...

—Un accidente, ya estoy mejor...

—Si a eso le llamas tú estar mejor. Pareces un muerto viviente, necesitas una buena pasta, comer bien, el comer lo es todo... Si no comes el Diablo se te acerca, e *quandu u diávilu t'accharizza vola l'anima*^[14], ¡ya sabes! —dijo en dialecto.

Charlamos mientras rellenaba los *tortellini*. Preparó también una exquisita salsa de tomate. Era un experto cocinero. Esperamos quince minutos a que cociera la pasta. En ese tiempo, poco más, intenté resumirle un año de padecimiento y desgracia, casi todo lo sucedido. Muy someramente. Que aquel hombre, un completo desconocido, me escuchara tan atentamente, tan sinceramente interesado en mis palabras, me reconfortó. Rendido a la angustia como un chiquillo, fui confesándole partes de mi particular e íntimo infierno.

El anciano atendía en silencio, con la mirada perdida tras los ventanales, sin volver una sola vez la vista hacia mí. Parecía querer evitar mis ojos. Cuando la pitanza estuvo lista, puso dos platos hondos en la mesa y sirvió generosamente. Escanció más vino. Muy a pesar mío, le rogué que llenara un vaso de agua para mí. Mientras comíamos, después de tanta charla, fue creciendo un incómodo silencio.

—La pasta es deliciosa, y no es un cumplido —me atreví a decir, para romper la ya embarazosa sordina—. Le suplico, don Amato, si sabe usted algo, si llegara a saber algo de su nieta, hágame llegar recado... Tal vez ella... —dije esto y levantó la mirada del plato, contrariado. Pensó un poco antes de responder.

—Ella ya no existe, hijo, métete eso en la cabeza. Se acabó, ¿entiendes? ¡Basta ya de mariconadas!, los muertos son muertos, nada más. Y ella está muerta. —La crudeza con que hizo esa afirmación me golpeó el estómago, revolviéndolo. Sentí náuseas y, sin poder evitarlo, vomité sobre las baldosas de barro rojo. Uno de los gorilas asomó para ver qué sucedía. Un minuto después, una señora entró con unos trapos y un cubo de agua, recogió los restos de la vomitona y limpió el suelo—. Una pena de pasta —dijo el viejo, mirando a la mujer mientras terminaba la desagradable tarea.

Luego, me preparó una infusión con varias hierbas, amarga como la hiel, y me obligó a beber un par de tazas. El efecto de la morfina hacía rato que había desaparecido. Le expliqué y le pedí permiso para pincharme. Necesitaba además ir al baño con urgencia. Uno de sus hombres me acompañó, no estaba muy lejos de la cocina. Mientras me inyectaba la reparadora dosis, desde allí, me pareció escuchar a don Amato hablando a media voz. También pude escuchar una voz de mujer, sollozaba, parecían discutir. Imaginé que reprendía por algo a la sirvienta. Regresé a la cocina flotando, mucho más sereno, sintiendo subir por el abdomen y el pecho, hasta la garganta, la reconfortante tibieza del narcótico. Cuando entré de nuevo en la habitación, la actitud del viejo había cambiado por completo. Me esperaba impaciente por que me largara, cuanto antes, sin más tiempo para la conversación, sin más contemplaciones. Inesperadamente. Eso me pareció.

—¿Te encuentras bien? —preguntó sin demasiado interés—, ahora será mejor que te vayas a casa, se ha hecho muy tarde. Mejor que duermas a pierna suelta, que intentes olvidar todo esto. ¡O que lo aceptes de una maldita vez! —Dijo esto elevando el tono, innecesariamente, casi empujándome hacia la puerta con su aliento.

—Antes de irme —le dije—, si no es molestia, me encantaría ver alguno de sus cuadros, que me enseñara su estudio. Ver de cerca su rostro, sólo un instante —le supliqué.

Incómodo, aceptó sólo por compasión. Conocía ese sentimiento. Me hizo seguirle y detrás de nosotros avanzó sigiloso uno de sus cancerberos. Descendimos por una lúgubre galería, unos veinte escalones de piedra desgastada por más de un siglo de

pisadas. El viejo me ayudó a bajar, no era fácil con las muletas. Su estudio estaba al fondo de una formidable cueva, un subterráneo fresco y seco, posiblemente lo que en otro tiempo fuera una enorme bodega. Al llegar al portón de acceso, don Amato hizo a su guardaespaldas un gesto que no dejaba lugar a dudas. El perro se retiró de inmediato, volvió a subir las escaleras y esperó arriba.

—Sé que eres pintor —me confesó mientras iba encendiendo las luces, unos potentes focos—. Me lo ha dicho Salvatore; él viene de vez en cuando por aquí —añadió.

En el fondo de la estancia, una gruta abovedada y semicircular, se adivinaba una enorme tronera. A través de ella debía de entrar la luz del sol durante el día, y por ella, imaginé, sacaría los enormes cuadros que pintaba.

Apoyados contra la pared del fondo, se amontonaban decenas de lienzos de varios tamaños, medio resueltos o eternamente aplazados. Unos vueltos contra la piedra, otros dejando ver su contenido. Verdes paisajes de Calabria, marinas grises, tormentosas, confusos retratos de personajes apesadumbrados, cuadros con manchas y bocetos, con trazos y colores tal vez ya inútiles. En el centro, sobre un caballete grande y especialmente iluminado, un gigantesco cuadro inacabado. Una tabla de unos tres metros de alto por dos de ancho, en la que se presagiaba una pintura majestuosa. Realmente parecía una obra renacentista, salida de la mano de Tiziano, Lotto o Tintoretto, de Rafael. No sabría decir, y temo exagerar. Era algo prodigioso, aun inconclusa, una obra maestra.

La trama y la textura eran formidables, absolutamente especiales, los *sfumatos* únicos, los matices bellamente arcaicos, casi fantasmales. Cromatismos imposibles de lograr por cualquier contemporáneo. Ni el más hábil restaurador lo habría conseguido. En el cuadro, tres vigorosas figuras evocaban la maestría del mismísimo Miguel Ángel.

La Virgen, mansamente arrodillada, adoraba a su hijo. El niño yacía en el suelo, frente a ella, reposando sobre un paño azul y una gavilla de paja. Dándonos la espalda, maniatado y colgando de un gran madero, no de una cruz, un cuerpo lacerado, ya inerte. Por su piel macilenta, chorreaba abundante la sangre, corría por sus pies, goteaba por los dedos dejando en el suelo un immaculado charco escarlata. Por el perfil que se adivinaba junto a una de sus axilas, reconocí a Jesús. Un Cristo ya vencido, resignado, que observaba impotente la escena más abajo. Un pasado que tal vez ya no recordaba. Él mismo, tan niño, tiernamente venerado por su madre, otrora tan hermosa. Ella, cubierta por un manto púrpura, miraba al pequeño llena de amor, primorosamente dolorida, con las manos inmovilizadas en un gesto divino. Todo encuadrado por un fondo de siniestras ruinas, de campos abiertos y tenebrosos. Un angosto paisaje de tinieblas, absolutamente inanimado, enmarcado por la muerte. Por la inevitable defunción del hombre, por el luctuoso e inexcusable porvenir del niño.

La Virgen tenía una vez más el rostro de Amantea, pero en esta ocasión, sin la lozanía plasmada en otras representaciones, sin la belleza inmaculada dejada en otras obras. Marchita, deslucida, terriblemente triste, observaba a su criatura como si ya estuviera en la cruz, como si ya supiera que ése es su único destino. Como si la sangre corriera ya a teñir y a emponzoñar su tierna adoración.

Era tan severamente triste que rompí a llorar. No pude esconder los sollozos, no pude evitar un llanto espantosamente compungido. Era una visión tan profundamente angustiosa, que apenas podía mantener la mirada sobre las facciones pintadas en el cuadro. El viejo respiraba entrecortadamente detrás de mí, tal vez conmovido, aunque fuera incapaz de permitírselo. Mirando aquella imagen, entendí que Amantea estaba definitivamente muerta. No había más. Nada más. Allí, en la tabla, en esa escena, quedaba plasmado el más poderoso gesto de dolor que un artista haya creado jamás.

Y todo ese dolor era también el mío. Quizá por eso me dejó entrar en su estudio, para que comprendiera, para que viera el verdadero rostro de Amantea. Lo que el tiempo y la muerte habían hecho con ella...

Me tomó por el hombro abrazándome, respetando mi desazón, intentando de algún modo consolarme.

—¡Pero mira que eres llorón! —dijo cariñosamente, intentando desdramatizar. Me acercó su banqueta de trabajo y me ayudó a sentarme. Los dos contemplamos largamente la obra, en completo silencio. Enjuagué mis lágrimas mientras las del viejo ahogaban sus ojos—. Es una terrible pérdida, terrible —habló para sí—. Ella te amó de verdad, créeme. Mi Amantea, mi pequeña Amantea, mi niña. —Luego, creo que me dejó solo unos minutos. Al cabo, los focos que iluminaban el cuadro se apagaron—. Es suficiente —me susurró. Salí del estudio mientras él terminaba de apagar las luces, y ya no volvimos a cruzar palabra. Me acompañó afuera y se despidió dándome la mano brevemente—. Cuídate —me dijo y dándose media vuelta entró de nuevo en la casa. Ya no volvería a verle.

Agotado, subí al mismo coche que me había traído, con los mismos hombres que me habían acompañado. Durante el viaje de vuelta quedé profundamente dormido. Una hora después, Diego me ayudaba a subir la escalera, que más que nunca me pareció interminable.

Cuando traspasé el umbral, sentí que aquélla sería la penúltima vez...

FEBRERO, 1991

Pasó la Navidad, y llegó un nuevo año. Tras el encuentro con don Amato, Víctor se vino abajo, definitivamente. No volvió a salir de casa. Diego intentaba animarlo, sacarlo de la densa amargura en la que se hundía. Pero él pasaba los días dormitando, en la cocina o en la terraza, con la mirada perdida en las letras o en el mar. No tenía fuerzas para nada, mucho menos para pintar, apenas podía moverse. Escuchaba música y leía decenas de libros a la vez; escribía y dibujaba en su cuaderno. Nada más. Apenas decía una palabra.

Dejó de comer, quedándose cada vez más escuálido. La morfina era ya su único consuelo. Víctor dejó la rehabilitación, se negaba a acudir a los médicos, y a Diego le resultaba muy difícil convencerles para que le expendieran nuevas recetas. Necesitaba más y más dosis. Las consiguió gracias a la piedad del doctor Schiatta. Éste aceptó visitarle una vez a la semana y suministrarle los inyectables que fueran necesarios. El médico advirtió a Diego que esperara lo peor, el fatal desenlace no tardaría en llegar. Estaba moribundo, no le quedaba mucho tiempo de vida.

Desde Milán, el marchante le reclamaba, inútilmente, más cuadros. En una de sus cartas, decía que la obra de Víctor era un absoluto éxito, que había colocado todos los cuadros a galeristas de medio mundo, y que éstos reclamaban con urgencia nuevos lienzos, conocer cuanto antes al artista. Diego le envió un telegrama poniéndole al corriente de la situación.

A primeros de febrero, Víctor, como una pavesa, casi se había consumido.

Disfrazado de esqueleto, escuchaba el lejano bullicio que, desde el pueblo, dejaban los días y noches de carnaval. Diego siguió a su lado sin moverse, cuidándole y amamantándole en su lecho de muerte.

La tarde del 16 de febrero sucedió algo totalmente inesperado.

Un automóvil se detuvo violentamente bajo la balconada. No esperaban a nadie. El doctor Schiatta acababa de irse en su bicicleta. Diego escuchó cómo alguien abría una de las puertas y descendía del vehículo, cómo esa misma puerta se cerraba y cómo el conductor, sin llegar a apagar el motor, emprendía de nuevo girando ruidosamente sobre la grava. Al instante sonó el timbre. Diego se asomó a la terraza, vio el coche alejarse por el camino, pero no llegó a ver quién llamaba. Como de costumbre, el automático no funcionó y tuvo que bajar a abrir.

Detrás de la puerta, pálida y desfallecida, una mujer de tristísima mirada le imploró con los ojos que le permitiera entrar. Era joven, pero vestía completamente de negro, con un pañuelo del mismo color atado a la cabeza, como una anciana. A pesar del color cetrino de su piel, de las demacradas facciones, Diego reconoció en aquel rostro el de Amantea.

Sintió un estremecimiento espantoso. La mujer dio un paso adelante. Durante un

segundo, pensó impedirselo, disuadirla, pero comprendió que sería imposible. Detrás de él, muy fatigosamente, incorpórea, la maltrecha muchacha subió los escalones. Entró en la casa desmayadamente; casi flotaba ingrávida sobre el pavimento. Diego le suplicó que esperara un instante y ella, apoyándose en el quicio de la puerta, asintió levemente con la cabeza. Víctor, tumbado sobre unos colchones, dormía en la terraza, mirando al cielo a través de los párpados cerrados. Acariciándole la frente, Diego le susurró al oído. Tenía visita, debía despertar. Víctor apenas podía abrir los ojos. Diego le ayudó a incorporarse y colocó bajo su espalda varias almohadas.

Amantea ya observaba la escena desde la puerta del balcón, en absoluto silencio. Instintivamente, Víctor giró la cabeza hacia ella. La mujer se aproximó lentamente al lecho, se arrodilló a su lado y se ciñó tiernamente a él. En aquel abrazo, gimieron todo el amor y todo el dolor más rotundos. Diego les observó sólo un momento. Luego, dejándoles solos, caminó hasta el pueblo y allí se emborrachó de vino y lágrimas.

Víctor y Amantea apenas tenían fuerza para hablar. ¿Y qué palabras cabían en semejante encuentro? Todo estaba dicho, todo silenciado. Todo y nada se dijeron con las manos y las miradas. La insólita y calurosa tarde de febrero cayó. El sol se puso triste y muy temprano. Refrescó, recordando a los amantes que era invierno. Bajo las mantas, durmieron abrazados, arropados por un cielo límpido, inmaculado, estrellado como nunca.

Amantea despertó al amanecer. Confusa, absolutamente desorientada. Abrió al cielo los ojos y luego miró a Víctor. Estaba frío y ya no respiraba. De su boca ya no salía el más mínimo aliento. Le besó en la frente y en los labios. Le costó deshacerse de su rígido abrazo. Se incorporó con mucha dificultad y miró al mar, plano y en silencio. Todo había quedado mudo, y ella, sorda. Todo apagado, menos sus ojos. Junto a la *tarba* en la que Víctor yacía, al lado de una montaña de libros, un paquete de cigarrillos y un cenicero lleno de colillas, había también varios frasquitos y algunas jeringuillas, nuevas y usadas.

La pequeña Vicenza, que ni un instante se separaba de Víctor, miraba la escena con triste y resignado desconcierto, Amantea encendió un pitillo y chupó ansiosamente, dando rápidas caladas, exhalando el humo sin tragarlo, como quien no sabe o ha olvidado fumar. Tomó una de las jeringas, abrió el envoltorio y desenfundó la aguja. La clavó en el tapón de goma de uno de los frascos y con la cánula de plástico absorbió el contenido. Repitió la operación cinco veces, hasta llenar por completo la inyección. Punzó la saetilla en una de las venas que se marcaban oscuras en su brazo. Muy pausadamente fue introduciendo en ella la solución, la liberadora pócima. Así, fue vaciando todos los inyectables que encontró y metiéndolos en su cuerpo. «La mañana está severamente gris —pensó—. Demasiado gris y espesa, como mi sangre».

La euforia morfínica apartó rápidamente cualquier dolor. El calor se extendió por su cuerpo como bruma, incendiándole el rostro, induciéndole un sopor placentero, cada vez más profundo. Tumbada en el jergón, se acurrucó junto al cuerpo de Víctor, intentando vanamente cederle algo de aquel maravilloso calor. Encendió otro cigarrillo y fumó. Esta vez lentamente, muy despacio, dando profundas y embriagadoras caladas. Una vez hubo terminado el pitillo, mullió las almohadas y ajustó el embozo. Le arropó bien con la cubierta, para que no cogiera frío. Puso una de las manos de Víctor sobre su pecho y la acarició quedamente, una y otra vez. Sonriendo, intentó cerrar los ojos y se dispuso a recibir la muerte. «No temas, mi amor —murmuró—, por fin estaremos juntos. Juntos para toda la eternidad». La pena suspiró profundamente y quedó dormida.

Diego regresó poco después del alba. Muy bebido y muy llorado, harto de máscaras, terriblemente sobrio. Ni el alcohol ni el llanto habían mermado su dolor. Cuando entró en la terraza, ninguno de los dos respiraba ya. Los encontró serenamente pálidos, abrazados, impávidos, como recogidos en un plácido sueño. El sol no llegaba aún a dar sobre sus cuerpos. Su vigorosa luz comenzaba a romper las nubes grisáceas, esparciendo sus mejores rojos, los más hermosos violetas y malvas, el ámbar más puro. Al fondo, en algún lugar sobre el mar, llovía. El agua y el cielo reflejaban un inverosímil arco iris.

«Una aurora magnífica para morir», musitó Diego para sí. Ella, boca arriba, con los ojos medio abiertos, parecía contemplarla. Víctor, a su lado, casi sonreía, placenteramente adormecido. Diego cerró los párpados de Amantea. Se arrodilló junto a los cuerpos inertes y, llorando, rezó por sus almas.

Sin pensarlo dos veces, preparó los aparejos como cuando salía a faenar. De eso hacía ya tanto. Antes de nada, con esmero, desenterró y limpió de arena los raíles que servían para botar la barca. Una vez hubo despejado los hierros, abrió el portón del tinglado donde dormía, bajo la terraza. Los engrasó bien y con el botador hizo palanca hasta mover los rieles en los que se apoyaba la embarcación. *Daniello I*, se llamaba. Él mismo había escrito el nombre a cada lado de las tablas de proa. A babor y a estribor. Amarró dos cabos a las bitas de la chalupa y, pasándolos por encima de sus hombros, tiró de ellos con todas sus fuerzas, hasta dejarla junto a la orilla. Luego, en otro esfuerzo sobrehumano, empujó la barca hasta meterla en el mar. Echó el ancla y amarró un cabo a una de las rocas de la playa, a un afilado abrojo a flor de agua.

Era una chalupa de pesca de seis metros de eslora, menuda y orgullosa, pintada de blanco y azul, con una pequeña caseta resguardando el timón. No había vuelto a sacarla desde que desapareció Daniello, jamás. Ni había vuelto a navegar.

Rellenó los depósitos del gasoil, del agua y del aceite. Puso el contacto, tiró del estárter y probó a arrancar el motor. Lo hizo a la primera, después de tantos años. Se

sintió orgulloso de su gabarra. Luego, después de reposar un rato y beber una Peroni bien fría, bajó en brazos los cuerpos de los amantes. Primero uno y luego el otro. Con todo el cuidado que pudo, intentando no golpearlos, no zarandearlos demasiado, hasta tenderlos sobre la cubierta. Una vez allí, los arregló un poco y los envolvió en las mejores sábanas que tenía, las que guardaba del viejo ajuar de su madre. Los ató juntos y firmemente a un par de abitones de hierro, entre las cuadernas. Arrancó de nuevo el motor, soltó la amarra y subió el ancla. Sin mirar atrás, fue con ellos mar adentro.

Puso rumbo este y navegó durante un par de horas, hasta casi haber consumido el combustible. No parecía febrero, casi hacía calor. La mar estaba en calma y el sol, espléndido, fue trepando a su espalda mientras él intentaba conquistar el horizonte.

En torno a la barca, hasta donde la vista alcanzaba, ya sólo se veía agua. Allí, en alta mar, arrodillándose frente a los cuerpos amortajados, oró por ellos una vez más, una última vez. Después de santiguarse varias veces, balbuceando palabras ininteligibles, tomó el hacha y abrió una vía de agua en la sentina de popa. Tranquilo, apoyado sobre la caja del motor, esperó a que el barco se hundiera, llevándose con él los restos de Víctor Próspero y de Amantea Panucci. Mientras afondaba, lenta, muy lentamente, Diego pensó en los espíritus de todos los marinos muertos, pensó en que él también necesitaba descansar. Tal vez, quién sabe, reunirse al fin con su amado hijo Daniello. Tirar de la pesada cadena, levar de una vez el ánora que, en el fondo, le aferraba a la vida. Muy a su pesar. Había llegado al puerto deseado, ya sin más proyectos, anhelos o esperanzas. A medida que la cubierta se anegaba, Diego fue disolviéndose, licuándose, convirtiéndose en agua.

En el agua más dulce que uno pueda imaginar.

ÚLTIMAS PALABRAS

Epílogo

A modo de conclusión, he de ofrecer al lector un documento vital para comprender algunos extremos de esta historia: la última carta escrita por Amantea. En el remite sólo ponía: «A. Panucci - Quinta Cosa Vostra - 87030 - Amantea». Podía haberla escrito ella o su abuelo, pero por la letra deduje lo primero. Aunque no estaba fechada, sobre el sello, en el tampón de correos, se adivinaba una fecha, 11 de febrero de 1991. Amantea debió de escribirla y enviarla tras la visita de Víctor a Cosa Vostra, y debió de llegar días después de su último encuentro, después de que fallecieran. Más tarde y más lenta que la muerte. Estaba entre las páginas del cuaderno de Víctor, aún sin abrir.

Cuando la encontré, ni siquiera le presté demasiada atención. Por alguna ancestral e inquebrantable costumbre (convertida en ley), soy incapaz de abrir cualquier carta que no me pertenezca, que no venga expresamente dirigida a mí. Cómo no, al tiempo, me pregunté quién la habría metido allí. Y por primera vez, quién habría ocultado el libro al fondo del cajón donde lo hallé. Por absurdo que parezca, hasta ese momento, no nos lo habíamos planteado. No es sencillo encontrar respuestas a esas incógnitas.

Empezamos a establecer teorías sobre el asunto, todo tipo de especulaciones.

Pudo ser que alguien (¿Diego?), la encontrara en el buzón y directamente la guardara entre las hojas del cuaderno. Es improbable, pero no imposible, que Diego no pereciera en el naufragio. Que después de hundir la barca con los cadáveres no se ahogara, que consiguiera alcanzar la costa a nado, agarrado a un tablón o un salvavidas, quizá ayudado por las corrientes. Conozco a alguien que se salvó en condiciones muy similares.

Tal vez, más tarde, decidiera irse para siempre de Amantea y tal vez, antes de hacerlo, guardara allí el cuaderno de su querido amigo, con la carta dentro. Sin atreverse a quemarlo, tirarlo al mar o llevarlo consigo.

Pudiera ser que la carta llegara a manos de Víctor el mismo día de su muerte, la mañana del 16 de febrero, y que la guardara sin llegar a abrirla, sin encontrar el valor necesario para leerla. Dejándola allí olvidada para siempre...

O quizá, meses después, cuando se dio definitivamente por muertos o desaparecidos a los inquilinos y se vació la casa para su restauración y su venta, alguien encontrara el cuaderno y decidiera meterlo allí, en el doble fondo del cajón. Alguien con el suficiente respeto y sensibilidad como para apreciar en ello algo sagrado, demasiado íntimo y valioso, como para dejarlo a merced del polvo y la humedad, entre los trastos...

No lo sé. Y al fin, ¿qué importancia tiene?

Puede que todo sea resultado de la casualidad, de una increíble cadena de casualidades. O que todo lo escrito en esas páginas sea sólo una rara invención, apuntes, notas de ficción para una posible novela. O reflexiones sin otro fin que la mera reflexión. Podría ser que Víctor Próspero nunca haya existido, ni el bueno de Diego, ni la enigmática y bellísima Amantea. Que los tres y todos los demás no sean nada más que palabras.

Palabras al fin, sólo palabras...

Dejo pues aquí esa carta, y sea el lector quien juzgue por sí mismo.

«Mi amado Víctor:

»A través de la puerta entreabierta sólo pude entreverte. Qué impresión me ha causado, qué terrible impacto verte así. Yo no estoy mucho mejor que tú, ¿sabes? Pero lo mío, al menos, lo esperaba. La última vez que te vi dormías plácidamente, tan hermoso, tan dulcemente inerte, tan ajeno a la tragedia que ya se abalanzaba sobre nuestra felicidad.

»Escuché casi todo tras la puerta. Y a punto estuve de entrar, de desoír las órdenes y las recomendaciones, y arrodillarme ante ti, e inmolar allí mismo mi alma para que me perdonaras, para que perdonaras tanto y tan inútil sufrimiento. De no habérmelo impedido el esbirro de mi abuelo, lo habría hecho.

»Mi buen Víctor, mi amor. Por evitarte padecimientos, te condené a dolencias mucho más sutiles, menos palpables, más irreales. Pero terriblemente intensas. Ahora lo sé. ¿Qué puede ser más cruel que la incertidumbre? Nada. Pensé que sería lo mejor. Que tarde o temprano aceptarías lo inaceptable.

»Aquella mañana, el río de mi sangre se desbordó. Corrió más allá y por encima de todo lo que tenía. Nada ni nadie podía haberme persuadido entonces, detenerme. Poco después de descubrir que estaba preñada, supe que mi embarazo sería inútil, que sería sólo eso: un impedimento. Tu hijo nunca habría llegado a nacer, eso dijeron los médicos. Él estaba bien, pero a mí, mi amor, no me daban más de seis meses de vida. Como casi siempre se equivocaron, hace ya casi un año que espero la muerte, una muerte inevitable. Ojalá no lo hubieran hecho, ojalá no hubieran pronosticado fechas.

»En cualquier caso, no queda mucho ya.

»¿Qué podía haber hecho? Despertarte aquella mañana y decirte: “Prepárate, dicen que dentro de poco voy a morir, inevitablemente, y tampoco hay esperanza para el pequeño embrión que llevo dentro desde hace unas semanas. No viviré lo suficiente para parirlo y posiblemente, en caso de hacerlo, él no llegaría a ver la luz. Nacería muerto. El cáncer y la metástasis son así, compréndelo. ¡Qué pesadilla!”.

»¿Cómo iba a decirte todo aquello? Así, de sopetón, tan inesperadamente. Yo tampoco lo esperaba, te lo juro. Ni siquiera me sentía demasiado mal cuando fui al médico. Sólo me dolía un poco el estómago, algún retorcijón, alguna punzada, alguna jaqueca más o menos persistente. No le di mucha importancia. Pasé así unos meses antes de decidirme a ir al especialista. Sin decirte nada, sin decir nada a nadie, ya sabes cómo soy. No me gusta quejarme, no me gusta preocupar, y mucho menos inspirar compasión. Y sobre todo no me gustan los médicos, ¡por Dios! ¡Cómo los detesto! Ahora mucho más. Con esos aires todopoderosos que se dan y ya ves, ante ciertas cosas no dejan de ser unos mequetrefes lastimeros, unos completos incompetentes. Me hicieron algunas pruebas y la conclusión fue inmediata, los resultados, tajantes. Cuando fui al hospital a recogerlos, me enteré. No sabían cómo decírmelo, imagina. “Señora Panucci, ha engendrado usted una pequeña vida, enhorabuena..., pero desgraciadamente no podrá alumbrarla, ya que la suya se extingue, no sabe cómo lo lamentamos”. ¿Puede la existencia ser más rebuscada?

»No tuve tiempo de pensarlo, de hacerme a la idea, ¿quién puede aceptar la inminencia de la muerte?

»Aquella noche no lo dudé. Por la mañana iría a abortar. Lo primero era ahorrar sufrimientos al minúsculo feto. Lo mandarían de vuelta al limbo del que nunca debía haber salido. Cuando noté que me hurgaban dentro, allí donde dormía plácidamente, ajeno o ajena a este sucio mundo... Cuando noté que lo aspiraban, que me lo arrebataban, que lo arrancaban tan violentamente de su morada... Que salía tan prematuramente entre mis piernas... No puedo explicarte lo que sentí.

»El alma se me fue tras esos restos que no pude llegar a ver... Y acabó en el mismo repugnante contenedor de basura. Después, ¿qué hacer después?, ¿regresar a casa?, ¿a tu lado? Podía haber vuelto. Haber dejado que

me acariciaras el pelo y la espalda, mientras me chillaban el alma y las tripas... Esperar la muerte entre tus brazos... Dejar que me arrullaras con tu ternura mientras me iba consumiendo... Era demasiado cruel, ¿no te parece? Te haría morir de nostalgia, pero no de aquel extraño y escabroso dolor. Nada ni nadie hubiera podido convencerme, retenerme...

»Pensé en el suicidio, morir de inmediato. Desaparecer, desaparecer, desaparecer. Buscar algún rincón donde morir sin paz, sin consuelo, algún lugar donde poner fin al sufrimiento, donde expirar sin hacer padecer a nadie más de lo necesario. Sin miradas inconsolables, sin llantos callados, sin palabras superfluas, inservibles. ¡Pero soy tan, tan cobarde!

»No es fácil esfumarse, esconderse, ¿sabes? Vagué varios días sin rumbo, completamente vacía, muerta ya. Arrastrando un cuerpo que no sentía mío, un montón de órganos y huesos fallidos, medio putrefactos, ocultos bajo una piel ya fría. Pero no valgo para vagabundear, no podía dejarme morir en una esquina. Eso no. De nuevo mi cobardía. La mayoría de los humanos, cercanos a la muerte, somos peor que niños malcriados, somos incompetentes, completamente inabarcables, inconsolables. Incapaces de encontrar una sola razón por la que merezca la pena morir, ni tampoco alegría que nos anime a seguir viviendo. Decidí buscar cobijo entre los brazos de mi abuelo. Apenas le conocía, ni le recordaba. Pero él siempre me quiso bien y es un hombre duro, fuerte, curtido en los macabros asuntos de la muerte. Sabría soportarlo y hacérmelo soportar. Cómodamente. Sin ñoñerías, sin falsas esperanzas, sencilla y cariñosamente. Fue la mejor solución, al menos para mí.

»No sabes cómo se ha portado conmigo el abuelo Amato.

»Acostumbrado como está a la soledad, a pesar de vivir rodeado de indeseables, supo acogerme en ella, en su destierro. Y consolarme sin compadecerse. Y aliviarme sin aprensión. Y reanimarme sin necesidad de fingir alegría. Sobre todo, por encima de todo, ha sabido hacerme comprender la debilidad de la muerte, convencerme de que soy mucho más fuerte que ella. Hacerme entender lo cerca que está de la vida, lo parecidas que son, y lo impotente que es cuando dejamos de temerla. Ahora que me abandona ya la fastidiosa obligación de existir, comprendo el verdadero significado de esa palabra. Gracias a él, ya nada importa. Todo se resume en eso: ser o dejar de ser, ya lo dijo Hamlet. “Ésa es la cuestión”, no es nada nuevo. Todo tiene dos lados, y debemos conocerlos. Inevitablemente.

»Cuánto me hubiera gustado conocerle mejor, que le hubieras conocido, de verdad. Él me cuidó durante los primeros años, y ahí le tienes, cuidándose de mí tan bien o mejor que entonces, ahora que vivo mis últimos días. No te preocupes por mí (qué estúpido y cruel suena escribirte esto), sé que ya no puedes sufrir más de lo que has sufrido. Sirva esta carta al menos para eso, para reparar en algo lo irreparable. Yo estoy bien, todo lo bien que puedo estar. Moriré pronto y tranquila. He dejado atrás el miedo, todo el miedo. Pero esta zorra muerte está tardando demasiado. A veces hasta me impaciento. Se anuncia una y otra vez aunque nunca termina de llegar. “¡Mañana nos vemos! —me dice—, ¡esta noche sin falta!”, pero nada. No se atreve conmigo, duda, se lo piensa cien veces antes de entrar. ¿Será esta finca tan inexpugnable como cuentan las leyendas de la familia? ¿Tanto que ni la muerte se atreve a entrar aquí? No lo sé. Sigo esperándola con la cabeza bien alta, dispuesta a mirar sus cuencas vacías cuando se acerque.

»Temo mucho más encontrarme contigo que con ella. A ella sé qué decirle. A ti no. Soy incapaz de afrontar el reencuentro. ¿Puedes entenderlo? Eres lo único que he amado en mi vida, lo único, lo único. Ya nada puede cambiar...

»Y no sabes cómo te cambia la muerte cuando está tan próxima. Hiedo a muerte, tengo ya su aspecto, su olor y su color. No quiero que me veas así. Ni quiero ver lo que he hecho contigo. ¿Cómo podría mirarte a los ojos?

»Te amo tanto como a mí misma (qué egoísta, pensarás), mucho más que a mí, más que a nada, más que a todo. Créeme, amor mío, no es falta de amor, sino exceso. Más que a nada, sin otra posibilidad, hasta la muerte y mucho más allá. Siento haberte dado tanto dolor a cambio de toda la dicha que tú me diste. Siento haberte pagado con tanta incertidumbre todo tu amor. Perdóname, vida mía. Perdóname por todo, para siempre. Para siempre.

»No temas, mi vida, nos encontraremos al otro lado, nos encontraremos con él o con ella... Y podremos retomar nuestra preciosa historia. Seguir amándonos más allá del tiempo, de la piel y la distancia...

»Amantea».



DAVID FERNÁNDEZ CANTERO (Madrid, 1961). Es periodista, pintor y escritor. Estudió Imagen y Sonido, Publicidad y Cinematografía. Como operador de cámara y director de fotografía recibió varios premios en sendos certámenes nacionales e internacionales.

Durante más de quince años fue reportero en RTVE. Desde Madrid, Sevilla o Roma cubrió todo tipo de noticias y sucesos. Ha viajado por los cinco continentes. Durante tres años fue corresponsal gráfico en Italia y El Vaticano, acompañó al Papa Juan Pablo II en numerosos viajes apostólicos por más de treinta países.

En 1997 debutó como presentador en los informativos del Centro Territorial de RTVE en Andalucía. Ha trabajado 20 años en RTVE; los últimos años, presentando los telediarios de fin de semana de RTVE y el programa *Informe Semanal*. Actualmente presenta los Informativos de Telecinco.

Su primera novela, *Amantea*, publicada en 2005, fue muy valorada por el público y la crítica.

Notas

[1] Paseo marítimo. <<

[2] Callejón de la Zorra. <<

[3] De las mil liras. <<

[4] El mosquito. <<

[5] Expresión italiana que viene a significar «¡tus muertos!». <<

[6] Canción de The Mamas & The papas. <<

[7] Dos carretones articulados, delante y detrás, donde se alojaban los motores. <<

[8] Aguardiente de cerezas. <<

[9] Pequeña, niña. <<

[10] Comisaría general de policía. <<

[11] No saber un pito. <<

[12] Un «arrepentido» de la mafia calabresa. <<

[13] Así denominan los mafiosos a los que colaboran con la justicia. <<

[14] «Cuando el diablo te acaricia, se lleva el alma». <<